

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

*HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA
DE LA NUEVA ESPAÑA*

TOMO II



Biblioteca Saavedra Fajardo 2014



Transcripción y corrección de Miguel Andúgar Miñarro a partir de: Bernal Díaz del Castillo.
Historia verdadera de la conquista de la Nueva España. Tomo II. Madrid: Imprenta de Don Benito Cano, 1796.



ÍNDICE

EL EDITOR	5
CAPÍTULO LXXIX.....	7
CAPÍTULO LXXX.....	10
CAPÍTULO LXXXI.....	12
CAPÍTULO LXXXII.....	13
CAPÍTULO LXXXIII.....	15
CAPÍTULO LXXXIV.....	27
CAPÍTULO LXXXV.....	29
CAPÍTULO LXXXVI.....	32
CAPÍTULO LXXXVII.....	36
CAPÍTULO LXXXVIII.....	41
CAPÍTULO LXXXIX.....	45
CAPÍTULO XC.....	48
CAPÍTULO XCI.....	51
CAPÍTULO XCII.....	57
CAPÍTULO XCIII.....	66
CAPÍTULO XCIV.....	70
CAPÍTULO XCV.....	73
CAPÍTULO XCVI.....	78
CAPÍTULO XCVII.....	81
CAPÍTULO XCVIII.....	85
CAPÍTULO XCIX.....	87
CAPÍTULO C.....	89
CAPÍTULO CI.....	95
CAPÍTULO CII.....	97
CAPÍTULO CIII.....	99
CAPÍTULO CIV.....	102
CAPÍTULO CV.....	105
CAPÍTULO CVI.....	108
CAPÍTULO CVII.....	110
CAPÍTULO CVIII.....	112



CAPÍTULO CIX.	115
CAPÍTULO CX.	117
CAPÍTULO CXI.	120
CAPÍTULO CXII.	123
CAPÍTULO CXIII.	126
CAPÍTULO CXIV.	128
CAPÍTULO CXV.	130
CAPÍTULO CXVI.	135
CAPÍTULO CXVII.	137
CAPÍTULO CXVIII.	140
CAPÍTULO CXIX.	142
CAPÍTULO CXX.	145
CAPÍTULO CXXI.	150
CAPÍTULO CXXII.	152
CAPÍTULO CXXIII.	161
CAPÍTULO CXXIV.	162
CAPÍTULO CXXV.	166
CAPÍTULO CXXVI.	169
CAPÍTULO CXXVII.	177
CAPÍTULO CXXVIII.	179
CAPÍTULO CXXIX.	192



EL EDITOR

En este Tomo segundo es donde propiamente comienza la Conquista de la Nueva España. Este suceso es uno de aquellos que se distinguen en la serie de los acontecimientos humanos con tal elevación, que pocos se le pueden igualar. Como es privativa de los Españoles toda la gloria de él, a ellos más que a otra nación deben interesar las relaciones de los mismos Conquistadores. Aunque ya había yo leído en otras Historias los hechos de los Españoles en esta Conquista, recibí tanto placer en la de Bernal Díaz del Castillo, que una casualidad puso en mis manos, que me pareció leer una cosa diversa de todo lo que había leído hasta entonces en la materia. El gusto y satisfacción singular que tuve en la relación de un testigo de vista se desahogó resolviendo su publicación, para hacer participantes al público de tan sabrosa leyenda, y de los sentimientos agradables que excita en todo buen Español. El público ha visto ya el primer tomo, y habrá experimentado lo que digo: por otra parte de nadie pueden adquirirse ideas más ciertas y originales, que de quien escribe lo que vio, sufrió, y pasó por él. Este ha sido el motivo de añadir algunas notas sacadas de las relaciones de Cortés. Los peligros, las batallas, las catástrofes, las situaciones extremadas en que se halló un corto número de aventureros, y la varia fortuna que los agitó, hacen una impresión particular, oyendo a los mismos actores de estas extraordinarias escenas. El estado y poder del Imperio Mexicano, y el de otras naciones al tiempo de la Conquista, y cuando los Españoles las vieron la vez primera, y sus progresos en las artes, no pueden tener mejor testimonio que el de los que lo reconocieron en esta época. La haz de aquel Imperio se mudó en tres años, dejando un monumento eterno del valor y desesperación con que se defendió, y de la gloria de sus Conquistadores. El que se detenga en hacer un cotejo de la Historia de Castillo, escrita cuando ya era viejo, con las relaciones de Cortés hechas por él en el discurso de sus empresas, verá cuan pocas Historias, así antiguas como modernas, pueden competir con esta en las pruebas de su verdad. También habrá visto el Lector en el primer tomo cuan pocos Historiadores pueden ser preferidos a Castillo en dar interés a la narración, y en tenerle entretenido y suspenso. Su lenguaje castellano, en medio de su estilo vulgar, ofrece muchos primores olvidados ya, y que deberíamos restituirle: hay periodos que no se pueden decir mejor, ni con más elegancia.

Por último prevengo a los Lectores, que si el primer tomo ha salido a luz sin las Notas de Hernán Cortés, es porque los hechos de él pertenecen en la mayor parte a la carta



primera de este Conquistador, que no ha llegado a manos del Editor, ni de otros indagadores más solícitos.



CAPÍTULO LXXIX.

Cómo acordó vuestro Capitán Hernando Cortés con todos nuestros Capitanes y soldados, que fuésemos a México, y lo que sobre ello pasó.

Viendo nuestro Capitán que había diez y siete días que estábamos holgando en Tlascala, y oíamos decir de las grandes riquezas de Moctezuma, y su próspera ciudad, acordó tomar consejo con todos nuestros Capitanes y soldados, de quien sentía que le tenían buena voluntad para ir adelante, y fue acordado que con brevedad fuese nuestra partida: y sobre este camino hubo en el Real muchas pláticas de disconformidad, porque decían unos soldados que era cosa muy temerosa irnos a meter en tan fuerte ciudad, siendo nosotros tan pocos, y decían de los grandes poderes del Moctezuma. Cortés respondió, que ya no podíamos hacer otra cosa, porque siempre nuestra demanda y apellido fue ver al Moctezuma, y que por demás eran ya otros consejos: y viendo que tan resueltamente lo decía, y sintieron los del contrario parecer que tan determinadamente se acordaba, y que muchos de los soldados ayudábamos a Cortés de buena voluntad con decir; *Adelante en buen hora*, no hubo más contradicción. Y los que andaban en estas pláticas contrarias, eran de los que tenían en Cuba haciendas, que yo y otros pobres soldados ofrecido tenemos siempre nuestras ánimas a Dios que las crió, y los cuerpos a heridas y trabajos, hasta morir en servicio de nuestro Señor, y de su Majestad. Pues viendo Xicotenga y Masse Escaci, señores de Tlascala, que de hecho queríamos ir a México, pesábales en el alma, y siempre estaban con Cortés avisándole, que no curase de ir aquel camino, y que no se fiase poco ni mucho de Moctezuma, ni de ningún Mexicano, y que no se creyese de sus grandes reverencias, ni de sus palabras tan humildes y llenas de cortesías, ni aun de cuantos presentes le ha enviado, ni de otros ningunos ofrecimientos, que todos eran de atraidorados, que en una hora se lo tornarían a tomar cuanto le habían dado, y que de noche y de día se guardase muy bien de ellos, porque tienen bien entendido, que cuando más descuidados estuviésemos nos darían guerra, y que cuando peleáremos con ellos, que los que pudiésemos matar que no quedasen con las vidas; al mancebo, porque no tome armas; al viejo porque no dé consejo, y le dieron otros muchos avisos: y nuestro Capitán les dijo, que se lo agradecía el buen consejo, y les mostró mucho amor con ofrecimientos y dádivas que luego les dio al viejo Xicotenga y al Masse Escaci, y todos los más Caciques, y les dio mucha parte de la



ropa fina de mantas que había presentado Moctezuma, y les dijo que sería bueno tratar paces entre ellos y los Mexicanos para que tuviesen amistad, y trajesen sal y algodón, y otras mercaderías: y el Xicotenga respondió, que eran por demás las paces, y que su enemistad tienen siempre en los corazones arraigada, y que son tales los Mexicanos, que socolor de las paces les harán mayores traiciones, porque jamás mantienen verdad en cosa ninguna que prometen, y que no curase de hablar en ellas, sino que le tornaban a rogar que se guardase muy bien de no caer en manos de tan malas gentes. Y estando platicando sobre el camino que habíamos de llevar para México, porque los Embajadores de Moctezuma que estaban con nosotros que iban por guías, decían que el mejor camino y más llano era por la ciudad de Cholula, por ser vasallos del gran Moctezuma, donde recibiríamos servicios, y a todos nosotros nos pareció bien que fuésemos a aquella ciudad: y los Caciques de Tlascala como entendieron que queríamos ir por donde nos encaminaban los Mexicanos, se entristecieron, y tornaron a decir, que en todo caso fuésemos por Guaxocingo, que eran sus parientes y nuestros amigos, y no por Cholula, porque en Cholula siempre tiene Moctezuma sus tratos dobles encubiertos: y por más que nos dijeron y aconsejaron que no entrásemos en aquella ciudad, siempre nuestro Capitán con nuestro consejo muy bien platicado, acordó de ir por Cholula: lo uno, porque decían todos que era grande población y muy bien torreada, y de altos y grandes Cués, y en buen llano asentada, y verdaderamente de lejos parecía en aquella sazón a nuestra gran Valladolid de Castilla la vieja: y lo otro, porque estaba en parte cercana de grandes poblaciones, y tener muchos bastimentos, y tan a la mano a nuestros amigos los de Tlascala, y con intención de estarnos allí, hasta ver de qué manera podríamos ir a México sin tener guerra, porque era de temer el gran poder de Mexicanos: si Dios nuestro Señor primeramente no ponía su divina mano y misericordia, con que siempre nos ayudaba, y nos daba esfuerzo, no podíamos entrar de otra manera. Y después de muchas pláticas y acuerdos, nuestro camino fue por Cholula, y luego Cortés mandó que fuesen mensajeros a decirles, que como estando tan cerca de nosotros no nos enviaban a visitar y hacer aquel acato que son obligados a mensajeros como somos de tan gran Rey y Señor, como es el que nos envió a notificar su salvación, y que los ruega que luego viniesen todos los Caciques y Papas de aquella ciudad a nos ver y dar la obediencia a nuestro Rey y Señor, sino que los temía por de malas intenciones. Y estando diciendo esto, y otras cosas que convenía enviarles a decir sobre este caso, vinieron a hacer saber a Cortés, como el gran Moctezuma enviaba cuatro Embajadores con presentes de oro, porque jamás a lo que habíamos visto, envió mensaje sin



presentes de oro, y lo tenía por afrenta enviar mensajeros, si no enviaba con ellos dádivas: y lo que dijeron aquellos mensajeros, diré adelante.



CAPÍTULO LXXX.

Como el gran Moctezuma envió cuatro principales hombres de mucha cuenta con un presente de oro y mantas, y lo que dijeron a nuestro Capitán.

Estando platicando Cortés con todos nosotros, y con los Caciques de Tlascalá, sobre nuestra partida, y en las cosas de la guerra, viniéronle a decir que llegaron a aquel pueblo cuatro Embajadores de Moctezuma todos principales, y traían presentes: y Cortés les mandó llamar, y cuando llegaron donde estaba, luciéronle grande acato, y a todos los soldados que allí nos hallamos: y presentando su presente de ricas joyas de oro, y de muchos géneros de hechuras, que valían bien diez mil pesos, y diez cargas de mantas de buenas labores de pluma, Cortés los recibió con buen semblante: y luego dijeron aquellos Embajadores por parte de su Señor Moctezuma, que se maravillaba mucho estar tantos días entre aquellas gentes pobres, y sin policía, que aun para esclavos no son buenos, por ser tan malos, y traidores, y robadores, que cuando más descuidados estuviésemos, de día y de noche nos matarían por nos robar, y que nos rogaba que fuésemos luego a su ciudad, y que nos daría de lo que tuviese, y aunque no tan cumplido como nosotros merecíamos, y él deseaba: y que puesto que todas las vituallas le entran en su ciudad de acarreo, que mandaría proveernos lo mejor que él pudiese. Aquesto hacía Moctezuma por sacarnos de Tlascalá, porque supo que habíamos hecho las amistades que dicho tengo en el capítulo que de ello habla, y para ser perfectas, habían dado sus hijas a Malinche: porque bien tuvieron entendido, que no les podía venir bien ninguna de nuestras confederaciones, y a esta causa nos cebaba con oro y presentes, para que fuésemos a sus tierras, a lo menos porque saliésemos de Tlascalá. Volvimos a decir de los Embajadores, que los conocieron bien los de Tlascalá, y dijeron a nuestro Capitán, que todos eran señores de pueblos y vasallos, con quien Moctezuma enviaba a tratar cosas de mucha importancia. Cortés les dio muchas gracias a los Embajadores con grandes caricias y señales de amor que les mostró: y les dio por respuesta, que él iría muy presto a ver al Señor Moctezuma, y les rogó que estuviesen algunos días allí con nosotros, que en aquella sazón acordó Cortés, que fuesen dos de nuestros Capitanes personas señaladas, a ver y hablar al gran Moctezuma, y ver la gran ciudad de México, y sus grandes fuerzas y fortalezas, y iban ya camino Pedro de Alvarado, y Bernardino Vázquez de Tapia, y quedaron en rehenes cuatro de aquellos Embajadores que habían traído el presente; y otros Embajadores del gran Moctezuma, de los que solían estar con nosotros, fueron en su



compañía: y porque en aquel tiempo yo estaba mal herido, y con calenturas, y harto tenía que curarme, no me acuerdo bien hasta donde allegaron, más de que supimos, que Cortés había enviado así a la ventura a aquellos Caballeros, y se lo tuvimos a mal consejo, y le retrajimos, y le dijimos, que como enviaba a México no más de para ver la ciudad y sus fuerzas; que no era buen acuerdo, y que luego los fuesen a llamar, que no pasasen más adelante, y les escribió que se volviesen luego. Demás desto, el Bernardino Vázquez de Tapia ya había adolecido en el camino de calenturas, y como vieron las cartas, se volvieron: y los Embajadores con quien iban, dieron relación de ello a su Moctezuma; y les preguntó, que qué manera de rostros y proporción de cuerpos llevaban los dos Teules que iban a México, y si eran Capitanes: y parece ser que les dijeron, que el Pedro de Alvarado era de muy linda gracia, así en el rostro, como en su persona, y que parecía como al Sol, y que era Capitán: y demás de esto se le llevaron figurado muy al natural su dibujo y cara: y desde entonces le pusieron nombre, el Tonacio, que quiere decir el Sol hijo del Sol, y así le llamaron de allí adelante: y el Bernardino Vázquez de Tapia dijeron, que era hombre robusto y de muy buena disposición, que también era Capitán: y al Moctezuma le pesó, porque se habían vuelto del camino. Y aquellos Embajadores tuvieron razón de compararlos, así en los rostros, como en el aspecto de las personas y cuerpos, como lo significaron a su señor Moctezuma: porque el Pedro de Alvarado era de muy buen cuerpo, y ligero, y facciones, y presencia, y así en el rostro, como en el hablar, en todo era agraciado, que parecía que estaba riendo: y el Bernardino Vázquez de Tapia era algo robusto, puesto que tenía buena presencia: y desde que volvieron a nuestro Real, nos holgamos con ellos, y les decíamos, que no era cosa acertada lo que Cortés les mandaba. Y dejemos esta materia, pues no hace mucho a nuestra relación, y diré de los mensajeros que Cortés envió a Cholula, y la respuesta que enviaron.



CAPÍTULO LXXXI.

Cómo enviaron los de Cholula cuatro Indios de poca valía a disculparse por no haber venido a Tlascalca, y lo que sobre ello pasó.

Ya he dicho en el capítulo pasado, como envió nuestro Capitán mensajeros a Cholula, para que nos viniesen a ver a Tlascalca: y los Caciques de aquella ciudad, como entendieron lo que Cortés les mandaba, parecióles que sería bien enviar cuatro Indios de poca valía a disculpar y a decir, que por estar malos no venían, y no trajeron bastimento, ni otra cosa, sino así secamente dieron aquella respuesta: y cuando vinieron aquellos mensajeros, estaban presentes los Caciques de Tlascalca, y dijeron a nuestro Capitán, que para hacer burla de él, y de todos nosotros, enviaban los de Cholula aquellos Indios, que eran macegales, y de poca calidad. Por manera, que Cortés les tornó a enviar luego con otros cuatro Indios de Cempoal a decir, que viniesen dentro de tres días hombres principales, pues estaban cinco leguas de allí, y que si no venían, que los tenía por rebeldes: y que cuando vengan, que les quiere decir cosas que les convienen para la salvación de sus ánimas, y buena policía para su buen vivir, y tenerlos por amigos y hermanos, como son los de Tlascalca sus vecinos: y que si otra cosa acordaren, y no quieren nuestra amistad, que nosotros no por eso los procuraríamos de descomplacer, ni enojarles. Y como oyeron aquella amorosa embajada, respondieron, que no habían de venir a Tlascalca, porque son sus enemigos, porque saben que han dicho de ellos, y de su señor Moctezuma muchos males, y que vamos a su ciudad, y salgamos de los términos de Tlascalca, y si no hicieren lo que deben, que los tengamos por tales, como les enviamos a decir. Y viendo nuestro Capitán, que la excusa que decían era muy justa, acordamos de ir allá: y como los Caciques de Tlascalca vieron, que determinadamente era nuestra ida por Cholula, dijeron a Cortés: ¿Pues que así quieres creer a los Mexicanos, y no a nosotros, que somos tus amigos? ya te hemos dicho muchas veces, que te guardes de los de Cholula, y del poder de México, y para que mejor te puedas ayudar de nosotros, te tenemos aparejados diez mil hombres de guerra que vayan en vuestra compañía: y Cortés les dio muchas gracias por ello, y consultó con todos nosotros, que no sería bueno que llevásemos tantos guerreros a tierra que habíamos de procurar amistades: y que sería bien que llevásemos dos mil, y estos les demandó, y que los demás que se quedasen en sus casas. Y dejemos esta plática, y diré de nuestro camino.



CAPÍTULO LXXXII.

Cómo fuimos a la ciudad de Cholula, y del gran recibimiento que nos hicieron.

Una mañana comenzamos a marchar por nuestro camino para la ciudad de Cholula, y íbamos con el mayor concierto que podíamos; porque como otras veces he dicho, adonde esperábamos haber revueltas o guerras, nos apercebíamos muy mejor, y aquel día fuimos a dormir a un río que pasa obra de una legua chica de Cholula, adonde está hecha ahora un puente de piedra: y allí nos hicieron unas chozas y ranchos, y esa noche enviaron los Caciques de Cholula mensajeros, hombres principales, a darnos el parabién venidos a sus tierras, y trajeron bastimentos de gallinas, y pan de su maíz, y dijeron que en la mañana vendrían todos los Caciques y Papas a nos recibir, y que les perdonasen, porque no habían salido luego: y Cortés les dijo con nuestras lenguas Doña Marina, y Aguilar, que se lo agradecía, así por el bastimento que traían, como por la buena voluntad que mostraban: y allí dormimos aquella noche con buenas velas y escuchas, y corredores del campo. Y como amaneció, comenzamos a caminar hacia la ciudad: y yendo por nuestro camino, ya cerca de la población nos salieron a recibir los Caciques y Papas, y otros muchos Indios, y todos los más traían vestidas unas ropas de algodón de hechura de marlotas, como las traían los Indios Capotecas: y esto digo a quien las ha visto, y ha estado en aquella Provincia; porque en aquella ciudad así se usan, y venían muy de paz, y de buena voluntad: y los Papas traían braseros con incienso, con que sahumaron a nuestro Capitán, y a los soldados que cerca de él nos hallamos. Y parece ser aquellos Papas y principales, como vieron los Indios Tlascaltecas, que con nosotros venían, dijéronselo a Doña Marina, que se lo dijese a Cortés, que no era bien que de aquella manera entrasen sus enemigos con armas en su ciudad: y como nuestro Capitán lo entendió, mandó a los Capitanes, y soldados, y el fardaje, que reparásemos, y como nos vio juntos, y que no caminaba ninguno, dijo: Paréceme, señores, que antes que entremos en Cholula, que demos un tiento con buenas palabras a estos Caciques, y Papas, y veamos qué es su voluntad, porque vienen murmurando de estos nuestros amigos de Tlascalca, y tienen mucha razón en lo que dicen, y con buenas palabras les quiero dar a entender la causa porque venimos a su ciudad. Y porque ya, señores, habéis entendido lo que nos han dicho los Tlascaltecas, que son bulliciosos, será bien que por bien den la obediencia a su Majestad, y esto me parece que conviene: y luego mandó a Doña Marina, que llamase a los Caciques y Papas allí donde estaba a caballo, y todos nosotros



juntos con Cortés: y luego vinieron tres principales, y dos Papas, y dijeron: Malinche, perdonadnos, porque no fuimos a Tlascala a verte, y llevar comida, y no por falta de voluntad, sino porque son nuestros enemigos Mase Escaci, y Xicotenga, y toda Tlascala, y porque han dicho muchos males de nosotros, y del gran Moctezuma nuestro Señor, que no basta lo que han dicho, sino que ahora tengan atrevimiento con vuestro favor, de venir con armas a nuestra ciudad: y que le piden por merced, que les mande volver a sus tierras, o a lo menos, que se queden en el campo, y que no entren de aquella manera en su ciudad: y que nosotros que vamos mucho en buena hora. Y como el Capitán vio la razón que tenía, mandó luego a Pedro de Alvarado, y al Maestre de campo, que era Cristóbal de Olí, que rogasen a los Tlascaltecas, que allí en el campo hiciesen sus ranchos y chozas, y que no entrasen con nosotros, sino los que llevaban la artillería, y nuestros amigos los de Cempoal, y les dijese la causa porque se mandaba, porque todos aquellos Caciques y Papas se temen de ellos: y que cuando hubiéremos de pasar de Cholula para México, que los enviaría a llamar, y que no lo hayan por enojo: y como los de Cholula vieron lo que Cortés mando, parecía que estaban más sosegados, y les comenzó Cortés a hacer un parlamento, diciendo: que nuestro Rey y Señor, cuyos vasallos somos, tiene grandes poderes, y tiene debajo de su mando a muchos grandes Príncipes y Caciques: y que nos envió a estas tierras a notificarles y mandarles, que no adoren ídolos, ni sacrifiquen hombres, ni coman de sus carnes, ni hagan sodomías, ni otras torpedades: y que por ser el camino por allí para México, adonde vamos a hablar al gran Moctezuma, y por no haber otro más cercano, venimos por su ciudad, y también para tenerlos por hermanos: y que pues otros grandes Caciques han dado la obediencia a su Majestad, que será bien que ellos la den, como los demás. Y respondieron, que aún no hemos entrado en su tierra, y ya les mandamos dejar sus Teules, que así llaman a sus ídolos, que no lo pueden hacer; y dar la obediencia a ese vuestro Rey que decís, les place, y así la dieron de palabra, y no ante Escribano. Y esto hecho, luego comenzamos a marchar para la ciudad: y era tanta la gente que nos salía a ver, que las calles y azuteas estaban llenas: y no me maravillo de ello, porque no habían visto hombres como nosotros, ni caballos; y nos llevaron a aposentar a unas grandes salas en que estuvimos todos, y nuestros amigos los de Cempoal, y los Tlascaltecas que llevaron el fardaje, y nos dieron de comer aquel día y otro muy bien y abundantemente. Y quedarse ha aquí, y diré lo que más pasamos.



CAPÍTULO LXXXIII.

Cómo tenían concertado en esta ciudad de Cholula de nos matar por mandado de Moctezuma, y lo que sobre ello pasó.

Habiéndonos recibido tan solemnemente, como hemos dicho, y ciertamente de buena voluntad; sino que, según después pareció, envió a mandar Moctezuma a sus Embajadores, que con nosotros estaban, que tratasen con los de Cholula, que con un escuadrón de veinte mil hombres, que envió Moctezuma, que estuviesen apercebidos, para en entrando en aquella ciudad, que todos nos diesen guerra, y de noche y de día nos acapillasen, y los que pudiesen llevar atados de nosotros a México, que se los llevasen: y con grandes prometimientos que les mandó, y muchas joyas y ropa que entonces les envió, y un tambor de oro: y a los Papas de aquella ciudad, que habían de tomar veinte de nosotros para hacer sacrificios a sus ídolos; pues ya todo concertado, y los guerreros que luego Moctezuma envió, estaban en unos ranchos y arcabuezos, obra de media legua de Cholula, y otros estaban ya dentro en las casas, y todos puestos a punto con sus armas, hechos mamparos en las azuteas, y en las calles hoyos y albarradas para que no pudiesen correr los caballos: y aun tenían unas casas llenas de varas largas, y colleras de cueros y cordeles con que nos habían de atar, y llevarnos a México. Mejor lo hizo nuestro Señor Dios, que todo se les volvió al revés: y dejémoslo ahora, y volvamos a decir, que así como nos aposentaron, como dicho hemos, y nos dieron muy bien de comer los días primeros: y puesto que los veíamos que estaban muy de paz, no dejábamos siempre de estar muy apercebidos, por la buena costumbre que en ello teníamos: y al tercero día, ni nos daban de comer, ni aparecía Cacique, ni Papa: y si algunos Indios nos venían a ver, estaban apartados que no se llegaban a nosotros, y riéndose como cosa de burla: y como aquello vio nuestro Capitán, dijo a Doña Marina, y Aguilar nuestras lenguas, que dijese a los Embajadores del gran Moctezuma que allí estaban, que mandasen a los Caciques traer de comer: y lo que traían era agua y leña; y unos viejos que lo traían decían, que no tenían maíz, y que en aquel día vinieron otros Embajadores del Moctezuma, y se juntaron con los que estaban con nosotros, y dijeron muy desvergonzadamente y sin hacer acato, que su Señor les enviaba a decir, que no fuésemos a su ciudad, porque no tenía que darnos de comer, y que luego se querían volver a México con la respuesta. Y como aquello vio Cortés, le pareció mal su plática, y con palabras blandas dijo a los Embajadores, que se maravillaba de tan gran Señor, como es Moctezuma, tener tantos acuerdos; y que les rogaba,



que no se fuesen, porque otro día se querían partir para verle, y hacer lo que mandase, y aun me parece que les dio unos sartalejos de cuentas, y los Embajadores dijeron, que sí aguardarían: y hecho esto, nuestro Capitán nos mandó juntar, y nos dijo: Muy desconcertada veo esta gente, estemos muy alerta, que alguna maldad hay entre ellos: y luego envió a llamar al Cacique y principal, que ya no se me acuerda como se llamaba, o que enviase algunos principales: y respondió, que estaba malo, y que no podía venir él, ni ellos; y como aquello vio nuestro Capitán, mandó, que de un gran Cu, que estaba junto de nuestros aposentos, le trajésemos dos Papas con buenas razones, porque había muchos en él: trajimos dos de ellos sin hacerles deshonor, y Cortés les mandó dar a cada uno un chalchihui, que son muy estimados entre ellos, como esmeraldas, y les dijo con palabras amorosas, que por qué causa el Cacique, y principales, y todos los más Papas están amedrentados, que los ha enviado a llamar, y no habían querido venir: y parece ser, que el uno de aquellos Papas era hombre muy principal entre ellos, y tenía cargo o mando en todos los más Cues de aquella ciudad, que debía de ser a manera de Obispo entre ellos, y le tenían gran acato, y dijo, que los que son Papas, que no tenían temor de nosotros, que si el Cacique, y principales no han querido venir, que él iría a llamarles, y que como él les hable, que tiene creído que no harán otra cosa, y que vendrán: y luego Cortés dijo, que fuese en buen hora, y quedase su compañero allí aguardando hasta que viniesen, y fue aquel Papa, y llamó al Cacique, y principales: y luego vinieron juntamente con él al aposento de Cortés, y les preguntó con nuestras lenguas Doña Marina, y Aguilar, que por qué habían miedo, y por qué causa no nos daban de comer, y que si reciben pena de nuestra estada en la ciudad, que otro día por la mañana nos queríamos partir para México, a ver, y hablar al Señor Moctezuma, y que le tengan aparejados tamemes para llevar el fardaje y tepuzques, que son las bombardas: y también, que luego traigan comida: y el Cacique estaba tan cortado, que no acertaba a hablar, y dijo, que la comida que la buscarían, más que su Señor Moctezuma les ha enviado a mandar, que no la diesen, ni quería que pasaremos de allí adelante: y estando en estas pláticas, vinieron tres Indios de los de Cempoal nuestros amigos, y secretamente dijeron a Cortés, que habían hallado junto adonde estábamos aposentados, hechos hoyos en las calles, y cubiertos con madera, y tierra, que no mirando mucho en ello, no se podría ver, y que quitaron la tierra de encima de un hoyo que estaba lleno de estacas muy agudas para matar los caballos que corriesen, y que las azuteas que las tienen llenas de piedras y mamparos de adobes: y que ciertamente estaban de buen arte, porque también hallaron albarradas de



maderos gruesos en otra calle: y en aquel instante vinieron ocho Indios Tlascaltecas de los que dejamos en el campo, que no entraron en Cholula, y dijeron a Cortés: mira, Malinche, que esta ciudad está de mala manera, porque sabemos que esta noche han sacrificado a su ídolo, que es el de la guerra, siete personas, y los cinco de ellos son niños, porque les dé vitoria contra vosotros. Y también hemos visto que sacan todo el fardaje, y mujeres y niños. Y como aquello oyó Cortés, luego los despachó para que fuesen a sus Capitanes los Tlascaltecas, que estuviesen muy aparejados, si los enviásemos a llamar, y tornó a hablar al Cacique, y Papas, y principales de Cholula, que no tuviesen miedo, ni anduviesen alterados, y que mirasen la obediencia que dieron, que no la quebrantasen, que les castigaría por ello, que ya les ha dicho que nos queremos ir por la mañana, que ha menester dos mil hombres de guerra de aquella ciudad, que vayan con nosotros, como nos han dado los de Tlascala, porque en los caminos los habrá menester, y dijéronle, que sí darían, así los hombres de guerra, como los del fardaje: y demandaron licencia para irse luego a apercibirlos, y muy contentos se fueron, porque creyeron, que con los guerreros que nos habían de dar, y con las Capitanías de Moctezuma, que estaban en los arcabuezos y barrancas, que allí de muertos o presos no podríamos escapar, por causa que no podrían correr los caballos: y por ciertos mamparos, y albarradas, que dieron luego por aviso a los que estaban en guarnición, que hiciesen a manera de callejón, que no pudiésemos pasar: y les avisaron, que otro día habíamos de partir, y que estuviesen muy a punto todos, porque ellos darían dos mil hombres de guerra, y como fuésemos descuidados, que allí harían su presa los unos y los otros, y nos podían atar. Y que esto que lo tuviesen por cierto, porque ya habían hecho sacrificios a sus ídolos de guerra, y les han prometido la victoria. Y dejemos de hablar en ello, que pensaban que sería cierto, y volvamos a nuestro Capitán, que quiso saber muy por extenso todo el concierto, y lo que pasaba: y dijo a Doña Marina, que llevase más chalchihuis a los dos Papas que había hablado primero, pues no tenía miedo, y con palabras amorosas les dijese, que les quería tornar a hablar Malinche, y que los trajese consigo: y la Doña Marina fue, y les habló de tal manera, que lo sabía muy bien hacer, y con dádivas vinieren luego con ella: y Cortés les dijo, que dijesen la verdad de lo que supiesen, pues eran Sacerdotes de ídolos, y principales, que no habían de mentir: y que lo que dijesen, que no sería descubierto por vía ninguna, pues que otro día nos habíamos de partir, y que les daría mucha ropa: y dijeron, que la verdad es, que su Señor Moctezuma supo que íbamos a aquella ciudad, y que cada día estaba en muchos acuerdos, y que no determinaba bien la



cosa: y que unas veces les enviaba a mandar, que si allí fuésemos, que nos hiciesen mucha honra, y nos encaminasen a su ciudad: y otras veces les enviaba a decir, que ya no era su voluntad que fuésemos a México: y que ahora nuevamente le han aconsejado su Tezcatepuca, y su Huichilobos, en quien ellos tienen gran devoción, que allí en Cholula los matasen, o llevasen atados a México. y que había enviado el día antes veinte mil hombres de guerra, y la mitad están ya aquí dentro de esta ciudad, y la otra mitad están cerca de aquí entre unas quebradas: y que ya tienen aviso que os habéis de ir mañana, y de las albarradas que se mandaron hacer, y de los dos mil guerreros que os habemos de dar, y como tenían ya hechos conciertos que habían de quedar veinte de nosotros para sacrificar a los ídolos de Cholula. Y sabido todo esto, Cortés les mandó dar mantas muy labradas, y les rogó que no lo dijese, porque si lo descubrían, que a la vuelta que volviésemos de México los matarían, y que se querían ir muy de mañana, y que hiciesen venir todos los Caciques para hablarles, como dicho les tiene: y luego aquella noche tomó consejo Cortés de lo que habíamos de hacer, porque tenía muy extremados varones, y de buenos consejos: y como en tales casos suele acaecer, unos decían, que sería bien torcer el camino, y irnos para Guaxocingo: otros decían, que procurásemos haber paz por cualquier vía que pudiésemos, y que nos volviésemos a Tlascala: otros dimos parecer, que si aquellas traiciones dejáramos pasar sin castigo, que en cualquier parte nos tratarían otras peores: y pues que estábamos allí en aquel gran pueblo, y había hartos bastimentos, les diésemos guerra, porque más la sentirían en sus casas, que no en el campo, y que luego apercibiésemos a los Tlascaltecas, que se hallasen en ello. Y a todos pareció bien este postrer acuerdo, y fue de esta manera, que ya que les había dicho Cortés, que nos habíamos de partir para otro día, que hiciésemos que liáramos nuestro hato, que era harto poco, y que unos grandes patios que había, donde posábamos, estaban con altas cercas, que diésemos en los Indios de guerra, pues aquello era su merecido, y que con los Embajadores de Moctezuma disimulásemos, y les dijésemos, que los malos de los Cholutecas han querido hacer una traición, y echar la culpa de ella a su Señor Moctezuma, y a ellos mismos como sus Embajadores: lo cual no creíamos que tal mandase hacer, y que les rogáramos que se estuviesen en el aposento de nuestro Capitán, y no tuviesen más plática con los de aquella ciudad, porque no nos den que pensar que andan juntamente con ellos en las traiciones, y para que se vayan con nosotros a México por guías: y respondieron, que ellos, ni su Señor Moctezuma no saben cosa ninguna de lo que les dicen, y aunque no quisieron, les pusimos guardas, porque no se fuesen sin licencia, y porque no supiese



Moctezuma que nosotros sabíamos que él era quien lo había mandado hacer: y aquella noche estuvimos muy apercebidos y armados, y los caballos ensillados y enfrenados, con grandes velas y rondas, que esto siempre lo teníamos de costumbre, porque tuvimos por cierto, que todas las Capitanías, así de Mexicanos, como de Cholutecas, aquella noche habían de dar sobre nosotros: y una India vieja mujer de un Cacique, como sabía el concierto y trama que tenían ordenado, vino secretamente a Doña Marina nuestra lengua, y como la vio moza, y de buen parecer, y rica, le dijo y aconsejó que se fuese con ella a su casa, si quería escapar la vida, porque ciertamente aquella noche, o otro día nos habían de matar a todos, porque ya estaba así mandado y concertado por el gran Moctezuma, para que entre los de aquella ciudad, y los Mexicanos se juntasen, y no quedase ninguno de nosotros a vida, o nos llevasen atados a México: y porque sabe esto, y por mancilla que tenía de la Doña Marina, se lo venía a decir, y que tomase todo su hato, y se fuese con ella a su casa, y que allí la casaría con un su hijo, hermano de otro mozo que traía la vieja que la acompañaba. Y como lo entendió la Doña Marina, y en todo era muy avisada, le dijo: ¡Oh madre, que mucho tengo que agradeceros eso que me decís! Yo me fuera ahora, sino que no tengo de quien fiarme para llevar mis mantas y joyas de oro, que es mucho. Por vuestra vida, madre, que aguardéis un poco vos, y vuestro hijo, y esta noche nos iremos, que ahora ya veis que estos Teules están velando, y sentirnos han: y la vieja creyó lo que le decía, y quedóse con ella platicando, y le preguntó, que de qué manera nos habían de matar, y cómo y cuándo se hizo el concierto: y la vieja se lo dijo ni más ni menos que lo habían dicho los dos Papas: y respondió la Doña Marina: pues ¿cómo siendo tan secreto ese negocio, lo alcanzaste vos a saber? Dijo, que su marido se lo había dicho, que es Capitán de una parcialidad de aquella ciudad, y como tal Capitán está ahora con la gente de guerra que tiene a cargo, dando orden para que se junten, en las barrancas con los escuadrones del gran Moctezuma, y que cree estarán juntos esperando para cuando fuésemos, y que allí nos matarían, y que esto del concierto, que lo sabía tres días había, porque de México enviaron a su marido un tambor dorado, y a otras tres Capitanías también les envió ricas mantas, y joyas de oro, porque nos llevasen a todos a su señor Moctezuma: y la Doña Marina como lo oyó, disimuló con la vieja, y dijo: ¡Oh, cuánto me huelgo en saber que vuestro hijo, con quien me queréis casar, es persona principal! Mucho hemos estado hablando, no querría que nos sintiesen, por eso madre aguardad aquí, comenzaré a traer mi hacienda, porque no lo podré sacar todo junto, y vos y vuestro hijo mi hermano lo guardaréis, y luego nos podremos ir: y la vieja todo se lo



creía, y sentóse de reposo la vieja, ella y su hijo, y la Doña Marina entra de presto donde estaba el Capitán Cortés, y le dice todo lo que pasó con la India: la cual luego la mandó traer ante él, y le tornó a preguntar sobre las traiciones y conciertos, y le dijo ni más ni menos que los Papas, y le pusieron guardas, porque no se fuese, y cuando amaneció era cosa de ver la prisa que traían los Caciques y Papas con los Indios de guerra con muchas risadas, y muy contentos, como si ya nos tuvieran metidos en el garlito y redes, y trajeron más indios de guerra que les pedimos, que no cupieron en los patios, por muy grandes que son, que aún todavía se están sin deshacer por memoria de lo pasado: y por bien de mañana que vinieron los Cholultecas con la gente de guerra, ya todos nosotros estábamos muy apunto para lo que se había de hacer, y los soldados de espada y rodela puestos a la puerta del gran patio para no dejar salir a ningún indio de los que estaban con armas, y nuestro Capitán también estaba a caballo acompañado de muchos soldados para su guarda: y cuando vio que tan de mañana habían venido los Caciques, y Papas, y gente de guerra, dijo: qué voluntad tienen estos traidores de vernos entre las barrancas para hartarse de nuestras carnes: mejor lo hará nuestro Señor: y preguntó por los dos Papas que habían descubierto el secreto, y le dijeron que estaban a la puerta del patio con otros Caciques que querían entrar, y mandó Cortés a Aguilar nuestra lengua, que les dijese que se fuesen a sus casas, y que ahora no tenían necesidad de ellos, y esto fue por causa, que pues nos hicieron buena obra, no recibiesen mal por ella, porque no los matasen: y como Cortés estaba a caballo, y Doña Marina junto a él, comenzó a decir a los Caciques y Papas, que sin hacerles enojo ninguno, ¿a qué causa nos querían matar la noche pasada? y que si les hemos hecho, o dicho, cosa para que nos tratasen aquellas traiciones, más de amonestarles las cosas que a todos los más pueblos por donde hemos venido, les decimos que no sean malos, ni sacrifiquen hombres, ni adoren sus ídolos, ni coman las carnes de sus próximos; que no sean sométicos, y que tengan buena manera en su vivir, y decirles las cosas tocantes a nuestra santa Fe, y esto sin apremiarles en cosa ninguna: y a qué fin tienen ahora nuevamente aparejadas muchas varas largas y recias como colleras, y muchos cordeles en una casa junto al gran Cu: y por qué han hecho de tres días acá albarradas en las calles, y hoyos, y pertrechos en las azuteas: y porque han sacado de su ciudad sus hijos y mujeres, y hacienda: y que bien se ha parecido su mala voluntad, y las traiciones que no las pudieron encubrir, que aun de comer no nos daban, que por burla traían agua y leña, y decían que no había maíz: y que bien sabe que tienen cerca de allí en unas barrancas muchas Capitanías de guerreros esperándonos, creyendo que habíamos de ir por



aquel camino a México para hacer la traición que tienen acordada, con otra mucha gente de guerra, que esta noche se ha juntado con ellos: que pues en pago de que los venían a tener por hermanos, y decirles lo que Dios nuestro Señor, y el Rey manda, nos querían matar, y comer nuestras carnes, que ya tenían aparejadas las ollas con sal, y agi, y tomates: que si esto querían hacer, que fuera mejor que nos dieran guerra, como esforzados y buenos guerreros en los campos, como hicieron sus vecinos los Tlascaltecas: y que sabe por muy cierto lo que tenían concertado en aquella ciudad, y aun prometido a su ídolo abogado de la guerra, y que le habían de sacrificar veinte de nosotros delante del ídolo, y tres noches antes ya pasadas que le sacrificaron siete Indios, porque les diese victoria: la cual les prometió, y como es malo y falso, no tiene ni tuvo poder contra nosotros, y que todas estas maldades y traiciones que han tratado y puesto por la obra, han de caer sobre ellos, y esta razón se lo decía Doña Marina, y se lo daban muy bien a entender: y como lo oyeron los Papas, y Caciques, y Capitanes, dijeron, que así es verdad lo que les dice, y que de ello no tienen culpa, porque los Embajadores de Moctezuma lo ordenaron por mandado de su Señor. Entonces les dijo Cortés, que tales traiciones como aquellas, que mandan las leyes Reales que no queden sin castigo, y que por su delito que han de morir: y luego mandó soltar una escopeta, que era la señal que teníamos apercebida para aquel efecto, y se les dio una mano, que se les acordará para siempre, porque matamos muchos de ellos, y otros se quemaron vivos, que no les aprovechó las promesas de sus falsos ídolos: y no tardaron dos horas que no llegaron allí nuestros amigos los Tlascaltecas que dejamos en el campo, como ya he dicho otra vez, y peleaban muy fuertemente en las calles donde los Chulultecas tenían otras Capitanías defendiéndolas, porque no les entrásemos: y de presto fueron desbaratadas, y iban por la ciudad robando y cautivando, que no los podíamos detener: y otro día vinieron otras Capitanías de las poblaciones de Tlascala, y les hacían grandes daños, porque estaban muy mal con los de Cholula: y como aquello vimos, así Cortés, como los demás Capitanes y soldados, por mancilla que hubimos de ellos, detuvimos a los Tlascaltecas que no hiciesen más mal: y Cortés mandó a Pedro de Alvarado, y a Cristóbal de Olí, que le trajesen todas las Capitanías de Tlascala para hablarles, y no tardaron de venir, y les mandó que recogiesen toda su gente, y que se estuviesen en el campo, y así lo hicieron, que no quedó con nosotros, sino los de Cempoal: y en aqueste instante vinieron ciertos Caciques, y Papas Chulultecas, que eran de otros barrios, que no se hallaron en las traiciones, según ellos decían (que como es gran ciudad, era bando y parcialidad por sí) y rogaron a Cortés, y a todos nosotros que



perdonásemos el enojo de las traiciones que nos tenían ordenadas, pues los traidores habían pagado con las vidas: y luego vinieron los dos Papas amigos nuestros que nos descubrieron el secreto, y la vieja mujer del Capitán que quería ser suegra de Doña Marina (como ya he dicho otra vez) y todos rogaron a Cortés fuesen perdonados. Y Cortés cuando se lo decían mostró tener grande enojo, y mandó llamar a los Embajadores de Moctezuma, que estaban detenidos en nuestra compañía, y dijo, que puesto que toda aquella ciudad merecía ser asolada, y que pagaran con las vidas, que teniendo respeto a su señor Moctezuma, cuyos vasallos son, los perdona, y que de ahí adelante que sean buenos, y no les acontezca otra como la pasada, que morirán por ello. Y luego mandó llamar los Caciques de Tlascala que estaban en el campo, y les dijo que volviesen los hombres y mujeres que habían cautivado, que bastaban los males que habían hecho. Y puesto que se les hacía de mal devolverlo, y decían que de muchos más daños eran merecedores, por las traiciones que siempre de aquella ciudad han recibido; por mandarlo Cortés volvieron muchas personas: más ellos quedaron de esta vez ricos, así de oro, y mantas, y algodón, y sal, y esclavos. Y demás de esto Cortés los hizo amigos con los de Cholula, que a lo que después vi y entendí, jamás quebraron las amistades: y más les mandó a todos los Papas y Caciques Cholultecas que poblasen su ciudad, y que hiciesen tiangués, y mercados, y que no hubiesen temor, que no se les haría enojo ninguno: y respondieron, que dentro en cinco días harían poblar toda la ciudad, porque en aquella sazón todos los más vecinos estaban amontados, y dijeron que temían que Cortés los nombrase Cacique, porque el que solía mandar, fue uno de los que murieron en el patio. Y luego preguntó, que a quién le venía el Cacicazgo, y dijeron, que a un su hermano: al cual luego le señaló por Gobernador, hasta que otra cosa fuese mandada. Y demás de esto, desde que vio la ciudad poblada, y estaban seguros en sus mercados, mandó que se juntasen los Papas y Capitanes con los demás principales de aquella ciudad, y se les dio a entender muy claramente todas las cosas tocantes a nuestra santa Fe, o que dejasen de adorar ídolos, y no sacrificasen, ni comiesen carne humana, ni se robasen unos a otros, ni usasen las torpedades que solían usar, y que mirasen que sus ídolos los traen engañados, y que son malos, y no dicen verdad: y que tuviesen memoria, que cinco días había las mentiras que les prometieron, que les darían victoria, cuando sacrificaron las siete personas: y como todo cuanto dicen a los Papas, y a ellos, es todo malo; y que los rogaba que luego los derrocasen, y hiciesen pedazos, y si ellos no querían, que nosotros los quitaríamos, y que hiciesen encalar uno como humilladero, donde pusimos una Cruz. Lo de



la Cruz luego lo hicieron, y respondieron, que quitarían los ídolos; y puesto que se lo mandó muchas veces que los quitasen, lo dilataban. Y entonces dijo el padre de la Merced a Cortés, que era por demás a los principios quitarles sus ídolos, hasta que vayan entendiendo más las cosas, y ver en que paraba nuestra entrada en México, y el tiempo nos diría lo que habíamos de hacer, que al presente bastaba las amonestaciones que se les había hecho, y ponerles la Cruz. Dejaré de hablar de esto, y diré como aquella ciudad está asentada en un llano, y en parte, y sitio, donde están muchas poblaciones cercanas, que es Tepeaca, Tlascalá, Chalco, Tecamachalco, Guaxocingo, y otros muchos pueblos, que por ser tantos, aquí no los nombro: y es tierra de maíz, y otras legumbres, y de mucho azi, y toda llena de maijales, que es de lo que hacen el vino, y hacen en ella muy buena loza de barro colorado, y prieto, y blanco de diversas pinturas, y se bastece de ella México, y todas las provincias comarcanas: digamos ahora como en Castilla lo de Talavera, o Palencia. Tenía aquella ciudad en aquel tiempo sobre cien torres muy altas, que eran Cues, y adoratorios, donde estaban sus ídolos, especial el Cu mayor era de más altor que el de México, puesto que era muy suntuoso y alto el Cu Mexicano, y tenía otros cien patios para el servicio de los Cues: y según entendimos, había allí un ídolo muy grande, el nombre de él no me acuerdo, más entre ellos tenían gran devoción, y venían de muchas partes a sacrificarle, y a tener como a manera de novenas, y le presentaban de las haciendas que tenían. Acuérdomme, que cuando en aquella ciudad entramos, que cuando vimos tan altas torres, y blanquear, nos pareció al propio Valladolid¹

¹ Esta ciudad de Cholula, dice Cortés, está asentada en un llano, y tiene hasta veinte mil vecinos dentro del cuerpo de la ciudad, y tiene de arrabales otras tantas. *De su terreno, dice* es la ciudad más a propósito para vivir Españoles, que yo he visto de los puertos acá; porque tiene algunos baldíos, y aguas para criar ganados, lo que no tienen ningunas de cuantas hemos visto; porque es tanta la multitud de la gente, que en estas partes mora, que ni un palmo de tierra hay, que no esté labrado, y aun con todo en muchas partes padecen necesidad por falta de pan... *Del traje cuenta*, La gente de esta ciudad es más vestida que los de Tascaltecal, porque los honrados ciudadanos de ella todos traen albornoces encima de la otra ropa, aunque son diferenciados de los de África, porque tienen maneras; pero en la hechura, y tela, y los rapacejos son muy semejables. *Cortés Carta II.* Por la descripción de las tierras, y pueblos que los Españoles encontraban en su tránsito, y expediciones, puede formarse juicio de la riqueza, poder, población, agricultura, y artes de los Americanos. En la misma Carta deja dicho Cortés que Zempoala, que llamó Sevilla, su sierra y provincia serían hasta cincuenta mil hombres de guerra. Antes de concluir la paz con Tlascalá, cuenta que en una salida que hizo para correr los alrededores entró en varios pueblos, uno de ellos tan grande, que por matrícula, a visitación que mandó hacer, halló veinte mil casas. Del territorio de la República de Tlascalá refiere, que por visitación que mandó hacer halló quinientos mil vecinos con otra provincia más pequeña que está junto a ella que se decía Gnasincango. Es notable la descripción que hace de la Capital de Tlascalá. La cual ciudad, *dice*, es tan grande, y de tanta admiración, que aunque mucho de lo que de ella podría decir deje, lo poco que diré creo es casi increíble, porque es muy mayor que Granada, y muy más fuerte, y de tan buenos edificios, y de muy mucha más gente que Granada tenía al tiempo que se ganó; y muy mejor abastecida de las cosas de la tierra, que es de pan, y de aves, y caza, y pescado de los ríos, y de otras legumbres, y cosas que ellos comen muy buenas. Hay en esta ciudad un mercado en que cotidianamente todos los días hay en él de treinta mil ánimas arriba vendiendo y comprando, sin otros muchos mercadillos que hay por la ciudad en partes. En este mercado hay todas



Dejemos de hablar de esta ciudad, y todo lo acaecido en ella, y digamos como los escuadrones que había enviado el gran Moctezuma, que estaban ya puestos entre los arcabuezos que están cabe Cholula, y tenían hechos mamparos, y callejones, para que no pudiesen correr los caballos, como lo tenían concertado, como ya otra vez he dicho: y como supieron lo acaecido, se vuelven más que de paso para México, y dan relación a su Moctezuma, según, y de la manera que todo pasó: y por presto que fueron, ya teníamos la nueva de dos principales, que con nosotros estaban, que fueron en posta, y supimos muy de cierto, que cuando lo supo Moctezuma, que sintió gran dolor y enojo: y que luego sacrificó ciertos Indios a su ídolo Huichilobos, que le tenía por Dios de la guerra; porque les dijese en que había de parar nuestra ida a México, o si nos dexaría entrar en su ciudad; y aun supimos que estuvo encerrado en sus devociones y sacrificios dos días juntamente con diez Papas los más principales, y hubo respuesta de aquellos ídolos, que tenían por Dioses: y fue que le aconsejaron, que nos enviase mensajeros a disculpar de lo de Cholula, y que con muestras de paz nos deje entrar en México, y que estando dentro, con quitarnos la comida, y agua, o alzar cualquiera de las puentes, nos mataría, y que en un día, si nos daba guerra, no quedaría ninguno de nosotros a vida; y que allí podría hacer sus sacrificios, así al Huichilobos, que les dio esta respuesta, como a Tezcatepuca, que tenían por Dios del infierno, y se hartarían de nuestros muslos, y piernas, y brazos; y de las tripas y el cuerpo, y todo lo demás, hartarían las culebras y serpientes, y tigres, que tenía en unas casas de madera, como adelante diré en su tiempo y lugar. Dejemos de hablar de lo que Moctezuma sintió de lo sobredicho, y

cuantas cosas, así de mantenimiento, como de vestido, y calzado, que ellos tratan, y puede haber. Hay joyerías de oro y plata, y piedras, y de otras joyas de plumaje, también concertado como puede ser en todas las plazas, y mercados del mundo: hay mucha loza de todas maneras, y muy buena, y tal como la mejor de España. Venden mucha leña y carbón, y yerbas de comer, y medicinales. Hay casas donde lavan las cabezas como barberos, y las rapan, hay baños. Finalmente que entre ellos hay toda manera de buena orden, y policía; y es gente de toda razón, y concierto, y tal que lo mejor de África no se le iguala. Es esta provincia de muchos valles llanos, y hermosos, y todos labrados, y sembrados, sin haber en ellos cosa vacua. Tiene en torno la provincia noventa leguas, y más. *Cortés Carta II.* No debe parecer inverosímil una población tan crecida en estos países. Aunque carecían de animales domésticos, como del buey, asno, mula, y caballo, esta misma privación era el fundamento de tanta multitud por una razón muy natural: sin animales domésticos ni para la labor de las tierras, ni para el trajino, hacían los hombres lo que en Europa hacen las bestias: mantenían hombres con las producciones, que habían de sustentar a los irracionales: la mitad, o gran parte de las tierras cultivadas en Europa se ocupan en granos, y frutos con que sostener el ganado de la labor, las bestias de arriería, las de regalo, y lujo, y las que sirven en los Ejércitos. Todos los terrenos cultivados servían entre los Americanos para alimento de los hombres; por otra parte, según se llega a entender de Cortés poseían el arte del riego. Veremos en Cortés, y Castillo que la industria, esto es, aquellas ocupaciones que distrayendo al hombre de la agricultura le emplean en otras fatigas, estaban ejercitadas en el Imperio de México por innumerables brazos. Grande industria, y en una Nación grande, no puede existir sin grande agricultura; grandes ciudades, Corte populosa, no se suelen hallar sino sobre la base de un gran cultivo de la tierra. En las naciones salvajes, y en los pueblos pastores no son regulares estas reuniones fijas de multitudes de hombres. Creo que este discurso disuelve cualquier dificultad que se haga sobre la población numerosa que los Españoles encontraron en varios países de América.



digamos como esta cosa, o castigo de Cholula, fue sabido en todas las provincias de la Nueva España. Y si de antes teníamos fama de esforzados, y habían sabido de las guerras de Potonchan, y Tabasco, y de Cingapacinga, y lo de Tlascalala, y nos llamaban Teules, que es nombre como sus Dioses, o cosas malas, desde ahí adelante nos tenían por adivinos, y decían que no se nos podría encubrir cosa ninguna mala, que contra nosotros tratasen, que no lo supremos: y a esta causa nos mostraban buena voluntad. Y creo que estarán hartos los curiosos lectores de oír esta relación de Cholula, y ya quisiera haberla acabado de escribir. Y no puedo dejar de traer aquí a la memoria las redes de maderos gruesos, que en ella hallamos; las cuales tenían llenas de Indios, y muchachos a cebo, para sacrificar y comer sus carnes; las cuales redes quebramos, y los Indios que en ellas estaban presos, les mandó Cortés que se fuesen adonde eran naturales, y con amenazas mandó a los Capitanes, y Papas de aquella ciudad, que no tuviesen más Indios de aquella manera, ni comiesen carne humana, y así lo prometieron. ¿Mas qué aprovechaban aquellos prometimientos, que no lo cumplían? Pasemos ya adelante, y digamos que aquestas fueron las grandes crueldades que escribe, y nunca acaba de decir el señor Obispo de Chiapa, Don Fr. Bartolomé de las Casas; porque afirma, y dice, que sin causa ninguna, sino por nuestro pasatiempo, y porque se nos antojó, se hizo aquel castigo². Y también quiero decir, que unos buenos Religiosos Franciscos, que fueron los primeros Frailes que su Majestad envió a esta Nueva España, después de ganado México, según adelante diré, fueron a Cholula, para saber, y pesquisar, e inquirir, cómo, y de qué manera pasó aquel castigo, y por qué causa: y la pesquisa que hicieron, fue con los mismos Papas, y viejos de aquella ciudad; y después de bien sabido de ellos mismos, hallaron ser ni más ni menos que en esta mi relación escribo: y sí no se hiciera aquel castigo, nuestras vidas estaban en harto peligro, según los escuadrones y Capitanías tenían de guerreros Mexicanos, y de los naturales de Cholula, y albarradas, y pertrechos; que si allí por nuestra desdicha nos mataran, esta Nueva España no se ganara tan presto, ni se atreviera a venir otra armada, y ya que viniera, fuera con gran trabajo, porque les defendieran los puertos, y se estuvieran siempre en sus idolatrías. Yo he oído decir a un Fraile Francisco de buena vida, que se decía Fray Toribio Motelmea, que si se pudiera excusar aquel castigo, y ellos no dieran causa a que se hiciese, que mejor fuera. más ya que se hizo, que fue bueno, para que los Indios de todas las provincias de la Nueva España vieses, y conociesen, que aquellos ídolos, y todos los demás son malos y mentirosos: y que

² El derecho de la guerra, y el de la propia defensa, tanto más riguroso cuanto es mayor el riesgo, justifica la conducta de Cortés contra los de Cholula, que habrían acabado con los Españoles, sin esta prevención.



viendo que lo que les había prometido salió al revés, que perdiesen la devoción que antes tenían con ellos, y que desde allí en adelante no le sacrificaban, ni venían en romería de otras partes como solían; y desde entonces no curaron más de él, y le quitaron del alto Cu donde estaba, y lo escondieron, o quebraron, que no pareció más, y en su lugar habían puesto otro ídolo. Dejémoslo ya, y diré lo que más adelante hicimos.



CAPÍTULO LXXXIV.

De ciertas pláticas, y mensajeros, que enviamos al gran Moctezuma.

Como habían ya pasado catorce días que estábamos en Cholula, y no teníamos en qué entender, y vimos que quedaba aquella ciudad muy poblada, y hacían mercados, y habíamos hecho amistades entre ellos, y los de Tlascalala, y les teníamos puesto una Cruz, y amonestádoles las cosas tocantes a nuestra santa Fe; y veíamos que el gran Moctezuma enviaba a nuestro Real espías encubiertamente a saber, y inquirir, que era nuestra voluntad, y si habíamos de pasar adelante para ir a su ciudad, porque todo lo alcanzaba a saber muy enteramente por dos Embajadores, que estaban en nuestra compañía: acordó nuestro Capitán de entrar en consejo con ciertos Capitanes, y algunos soldados, que sabía que le tenían buena voluntad; y porque demás de ser muy esforzados, eran de buen consejo, porque ninguna cosa hacía sin primero tomar sobre ello nuestro parecer. Y fue acordado, que blanda y amorosamente enviásemos a decir al gran Moctezuma, que para cumplir con lo que nuestro Rey y Señor nos envió a estas partes, hemos pasado muchos mares, y remotas tierras, solamente para verle, y decirle cosas que le serían muy provechosas cuando las haya entendido: que viniendo que veníamos camino de su ciudad, porque sus Embajadores nos encaminaron por Cholula, que dijeron que eran sus vasallos; y que dos días los primeros que en ella entramos, nos recibieron muy bien, y para otro día tenían ordenada una traición, con pensamiento de matarnos: y porque somos hombres que tenemos tal calidad, que no se nos puede encubrir cosa de trato ni traición, ni maldad, que contra nosotros quieran hacer, que luego no lo sepamos: y que por esta causa castigamos a algunos de los que querían ponerlo por obra. Y que porque supo que eran sus sujetos, teniendo respeto a su persona, y a nuestra gran amistad, dejó de matar y asolar todos los que fueron en pensar en la traición; y lo peor de todo es, que dijeron los Papas, y Caciques, que por consejo y mandado de él, y de sus Embajadores lo querían hacer; lo cual nunca creímos, que tan gran Señor, como él es, tal mandase, especialmente habiéndose dado por nuestro amigo: y tenemos colegido de su persona, que ya que tan mal pensamiento sus ídolos le pusiesen de darnos guerra, que sería en el campo, más en tanto teníamos que pelease en campo como en poblado, que de día, que de noche, porque los mataríamos a quien tal pensase hacer. Mas como lo tiene por grande amigo, y le desea ver, y hablar, luego nos partimos para su ciudad a darle cuenta muy por entero de lo que el Rey nuestro señor nos mandó. Y como el Moctezuma oyó esta embajada,



y entendió que por lo de Cholula no le poníamos culpa, oímos decir, que tornó a entrar con sus Papas en ayunos, y sacrificios que hicieron a sus ídolos, para que se tornase a rectificar, que si nos dejaría entrar en su ciudad, o no; y si se lo tornaba a mandar como lo había dicho otra vez. Y la respuesta que les tornó a dar, fue como la primera, y que de hecho nos deje entrar, y que dentro nos mataría a su voluntad. Y más le aconsejaron sus Capitanes y Papas, que si ponía estorbo en la entrada, que le haríamos guerra en los pueblos sus sujetos, teniendo como teníamos por amigos a los Tlascaltecas, y todos los Totonagues de la sierra, y otros pueblos que habían tomado nuestra amistad; y por excusar estos males, que mejor y más sano consejo es el que les ha dado su Huichilobos. Dejemos de más decir de lo que Moctezuma tenía acordado, y diré lo que sobre ello hizo, y como acordamos de ir camino de México: y estando de partida, llegaron mensajeros de Moctezuma con un presente, y lo que envió a decir.



CAPÍTULO LXXXV.

Cómo el gran Moctezuma envió un gran presente de oro, y lo que envió a decir, y cómo acordamos ir camino de México, y lo que más acaeció.

Como el gran Moctezuma hubo tomado otra vez consejo con sus Huichilobos, y Papas, y Capitanes, y todos le aconsejaron que nos dejase entrar en su ciudad, y que allí nos matarían a su salvo: y después que oyó las palabras que le enviamos a decir acerca de nuestra amistad, y también otras razones bravosas, como somos hombres que no se nos encubre traición, que contra nosotros se trate, que no lo sepamos: y que en lo de la guerra que eso se nos da que sea en el campo, o en poblado, que de noche o de día, o de otra cualquier manera: y como había entendido las guerras de Tlascala, y había sabido lo de Potonchan, y Tabasco, y Cingapacinga, y ahora lo de Cholula; estaba asombrado, y aun temeroso: y después de muchos acuerdos que tuvo, envió seis Principales con un presente de oro, y joyas de mucha diversidad de hechuras, que valdría, a lo que juzgaban, sobre dos mil pesos; y también envió ciertas cargas de mantas muy ricas de primas labores: y cuando aquellos Principales llegaron ante Cortés con el presente, besaron la tierra con la mano, y con gran acato como entre ellos se usa, dijeron: Malinche, nuestro señor el gran Moctezuma te envía este presente, y dice que lo recibas con el amor grande que te tiene, y a todos vuestros hermanos, y que le pesa del enojo que les dieron los de Cholula, y quisiera que los castigara más en sus personas, que son malos y mentirosos, y que las maldades que ellos querían hacer, le echaban a él la culpa, y a sus Embajadores: y que tuviésemos por muy cierto, que era nuestro amigo, y que vamos a su ciudad cuando quisiéremos; que puesto que él nos quiere hacer mucha honra, como a personas tan esforzadas, y mensajeros de tan alto Rey, como decís que es, y porque no tiene que darnos de comer, que a la ciudad se lleva todo el bastimento de acarreo, por estar en la laguna poblados, no lo podía hacer tan cumplidamente, más que él procurará de hacernos toda la más honra que pudiere, y que por los pueblos por donde habíamos de pasar, que él ha mandado que nos den lo que hubiéremos menester: y dijo otros muchos cumplimientos de palabra. Y como Cortés lo entendió por nuestras lenguas, recibió aquel presente con muestras de amor, y abrazó a los mensajeros, y les mandó dar ciertos diamantes torcidos, y todos nuestros Capitanes y soldados nos alegramos con tan buenas nuevas, y mandarnos que vamos a su ciudad, porque de día en día lo estábamos deseando todos los más soldados, especial los que no dejábamos en la Isla de



Cuba bienes ningunos, y habíamos venido dos veces a descubrir primero que Cortés. Dejemos esto, y digamos cómo el Capitán les dio buena respuesta, y muy amorosa, y mandó que se quedasen tres mensajeros de los que vinieron con el presente, para que fuesen con nosotros por guías, y los otros tres volvieron con la respuesta a su Señor, y les avisaron que ya íbamos camino. Y después que aquella nuestra partida entendieron los Caciques mayores de Tlascalá, que se decían Xicotenga el viejo, y ciego, y Masse Escaci, los cuales he nombrado otras veces, les pesó en el alma, y enviaron a decir a Cortés, que ya le habían dicho muchas veces, que mirase lo que hacía, y se guardase de entrar en tan grande ciudad, donde había tantas fuerzas, y tanta multitud de guerreros: porque un día u otro nos darían guerra, y temían que no podríamos salir con las vidas, y que por la buena voluntad que nos tienen, que ellos quieren enviar diez mil hombres, con Capitanes esforzados, que vayan con nosotros con bastimento para el camino. Cortés les agradeció mucho su buena voluntad, y les dijo, que no era justo entrar en México con tanta copia de guerreros, especialmente siendo tan contrarios los unos de los otros, que solamente había menester mil hombres para llevar los tepuzques, y fardaje, y para adobar algunos caminos. Ya he dicho otra vez, que tepuzques en estas partes dicen por los tiros, que son de hierro que llevábamos: y luego despacharon los mil Indios muy apercebidos: y ya que estábamos muy a punto para caminar, vinieron a Cortés los Caciques, y todos los más principales guerreros de Cempoal, que andaban en nuestra compañía, y nos sirvieron muy bien y lealmente; y dijeron que se querían volver a Cempoal, y que no pasarían de Cholula adelante para ir a México, porque cierto tenían, que si allá iban, que habían de morir ellos, y nosotros, y que el gran Moctezuma los mandaría matar, porque eran personas muy principales de los de Cempoal, que fueron en quitarle la obediencia, y en que no se le diese tributo, y en aprisionar sus recaudadores, cuando hubo la rebelión ya por mí otra vez escrita en esta relación. Y como Cortés les vio que con tanta voluntad le demandaban aquella licencia, les respondió con Doña Marina y Aguilar, que no hubiesen temor ninguno de que recibirían mal ni daño, y que pues iban en nuestra compañía, que quién había de ser osado a enojarlos a ellos, ni a nosotros. Y que les rogaba, que mudasen su voluntad, y que se quedasen con nosotros, y les prometió que les haría ricos; y por más que se lo rogó Cortés, y Doña Marina se lo decía muy afectuosamente, nunca quisieron quedar, sino que se querían volver: y como aquello vio Cortés, dijo: Nunca Dios quiera que nosotros llevemos por fuerza a esos Indios que tan bien nos han servido; y mandó traer muchas cargas de mantas ricas, y se las repartió entre



todos, y también envió al Cacique Gordo nuestro amigo, señor de Cempoal, dos cargas de mantas para él, y para su sobrino Cuesco, que así se llamaba otro gran Cacique; y escribió al Teniente Juan de Escalante, que dejábamos por Capitán, y era en aquella sazón Alguacil mayor, todo lo que nos había acaecido, y como ya íbamos camino de México, y que mirase muy bien por todos los vecinos, y se velase, que siempre estuviese de día y de noche con gran cuidado, que acabase de hacer la fortaleza, y que a los naturales de aquellos pueblos que los favoreciese contra Mexicanos, y no les hiciese agravio, ni ningún soldado de los que con él estaban; y escritas estas cartas, y partidos los de Cempoal, comenzamos de ir de nuestro camino muy apercebidos.



CAPÍTULO LXXXVI.

Cómo comenzamos a caminar para la ciudad de México, y de lo que en el camino nos avino, y lo que Moctezuma envió a decir.

Así como salimos de Cholula con gran concierto, como lo teníamos de costumbre, los corredores del campo a caballo, descubriendo la tierra, y peones muy sueltos juntamente con ellos, para si algún paso nulo o embarazo hubiese se ayudasen los unos a los otros, y nuestros tiros muy a punto, y escopetas, y ballesteros, y los de a caballo de tres en tres, para que se ayudasen: y todos los más soldados en gran concierto. No sé yo para qué lo traigo tanto a la memoria, sino que en las cosas de la guerra, por fuerza hemos de hacer relación de ello, para que se vea cual andábamos la barba sobre el hombro. Y así caminando, llegamos aquel día a unos ranchos, que están en una como serrezuela, que es población de Guaxocingo, que me parece que se dicen los ranchos de Iscalpan, cuatro leguas de Cholula; y allí vinieron luego los Caciques y Papas de los pueblos de Guaxocingo, que estaban cerca, y eran amigos, y confederados de los de Tlascalca; y también vinieron otros pueblezuelos, que están poblados a las haldas del volcán, que confinan con ellos; y trajeron todos mucho bastimento, y un presente de joyas de oro de poca valía, y dijeron a Cortés, que recibiese aquello, y no mirase a lo poco que era, sino a la voluntad con que se lo daban, y le aconsejaron que no fuese a México, que era una ciudad muy fuerte, y de muchos guerreros, y que correríamos mucho peligro: y que ya que íbamos, que subido aquel puerto, que había dos caminos muy anchos, y que el uno iba a un pueblo que se dice Chalco, y el otro Talmalanco, que era otro pueblo, y entrambos sujetos a México; y que un camino estaba muy barrido y limpio, para que vamos por él, y que el otro camino lo tienen ciego, y cortados muchos árboles muy gruesos, y grandes pinos, porque no puedan ir caballos, ni pudiésemos pasar adelante: y que abajado un poco de la sierra, por el camino que tenían limpio, creyendo que habíamos de ir por él, que tenían cortado un pedazo de la sierra, y había allí mamparos, y albarradas: y que han estado en el paso ciertos escuadrones Mexicanos para nos matar, y que nos aconsejaban que no fuésemos por el que estaba limpio, sino por donde estaban los árboles atravesados, y que ellos nos darán mucha gente que lo desembaracen: y pues que iban con nosotros los Tlascaltecas, que todos quitarían los árboles, y que aquel camino salía a Talmalanco: y Cortés recibió el presente con mucho amor, y les dijo, que les agradecía el aviso que le daban, y con la ayuda de Dios, que no



dejará de seguir su camino, y que irá por donde le aconsejaban. y luego otro día bien de mañana comenzamos a caminar, y ya era cerca de mediodía cuando llegamos en lo alto de la sierra, donde hallamos los caminos, ni más ni menos que los de Guaxocingo dijeron: y allí reparamos un poco, y aun nos dio que pensar en lo de los escuadrones Mexicanos, y en la sierra cortada donde estaban las albarradas de que nos avisaron. Y Cortés mandó llamar a los Embajadores del gran Moctezuma, que iban en nuestra compañía, y les preguntó, que cómo estaban aquellos dos caminos de aquella manera, el uno muy limpio y barrido, y el otro lleno de árboles cortados nuevamente. Y respondieron, que porque vamos por el limpio que sale a una ciudad, que se dice Chalco, donde nos harán buen recibimiento, que es de su señor Moctezuma, y que el otro camino que le pusieron aquellos árboles, y le cegaron, porque no fuésemos por él, que hay malos pasos, y se rodea algo para ir a México, que sale a otro pueblo que no es tan grande como Chalco³; entonces dijo Cortés, que quería ir por el que estaba embarazado, y comenzamos a subir la sierra puestos en gran concierto, y nuestros amigos apartando los árboles muy grandes y gruesos, por donde pasamos con gran trabajo, y hasta hoy están algunos de ellos fuera del camino: y subiendo a lo más alto, comenzó a nevar, y se cuajó de nieve la tierra, y caminamos la sierra abajo, y fuimos a dormir a unas caserías, que eran como a manera de aposentos, o mesones donde posaban Indios mercaderes, y tuvimos bien de cenar, y con gran frio, pusimos nuestras velas, y rondas, y escuchas, y aun corredores del campo⁴; y otro día comenzamos a caminar, y a hora de misas mayores llegamos a un pueblo, que ya he dicho que se dice Talmalanco, y nos recibieron bien, y de comer no faltó: y como supieron de otros pueblos de nuestra llegada, luego vinieron los de Chalco, y se juntaron con los de Talmalnaco, y a Mecameca, y Acingo, donde están las canoas, que es puerto de ellos, y otros pueblezuelos, que ya no se me acuerda el nombre de ellos: y todos juntos trajeron un presente de oro, y dos cargas de mantas, y ocho Indias, que valdría el oro sobre ciento y cincuenta pesos, y dijeron: Malinche, recibe estos presentes que te damos, y tennos de aquí adelante por tus amigos: y Cortés los recibió con grande amor, y se les ofreció, que en todo lo que hubiesen menester los ayudaría: y cuando los vio juntos, dijo al Padre de la Merced, que les amonestase las

³ El pueblo principal de la provincia de Calchocon con las aldeas que había a dos leguas de él, tenía más de veinte mil vecinos. *Cortés Carta II.*

⁴ Desde estas sierras, *dice Cortés*, que se descubrían los llanos de Culua, y la gran ciudad de Temixtitan, y las lagunas que hay en dicha provincia. Los llanos, refiere en otra parte, que tenían en torno hasta setenta leguas, rodeados de sierras, y en ellos dos grandes lagunas, donde están la capital, y otras muchas ciudades. *Cortés Carta II.* Esto debía ofrecer a los Españoles una maravillosa perspectiva.



cosas tocantes a nuestra santa Fe, y dejasen sus ídolos, y se les dijo todo lo que solíamos decir en los más pueblos por donde habíamos venido: y a todo respondieron, que bien dicho estaba, y que lo verían adelante. También se les dio a entender el gran poder del Emperador nuestro señor, y que veníamos a deshacer agravios y robos, y que para ello nos envió a estas partes: y como aquello oyeron todos aquellos pueblos, que dicho tengo, secretamente, que no lo sintieron los Embajadores Mexicanos, dieron tantas quejas de Moctezuma, y de sus recaudadores, que les robaban cuanto tenían, y las mujeres, e hijas si eran hermosas, las forzaban delante de ellos, y de sus maridos, y se las tomaban, y que les hacían trabajar, como si fueran esclavos, que les hacían llevar en canoas, y por tierra madera de pinos, y piedra, y leña, y maíz, y otros muchos servicios de sembrar maizales, y les tomaban sus tierras para servicio de ídolos, y otras muchas quejas, que como ha ya muchos años que pasó, no me acuerdo: y Cortés les consoló con palabras amorosas, que se las sabía muy bien decir con Doña Marina, y que ahora al presente no puede entender en hacerles justicia, y que se sufriesen, que él les quitaría aquel dominio: y secretamente les mandó, que fuesen dos principales con otros cuatro amigos de Tlascalá, a ver el camino barrido, que nos hubieron dicho los de Guaxocingo, que no fuésemos por él, para que viesen qué albarradas y mamparos tenían, o si estaban allí algunos escuadrones de guerra: y los Caciques respondieron: Malinche, no hay necesidad de irlo a ver, porque todo está ahora muy llano y aderezado. y has de saber, que habrá seis días que estaban a un mal paso, que tenían cortada la sierra, porque no pudieses pasar, con mucha gente de guerra del gran Moctezuma; y hemos sabido, que su Huichilobos, que es el Dios que tienen de la guerra, les aconsejó, que os dejen pasar, y cuando hayáis entrado en México, que allí os matarán: por tanto, lo que nos parece es, que os estéis aquí con nosotros, y os daremos de lo que tuviéremos, y no vais a México, que sabemos cierto, que según es fuerte, y de muchos guerreros, no os dejarán con las vidas: y Cortés les dijo con buen semblante, que no tenían los Mexicanos, ni otras ningunas naciones poder para matarnos, salvo nuestro Señor Dios, en quien creemos, y que porque vean, que al mismo Moctezuma, y a todos los Caciques, y Papas, les vamos a dar a entender lo que nuestro Dios manda, que luego nos queríamos partir: y que le diesen veinte hombres principales, que vayan en nuestra compañía, y que haría mucho por ellos, y les haría justicia cuando haya entrado en México, para que Moctezuma ni sus recaudadores no les hagan las demasías y fuerzas, que han dicho que les hacen: y con alegre rostro todos los de aquellos pueblos por mí ya nombrados dieron buenas respuestas, y nos trajeron los veinte



Indios: y ya que estábamos para partir, vinieron mensajeros del gran Moctezuma, y lo que dijeron diré adelante.



CAPÍTULO LXXXVII.

Cómo el gran Moctezuma nos envió otros Embajadores con un presente de oro, y mantas, y lo que dijeron a Cortés, y lo que les respondió.

Ya que estábamos de partida para ir nuestro camino a México, vinieron ante Cortés cuatro principales Mexicanos, que envió Moctezuma, y trajeron un presente de oro, y mantas: y después de hecho su acato, como lo tenían de costumbre, dijeron: Malinche, este presente te envía nuestro señor el gran Moctezuma, y dice, que le pesa mucho por el trabajo que habéis pasado en venir de tan lejas tierras a verle: y que ya te ha enviado a decir otra vez, que te dará mucho oro, y plata, y chalchihuis en tributo para vuestro Emperador, y para vos, y los demás Teules que traéis, y que no vengas a México: ahora nuevamente te pide por merced, que no pases de aquí adelante, sino que te vuelvas por donde viniste, que él te promete enviar al puerto mucha cantidad de oro, y plata, y ricas piedras para ese vuestro Rey, y para ti te dará cuatro cargas de oro, y para cada uno de tus hermanos una carga; porque ir a México, es excusada tu entrada dentro, que todos sus vasallos están puestos en armas para no dejaros entrar. Y demás de esto, que no tenía camino, sino muy angosto, ni bastimentos que comiésemos: y dijo otras muchas razones e inconvenientes, para que no pasásemos de allí: y Cortés con mucho amor abrazó a los mensajeros, puesto que le pesó de la embajada, y recibió el presente, que ya no se me acuerda qué tanto valía. Y a lo que yo vi, y entendí, jamás dejó de enviar Moctezuma oro, poco o mucho, cuando nos enviaba mensajeros, como otra vez he dicho. Y volviendo a nuestra relación, Cortés les respondió, que se maravillaba del señor Moctezuma, habiéndose dado por nuestro amigo, y siendo tan gran señor, tener tantas mudanzas, que unas veces dice uno, y otras envía a mandar al contrario. Y que en cuanto a lo que dice, que dará el oro para nuestro señor el Emperador, y para nosotros, que se lo tiene en merced, y por aquello que ahora le envía, que en buenas obras se lo pagará el tiempo andando, y que si le parecerá bien, que estando tan cerca de su ciudad, será bueno volvernos del camino sin hacer aquello que nuestro señor nos manda. Que si el señor Moctezuma hubiese enviado mensajeros y Embajadores a algún gran señor, como él es, y ya que llegasen cerca de su casa aquellos mensajeros que enviaba, se volviesen sin hablarle, y decirle a lo que iban, cuando volviesen ante su presencia con aquel recaudo, qué merced les haría, sino tenerlos por cobardes, y de poca calidad. Que así haría el Emperador nuestro señor con nosotros: y que de una manera u otra, que habíamos de entrar



en su ciudad; y desde allí adelante, que no le enviase más excusas sobre aquel caso, porque le ha de ver, y hablar, y dar razón de todo el recaudo a que hemos venido, y ha de ser a su sola persona: y cuando lo haya entendido, si no le pareciere bien nuestra estada en su ciudad, que nos volveremos por donde venimos. Y cuanto a lo que dice, que no tiene comida, sino muy poco, y que no nos podremos sustentar; que somos hombres que con poca cosa que comemos, nos pasamos, y que ya vamos a su ciudad, que haya por bien nuestra ida⁵. Y luego en despachando los mensajeros, comenzamos a caminar para México, y como nos habían dicho y avisado los de Guaxocingo, y los de Chalco, que Moctezuma había tenido pláticas con sus ídolos y Papas, que si nos dejaría entrar en México, o si nos daría guerra: y todos sus Papas le respondieron, que decía su Huichilobos, que nos dejase entrar, que allí nos podrá matar, según dicho tengo otras veces en el capítulo que de ello habla, y como somos hombres, y temíamos la muerte, no dejábamos de pensar en ello, y como aquella tierra es muy poblada, íbamos siempre caminando muy chicas jornadas, y encomendándonos a Dios, y a su bendita Madre nuestra Señora, y platicando cómo, y de qué manera podíamos entrar: y pusimos en nuestros corazones con buena esperanza, que pues nuestro Señor Jesucristo fue servido guardarnos de los peligros pasados, que también nos guardaría del poder de México:

⁵ Una de las determinaciones de Cortés, que más se admiran en esta conquista, es la de empeñarse en llegar hasta la capital del imperio de México, a pesar de la repugnancia de su poderoso, y terrible Monarca. No se admira menos, que en tal combate de pretensiones, un tan gran Príncipe recibiese la ley del Jefe de unos Aventureros, sin echar mano de los grandes recursos de su poder, ni del rigor de su fiereza. Crecerá la admiración cuando se vea, que este jefe tiene formado el proyecto de señorear en su imperio, y sujetarle. El suceso de este proyecto se palpa, y el modo con que se hizo apenas se concibe. No se puede imaginar en un tan corto número de Españoles un contrapeso, que balancee la multitud, y las fuerzas de las Naciones que dominó. Todos los cálculos del poder humano fallan en una desproporción tal. He creído siempre, que solo Cortés podría dar la razón de las determinaciones osadas que tomó, y del medio con que combinaba la pequeñez de sus fuerzas, armas, y recursos con la magnitud de sus empresas. La artillería, cuando la tuvo, estaba reducida a un corto número de tiros, a veces sin uso, por falta de pólvora: veremos que sin aquella vencieron los Españoles en los mayores peligros; y que con ella fueron vencidos, y estuvieron a pique de perderse. La fuerza efectiva de los Españoles estaba más en su esfuerzo y constancia, que en la calidad de sus armas; pero siendo tan pocos, nada se encuentra que disminuya su enorme desproporción con las inmensas ventajas de la multitud armada. El discurso, después de venerar la Divina Providencia, se ve obligado a combinar esos extremos al parecer inconciliables, poniendo la consideración en el genio del Capitán. Éste, saliendo de las reglas comunes de las resoluciones humanas, se empeñó en la carrera de lo extraordinario, y supo empeñar en ella a sus compañeros: pensó que la conquista de aquel imperio se había de deber más a las fuerzas morales, que a las físicas. De aquí una disciplina admirable en aquel pequeño ejército, que le daba la representación, y vigor de uno grande; y de aquí aquella política, que dio a Cortés tanto ascendiente en el espíritu de los Americanos, y de que se valió para enervar las fuerzas de sus enemigos, y aumentar las propias. El nombre de *Malinche* era, digámoslo así, un *Numen* para los Americanos; ilusión u opinión que supo mantener, y aumentar en medio de las mayores calamidades. En resolución, la Historia de esta conquista en nada se parece a la de los célebres Imperios, Capitanes, y Conquistadores. En todos los siglos se encuentran victorias, derrotas de ejércitos, defensas, y asaltos heroicos de plazas, gloriosos desafíos a los mayores peligros. Vio el mundo grandes Capitanes y Conquistadores; pero también es verdad que si hicieron grandes cosas, fue con grandes medios. Por esto, después de haber pasado las historias de estos héroes, se entrará en la de esta conquista, y todo parecerá nuevo, sin ejemplo, y fuera del orden acostumbrado de las cosas humanas.



y fuimos a dormir a un pueblo, que se dice Istapalatengo, que es la mitad de las casas en el agua, y la mitad en tierra firme, donde está una serrezuela, y ahora está una venta cabe él, y allí tuvimos bien de cenar. Dejemos esto, y volvamos al gran Moctezuma, que como llegaron sus mensajeros, y oyó la respuesta que Cortés le envió, luego acordó de enviar a su sobrino, que se decía Cacamatzin, Señor de Tezcuco, con muy gran fasto, a dar el bien venido a Cortés, y a todos nosotros: y como siempre teníamos de costumbre tener velas, y corredores del campo, vino uno de nuestros corredores a avisar, que venía por el camino muy gran copia de Mexicanos de paz, y que al parecer venían de ricas mantas vestidos: y entonces cuando esto pasó era muy de mañana, y queríamos caminar, y Cortés nos dijo, que reparásemos en nuestras posadas, hasta ver qué cosa era: y en aquel instante vinieron cuatro principales, y hacen a Cortés gran reverencia, y le dicen que allí cerca viene Cacamatzin, grande Señor de Tezcuco sobrino del gran Moctezuma, y que nos pide por merced, que aguardemos hasta que venga, y no tardó mucho; porque luego llegó con el mayor fasto y grandeza que ningún señor de los Mexicanos habíamos visto traer; porque venía en andas muy ricas, labradas de plumas verdes, y mucha argentería, y otras ricas piedras engastadas en ciertas arboledas de oro, que en ellas traía hechas de oro, y traían las andas a cuestras ocho Principales, y todos decían que eran Señores de pueblos: y ya que llegaron cerca del aposento donde estaba Cortés, le ayudaron a salir de las andas, y le barrieron el suelo, y le quitaban las pajas por donde había de pasar: y desde que llegaron ante nuestro Capitán, le hicieron grande acato, y el Cacamatzin le dijo: Malinche, aquí venimos yo y estos Señores a servirte, y hacerte dar todo lo que hubieres menester para tí, y tus compañeros, y meteros en vuestras casas, que es nuestra ciudad; porque así nos es mandado por nuestro Señor el gran Moctezuma, y dice, que por esto lo deja, y no por falta de muy buena voluntad que os tiene. Y cuando nuestro Capitán, y todos nosotros vimos tanto aparato y majestad como traían aquellos Caciques, especialmente el sobrino de Moctezuma, lo tuvimos por muy gran cosa: y platicamos entre nosotros, que cuando aquel Cacique traía tanto triunfo, ¿qué haría el gran Moctezuma? Y como el Cacamatzin hubo dicho su razonamiento, Cortés le abrazó, y le hizo muchas caricias a él y a todos los más principales, y le dio tres piedras, que se llaman margaritas, que tienen dentro de sí muchas pinturas de diversas colores, y a los demás Principales se les dio diamantes azules, y les dijo que se lo tenía en merced, ¿y cuándo pagaría al Señor Moctezuma las mercedes que cada día nos hace? Y acabada la plática, luego nos partimos, y como habían venido aquellos Caciques que dicho tengo, traían mucha



gente consigo, y de otros muchos pueblos, que están en aquella comarca, que salían a vernos, todos los caminos estaban llenos de ellos: y otro día por la mañana llegamos a la Calzada ancha, íbamos camino de Iztapalapa: y desde que vimos tantas ciudades, y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha por nivel como iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las casas de encantamiento, que cuentan en el libro de Amadis, por las grandes torres, y cues, y edificios que tenían dentro en el agua, y todas de cal y canto: y aun algunos de nuestros soldados decían, que si aquello que veían, si era entre sueños. Y no es de maravillar que yo aquí lo escriba de esta manera, porque hay que ponderar mucho en ello, que no sé cómo lo cuente, ver cosas nunca oídas, ni vistas, y aun soñadas como vimos. Pues desde que llegamos cerca de Estapalapa, ver la grandeza de otros Caciques, que nos salieron a recibir, que fue el Señor del pueblo, que se decía Coadlavaca, y el Señor de Cuyoacán, que entrambos eran deudos muy cercanos del Moctezuma, y de cuando entramos en aquella villa de Iztapalapa de la manera de los palacios en que nos aposentaron, de cuán grandes y bien labrados eran de cantería muy prima, y la madera de cedros, y de otros buenos árboles olorosos con grandes patios, y cuartos, cosas muy de ver, y entoldados con paramentos de algodón. Después de bien visto todo aquello, fuimos a la huerta y jardín, que fue cosa muy admirable verlo, y pasarlo, que no me hartaba de mirarlo, y ver la diversidad de árboles, y los olores que cada uno tenía, y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales, y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce: y otra cosa de ver, que podrían entrar en el vergel grandes canoas desde la laguna, por una abertura que tenía hecha sin saltar en tierra, y todo muy encalado, y lucido de muchas maneras de piedras y pinturas en ellas, que había harto que ponderar, y de las aves de muchas raleas, y diversidades que entraban en el estanque. Digo otra vez, que lo estuve mirando, y no creí que en el mundo hubiese otras tierras descubiertas como estas; porque en aquel tiempo no había Perú, ni memoria de él. Ahora toda esta villa está por el suelo perdida, que no hay cosa en pie. Pasemos adelante, y diré como trajeron un presente de oro los Caciques de aquella ciudad, y los de Cuyoacán, que valía sobre dos mil pesos, y Cortés les dio muchas gracias por ello, y les mostró grande amor: y se les dijo con nuestras lenguas las cosas tocantes a nuestra santa Fe, y se les declaró el gran poder de nuestro Señor el Emperador: y porque hubo otras muchas pláticas, lo dejaré de decir, y diré, que en aquella sazón era muy gran pueblo, y que estaba poblada la mitad de las casas en tierra, y la otra mitad en el agua: ahora en esta sazón está todo seco, y siembran



donde solía ser laguna, y está de otra manera mudado, que si no lo hubiera de antes visto, no lo dijera, que no era posible que aquello que estaba lleno de agua, esté ahora sembrado de maizales, y muy perdido. Dejémoslo aquí, y diré del solemnísimo recibimiento que nos hizo Moctezuma a Cortés, ya todos nosotros en la entrada de la gran ciudad de México⁶,

⁶ Es digna de leerse la relación que hace Cortés de la marcha, y ciudades por donde pasaba. "Y yo partí luego tras ellos (*el señor de Tezcuco, y su comitiva*) muy acompañado de muchas personas, que parecían de mucha cuenta, como después pareció serlo: y todavía seguía el camino por la costa de aquella gran laguna: y a una legua del aposento donde partí, vi dentro en ella, casi dos tiros de ballesta, una ciudad pequeña, que podría ser hasta de mil, o dos mil vecinos, toda armada sobre el agua, sin haber para ella ninguna entrada, y muy torreada, según lo que de fuera parecía. Y otra legua adelante entramos por una calzada, tan ancha como una lanza gineta, por la laguna adentro, de dos tercios de legua; y por ella fuimos a dar a una ciudad la más hermosa, aunque pequeña, que hasta entonces habíamos visto, así de muy bien obradas casas, y torres, como de la buena orden, que en el fundamento de ella había, por ser armada toda sobre agua. Y en esta ciudad, que será fasta de dos mil vecinos, nos recibieron muy bien, y nos dieron muy bien de comer; y allí me vinieron a hablar el Señor, y las personas principales de ella, y me rogaron, que me quedase allí a dormir. Y aquellas personas, que conmigo iban de Moctezuma, me dijeron, que no parase, sino que me fuese a otra ciudad, que está tres leguas de allí, que se dice Iztapalapa, que es de un hermano del dicho Moctezuma, y así lo hice. Y la salida de esta ciudad, donde comimos, cuyo nombre al presente no me ocurre a la memoria, es por otra calzada, que tira una legua grande, hasta llegar a la tierra firme. y llegado a esta ciudad de Iztapalapa, me salió a recibir algo fuera de ella el Señor, y otro de una gran ciudad, que está cerca de ella, que será obra de tres leguas, que se llama Calnaalcan (*parece ser Cuyoacán*), y otros muchos Señores, que allí me estaban esperando; y me dieron hasta tres, o cuatro mil Castellanos, y algunas esclavas, y ropa, y me hicieron muy buen acogimiento. Terná esta ciudad de Iztapalapa doce, o quince mil vecinos, la cual está en la costa de una laguna salada grande, la mitad dentro del agua, y la otra mitad en la tierra firme. Tiene el Señor de ella unas casas nuevas, que aún no están acabadas, que son tan buenas como las mejores de España, digo de grandes, y bien labradas, así de obra de cantería, como de carpintería, y suelos, y cumplimientos para todo género de servicio de casa, excepto mazonerías, y otras cosas ricas que en España usan en las casas; acá no las tienen. Tiene en muchos cuartos altos, y bajos jardines muy frescos de muchos árboles, y flores olorosas: asimismo albercas de agua dulce, muy bien labradas, con sus escaleras hasta lo fondo. Tiene una muy grande huerta junto la casa, y sobre ella un mirador de muy hermosos corredores, y salas, y dentro de la huerta una muy grande alberca de agua dulce, muy cuadrada, y las paredes de ella de gentil cantería: y alrededor de ella un andén de muy buen suelo ladrillado, tan ancho, que pueden ir por él cuatro paseándose, y tiene de cuadra cuatrocientos pasos, que son en torno mil y seiscientos. De la otra parte del andén, deja la pared de la huerta, va todo labrado de cañas, con unas vergas, y detrás de ellas todo de arboledas, y yerbas olorosas. Y dentro de la alberca hay mucho pescado, y muchas aves, así como lavancos, y cercetas, y otros géneros de aves de agua, y tantas, que muchas veces casi cubren el agua. Otro día, después que a esta ciudad llegué, me partí, y a media legua andada, entré por una calzada, que va por medio de esta dicha laguna dos leguas, hasta llegar a la gran ciudad de Temixtitán, que está fundada en medio de la dicha laguna; la cual calzada es tan ancha como dos lanzas, y muy bien obrada, que pueden ir por toda ella ocho de caballo a la par; y en estas dos leguas de la una parte, y de la otra de la dicha calzada están tres ciudades, y la una de ellas, que se dice Mescalsingo, y está fundada la mayor parte de ella dentro de la dicha laguna; y las otras dos, que se llaman la una Niciaca, y la otra Huchilohuchico, están en la costa de ella, y muchas casas de ellas dentro tu el agua. La primera ciudad de estas tendrá tres mil vecinos, y la segunda más de seis mil, y la tercera otra, cuatro a cinco mil vecinos; y en todas muy buenos edificios de casas y torres, en especial las casas de los Señores, y personas principales, y de las de sus Mezquitas u Oratorios donde ellos tienen sus ídolos." *Cortés Carta II.*



CAPÍTULO LXXXVIII.

Del gran y solemne recibimiento que nos hizo el gran Moctezuma a Cortés, y a todos nosotros en la entrada de la gran ciudad de México.

Luego otro día de mañana partimos de Estapalapa, muy acompañados de aquellos grandes Caciques, que atrás he dicho. Íbamos por nuestra calzada adelante, la cual es ancha de ocho pasos, y va tan derecha a la ciudad de México, que me parece que no se tuerce poco ni mucho: y puesto que es bien ancha, toda iba llena de aquellas gentes, que no cabían unos que entraban en México, y otros que salían, que nos venían a ver, que no nos podíamos rodear de tantos como vinieron, porque estaban llenas las torres, y cues, y en las canoas, y de todas partes de la laguna: y no era cosa de maravillar, porque jamás habían visto caballos, ni hombres como nosotros. Y de que vimos cosas tan admirables, no sabíamos qué decirnos, o si era verdad lo que por delante parecía, que por una parte en tierra había grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, y lo veíamos todo lleno de canoas, y en la calzada muchos puentes de trecho a trecho, y por delante estaba la gran ciudad de México, y nosotros aún no llegábamos a cuatrocientos y cincuenta soldados, y teníamos muy bien en la memoria las pláticas, y avisos que nos dieron los de Guaxocingo, y Tlascala, y Talmanalco, y con otros muchos consejos que nos habían dado, para que nos guardásemos de entrar en México, que nos habían de matar cuando dentro nos tuviesen. Miren los curiosos lectores, esto que escribo, si había bien que ponderar en ello, ¿qué hombres ha habido en el universo, que tal atrevimiento tuviesen? Pasemos adelante, y vamos por nuestra calzada. Ya que llegábamos donde se aparta otra calzadilla, que iba a Cuyoacán, que es otra ciudad, adonde estaban unas como torres, que eran sus adoratorios, vinieron muchos Principales, y Caciques con muy ricas mantas sobre sí, con galanía y libreas diferenciadas las de los unos Caciques a los otros, y las calzadas llenas de ellos, y aquellos grandes Caciques enviaba el gran Moctezuma delante a recibirnos: y así como llegaban delante de Cortés, decían en sus lenguas, que fuésemos bien venidos, y en señal de paz tocaban con la mano en el suelo, y besaban la tierra con la misma mano. Así que estuvimos detenidos un buen rato, y desde allí se adelantaron el Cacamacan, Señor de Tezcucó, y el Señor de Iztapalapa, y el Señor de Tacuba, y el Señor de Cuyoacán a encontrarse con el gran Moctezuma, que venía cerca en ricas andas acompañado de otros grandes Señores y Caciques, que tenían vasallos: y ya que llegábamos cerca de México, adonde estaban otras torrecillas, se apeó el gran Moctezuma de las andas, y traíanle del brazo aquellos grandes Caciques debajo de un palio muy riquísimo a



maravilla, y la color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argentería, y perlas, y piedras chalchihuis, que colgaban de unas como bordaduras, que hubo mucho que mirar en ello: y el gran Moctezuma venia muy ricamente ataviado según su usanza, y traía calzados unos como cotaras, que así se dice lo que se calzan, las suelas de oro, y muy preciada pedrería encima en ellas: y los cuatro Señores que le traían del brazo, venían con rica manera de vestidos a su usanza, que parece ser se los tenían aparejados en el camino, para entrar con su Señor, que no traían los vestidos con que nos fueron a recibir: y venían sin aquellos grandes Señores, otros grandes Caciques, que traían el palio sobre sus cabezas, y otros muchos Señores que venían delante del gran Moctezuma barriendo el suelo por donde había de pisar, y le ponían mantas, porque no pisase la tierra. Todos estos Señores ni por pensamiento le miraban a la cara, sino los ojos bayos, y con mucho acato, excepto aquellos cuatro deudos, y sobrinos suyos, que le llevaban del brazo. Y como Cortés vio, y entendió, y le dijeron que venía el gran Moctezuma, se apeó del caballo, y desde que llegó cerca de Moctezuma, a una se hicieron grandes acatos; el Moctezuma le dio el bien venido, y nuestro Cortés le respondió con Doña Marina, que él fuese el muy bien estado. Y paréceme que el Cortés con la lengua Doña Marina, que iba junto a Cortés, le daba la mano derecha, y el Moctezuma no la quiso, y se la dio a Cortés: y entonces sacó Cortés un collar, que traía muy a mano de unas piedras de vidrio, que ya he dicho que se dicen margajitas, que tienen dentro muchos colores, y diversidad de labores, y venia ensartado en unos cordones de Oro con almizcle, porque diesen buen olor, y se le echó al cuello al gran Moctezuma, y cuando se lo puso, le iba a abrazar, y aquellos grandes Señores que iban con el Moctezuma, detuvieron el brazo a Cortés, que no le abrazase: porque lo tenían por menosprecio: y luego Cortés con la lengua Doña Marina le dijo, que holgaba ahora su corazón en haber visto un tan gran Príncipe, y que le tenía en gran merced la venida de su persona a recibirle, y las mercedes que le hace a la continua. y entonces el Moctezuma le dijo otras palabras de buen comedimiento, y mandó a dos de sus sobrinos de los que le traían del brazo, que era el Señor de Tezcucó, y el Señor de Cuyoacán, que se fuesen con nosotros, hasta aposentarnos: y el Moctezuma con los otros dos sus parientes Cuedlavaca, y el Señor de Tacuba, que le acompañaban, se volvió a la ciudad, y también se volvieron con él todas aquellas grandes compañías de Caciques y Principales, que le habían venido a acompañar: y cuando se volvían con su Señor, estábamoslos mirando, cómo iban todos los ojos puestos en tierra, sin mirarle, y muy arrimados a la pared, y con gran acato le acompañaban: y así tuvimos lugar



nosotros de entrar por las calles de México, sin tener tanto embarazo. ¿Quién podrá decir la multitud de hombres, y mujeres, y muchachos, que estaban en las calles, y azoteas, y en canoas en aquellas acequias, que nos salían a mirar? Era cosa de notar, que ahora que lo estoy escribiendo, se me representa todo delante de mis ojos, como si ayer fuera cuando esto pasó, y considerada la cosa, y gran merced que nuestro Señor Jesucristo nos hizo, y fue servido de darnos gracia, y esfuerzo para osar entrar en tal ciudad, y haberme guardado de muchos peligros de muerte, como adelante verán. Le doy muchas gracias por ello, que a tal tiempo me ha traído para poderlo escribir, y aunque no tan cumplidamente como convenía, y se requiere: y dejemos palabras, pues las obras son buen testigo de lo que digo.

Y volvamos a nuestra entrada en México, que nos llevaron a aposentar a unas grandes casas, donde había aposentos para todos nosotros, que habían sido de su padre del gran Moctezuma, que se decía Axayaca, adonde en aquella sazón tenía el gran Moctezuma sus grandes adoratorios de ídolos, y tenía una recámara muy secreta de piezas y joyas de oro, que era como tesoro de lo que había heredado de su padre Axayaca, que no tocaba en ello, y asimismo nos llevaron a aposentar a aquella casa, por causa que como nos llamaban Teules, y por tales nos tenían, que estuviésemos entre sus ídolos, como Teules que allí tenía. Sea de una manera, o de otra, allí nos llevaron, donde tenía hechos grandes estrados, y salas muy entoldadas de paramentos de la tierra, para nuestro Capitán, y para cada uno de nosotros otras camas de esteras, y unos toldillos encima, que no se da más cama, por muy gran Señor que sea, porque no las usan: y todos aquellos palacios muy lucidos y encalados, y barridos, y enramados. Y como llegamos y entramos en un gran patio, luego tomó por la mano el gran Moctezuma a nuestro Capitán, que allí lo estuvo esperando, y le metió en el aposento y sala, donde había de posar, que la tenía muy ricamente aderezada para según su usanza: y tenía aparejado un muy rico collar de oro, de hechura de camarones, obra muy maravillosa, y el mismo Moctezuma se le echó al cuello a nuestro Capitán Cortés, que tuvieron bien que mirar sus Capitanes del gran favor que le dio: y cuando se lo hubo puesto, Cortés le dio las gracias con nuestras lenguas: y dijo Moctezuma: Malinche, en vuestra casa estáis vos, y vuestros hermanos, descansad, y luego se fue a sus palacios, que no estaban lejos: y nosotros repartimos nuestros aposentos por Capitanías, y nuestra artillería asestada en parte conveniente, y muy bien platicado la orden que en todo hablamos de tener, y estar muy apercebidos, así los de a caballo, como todos nuestros soldados: y nos tenían aparejada una muy suntuosa comida a su uso y costumbre, que luego comimos. Y fue esta nuestra



venturosa y atrevida entrada en la gran ciudad de Tenustitlan México, a ocho días del mes de Noviembre, año de nuestro Salvador Jesucristo de mil y quinientos y diez y nueve años. Gracias a nuestro Señor Jesucristo por todo. y puesto que no vaya expresado otras cosas que había que decir, perdónenme, que no lo sé decir mejor por ahora, hasta su tiempo. Y dejemos de más pláticas, y volvamos a nuestra relación de lo que más nos avino, lo cual diré adelante.



CAPÍTULO LXXXIX.

Cómo el gran Moctezuma vino a nuestros aposentos con muchos Caciques que le acompañaban, y la plática que tuvo con nuestro Capitán.

Como el gran Moctezuma hubo comido, y supo que nuestro Capitán y todos nosotros asimismo había buen rato que habíamos hecho lo mismo, vino a nuestro aposento con gran copia de Principales, y todos deudos suyos, y con gran pompa: y como a Cortés le dijeron que venía, le salió a la mitad de la sala a le recibir, y el Moctezuma le tomó por la mano, y trajeron unos como asentaderos, hechos a su usanza, y muy ricos, y labrados de muchas maneras con oro: y el Moctezuma dijo a nuestro Capitán que se sentase, y se asentaron entrambos, cada uno en el suyo; y luego comenzó el Moctezuma un muy buen parlamento, y dijo, que en gran manera se holgaba de tener en su casa y reino unos Caballeros tan esforzados, como era el Capitán Cortés, y todos nosotros, y que había dos años que tuvo noticia de otro Capitán, que vino a lo de Chanpoton, y también el año pasado le trajeron nuevas de otro Capitán, que vino con cuatro navíos, y que siempre lo deseó ver, y que ahora que nos tiene ya consigo para servirnos, y darnos de todo lo que tuviese. Y que verdaderamente debe de ser cierto, que somos los que sus antepasados muchos tiempos antes habían dicho, que vendrían hombres de hacia donde sale el sol a señorear aquestas tierras: y que debemos de ser nosotros, pues tan valientemente peleamos en lo de Potonchan, y Tabasco, y con los Tlascaltecas, porque todas las batallas se las trajeron pintadas al natural⁷. Cortés le respondió con nuestras lenguas que consigo siempre estaban, especial la

⁷ El Autor es aquí muy breve: "Y dende a poco rato, *dice Cortés*, ya que toda la gente de mi compañía estaba aposentada, volvió (Moctezuma) con muchas, y diversas joyas de oro, y plata, y plumajes, y con hasta cinco, o seis mil piezas de ropa de algodón muy ricas, y de diversas maneras tejida, y labrada: y después de habermela dado, se sentó en otro estrado, que luego le hicieron allí junto con el otro donde yo estaba; y sentado, propuso en esta manera: Muchos días ha, que por nuestras escrituras, tenemos de nuestros antepasados noticia, que yo, ni todos los que en esta tierra habitamos, no somos naturales de ella, sino extranjeros, y venidos a ella de partes muy extrañas: y tenemos asimismo, que a estas partes trajo nuestra generación un Señor, cuyos vasallos todos eran, el cual se volvió a su naturaleza, y después tornó a venir dende en mucho tiempo, y tanto, que ya estaban casados los que habían quedado con las mujeres naturales de la tierra, y tenían mucha generación, y fechos pueblos donde vivían: y queriéndolos llevar consigo, no quisieron ir, ni menos recibirle por señor, y así se volvió. Y siempre hemos tenido, que los que de él descendiesen habían de venir a sojuzgar esta tierra, y a nosotros como a sus vasallos. Y según de la parte que vos decís que venís, que es a do sale el Sol, y las cosas, que decís de este gran señor, o Rey que acá os envié creemos, y tenemos por cierto el ser nuestro señor natural; en especial que nos decís que él ha muchos días que tiene noticia de nosotros. Y por tanto vos sed cierto, que os obedeceremos, y tendremos por Señor en lugar de ese gran Señor, que decís, y que en ello no había falta, ni engaño alguno; y bien podéis en toda la tierra, digo que en la que yo en mi señorío poseo, mandar a vuestra voluntad, porque será obedecido, y fecho: y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos de ello quisieses



Doña Marina, y le dijo que no sabe con qué pagar, él ni todos nosotros, las grandes mercedes recibidas de cada día: y que ciertamente veníamos de donde sale el sol, y somos vasallos, y criados de un gran señor, que se dice el Emperador Don Carlos, que tiene sujetos a sí muchos y grandes Príncipes: y que teniendo noticia de él, y de cuan gran señor es, nos envió a estas partes, a verle y a rogarle, que sean Cristianos, como es nuestro Emperador, y todos nosotros, y que salvarán sus ánimas, él y todos sus vasallos, y que adelante le declarara más, cómo, y de qué manera ha de ser: y cómo adoramos a un solo Dios verdadero, y quién es, y otras muchas cosas buenas que oirá, como les había dicho a sus Embajadores Tendile, y Pitalpitoque, y Quintalvor cuando estábamos en los arenales. y acabado este parlamento, tenía apercebido el gran Moctezuma muy ricas joyas de oro, y de muchas hechuras, que dio a nuestro Capitán, y asimismo a cada uno de nuestros Capitanes dio cositas de oro, y tres cargas de mantas de labores ricas de pluma, y entre todos los soldados también nos dio a cada uno a dos cargas de mantas, con alegría, y en todo parecía gran señor. Y cuando lo hubo repartido, preguntó a Cortés; que si éramos todos hermanos, y vasallos de nuestro gran Emperador, y dijo, que sí, que éramos hermanos en el amor y amistad, y personas muy principales, y criados de nuestro gran Rey y señor. Y porque pasaron otras pláticas de buenos comedimientos entre Moctezuma, y Cortés, y por ser esta la primera vez que nos venía a visitar, y por no le ser pesado, cesaron los razonamientos; y había mandado el Moctezuma a sus mayordomos, que a nuestro modo y usanza estuviésemos proveídos: que es maíz, y piedras, y Indias para hacer pan, y gallinas, y fruta, y mucha yerba para los caballos: y el gran Moctezuma se despidió con gran Cortesía de nuestro Capitán, y de todos nosotros, y salimos con él hasta la calle, y Cortés nos mandó,

disponer. Y pues estáis en vuestra naturaleza, y en vuestra casa, holgad, y descansad del trabajo del camino, y guerras que habéis tenido; que muy bien sé todos los que se vos han ofrecido de Puntunchan acá; y bien sé, que los de Cempoal, y de Tlascaltecal os han dicho muchos males de mí; no creáis más de lo que por vuestros ojos viereis; en especial de aquellos, que son mis enemigos, y algunos de ellos eran mis vasallos, y se me han rebelado con vuestra venida, y por favorecerse con vos, lo dicen: los cuales sé que también os han dicho, que yo tenía las casas con las paredes de oro, y que las esteras de mis estrados, y otras cosas de mi servicio eran asimismo de oro, y que yo que era, y me hacía Dios, y otras muchas cosas: las casas ya las veis que son de piedra, y cal, y tierra. *Y entonces alzó las vestiduras, y me mostró el cuerpo diciendo a mí:* me veis aquí, que soy de carne, y hueso como vos, y como cada uno, y que soy mortal, y palpable, *asiéndose el con sus manos de los brazos y del cuerpo;* ved como os han mentido; verdad es que yo tengo algunas cosas de oro, que me han quedado de mis abuelos: todo lo que yo tuviere tenéis cada vez, que vos lo quisieréis: yo me voy a otras casas, donde vivo: aquí seréis proveídos de todas las cosas necesarias para vos, y vuestra gente; y no recibáis pena alguna, pues estáis en vuestra casa, y naturaleza. Yo le respondí a todo lo que me dijo, satisfaciendo a aquello, que me pareció que convenía, en especial en hacer creer, que vuestra Majestad era a quien ellos esperaban, y con eso se despidió; e ido, fuimos muy bien proveídos de muchas gallinas, y pan, y frutas, y otras cosas necesarias especialmente, para el servicio del aposento. *Cortés Carta II.*



que al presente, que no fuésemos muy lejos de los aposentos, hasta entender más lo que conviniese. y quedarse ha aquí, y diré lo que adelante pasó.



CAPÍTULO XC.

Como luego otro día fue nuestro Capitán a ver al gran Moctezuma, y de ciertas pláticas que tuvieron.

Otro día acordó Cortés de ir a los palacios de Moctezuma, y primero envió a saber qué hacía, y supiese como íbamos, y llevó consigo cuatro Capitanes, que fue Pedro de Alvarado, y Juan Velázquez de León, y Diego de Ordás, y a Gonzalo de Sandoval, y también fuimos cinco soldados: y como el Moctezuma lo supo, nos salió a recibir a la mitad de la sala muy acompañado de sus sobrinos, porque otros señores no entraban, ni comunicaban donde el Moctezuma estaba, si no era a negocios importantes: y con gran acato que hizo a Cortés, y Cortés a él, se tomaron por las manos, y adonde estaba su estrado le hizo sentar a la mano derecha; y asimismo nos mandó sentar a todos nosotros en asientos que allí mandó traer: y Cortés le comenzó a hacer un razonamiento con nuestras lenguas Doña Marina, y Aguilar: y dijo, que ahora que había venido a ver y hablar a un tan gran señor, como era, estaba descansado, y todos nosotros, pues ha cumplido el viaje y mando que nuestro gran Rey y señor le mandó: y lo que más le viene a decir de parte de nuestro Señor Dios es, que ya su merced habrá entendido de sus Embajadores Tendile, y Pitalpitoque, y Quintalvor, cuando nos hizo las mercedes de enviarnos la luna, y el sol de oro, en el arenal, como les dijimos que éramos Cristianos, y adoramos a un solo Dios verdadero, que se dice Jesucristo, el cual padeció muerte y pasión por salvarnos: y le dijimos cuando nos preguntaron, que por qué adorábamos aquella Cruz, que la adorábamos por otra, que era señal donde nuestro Señor fue crucificado por nuestra salvación, y aquesta muerte y pasión, que permitió que así fuese, por salvar por ella todo el linaje humano que estaba perdido, y que este nuestro Dios resucitó al tercero día, y está en los cielos, y es el que hizo el cielo, y tierra, y la mar, y crió todas las cosas que hay en el mundo, y las aguas y rocíos, y ninguna cosa se hace sin su santa voluntad, y que en él creemos, y adoramos; y que aquellos que ellos tienen por Dioses, que no lo son, sino diablos, que son cosas muy malas, y cuales tienen las figuras, que peores tienen los hechos: y que miraren cuán malos son, y de poca valía, que adonde tenemos puestas Cruces, como las que vieron sus Embajadores, con temor de ellas, no osan parecer delante, y que el tiempo andando lo verían. Y lo que ahora le pide por merced es, que esté atento a las palabras, que ahora le quiere decir. Y luego le dijo, muy bien dado a entender, de la creación del mundo, y cómo todos somos hermanos, hijos de un



padre, y de una madre, que se decían Adán y Eva, y como tal hermano, nuestro gran Emperador, doliéndose de la perdición de las ánimas, que son muchas las que aquellos sus ídolos llevan al infierno, donde arden en vivas llamas, nos envió para que esto que ha oído lo remedie, y no adoren aquellos ídolos, ni les sacrifiquen más Indios: y pues todos somos hermanos, no consientan sodomías, ni robos: y más les dijo, que el tiempo andando enviaría nuestro Rey y Señor unos hombres, que entre nosotros viven muy santamente mejores que nosotros, para que se lo den a entender; porque al presente no veníamos a más de notificarselo: y así se lo pide por merced, que lo haga y cumpla. Y porque pareció que el Moctezuma quería responder, cesó Cortés la plática. y nos dijo Cortés a todos nosotros que con él fuimos; con esto cumplimos, por ser el primer toque: y el Moctezuma respondió: Señor Malinche, muy bien entendido tengo vuestras pláticas y razonamientos antes de ahora, que a mis criados sobre vuestro Dios les dijisteis en el arenal; y eso de la Cruz, y todas las cosas que en los pueblos, por donde habéis venido, habéis predicado, no os hemos respondido a cosa ninguna de ellas; porque desde ab inicio acá adoramos nuestros Dioses, y los tenemos por buenos, o así deben ser los vuestros, y no curéis más al presente de hablarnos de ellos: y en eso de la creación del mundo, así lo tenemos nosotros creído muchos tiempos pasados: y a esta causa tenemos por cierto, que sois los que nuestros antecesores nos dijeron que vendrían de donde sale el sol; y a ese vuestro eran Rey yo le soy en cargo, y le daré de lo que tuviere, porque como dicho tengo otra vez, bien ha dos años tengo noticia de Capitanes que vinieron con navíos por donde vosotros vinisteis, y decían, que eran criados de ese vuestro gran Rey. Querría saber, si sois todos unos; y Cortés le dijo que sí, que todos éramos criados de nuestro Emperador, y que aquellos vinieron a ver el camino, y mares, y puertos para saberlo muy bien, y venir nosotros como venimos: y decíalo el Moctezuma por lo de Francisco Fernández de Córdoba, y Grijalva, cuando vinimos a descubrir la primera vez: y dijo, que desde entonces tuvo pensamiento de ver algunos de aquellos hombres que venían, para tener en sus reinos y ciudades, para honrarles: y que pues sus Dioses le habían cumplido sus buenos deseos, y ya estábamos en sus casas, las cuales se pueden llamar nuestras, que holgásemos, y tuviésemos descanso, que allí seríamos servidos; y que si algunas veces nos enviaba a decir, que no entrásemos en su ciudad, que no era de su voluntad, sino porque sus vasallos tenían temor, que les decían que echábamos rayos, y relámpagos, y con los caballos matábamos muchos Indios, y que éramos teules bravos, y otras cosas de niñerías. y que ahora que ha visto nuestras personas, y que somos de hueso, y



de carne, y de mucha razón, y sabe que somos muy esforzados, por estas causas nos tiene en más estima que le habían dicho, y que nos daría de lo que tuviese. Y Cortés, y todos nosotros respondimos, que se lo teníamos en grande merced tan sobrada voluntad: y luego el Moctezuma dijo riendo, porque en todo era muy regocijado, en su hablar de gran Señor: Malinche, bien sé que te han dicho esos de Tlascala, con quien tanta amistad habéis tomado, que yo que soy como Dios, o Teule, que cuanto hay en mis casas es todo oro, y plata, y piedras ricas: bien tengo conocido, que como sois entendidos, que no lo creías, y lo tenías por burla lo que ahora, Señor Malinche, veis mi cuerpo de hueso, y de carne, como los vuestros: mis casas y palacios de piedra, y madera, y cal: de ser yo gran Rey, sí soy; y tener riquezas de mis antecesores, si tengo; más no las locuras, y mentiras que de mí os han dicho: así que también lo tendréis por burla, como yo tengo lo de vuestros truenos y relámpagos. y Cortés le respondió también riendo, y dijo, que los contrarios enemigos siempre dicen cosas malas y sin verdad de los que quieren mal: y que bien ha conocido, que en estas partes otro señor más magnífico no le espera ver: y que no sin causa es tan nombrado delante de nuestro Emperador. Y estando en estas pláticas, mandó secretamente Moctezuma a un gran Cacique sobrino suyo de les que estaban en su compañía, que mandase a sus mayordomos, que trajesen ciertas piezas de oro, que parece ser debieran estar apartadas para dar a Cortés, y diez cargas de ropa fina: lo cual repartió el oro y mantas entre Cortés, y los cuatro Capitanes: y a nosotros los soldados nos dio a cada uno dos collares de oro, que valdría cada collar diez pesos, y dos cargas de mantas. Valía todo el oro que entonces dio sobre mil pesos, y esto daba con una alegría y semblante de grande y valeroso señor: y porque pasaba la hora más de medio día, y por no serle más importuno, le dijo Cortés: el Señor Moctezuma siempre tiene por costumbre de echarnos un cargo sobre otro, en hacernos cada día mercedes; ya es hora que V. M. coma: y el Moctezuma dijo, que antes por haberle ido a visitar le hicimos merced; y así nos despedimos con grandes cortesías de él, y nos fuimos a nuestros aposentos, e íbamos platicando de la buena manera y crianza, que en todo tenía, y que nosotros en todo le tuviésemos mucho acato, y con las gorras de armas colchadas quitadas, cuando delante de él pasásemos, y así lo hacíamos. y dejémoslo aquí, y pasemos adelante.



CAPÍTULO XCI.

De la manera y persona del gran Moctezuma, y de cuan gran Señor era.

Sería el gran Moctezuma de edad de hasta cuarenta años, y de buena estatura, y bien proporcionado, y cenceño, y pocas carnes, y la color no muy moreno, sino propia color y matiz de Indio, y traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, y pocas barbas, prietas y bien puestas, y raras, y el rostro algo largo y alegre, y los ojos de buena manera, y mostraba en su persona en el mirar por un cabo amor, y cuando era menester gravedad. Era muy pulido y limpio, bañábase cada día una vez a la tarde: tenía muchas mujeres por amigas, y hijas de señores, puesto que tenía dos grandes Cacicas por sus legítimas mujeres, que cuando usaba con ellas era tan secretamente, que no lo alcanzaba a saber sino alguno de los que le servían: era muy limpio de sodomías: las mantas y ropas que se ponía un día, no se las ponía sino desde a cuatro días. Tenía sobre doscientos principales de su guarda en otras salas junto a la suya, y estos no para que hablasen todos con él, sino cual o cual, y cuando le iban a hablar, se habían de quitar las mantas ricas, y ponerse otras de poca valía, mas habían de ser limpias, y habían de entrar descalzos, y los ojos bajos puestos en tierra, y no mirarle a la cara, y con tres reverencias que le hacían primero que a él llegasen, y le decían en ellas, señor, mi señor, gran señor: y cuando le daban relación a lo que iban, con pocas palabras los despachaba, sin levantar el rostro al despedirse de él, sino la cara y ojos bajos en tierra, hacia donde estaba, y no vueltas las espaldas, hasta que salían de la sala. Y otra cosa vi, que cuando otros grandes señores venían de lejanas tierras a pleitos o negocios, cuando llegaban a los aposentos del gran Moctezuma, habíanse de descalzar, y venir con pobres mantas, y no habían de entrar derecho en los palacios, sino rodear un poco por el lado de la puerta de palacio, que entrar de rota batida, teníanlo por desacato. En el comer le tenían sus cocineros sobre treinta maneras de guisados, hechos a su modo, y usanza, y los tenían puestos en braseros de barro chicos debajo, porque no se enfriasen. Y de aquello que el gran Moctezuma había de comer, guisaban más de trescientos platos, sin más de mil para la gente de guarda: y cuando había de comer, salíase el Moctezuma algunas veces con sus principales, y mayordomos, y le señalaban cual guisado era mejor, y de que aves y cosas estaba guisado, y de lo que le decían, de aquello había de comer, y cuando salía a verlo, eran pocas veces: y como por pasatiempo oí decir, que le solían guisar carnes de muchachos de poca edad; y como tenía tantas diversidades de guisados, y de tantas cosas, no



lo echábamos de ver si era de carne humana, o de otras cosas, porque cotidianamente le guisaban gallinas, gallos de papada, faisanes, perdices de la tierra, codornices, patos mansos y bravos, venado, puerco de la tierra, pajaritos de caña, y palomas, y liebres, y conejos, y muchas maneras de aves, y cosas de las que se crían en estas tierras, que son tantas, que no las acabaré de nombrar tan presto, y así no miramos en ello. Lo que yo sé es, que desde que nuestro Capitán le reprehendió el sacrificio, y comer de carne humana, que desde entonces mandó, que no le guisasen tal manjar. Dejemos de hablar en esto, y volvamos a la manera que tenía en su servicio al tiempo de comer, y es de esta manera; que si hacia frio, teníanle hecha mucha lumbre de ascuas de una leña de cortezas de árboles, que no hacían humo, el olor de las cortezas de que hacían aquellas ascuas muy oloroso: y porque no le diesen más calor de lo que él quería, ponían delante una como tabla labrada con oro, y otras figuras de ídolos, y él sentado en una asentadero bajo, rico, y blando, y la mesa también baja, hecha de la misma madera de los asentaderos, y allí le ponían sus manteles de mantas blancas, y unos pañizuelos algo largos de lo mismo, y cuatro mujeres muy hermosas, y limpias le daban aguamanos en unos como a manera de aguamaniles hondos, que llaman xicales, y le ponían debajo para recoger el agua otros a manera de platos, y le daban sus toallas, y otras dos mujeres le traían el pan de tortillas; y ya que comenzaba a comer, echábanle delante una como puerta de madera muy pintada de oro, porque no le viesen comer: y estaban apartadas las cuatro mujeres a aparte, y allí se le ponían a sus lados cuatro grandes señores viejos, y de edad en pie, con quien el Moctezuma de cuando en cuando platicaba, y preguntaba cosas, y por mucho favor daba a cada uno de estos viejos un plato de lo que él comía: y decían que aquellos viejos eran sus deudos muy cercanos, y Concejeros, y Jueces de pleitos: y el plato y manjar que les daba el Moctezuma, comían en pie, y con mucho acato, y todo sin mirarle a la cara. Servíase con barro de Cholula, uno colorado, y otro prieto. Mientras que comía, ni por pensamiento habían de hacer alboroto, ni hablar alto los de su guarda, que estaban en las salas cerca de la del Moctezuma. Traíanle frutas de todas cuantas había en la tierra, más no comía sino muy poca, y de cuando en cuando traían unas como copas de oro fino, con cierta bebida hecha del mismo cacao, que decían era para tener acceso con mujeres: y entonces no mirábamos en ello; más lo que yo vi, que traían sobre cincuenta jarros grandes hechos de buen cacao con su espuma, y de lo que bebía, y las mujeres le servían al beber con gran acato, y algunas veces al tiempo del comer estaban unos Indios corcovados muy feos, porque eran chicos de cuerpo, y quebrados por medio los cuerpos, que entre ellos eran



chocarreros: y otros Indios que debían de ser truhanes, que le decían gracias, y otros que le cantaban, y bailaban, porque el Moctezuma era aficionado a placeres y cantares, y a aquellos mandaba dar los relieves, y jarros del cacao, y las mismas cuatro mujeres alzaban los manteles, y le tornaban a dar agua a manos, y con mucho acato que le hacían: y hablaba Moctezuma a aquellos cuatro principales viejos en cosas que le convenían, y se despedían de él con gran acato que le tenían, y él se quedaba reposando; y cuando el gran Moctezuma había comido, luego comían todos los de su guarda, y otros muchos de sus serviciales de casa, y me parece que sacaban sobre mil platos de aquellos manjares que dicho tengo: pues jarros de cacao con su espuma, como entre Mexicanos se hace, más de dos mil, y fruta infinita. Pues para sus mujeres y criadas, y panaderas, y cacaguoterías, era gran costa la que tenía. Dejemos de hablar de la costa, y comida de su casa, y digamos de los mayordomos y tesoreros, y despensas y botillería, y de los que tenían cargo de las casas a donde tenían el maíz; digo que había tanto que escribir, cada cosa por sí, que yo no sé por dónde comenzar, sino que estábamos admirados del gran concierto, y abasto que en todo había. Y más digo, que se me había olvidado, que es bien de tornar a recitar, y es, que le servían al Moctezuma, estando a la mesa cuando comía, como dicho tengo, otras dos mujeres muy agraciadas tortillas amasadas con huevos, y otras cosas substanciosas, y eran las tortillas muy blancas, y traíanselas en unos platos cobijados con sus paños limpios, y también le traían otra manera de pan, que son como bollos largos, hechos, y amasados con otra manera de cosas sustanciales, y pan pachol, que en esta tierra así se dice, que es a manera de unas obleas. También le ponían en la mesa tres cañutos muy pintados, y dorados, y dentro traían liquidambar, revuelto con unas yerbas que se dice tabaco, y cuando acababa de comer, después que le habían cantado, y bailado, y alzada la mesa, tomaba el humo de uno de aquellos cañutos, y muy poco, y con ello se dormía. Dejemos ya de decir del servicio de su mesa, y volvamos a nuestra relación. Acuérdomme que era en aquel tiempo su mayordomo mayor un gran Cacique, que le pusimos por nombre Tapia, y tenía cuenta de todas las rentas que le traían al Moctezuma con sus libros hechos de su papel, que se dice Amatl, y tenía de estos libros una gran casa de ellos.

Dejemos de hablar de los libros y cuentas, pues va fuera de nuestra relación: y digamos como tenía Moctezuma dos casas llenas de todo género de armas, y muchas de ellas ricas con oro, y pedrería, como eran rodela grandes y chicas, y unas como macanas, y otras a manera de espadas de a dos manos, engastadas en ellas unas navajas de pedernal, que



cortaban muy mejor que nuestras espadas, y otras lanzas más largas que no las nuestras, con una braza de cuchilla, y engastadas en ellas muchas navajas, que aunque den con ellas en un broquel, o rodela, no faltan, y cortan en fin como navajas, que se rapan con ellas las cabezas; y tenían muy buenos arcos y flechas, y varas de a dos gajos, y otras de a uno con sus tiraderas, y muchas ondas y piedras rollizas, hechas a mano, y unos como paveses, que son de arte, que los pueden arrollar arriba cuando no pelean, porque no les estorbe, y al tiempo de pelear, cuando son menester los dejan caer, y quedan cubiertos sus cuerpos de arriba abajo⁸. También tenía muchas armas de algodón colchadas, y ricamente labradas por defuera de plumas de muchas colores a manera de divisas, e invenciones, y tenían otros como capacetes, y cascos de madera, y de hueso también muy labrados de pluma por defuera: y tenían otras armas de otras hechuras, que por excusar prolijidad las dejo de decir; y sus oficiales, que siempre labraban, y entendían en ello, y mayordomos que tenían cargo de las casas de armas. Dejemos esto, y vamos a la casa de aves, y por fuerza me he de detener en contar cada género, de qué calidad eran. Digo, que desde águilas reales, y otras águilas más chicas, y otras muchas maneras de aves de grandes cuerpos, hasta pajaritos muy chicos, pintados de diversas colores. También donde hacen aquellos ricos plumajes, que labran de plumas verdes; y las aves de estas plumas, es el cuerpo de ellas a manera de las picazas, que hay en nuestra España: llámense en esta tierra quetzales, y otros pájaros que tienen la pluma de cinco colores, que es verde, colorado, blanco, amarillo, y azul, éstos no sé cómo se llaman. Pues papagayos de otras diferenciados colores, tenía tantos, que no se me acuerda los nombres de ellos. Dejemos patos de buena pluma, y otros mayores, que les querían parecer, y de todas estas aves pelábanles las plumas en tiempos, que para ello era conveniente, y tornaban a pelechar: y todas las más aves que dicho tengo, criaban en aquella casa, y al tiempo del encoclar, tenían cargo de echarles sus huevos ciertos Indios y Indias, que miraban por todas las aves, y de limpiarles sus nidos, y darles de comer, y esto a cada género y ralea de aves, lo que era su mantenimiento. Y en aquella casa había un estanque grande de agua dulce, y tenía en él otra manera de aves muy altas de zancas, y colorado todo el cuerpo, y alas, y cola: no sé el nombre de ellas, mas en la isla de Cuba las llamaban Ipiris a otras como ellas. Y también en aquel estanque había otras raleas de aves, que siempre estaban en el agua. Dejemos esto, y vamos a otra gran casa, donde tenían muchos ídolos, y decían, que eran sus Dioses bravos, y con ellos muchos géneros de animales, de tigres, y

⁸ Es notable este pasaje para llegar a entender que los Mexicanos y demás Naciones eran temibles por la calidad de sus armas.



leones de dos maneras: unos, que son de hechura de lobos, que en esta tierra se llaman adives, y zorros, y otras alimañas chicas: y todas estas carniceras se las mantenían con carne, y las más de ellas criaban en aquella casa, y les daban de comer venados, gallinas, perrillos, y otras cosas que cazaban, y aun oí decir, que cuerpos de Indios de los que sacrificaban. Y es de esta manera, que ya me habrán oído decir, que cuando sacrificaban a algún triste Indio, que le aserraban con unos navajones de pedernal por los pechos, y bullendo le sacaban el corazón y sangre, y lo presentaban a sus ídolos, en cuyo nombre hacían aquel sacrificio, y luego les cortaban los muslos, y brazos, y la cabeza, y aquello comían en fiestas y banquetes, y la cabeza colgaban de unas vigas, y el cuerpo del Indio sacrificado no llegaban a él para comerle, sino dábanlo a aquellos bravos animales: pues más tenían en aquella maldita casa, muchas víboras, y culebras emponzoñadas, que traen en las colas unos que suenan como cascabeles: estas son las peores víboras de todas, y las tenían en cunas, tinajas, y en cántaros grandes, y en ellos mucha pluma, y allí tenían sus huevos, y criaban sus viboreznos, y les daban a comer de los cuerpos de los Indios, que sacrificaban, y otras carnes de perros de los que ellos solían criar. Y aun tuvimos por cierto, que cuando nos echaron de México, y nos mataron sobre ochocientos y cincuenta de nuestros soldados, y de los de Narváez, que de los muertos mantuvieron muchos días a aquellas fuertes alimañas, y culebras, según diré en su tiempo y sazón: y aquestas culebras y bestias tenían ofrecidas a aquellos sus ídolos bravos, para que estuviesen en su compañía. Digamos ahora las cosas infernales que hacían, cuando bramaban los tigres y leones, y aullaban los adives y zorros, y silbaban las sierpes, era grima oírlo, y parecía infierno. Pasemos adelante, y digamos de los grandes oficiales que tenía de cada género de oficio, que entre ellos se usaba: y comencemos por los lapidarios, y plateros de oro y plata, y todo vaciadizo, que en nuestra España los grandes plateros tienen que mirar en ello: y de estos tenía tantos, y tan primos en un pueblo, que se dice Escapuzalco, una legua de México. Pues labrar piedras finas, y chalchihuis, que son como esmeraldas, otros muchos grandes maestros. Vamos adelante a los grandes oficiales de asentar de pluma, y pintores, y entalladores muy sublimados, que por lo que ahora hemos visto la obra que hacen, tememos consideración en lo que entonces labraban: que tres Indios hay en la ciudad de México, tan primos en su oficio de entalladores, y pintores, que se dicen Marcos de Aquino, y Juan de la Cruz, y el Crespillo, que si fueran en tiempo de aquel antiguo y afamado Apeles, o de Micael Angel, o Berruguete, que son de nuestros tiempos, les pusieran en el número de ellos. Pasemos adelante, y vamos a las



Indias, de tejederas, y labranderas, que le hacían tanta multitud de ropa fina con muy grandes labores de plumas: y de donde más cotidianamente la traían, era de unos pueblos y provincia, que está en la costa del Norte de cabe la Vera Cruz, que la decían Costatán, muy cerca de San Juan de Ulua, donde desembarcamos cuando veníamos con Cortés; y en su casa del mismo Moctezuma todas las hijas de Señores, que tenía por amigas, siempre tejían cosas muy primas, y otras muchas hijas de Mexicanos vecinos, que estaban como a manera de recogimiento, que querían parecer monjas, también tejían, y todo de pluma. Estas monjas tenían sus casas cerca del gran Cu del Huichilobos: y por devoción suya, y de otro ídolo de mujer, que decían, que era su abogada para casamientos, las metían sus padres en aquella religión, hasta que se casaban, y de allí las sacaban para casarlas. Pasemos adelante, y digamos de la gran cantidad de bailadores, que tenía el gran Moctezuma, y danzadores, y otros que traen un palo con los pies: y de otros que vuelan cuando bailan por alto; y de otros que parecen como matachines, y éstos eran para darle placer. Digo, que tenía un barrio de estos, que no entendían en otra cosa. Pasemos adelante, y digamos de los oficiales que tenía, de canteros, y albañiles, carpinteros, que todos entendían en las obras de sus casas. También digo, que tenía tantos cuantos quería. No olvidemos las huertas de flores, y árboles olorosos, y de muchos géneros que de ellos tenía, y el concierto y pasaderos de ellas, y de sus albercas, estanques de agua dulce, como viene una agua por un cabo, y va por otro, y de los baños que dentro tenía, y de la diversidad de pajaritos chicos, que en los árboles criaban: y que de yerbas medicinales y de provecho, que en ellas tenía, era cosa de ver; y para todo esto muchos hortelanos, y todo labrado de cantería, así baños, como paseaderos, y otros retretes y apartamientos, como cenadores: y también adonde bailaban, y cantaban: y había tanto que mirar en esto de las huertas, como en todo lo demás, que no nos hartábamos de ver su gran poder. Y así por el consiguiente tenía maestros de todos cuantos oficios entre ellos se usaban, y de todos gran cantidad. Y porque yo estoy hartado de escribir sobre esta materia, y más lo estarán los lectores, lo dejaré de decir, y diré como fue nuestro Capitán Cortés con muchos de nuestros Capitanes y soldados, a ver el Tatelulco, que es la gran plaza de México, y subimos en el alto Cu, donde estaban sus ídolos Tezcatepuca, y su Huichilobos; y esta fue la primera vez, que nuestro Capitán salió a ver la ciudad de México, y lo que en ello pasó.



CAPÍTULO XCII.

Cómo nuestro Capitán salió a ver la ciudad de México, y el Tatelulco, que es la plaza mayor, y el gran Cu de su Huichilobos, y lo que más pasó.

Como había ya cuatro días que estábamos en México, y no salía el Capitán, ni ninguno de nosotros de los aposentos, excepto a las casas y huertas, nos dijo Cortés, que sería bien ir a la plaza mayor a ver el gran adoratorio de su Huichilobos, y que quería enviarle a decir al gran Moctezuma, que lo tuviese por bien, y para ello envió por mensajero a Gerónimo de Aguilar, y a Doña Marina, y con ellos a un pajecillo de nuestro Capitán, que entendía ya algo de la lengua, que se decía Orteguilla: y el Moctezuma, como lo supo, envió a decir, que fuésemos mucho en buen hora: y por otra parte temió no le fuésemos a hacer algún deshonor a sus ídolos, y acordó de ir él en persona con muchos de sus principales, y en sus ricas andas salió de sus palacios, hasta la mitad del camino, y cabe unos adoratorios se apeó de las andas, porque tenía por gran deshonor de sus ídolos, ir hasta su casa y adoratorio de aquella manera, y no ir a pie, y llevábanle de brazo grandes, principales, e iban delante del Moctezuma señores de vasallos, y llevaban dos bastones, como cetros, alzados en alto, que era señal que iba allí el gran Moctezuma: y cuando iba en las andas, llevaba una varita, la media de oro, y media de palo, levantada como vara de justicia: y así se fue y subió en su gran Cu, acompañado de muchos Papas, y comenzó a sahumar, y hacer otras ceremonias al Huichilobos. Dejemos al Moctezuma, que ya había ido adelante, como dicho tengo, y volvamos a Cortés, y a nuestros Capitanes y soldados, como siempre teníamos por costumbre de noche, y de día estar armados, y así nos veía estar el Moctezuma, y cuando lo íbamos a ver, no lo teníamos por cosa nueva. Digo esto, porque a caballo nuestro Capitán, con todos los más que tenían caballos, y la más parte de nuestros soldados, muy apercebidos fuimos al Tatelulco, y iban muchos Caciques, que el Moctezuma envió para que nos acompañasen: y cuando llegamos a la gran plaza, que se dice el Tatelulco, como no habíamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente, y mercaderías que en ella había, y del gran concierto y regimiento, que en todo tenían: y los Principales que iban con nosotros, nos lo iban mostrando: cada género de mercaderías estaban por sí, y tenían situados y señalados sus asientos. Comencemos por los mercaderes de oro, y plata, y piedras ricas, y plumas, y mantas, y cosas labradas, y otras mercaderías, esclavos, y esclavas; digo, que traían tantos a vender a aquella gran plaza, como traen los Portugueses los negros de



Guinea, y traíanlos arados en unas varas largas, como collares a los pescuezos, porque no se les huyesen, y otros dejaban sueltos. Luego estaban otros mercaderes, que vendían ropa más basta, y algodón, y otras cosas de hilo torcido, y cacaguateros, que vendían cacao: y de esta manera estaban cuantos géneros de mercaderías hay en toda la Nueva España, puesto que por su concierto: de la manera que hay en mi tierra, que es Medina del Campo, donde se hacen las ferias, que en cada calle están sus mercaderías por sí, así estaban en esta gran plaza: y los que vendían mantas de nequen, y sogas, y cotaras, que son los zapatos que calzan y hacen de nequen, y de las raíces del mismo árbol, muy dulces cocidas, y otras zarrabusterías, que sacan del mismo árbol, todo estaba a una parte de la plaza en su lugar señalado; y cueros de tigres, de leones, y de nutrias, y de adives, y de venados, y de otras alimañas, y tejones, y gatos monteses, de ellos adobados, y otros sin adobar. Estaban en otra parte otros géneros de cosas y mercaderías. Pasemos adelante, y digamos de los que vendían frisoles, y chíá, y otras legumbres y yerbas, a otra parte. Vamos a los que vendían gallinas, gallos de papada, conejos, liebres, venados, y anadones, perrillos, y otras cosas de este arte, a su parte de la plaza. Digamos de las fruteras, de las que vendían cosas cocidas, mazamorreras, y malcocinado, también a su parte, puesto todo género de loza hecha de mil maneras, desde tinajas grandes, y jarrillos chicos que estaban por sí aparte: y también los que vendían miel, y melcochas, y otras golosinas que hacían, como nuégados. Pues los que vendían madera, tablas, cunas viejas, y tajos, y bancos, todo por sí. Vamos a los que vendían leña, acote, y otras cosas de esta manera. ¿Qué quieren más que diga? Que hablando con acato, también vendían canoas llenas de hienda de hombres, que tenían en los esteros cerca de la plaza, y esto era para hacer o para curtir cueros, que sin ella decían, que no se hacían buenos. Bien tengo entendido, que algunos se reirán de esto; pues digo, que es así: y más digo que tenían por costumbre, que en todos los caminos, que tenían hechos de cañas, o paja, o yerbas, porque no los vieses los que pasasen por ellos, y allí se metían, si tenían gana de purgar los vientres, porque no se les perdiere aquella suciedad. ¿Para qué gasto ya tantas palabras de lo que vendían en aquella gran plaza? porque es para no acabar tan presto de contar por menudo todas las cosas; sino que papel, que en esta tierra llaman amal, y unos cañutos de olores con liquidambar, llenos de tabaco, y otros ungüentos amarillos, y cosas de este arte, vendían por sí: y vendían mucha grana debajo de los portales que estaban en aquella gran plaza; y había muchos herbolarios, y mercaderías de otra manera, y tenían allí sus casas, donde juzgaban tres Jueces, y otros, como Alguaciles ejecutores, que miraban las



mercaderías. Se me había olvidado la sal, y los que hacían navajas de pedernal, y de cómo las sacaban de la misma piedra. Pues pescaderas, y otros que vendían unos panecillos, que hacen de una como lama, que cogen de aquella gran laguna, que se cuaja, y hacen panes de ello; que tienen un sabor a manera de queso: y vendían hachas de latón, y cobre, y estaño, y xícaras, y unos jarros muy pintados, de madera hechos. Ya querría haber acabado de decir todas las cosas que allí se vendían, porque eran tantas, y de tan diversas calidades, que para que lo acabáramos de ver y inquirir, era necesario más espacio; que como la gran plaza estaba llena de tanta gente, y toda cercada de portales, que en un día no se podía ver todo: y fuimos al gran Cu, y ya que íbamos cerca de sus grandes patios, y antes de salir de la misma plaza, estaban otros muchos mercaderes, que según dijeron, era que tenían a vender oro en granos como lo sacan de las minas, metido el oro en unos cañutillos delgados de los de ansarones de la tierra, y así blancos, porque se pareciese el oro por defuera, y por el largor y gordor de los cañutillos, tenían entre ellos su cuenta, que tantas mantas, o que xiquipiles de cacao valía, o que esclavos, o otra cualquier cosa a que lo trocaban: y así dejamos la gran plaza sin más verla, y llegamos a los grandes patios y cercas donde estaba el gran Cu, y tenía antes de llegar a él un gran circuito de patios, que me parece que eran mayores que la plaza que hay en Salamanca, y con dos cercas alrededor de cal y canto; y el mismo patio y sitio todo empedrado de piedras grandes de losas blancas, y muy lisas: y adonde no había de aquellas piedras, estaba encalado y bruñido, y todo muy limpio, que no hallaran una paja, ni polvo en todo él. Y cuando llegamos cerca del gran Cu, antes que subiésemos ninguna grada de él, envió el gran Moctezuma desde arriba, donde estaba haciendo sacrificio, seis Papas, y dos Principales, para que acompañasen a nuestro Capitán Cortés: y al subir de las gradas, que eran ciento y catorce, le iban a tomar de los brazos para le ayudar a subir, creyendo que se cansaría, como ayudaban a subir a su señor Moctezuma, y Cortés no quiso que llegasen a él: y como subimos a lo alto del gran Cu, en una placeta que arriba se hacía, adonde tenían un espacio, como andamios, y en ellos puestas unas grandes piedras, adonde ponían los tristes Indios para sacrificar, allí había un gran bulto, como de dragón, y otras malas figuras, y mucha sangre derramada de aquel día. Y así como llegamos, salió el gran Moctezuma de un adoratorio donde estaban sus malditos ídolos, que era en lo alto del gran Cu, y vinieron con él dos Papas, y con mucho acato que hicieron a Cortés, y a todos nosotros, le dijo: cansado estaréis, Señor Malinche, de subir a este nuestro gran Templo: y Cortés le dijo con nuestras lenguas, que iban con nosotros, que él, ni nosotros no nos cansábamos en cosa



ninguna: y luego le tomó por la mano, y le dijo, que mirase su gran ciudad, y todas las más ciudades que había dentro en el agua, y otros muchos pueblos en tierra al rededor de la misma laguna, y que si no había visto bien su gran plaza, que desde allí la podría ver muy mejor: y así lo estuvimos mirando, porque aquel grande y maldito Templo estaba tan alto, que todo lo señoreaba, y de allí vimos las tres calzadas que entran en México, que es la de Iztapalapa, que fue por la que entramos cuatro días había; y la de Tacuba, que fue por donde después de ahí a ocho meses salimos huyendo la noche de nuestro gran desbarate, cuando Cuedlavaca nuevo Señor nos echó de la ciudad, como adelante diremos; y la de Tepeaquilla: y veíamos el agua dulce, que venía de Chapultepeque, de que se proveía la ciudad, y en aquellas tres calzadas, los puentes que tenían hechos de trecho a trecho, por donde entraba y salía el agua de la laguna de una parte a otra: y vimos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos, y otras que venían con cargas y mercaderías: y veíamos, que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las demás ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa a casa no se pasaba sino por unos puentes levadizos, que tenían hechos de madera, o en canoas: y veíamos en aquellas ciudades cues y adoratorios a manera de torres y fortalezas, y todos blanqueando, que era cosa de admiración; y las casas de azuleas, y en las calzadas otras torrecillas y adoratorios, que eran como fortalezas. Y después de bien mirado, y considerado todo lo que habíamos visto, tornamos a ver la gran plaza, y la multitud de gente que en ella había, unos comprando, y otros vendiendo, que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí había, sonaba más que de una legua: y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y en toda Italia, y Roma, y dijeron, que plaza tan bien compasada, y con tanto concierto, y tamaña, y llena de tanta gente, no la habían visto. Dejemos esto, y volvamos a nuestro Capitán que dijo a Fray Bartolomé de Olmedo, ya otras veces por mí nombrado, que allí se halló; Paréceme señor padre, que será bien que demos un tiento a Montezuma, sobre que nos deje hacer aquí nuestra Iglesia: y el Padre dijo, que sería bien, si aprovechase, mas que le parecía, que no era cosa conveniente hablar en tal tiempo, que no veía al Moctezuma de arte, que en tal cosa concediese; y luego nuestro Cortés dijo al Moctezuma con Doña Marina la lengua: Muy gran Señor es v. md. y de mucho más es merecedor: hemos holgado de ver vuestras ciudades. Lo que os pido por merced, es, que pues estamos aquí en este vuestro Templo, que nos mostréis vuestros Dioses y Teules: y el Moctezuma dijo, que primero hablaría con sus grandes Papas: y luego que con ellos hubo



hablado, dijo, que entrásemos en una torrecilla y apartamiento a manera de sala, donde estaban dos como altares con muy ricas tablazones encima del techo; y en cada altar estaban dos bultos, como de gigante, de muy altos cuerpos, y muy gordos: y el primero, que estaba a la mano derecha, decían que era el de Huichilobos su Dios de la guerra, y tenía la cara y rostro muy ancho, y los ojos deformes y espantables, y en todo el cuerpo tanta de la pedrería, y oro, y perlas, y aljófar pegado con engrudo, que hacen en esta tierra de unas como raíces, que todo el cuerpo y cabeza estaba lleno de ello, y ceñido al cuerpo unas a manera de grandes culebras hechas de oro, y pedrería, y en una mano tenía un arco, en otra unas flechas. y otro ídolo pequeño que allí cabe él estaba, que decían que era su paje, le tenía una lanza, no larga, y una rodela muy rica de oro y pedrería: y tenía puestos al cuello el Huichilobos unas caras de Indios, y otros como corazones de los mismos Indios, y estos de oro, y de ellos de plata con mucha pedrería azules: y estaban allí unos braseros con incienso, que es su copal, y con tres corazones de Indios de aquel día sacrificados, y se quemaban, y con el humo, y copal le habían hecho aquel sacrificio: y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañadas, y negras de costras de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedía muy malamente. Luego vimos a la otra parte de la mano izquierda, estar el otro gran bulto del altar del Huichilobos, y tenía un rostro, como de oso, y unos ojos que le relumbraban, hechos de sus espejos, que se dice Tezcat, y el cuerpo con ricas piedras pesadas, según y de la manera del otro su Huichilobos; porque según decían, entrambos eran hermanos: y este Tezcatepuca era el Dios de los infiernos, y tenía cargo de las ánimas de los Mexicanos, y tenía ceñidas al cuerpo unas figuras, como diablillos chicos, y las colas de ellos como sierpes: y tenía en las paredes tantas costras de sangre, y el suelo todo bañado de ello, que en los mataderos de Castilla no había tanto hedor: y allí le tenían presentado cinco corazones de aquel día sacrificados: y en lo más alto de todo el Cu estaba otra concavidad muy ricamente labrada la madera de ella; y estaba otro bulto, como de medio hombre, y medio lagarto, todo lleno de piedras ricas, y la mitad del enmantado. Este decían, que la mitad de él estaba lleno de todas las semillas que había en toda la tierra, y decían, que era el Dios de las sementeras y frutas: no se me acuerda el nombre de él, y todo estaba lleno de sangre, así paredes, como altar: y era tanto el hedor, que no veíamos la hora de salirnos afuera: y allí tenían un tambor muy grande en demasía, que cuando le tañían, el sonido de él era tan triste y de tal manera, como dicen, instrumento de los infiernos, y más de dos leguas de allí se oía: y decían que los cueros de aquel tambor eran de sierpes muy grandes: y en aquella placeta tenían tantas cosas



muy diabólicas de ver, de bocinas, y trompetillas, y navajones, y muchos corazones de Indios, que habían quemado, con que sahumaban aquellos sus ídolos, y todo cuajado de sangre, y tenían tanto, que los doy a la maldición; y como todo hedía a carnicería, no veíamos la hora de quitarnos de tan mal hedor, y peor vista; y nuestro Capitán dijo a Moctezuma con nuestra lengua, como medio riendo: Señor Moctezuma, no sé yo cómo un tan gran Señor, y sabio varón, como v. m. es, no haya colegido en su pensamiento, como no son estos vuestros ídolos Dioses, sino cosas malas, que se llaman diablos. Y para que v. m. lo conozca, y todos sus Papas lo vean claro, hacedme una merced, que hayáis por bien, que en lo alto de esta torre pongamos una cruz, y en una parte de estos adoratorios, donde están vuestros Huichilobos, y Tezcatepuca, haremos un apartado, donde pongamos una Imagen de nuestra Señora, la cual Imagen ya el Moctezuma la había visto, y veréis el temor que de ello tienen esos ídolos que os tienen engañados: y el Moctezuma respondió medio enojado, y dos Papas que con él estaban mostraron malas señales, y dijo: Señor Malinche, si tal deshonor, como has dicho, creyera que habías de decir, no te mostrara mis Dioses; aquestos tenemos por muy buenos, y ellos dan salud, y aguas, y buenas sementeras, y temporales, y Victorias, y cuanto queremos; y tenémoslos de adorar, y sacrificar. Lo que os ruego es, que no se digan otras palabras en su deshonor: y como aquello le oyó nuestro Capitán, y tan alterado, no le replicó más en ello, y con cara alegre le dijo: hora es, que v. m. y nosotros nos vamos; y el Moctezuma respondió, que era bien: y que porque él tenía que rezar, y hacer ciertos sacrificios en recompensa del gratlatlacol, que quiere decir pecado, que había hecho en dejarnos subir en su gran Cu, y ser causa de que nos dejase ver sus Dioses, y del deshonor que les hicimos en decir mal de ellos, que antes que se fuese, que los había de rezar y adorar. Y Cortés le dijo: pues que así es, perdone, Señor; y luego nos bajamos las gradas abajo, y como eran ciento y catorce, a algunos de nuestros soldados estaban malos de bubas o humores, les dolieron los muslos de bajar. Y dejaré de hablar de su adoratorio, y diré lo que me parece del circuito y manera que tenía: y si no lo dijere tan al natural como era, no se maravillen, porque en aquel tiempo tenía otro pensamiento de entender en lo que traíamos entre manos, que era en lo militar, y lo que mi Capitán Cortés me mandaba, y no en hacer relaciones. Volvamos a nuestra materia. Paréceme, que el circuito del gran Cu sería de seis muy grandes solares de los que dan en esta tierra, y desde abajo hasta arriba adonde estaba una torrecilla, y allí estaban sus ídolos, va estrechando, y en medio del alto Cu, hasta lo más alto de él, van cinco concavidades a manera de barbacas, y descubiertas sin mamparos: y



porque hay muchos Cues pintados en reposteros de conquistadores, y en uno que yo tengo, que cualquiera de ellos ha que los ha visto, podrá colegir la manera que tenían por defuera; mas lo que yo vi, y entendí, y de ello hubo faina en aquellos tiempos que fundaron aquel gran Cu; en el cimiento de él habían ofrecido de todos los vecinos de aquella gran ciudad, oro, y plata, y aljófara, y piedras ricas, y que le habían bañado con mucha sangre de Indios que sacrificaron, que habían tomado en las guerras, y de toda manera de diversidad de semillas que había en toda la tierra, porque les diesen sus ídolos victorias, y riquezas, y muchos frutos. Dirán ahora algunos Lectores muy curiosos, que cómo pudimos alcanzar a saber, que en el cimiento de aquel gran Cu echaron oro, y plata, y piedras de chalchuiuis ricas, y semillas, y lo rociaban con sangre humana de Indios que sacrificaban, habiendo sobre mil años que se fabricó, y se hizo. A esto doy por respuesta, que desde que ganamos aquella fuerte y gran ciudad, y se repartieron los solares, que luego propusimos, que en aquel gran Cu habíamos de hacer la Iglesia de nuestro Patrón, y guiador Señor Santiago, y cupo mucha parte de solar del alto Cu para el solar de la santa Iglesia, y cuando abrían los cimientos para hacerlos más fijos, hallaron mucho oro, y plata, y chalchuiuis, y perlas, y aljófara, y otras piedras. Y asimismo a un vecino de México, que le cupo otra parte del mismo solar, halló lo mismo: y los Oficiales de la hacienda de su Majestad lo demandaban por de su Majestad, que le venía de derecho, y sobre ello hubo pleito, y no se me acuerda lo que pasó: mas de que se informaron de los Caciques, y Principales de México, y de Guatemuz, que entonces era vivo, y dijeron, que es verdad, que todos los vecinos de México de aquel tiempo echaron en los cimientos aquellas joyas, y todo lo demás, y que así lo tenían por memoria en sus libros y pinturas de cosas antiguas, y por esta causa se quedó para la obra de la santa Iglesia de Señor Santiago. Dejemos esto, y digamos de los grandes y suntuosos patios que estaban delante del Huichilobos, adonde está ahora Señor Santiago, que se dice el Taltelulco, porque así se solía llamar. Ya he dicho que tenían dos cercas de cal y canto antes de entrar dentro, y que era empedrado de piedras blancas como losas, y muy encalado, y bruñido, y limpio, y sería de tanto compás, y tan ancho como la plaza de Salamanca: y un poco apartado del gran Cu estaba una torrecilla, que también era casa de ídolos, o puro infierno; porque tenía a la boca de la una puerta una muy espantable boca de las que pintan, que dicen que es como la que está en los infiernos con la boca abierta y grandes colmillos para tragar las ánimas. Y asimismo estaban unos bultos de diablos, y cuerpos de sierpes junto a la puerta, y tenían un poco apartado un sacrificadero, y todo ello



muy ensangrentado, y negro de humo, y costras de sangre: y tenían muchas ollas grandes, y cántaros, y tinajas dentro en la casa llenas de agua, que era allí donde cocinaban la carne de los tristes Indios que sacrificaban, que comían los Papas, porque también tenían cabe el sacrificadero muchos navajones, y unos tajos de madera, como en los que cortan carne en las carnicerías. Y asimismo detrás de aquella maldita casa, bien apartado de ella, estaban unos grandes rimeros de leña, y no muy lejos una gran alberca de agua, que se henchía y vaciaba, que le venía por su caño encubierto de la que entraba en la ciudad desde Chapultepeque. Yo siempre la llamaba a aquella casa el infierno. Pasemos adelante del patio, y vamos a otro Cu, donde era enterramiento de grandes Señores Mexicanos, que también tenían otros ídolos, y todo lleno de sangre, y humo, y tenía otras puertas, y figuras de infierno: y luego junto aquel Cu estaba otro lleno de calaveras, y zancarrones puestos con gran concierto, que se podían ver, más no se podían contar, porque eran muchos, y las calaveras por sí, y los zancarrones en otros rimeros: y allí había otros ídolos, y en cada casa, o Cu, y adoratorio, que he dicho, estaban Papas con sus vestiduras largas de mantas prietas, y las capillas, como de Dominicanos, que también tiraban un poco a las de los Canónigos, y el cabello muy largo, y hecho, que no se podía desparcir ni desenredar: y todos los más sacrificados las orejas, y en los mismos cabellos mucha sangre. Pasemos adelante, que había otros Cues apartados un poco de donde estaban las calaveras, que tenían otros ídolos, y sacrificios de otras malas pinturas: y aquellos decían, que eran abogados de los casamientos de los hombres. No quiero detenerme más en contar de ídolos, sino solamente diré, que en torno de aquel gran patio había muchas casas, y no altas, y eran adonde estaban y residían los Papas, y otros Indios, que tenían cargo de los ídolos: y también tenían otra muy mayor alberca o estanque de agua, y muy limpia a una parte del gran Cu; y era dedicada para solamente el servicio de Huichilobos, y Tezcatepuca, y entraba el agua en aquella alborea por caños encubiertos, que venían de Chapultepeque, y allí cerca estaban otros grandes aposentos a manera de Monasterio, adonde estaban recogidas muchas hijas de vecinos Mexicanos, como Monjas, hasta que se casaban: y allí estaban dos bultos de ídolos de mujeres, que eran abogadas de los casamientos de las mujeres, y a aquellas sacrificaban, y hacían fiestas, porque les diesen buenos maridos. Mucho me he detenido en contar de este gran Cu del Tatelulco, y sus patios, pues digo era el mayor templo de sus ídolos de todo México, porque había tantos, y muy suntuosos, que entre cuatro o cinco barrios tenían un adoratorio y sus ídolos: y porque eran muchos, y yo no sé la cuenta de todos, pasaré adelante, y diré, que en Cholula el gran



adoratorio, que en él tenían, era de mayor altor, que no el de México, porque tenía ciento y veinte gradas; y según dicen, el ídolo de Cholula teníanle por bueno, y iban a él en romería de todas partes de la Nueva España a ganar perdones, y a esta causa le hicieron tan suntuoso Cu, más era de otra hechura que el Mexicano; y asimismo los patios muy grandes, y con dos cercas. También digo, que el Cu de la ciudad de Tezcuco era muy alto de ciento y diez y siete gradas, y los patios anchos y buenos, y hecho de otra manera que los demás. Y una cosa de reír es, que tenían en cada provincia sus ídolos, y los de la una provincia o ciudad no aprovechaban a los otros, y así tenían infinitos ídolos, y a todos sacrificaban. Y después que nuestro Capitán, y todos nosotros nos cansamos de andar, y ver tantas diversidades de ídolos, y sus sacrificios, nos volvimos a nuestros aposentos, y siempre muy acompañados de Principales y Caciques, que Moctezuma enviaba con nosotros. Y ha de quedarse aquí, y diré lo que más hicimos⁹.

⁹ Las relaciones de Cortés confirman la grandeza de Moctezuma, el aparato de su servidumbre, el ceremonial de su palacio, lo populoso de su Corte, el esplendor de los Señores vasallos de Moctezuma, que tenían sus casas en México; el concurso a sus mercados y plazas, de las cuales la mayor estaba rodeada de portales, concurriendo a ella cotidianamente a comprar y vender arriba de sesenta mil ánimas. Es curiosa su descripción, y se omite por excusar repetición de muchas cosas que refiere Castillo: sin embargo, conducirá para la mayor claridad de los sucesos de que se trata en adelante, la que hace Cortés de la situación de México, y su provincia: "La cual dicha provincia, *dice*, es redonda, y está toda cercada de muy altas y ásperas sierras; y lo llano de ella, tendrá en torno hasta setenta leguas; y en el dicho llano hay dos lagunas, que casi lo ocupan todo: porque tienen canoas en torno más de cincuenta leguas. y la una de estas dos lagunas es de agua dulce, y la otra, que es mayor, es de agua salada. Divídelas por una parte una cuadrillera pequeña de cerros muy altos, que están en medio de esta llanura, y al cabo se van a juntar las dichas lagunas en un estrecho de llano, que entre estos cerros, y las sierras altas se hace; el cual estrecho tendrá un tiro de ballestas: y por entre la una laguna, y la otra, y las ciudades, y otras poblaciones, que están en las dichas lagunas, contratan las unas con las otras en sus canoas por el agua, sin haber necesidad de ir por la tierra. Y porque esta laguna salada grande crece, y mengua por sus mareas, según hace la mar, todas las crecientes, corre el agua, de ella a la otra dulce, tan recio, como si fuese caudaloso río, y por consiguiente a las menguantes va la dulce a la salada. Esta gran ciudad de Temixtitán está fundada en esta laguna salada, y desde la tierra tiróme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquier parte, que quisieren entrar a ella, hay dos leguas. Tiene cuatro entradas todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas ginetas. Es tan grande la ciudad como Sevilla, y Córdoba. Son las calles de ella, digo las principales, muy anchas, y muy derechas, y algunas de estas, y todas las demás, son la mitad de tierra, y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas; y todas las calles, de trecho a trecho, están abiertas por do traviesa el agua de las unas a las otras; y en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes de muy anchas, y muy grandes vigas, juntas, y recias, y bien labradas, y tales, que por muchas de ellas pueden pasar diez de caballo juntos a la par". *Cortés Carta II.*



CAPÍTULO XCIII.

Como hicimos nuestra Iglesia, y altar en nuestro aposento, y una Cruz fuera del aposento, y lo que más pasamos, y hallamos la sala y recámara del tesoro del padre de Moctezuma, y como se acordó prender al Moctezuma.

Como nuestro Capitán Cortés, y el Padre de la Merced vieron, que Moctezuma no tenía voluntad, que en el Cu de su Huichilobos pusiésemos la cruz, ni hiciésemos la Iglesia: y porque desde que entramos en la ciudad de México cuando se decía misa, hacíamos un altar sobre mesas, y tornábamos a quitarlo, acordóse, que demandásemos a los Mayordomos del gran Moctezuma albañiles, para que en nuestro aposento hiciésemos una Iglesia: y los Mayordomos dijeron, que se lo harían saber al Moctezuma, y nuestro Capitán envió a decírselo con Doña Marina, y Aguilar, y con Orteguilla su paje, que entendía ya algo la lengua, y luego dio licencia, y mandó dar todo recaudo: y en tres días teníamos nuestra Iglesia hecha, y la santa Cruz puesta delante de los aposentos, y allí se decía misa cada día, hasta que se acabó el vino, que como Cortés, y otros Capitanes, y el Fraile estuvieron malos, cuando las guerras de Tlascal, dieron prisa al vino que teníamos para misas. Y desde que se acabó, cada día estábamos en la Iglesia rezando de rodillas delante del altar e Imágenes; lo uno, por lo que oramos obligados a Cristianos, y buena costumbre; y lo otro, porque Moctezuma, y todos sus Capitanes lo viesen, y se inclinasen a ello, y porque viesen el adoratorio, y vernos de rodillas delante de la Cruz, especial cuando tañíamos a la Ave María. Pues estando que estábamos en aquellos aposentos, como somos de tal calidad, y todo lo trascendemos, y queremos saber, cuando miramos, a dónde mejor y en más conveniente parte habíamos de hacer el altar, dos de nuestros soldados, que uno de ellos era carpintero de lo blanco, que se decía Alonso Yáñez, vio en una pared una como señal, que había sido puerta, que estaba cerrada, y muy bien encalada, y bruñida; y como había fama, y teníamos relación, que en aquel aposento tenía Moctezuma el tesoro de su padre Axayaca, sospechóse, que estaría en aquella sala, que estaba de pocos días cerrada y encalada: y el Yáñez le dijo a Juan Velázquez de León, y Francisco de Lugo, que eran Capitanes, y aun deudos míos; el Alonso Yáñez se allegaba a su compañía, como criado de aquellos Capitanes, y se lo dijeron a Cortés, y secretamente se abrió la puerta, y cuando fue abierta, Cortés con ciertos Capitanes entraron primero dentro, y vieron tanto número de joyas de oro, y planchas, y tejuelos muchos, y piedras de chalchuis, y otras muy grandes riquezas, quedaron elevados, y no



supieron qué decir de tantas riquezas: y luego lo supimos entre todos los demás Capitanes y soldados, y lo entramos a ver muy secretamente, y como yo lo vi, digo que me admiré, y como en aquel tiempo era mancebo, y no había visto en mi vida riquezas como aquellas, tuve por cierto, que en el mundo no debiera haber otras tantas, y acordóse por todos nuestros Capitanes y soldados, que ni por pensamiento se tocase en cosa ninguna de ellas, sino que la misma puerta se tornase luego a poner sus piedras, y cerrase, y encalase de la manera que la hallamos, y que no se hablase en ello, porque no lo alcanzase a saber Moctezuma, hasta ver otro tiempo. Dejemos esto de esta riqueza, y digamos, que como teníamos tan esforzados Capitanes y soldados, y de muchos buenos consejos y pareceres, y primeramente nuestro Señor Jesucristo ponía su divina mano en todas nuestras cosas, y así lo teníamos por cierto, apartaron a Cortés cuatro de nuestros Capitanes, y juntamente doce soldados, de quien él se fiaba, y comunicaba, y yo era uno de ellos, y le dijimos, que mirase la red, y garlito donde estábamos, y la fortaleza da aquella ciudad; y mirase los puentes, y calzadas, y las palabras y avisos, que en todos los pueblos por donde hemos venido nos han dado, que había aconsejado el Huichilobos a Moctezuma, que nos dejase entrar en su ciudad, y que allí nos matarían: y que mirase que los corazones de los hombres son muy mudables, en especial en los Indios, y que no tuviese confianza de la buena voluntad y amor, que Moctezuma nos muestra, porque de una hora a otra la mudaría, y cuando se le antojase darnos guerra, que con quitarnos la comida, o el agua, o alzar cualquier puente, que no nos podríamos valer: y que mire la gran multitud de Indios que tiene de guerra en su guarda: y qué podríamos nosotros hacer para ofenderlos, o para defendernos, porque todas las casas tienen en el agua; pues socorro de nuestros amigos los de Tlascalá, ¿por dónde han de entrar? Y pues es cosa de ponderar todo esto que le decíamos, que luego sin más dilación prendiésemos al Moctezuma, si queríamos asegurar nuestras vidas, y que no se aguardase para otro día, y que mirase que con todo el oro que nos daba Moctezuma, ni el que habíamos visto en el tesoro de su padre Axayaca, ni con cuanta comida comíamos, que todo se nos hacia rejalgarse en el cuerpo: que ni de noche, ni de día no dormíamos, ni reposábamos con aquel pensamiento: y que si otra cosa algunos de nuestros soldados menos que esto, que le decíamos, sintiesen, que serian como bestias, que no tenían sentido, que se estaban al dulzor del oro, no viendo la muerte al ojo. Y como esto oyó Cortés, dijo: No creáis, Caballeros, que duermo, ni estoy sin el mismo cuidado, que bien me lo habréis sentido; ¿mas qué poder tenemos nosotros para hacer tan grande atrevimiento, como prender a tan gran Señor en sus mismos palacios,



teniendo sus gentes de guarda, y de guerra? ¿Qué manera, o arte se puede tener en quererlo poner por efecto, que no apellide sus guerreros, y luego nos acometan? Y replicaron nuestros Capitanes, que fue Juan Velázquez de León, y Diego de Ordás, y Gonzalo de Sandoval, y Pedro de Alvarado, que con buenas palabras sacarle de su sala, y traerlo a nuestros aposentos, y decirle, que ha de estar preso: que si se alterare, o diere voces, que lo pagará su persona; y que si Cortés no lo quiere hacer luego, que les den licencia, que ellos lo prenderán, y lo pondrán por la obra: y que de dos grandes peligros en que estamos, que el mejor, y el más apropósito es prenderle, que no aguardar que nos diesen guerra: y que si la comenzaba, qué remedio podríamos tener¹⁰. También le dijeron ciertos soldados, que nos parecía, que los Mayordomos de Moctezuma, que servían en darnos bastimentos, se desvergonzaban, y no lo traían cumplidamente, como los primeros días: y también los Indios Tlascaltecas nuestros amigos, dijeron secretamente a Gerónimo de Aguilar nuestra lengua, que no les parecía bien la voluntad de los Mexicanos de dos días atrás. Por manera, que estuvimos platicando en este acuerdo bien una hora, si le prendiéramos, o no, y qué manera teníamos: y a nuestro Capitán bien se le encajó este postrer consejo, y dejábamoslo para otro día, que en todo caso lo habíamos de prender, y aun toda la noche estuvimos con el Padre de la Merced rogando a Dios, que lo encaminase para su santo servicio. Después de estas pláticas, otro día por la mañana vinieron dos Indios de Tlascala muy secretamente con unas cartas de la villa Rica, y lo que se contenía en ello, decía, que Juan de Escalante, que quedó por Alguacil mayor, era muerto, y seis soldados juntamente con él en una batalla, que le dieron los Mexicanos: y también le mataron el caballo, y a nuestros Indios Tonaques, que llevó en su compañía, y que todos los pueblos de la sierra, y Cempoal, y su sujeto, están alterados, y no les quieren dar comida, ni servir en la fortaleza, y que no saben qué hacer: y que como de antes los tenían por Teules, que ahora que han visto aquel desbarate, les hacen fieros, así los Tonaques, como los Mexicanos, y que no les tienen en nada, ni saben qué remedio tomar. Y cuando oímos aquellas nuevas, sabe Dios cuanto pesar tuvimos todos. Aqueste fue el primer desbarate, que tuvimos en la Nueva España: miren los curiosos Lectores la adversa fortuna, como vuelve rodando: quien nos vio entrar en aquella Ciudad con tan solemne recibimiento, y triunfantes, y nos teníamos en posesión de ricos con lo que Moctezuma nos daba cada día, así al Capitán, como a nosotros: y haber visto la casa por mí

¹⁰ Es de creer, que la política sagaz de Cortés, que se observa constantemente en todo el progreso de la conquista, hizo o dispuso que saliese de los soldados una determinación, que por tan osada exigía una disposición firme, y resuelta de parte de ellos. Dominar en un imperio, por el medio de hacerse prenda en su Monarca, y asegurar así su propia existencia, es el primer ejemplo de esta especie.



nombrada llena de oro, y nos tenían por Teules, que son ídolos, y que todas las batallas vencíamos; y ahora habernos venido tan grande desmán, que no nos tuviesen en aquella reputación que de antes, sino por hombres que podíamos ser vencidos, y haber sentido, como se desvergonzaban contra nosotros. En fin de más razones, fue acordado, que aquel mismo día de una manera, ú de otra se prendiese a Moctezuma, o morir todos sobre ello. Y porque para que vean los Lectores de la manera que fue esta batalla de Juan de Escalante, y como le mataron a él, y a otros seis soldados, y el caballo, y los amigos Tonaques, que llevaba consigo, lo quiero aquí declarar antes de la prisión de Moctezuma, por no dejarlo atrás, porque es menester darlo bien a entender.



CAPÍTULO XCIV.

Cómo fue la batalla que dieron los Capitanes Mexicanos a Juan de Escalante, y cómo le mataron a él, y al caballo, y a otros seis soldados; y muchos amigos Indios Totonagues, que también allí murieron.

Y es de esta manera, que ya me habrán oído decir en el capítulo que de ello habla, que cuando estábamos en un pueblo, que se dice Quiahuiztlan, que se juntaron muchos pueblos sus confederados, que eran amigos de los de Cempoal, y por consejo, y convocación de nuestro Capitán, que los atrajo a ello, quitó que no diesen tributo a Moctezuma, y se le rebelaron, y fueron más de treinta Pueblos: y esto fue cuando le prendimos sus recaudadores, según otras veces dicho tengo en el capítulo que de ello habla. Y cuando partimos de Cempoal para venir a México, quedó en la Villa Rica por Capitán, y Alguacil mayor de la Nueva España, un Juan de Escalante, que era persona de mucho ser, y amigo de Cortés, y lo mandó, que en todo lo que aquellos pueblos nuestros amigos hubiesen menester, les favoreciese: y parece ser, que como el gran Moctezuma tenía muchas guarniciones, y Capitanes de gente de guerra en todas las Provincias, que siempre estaban junto a la raya de ellos: porque una tenía en lo de Soconusco por guarda de Guatimala, y Chiapa: y otro tenía en lo de Guazacualco: y otra Capitanía en lo de Mechoacán, y otra a la raya de Panuco, entre Tuzapán, y un pueblo, que le pusimos por nombre Almería, que es en la costa del norte: y como aquella guarnición, que tenía cerca de Tuzapán, pareció ser demandaron tributo de Indios, y Indias, y bastimentos para sus gentes, a ciertos pueblos que estaban allí cerca, y confinaban con ellos, que eran amigos de Cempoal, y servían a Juan de Escalante, y a los vecinos que quedaron en la Villa Rica, y entendían en hacer la fortaleza: y como les demandaban los Mexicanos el tributo y servicio, dijeron, que no se lo querían dar, porque Malinche les mandó, que no lo diesen, y que el gran Moctezuma lo ha tenido por bien: y los Capitanes Mexicanos respondieron, que si no lo daban, que los vendrían a destruir sus pueblos, y llevarlos cautivos: y que su Señor Moctezuma se lo había mandado de poco tiempo acá.

Y como aquellas amenazas vieron nuestros amigos los Totonagues, vinieron al Capitán Juan de Escalante, y quejéronse reciamente, que los Mexicanos les venían a robar, y destruir sus tierras: y como el Escalante lo entendió, envió mensajeros a los mismos Mexicanos para que no hiciesen enojo, ni robasen aquellos pueblos, pues su señor



Moctezuma lo había a bien, que somos todos grandes amigos, sino que irá contra ellos, y les dará guerra: a los Mexicanos no se les dio nada por aquella respuesta, ni fieros, y respondieron, que en el campo los hallaría: y el Juan de Escalante, que era hombre muy bastante, y de sangre en el ojo, apercibió todos los pueblos nuestros amigos de la sierra, que viniesen con sus armas, que eran arcos, flechas, lanzas, rodela; y asimismo apercibió los soldados más sueltos y sanos que tenía, porque ya he dicho otra vez, que todos los más vecinos que quedaban en la Villa Rica, estaban dolientes, y eran hombres de la mar: y con dos tiros, y un poco de pólvora, y tres ballestas, y dos escopetas, y cuarenta soldados, y sobre dos mil Indios Totonagues, fue adonde estaban las guarniciones de los Mexicanos, que andaban ya robando un pueblo de nuestros amigos los Totonagues, y en el campo se encontraron al cuarto del alba: y como los Mexicanos eran más doblados que nuestros amigos los Totonagues, y como siempre estaban atemorizados de ellos de las guerras pasadas, a la primera refriega de flechas, y varas, y piedras, y gritas huyeron, y dejaron al Juan de Escalante peleando con los Mexicanos, y de tal manera, que llegó con sus pobres soldados hasta un pueblo, que llaman Almería, y le puso fuego, y le quemó las casas: allí reposó un poco, porque estaba mal herido. Y en aquellas refriegas y guerra le llevaron un soldado vivo, que se decía Argüello, que era natural de León, y tenía la cabeza muy grande, y la barba prieta, y crespa, y era muy robusto de gesto, y mancebo de muchas fuerzas, y le hirieron muy malamente al Escalante, y otros seis soldados, y le mataron el caballo, y se volvió a la Villa Rica, y donde a tres días murió él, y los soldados. Y de esta manera pasó lo que decimos de la Almería, y no como lo cuenta el Coronista Gómara, que dice en su historia, que iba Pedro de Ircio a poblar a Panuco con ciertos soldados: y para bien velar, no teníamos recaudo, cuanto más enviar a poblar a Panuco; y dice, que iba por Capitán el Pedro de Ircio, que ni aun en aquel tiempo no era Capitán, ni aun cuadrillero, ni se le daba cargo, y se quedó con nosotros en México. También dice el mismo Coronista otras muchas cosas sobre la prisión del Moctezuma: había de mirar, que cuando lo escribía en su historia, que había de haber vivos conquistadores de los de aquel tiempo, que le dirían cuando lo leyesen, esto pasa de esta suerte. Y dejarlo he aquí, y volvamos a nuestra materia, y diré, como los Capitanes Mexicanos después de darle la batalla, que dicho tengo, al Juan de Escalante, se lo hicieron saber al Moctezuma, y aun le llevaron presentada la cabeza del Arguello, que parece se murió en el camino de las heridas, que vivo le llevaban: y supimos que el Moctezuma cuando se lo mostraron, como era robusto, y grande, y tenía grandes barbas, y



crespas, hubo pavor, y temió de verla, y mandó que no la ofreciesen a ningún Cu de México, sino en otros ídolos de otros pueblos: y preguntó el Moctezuma, que siendo ellos muchos millares de guerreros, que cómo no vencieron a tan pocos Teules, y respondieron, que no aprovechaban nada sus varas, y flechas, ni buen pelear, que no les pudieron hacer retraer, porque una gran Tequeciguata de Castilla venia delante de ellos, y que aquella Señora ponía a los Mexicanos temor, y decía palabras a sus Teules, que los esforzaba: y el Moctezuma entonces creyó, que aquella gran Señora, que era Santa María, y la que le habíamos dicho, que era nuestra abogada, que de antes dimos al gran Moctezuma con su precioso Hijo en los brazos. Y porque esto yo no lo vi, porque estaba en México, sino lo que dijeron ciertos Conquistadores, que se hallaron en ello: y pluguiese a Dios, que así fuese. Y ciertamente, todos los soldados que pasamos con Cortés, tenemos muy creído, y así es verdad, que la misericordia divina, y nuestra Señora la Virgen María siempre era con nosotros: por lo cual le doy muchas gracias. Y dejarlo he aquí, y diré lo que pasó en la prisión del gran Moctezuma.



CAPÍTULO XCV.

De la prisión de Moctezuma, y lo que sobre ello se hizo.

Y como teníamos acordado el día antes de prender al Moctezuma, toda la noche estuvimos en oración con el Padre de la Merced, rogando a Dios, que fuese de tal modo, que redundase para su santo servicio: y otro día de mañana fue acordado de la manera que había de ser. Llevó consigo Cortés cinco Capitanes, que fueron Pedro de Alvarado, y Gonzalo de Sandoval, y Juan Velázquez de León, y Francisco de Lugo, y Alonso de Ávila, y con nuestras lenguas Doña Marina, y Aguilar; y todos nosotros mandó que estuviésemos muy a punto, y los caballos ensillados, y enfrenados, y en lo de las armas, no había necesidad de ponerlo yo aquí por memoria, porque siempre de día y de noche estábamos armados, y calzados nuestros alpargates, que en aquella sazón era nuestro calzado: y cuando solíamos ir a hablar al Moctezuma, siempre nos veía armados de aquella manera: y esto digo, porque puesto que Cortés con los cinco Capitanes iban con todas sus armas para prenderle, el Moctezuma no lo tendría por cosa nueva, ni se alteraría de ello. Ya puestos a punto todos, envióle nuestro Capitán a hacerle saber, como iba a su palacio, porque así lo tenía por costumbre, y no se alterase viéndole ir de sobresalto: y el Moctezuma bien entendió poco más o menos, que iba enojado por lo de Almería, y no lo tenía en una castaña, y mandó, que fuese mucho en buen hora: y como entró Cortés, después de haberle hecho sus acatos acostumbrados, le dijo con nuestras lenguas: Señor Moctezuma, muy maravillado estoy de vos, siendo tan valeroso Príncipe, y haberos dado por nuestro amigo, mandar a vuestros Capitanes, que tenías en la costa cerca de Tuzapán, que tomasen armas contra mis Españoles, y tener atrevimiento de robar los pueblos que están en guarda y mamparo de nuestro Rey y Señor, y demandarles Indios, y Indias para sacrificar, y matar un Español hermano mio, y un caballo: no le quiso decir del Capitán, ni de los seis soldados, que murieron luego que llegaron a la Villa Rica, porque el Moctezuma no lo alcanzó a saber, ni tampoco lo supieron los Indios Capitanes, que les dieron la guerra; y más le dijo Cortés, que teniéndole por tan su amigo, mandé a mis Capitanes, que en todo lo que posible fuese os sirviesen y favoreciesen, y Vm. por el contrario no lo ha hecho. Y asimismo en lo de Cholula tuvieron vuestros Capitanes gran copia de guerreros, ordenado por vuestro mandado, que nos matasen: helo disimulado lo de entonces por lo mucho que os quiero, y asimismo ahora vuestros vasallos y Capitanes se han desvergonzado, y tienen pláticas



secretas, que nos queréis mandar matar: por estas causas no querría comenzar guerra, ni destruir aquesta ciudad: conviene, que para excusarlo todo, que luego callando, y sin hacer ningún alboroto os vais con nosotros a nuestro aposento, que allí seréis servido, y muy bien mirado, como en vuestra propia casa, y que si alboroto, o voces daba, que luego seréis muerto de aquestos mis Capitanes, que no los traigo para otro efecto. Y cuando esto oyó el Moctezuma, estuvo muy espantado, y sin sentido: y respondió, que nunca tal mandó que tomasen armas contra nosotros, y que enviaría luego a llamar a sus Capitanes, y sabría la verdad, y los castigaría: y luego en aquel instante quitó de su brazo y muñeca el sello y señal de Huichilobos, que aquello era cuando mandaba alguna cosa grave, y de peso para que se cumpliese, y luego se cumplía: y en lo de ir preso, y salir de sus palacios contra su voluntad, que no era persona la suya para que tal le mandasen, y que no era su voluntad salir: y Cortés le replicó muy buenas razones, y el Moctezuma le respondía muy mejores, y que no había de salir de sus casas: por manera, que estuvieron más de media hora en estas pláticas: y como Juan Velázquez de León, y los demás Capitanes vieron que se detenía con él, y no veían la hora de haberlo sacado de sus casas, y tenerle preso, hablaron a Cortés algo alterados, y dijeron: ¿Qué hace Vm. ya con tantas palabras? O le llevemos preso, o le daremos de estocadas, por eso tornadle a decir, que si da voces, o hace alboroto, que le matareis, porque más vale que de esta vez aseguremos nuestras vidas, o las perdamos. Y como el Juan Velázquez lo decía con voz algo alta y espantosa, porque así era su hablar, y el Moctezuma vio a nuestros Capitanes como enojados, preguntó a Doña Marina, que qué decían con aquellas palabras altas: y como la Doña Marina era muy entendida, le dijo: Señor Moctezuma, lo que yo os aconsejo es, que vais luego con ellos a su aposento sin ruido ninguno, que yo sé que os harán mucha honra, como gran Señor que sois, y de otra manera aquí quedareis muerto, y en su aposento se sabrá la verdad: y entonces el Moctezuma dijo a Cortés: Señor Malinche, ya que eso queréis que sea, yo tengo un hijo, y dos hijas legítimas, tomadlas en rehenes, y a mí no me hagáis esta afrenta: ¿y qué dirán mis principales si me viesen llevar preso? Tornó a decir Cortés, que su persona había de ir con ellos, y no había de ser otra cosa. Y en fin de muchas más razones que pasaron, dijo, que él iba de buena voluntad; y entonces nuestros Capitanes le hicieron muchas caricias, y le dijeron, que le pedían por merced, que no hubiese enojo, y que dijese a sus Capitanes, y a los de su guardia, que iba de su voluntad, porque había tenido plática de su ídolo Huichilobos, y de los Papas que le servían, que convenía para su salud, y guardar su vida, estar con nosotros: y luego le



trajeron sus ricas andas en que solía salir con todos sus Capitanes que le acompañaron, y fue a nuestro aposento, donde le pudimos guardas y velas, y todos cuantos servicios y placeres le podíamos hacer, así Cortés, como todos nosotros, tantos le hacíamos, y no se le echó prisiones ningunas: y luego le vinieron a ver todos los mayores Principales Mexicanos, y sus sobrinos, y hablar con él, y a saber la causa de su prisión, y si mandaba que nos diesen guerra: y el Moctezuma les respondía, que él holgaba de estar algunos días allí con nosotros de buena voluntad, y no por fuerza: y cuando él algo quisiese que se lo diría, y que no se alborotasen ellos, ni la ciudad, ni tomasen pesar de ello, porque aquesto que ha pasado de estar allí, que su Huichilobos lo tiene por bien, y se lo han dicho ciertos Papas, que lo saben, que hablaron con su ídolo sobre ello; y de esta manera que he dicho fue la prisión del gran Moctezuma, y allí donde estaba tenía su servicio, y mujeres, y baños en que se bañaba: y siempre a la continua estaban en su compañía veinte grandes Señores, y Consejeros, y Capitanes, y se hizo a estar preso sin mostrar pasión en ello: y allí venían con pleitos Embajadores de lejanas tierras, y le traían sus tributos, y despachaba negocios de importancia. Acuérdome, que cuando venían ante él grandes Caciques de otras tierras sobre términos, y pueblos, u otras cosas de aquel arte, que por muy gran Señor que fuese, se quitaba las mantas ricas, y se ponía otras de nequen, y de poca valía, y descalzo había de venir: y cuando llegaba a los aposentos, no entraba derecho, sino por un lado de ellos, y cuando parecían delante del gran Moctezuma, los ojos bajos en tierra, y antes que a él llegasen, le hacían tres reverencias, y le decían; Señor, mi Señor, gran Señor, y entonces le traían pintado, y dibujado el pleito, o negocio sobre que venían en unos paños o mantas de nequen, y con unas varitas muy delgadas y pulidas, le señalaban la causa del pleito, y estaban allí junto al Moctezuma dos nombres viejos grandes Caciques: y cuando bien habían entendido el pleito aquellos Jueces, le decían al Moctezuma la justicia que tenían, y con pocas palabras los despachaba, y mandaba quien había de llevar las tierras, o pueblos: y sin más replicar en ello, se salían los pleiteantes sin volver las espaldas, y con las tres reverencias se salían hasta la sala, y cuando se veían fuera de su presencia del Moctezuma, se ponían otras mantas ricas, y se paseaban por México. Y dejaré de decir al presente de esta prisión, y digamos cómo los mensajeros que envió el Moctezuma con su señal y sello a llamar sus Capitanes, que mataron nuestros soldados, los trajeron ante él presos, y lo que con ellos habló, yo no lo sé; más que se los envió a Cortés, para que hiciese justicia de ellos, y tomada su confesión, sin estar el Moctezuma delante confesaron ser verdad lo atrás ya por



mí dicho, y que su Señor se lo había mandado, que diesen guerra, y cobrasen los tributos, y si algunos Teules fuesen en su defensa, que también les diesen guerra, o matasen. Y vista esta confesión por Cortés, envióselo a decir al Moctezuma, como le condenaban en aquella cosa, y él se disculpó cuanto pudo, y nuestro Capitán le envió a decir, que él así lo creía, que puesto que merecía castigo, conforme a lo que nuestro Rey manda, que la persona que manda matar a otros sin culpa, o con culpa, que muera por ello; mas que le quiere tanto, y le desea todo bien, que ya que aquella culpa tuviese, que antes la pagaría el Cortés por su persona, que vérsela pasar al Moctezuma: y con todo esto que le envió a decir, estaba temeroso: y sin más gastar razones, Cortés sentenció a aquellos Capitanes a muerte, y que fuesen quemados delante de los palacios del Moctezuma, y así se ejecutó luego la sentencia: y porque no hubiese algún impedimento, entretanto que se quemaban, mandó echar unos grillos al mismo Moctezuma, y cuando se los echaron él hacia bramuras; y si de antes estaba temeroso, entonces estuvo mucho más: y después de quemados, fue nuestro Cortés con cinco de nuestros Capitanes a su aposento, y él mismo le quitó los grillos, y tales palabras le dijo, que no solamente lo tenía por hermano, sino en mucho más, y que como es Señor y Rey de tantos Pueblos, y Provincias, que si él podía, el tiempo andando le haría que fuese Señor de más tierras de las que no ha podido conquistar, ni le obedecían: y que si quiere ir a sus palacios, que le da licencia para ello: y decíasele Cortés con nuestras lenguas, y cuando se lo estaba diciendo Cortés, parecía se le saltaban las lágrimas de los ojos al Moctezuma: y respondió con gran cortesía, que se lo tenía en merced, porque bien entendió Moctezuma, que todo era palabras las de Cortés: y que ahora al presente que convenía estar allí preso, porque por ventura, como sus Principales son muchos, y sus sobrinos, y parientes, le vienen cada día a decir, que será bien darnos guerra, y sacarlo de prisión, que cuando lo vean fuera, que le atraerán a ello, y que no querría ver en su ciudad revueltas; y que si no hace su voluntad, por ventura querrán alzar a otro Señor, y que él les quitaba de aquellos pensamientos, con decirles, que su Dios Huichilobos se lo ha enviado a decir, que esté preso. y a lo que entendimos, y lo más cierto, Cortés había dicho a Aguilar la lengua, que le dijese de secreto, que aunque Malinche le mandase salir de la prisión, que los Capitanes nuestros, y soldados no querríamos: y como aquello le oyó el Cortés le echó los brazos encima, y le abrazó, y dijo: No en balde, Señor Moctezuma, os quiero tanto como a mí mismo, y luego el Moctezuma demandó a Cortés un paje Español, que le servía, que sabía ya la lengua, que se decía Orteguilla, y fue harto provechoso, así para el Moctezuma, como para nosotros,



porque de aquel paje inquiría y sabía muchas cosas de las de Castilla el Moctezuma, y nosotros de lo que decían sus Capitanes: y verdaderamente le era tan buen servicial, que lo quería mucho el Moctezuma. Dejemos de hablar, como ya estaba el Moctezuma contento con los grandes halagos, y servidos, y conversaciones, que con todos nosotros tenía, porque siempre que ante él pasábamos, y aunque fuese Cortés, le quitábamos los bonetes de armas, o cascos, que siempre estábamos armados, y él nos hacía gran medida y honra a todos: y digamos los nombres de aquellos Capitanes de Moctezuma que se quemaron por justicia, que se decía el principal Quetzalpopoca, y los otros se decían, el uno Coatl, y el otro Quiathuitle, y el otro no me acuerdo el nombre, que poco va en saber sus nombres. Y digamos, que como este castigo se supo en todas las Provincias de la Nueva España, temieron, y los Pueblos de la costa, adonde mataron nuestros soldados, volvieron a servir muy bien a los vecinos que quedaban en la Villa Rica. y han de considerar los curiosos que esto leyeren, tan grandes hechos que entonces hicimos; dar con los navíos al través; lo otro osar entrar en tan fuerte ciudad, teniendo tantos avisos, que allí nos habían de matar, cuando dentro nos tuviesen; lo otro, tener tanta osadía de osar prender al gran Moctezuma, que era Rey de aquella tierra, dentro en su gran ciudad, y en sus mismos palacios, teniendo tan gran número de guerreros de su guarda; y lo otro osar quemar sus Capitanes delante sus palacios, y echarle grillos entre tanto que se hacía la justicia, que muchas veces ahora que soy viejo, me paro a considerar las cosas heroicas, que en aquel tiempo pasamos que me parece las veo presentes: y digo, que nuestros hechos, que no los hacíamos nosotros, sino que venían todos encaminados por Dios, porque, ¿qué hombres ha habido en el mundo, que osasen entrar cuatrocientos y cincuenta soldados, y aún no llegábamos a ellos, en una tan fuerte ciudad como México, que es mayor que Venecia, estando tan apartados de nuestra Castilla sobre más de mil y quinientas leguas, y prender a un tan gran señor, y hacer justicia de sus Capitanes delante de él? Porque hay mucho que ponderar en ello, y no así secamente como yo lo digo. Pasaré adelante, y diré como Cortés despachó luego otro Capitán, que estuviese en la Villa Rica, como estaba el Juan de Escalante que mataron.



CAPÍTULO XCVI.

Cómo nuestro Cortés envió a la Villa Rica por Teniente, y Capitán a un hidalgo, que se decía Alonso de Grado, en lugar del Alguacil mayor Juan de Escalante, y el Alguacilazgo mayor se lo dio a Gonzalo de Sandoval, y desde entonces fue Alguacil mayor, y lo que sobre ello pasó diré adelante.

Después de hecha justicia de Quetzalpopoca, y sus Capitanes, y sosegado el gran Moctezuma, acordó de enviar nuestro Capitán a la Villa Rica por Teniente de ella a un soldado, que se decía Alonso de Grado, porque era hombre muy entendido, y de buena plática, y presencia, y músico y gran escribano. Este Alonso de Grado era uno de los que siempre fue contrario de nuestro Capitán Cortés, porque no fuésemos a México y nos volviésemos a la Villa Rica, cuando hubo en lo de Tlascala ciertos corrillos ya por mí dichos en el capítulo que de ello habla, y el Alonso de Grado era el que lo muñía y hablaba: y si como era de buenas gracias, fuera hombre de guerra, bien le ayudara todo junto: y esto digo, porque cuando nuestro Cortés le dio el cargo, como conocía su condición, que no era hombre de afrenta, y Cortés era gracioso en lo que decía, le dijo: he aquí señor Alonso de Grado vuestros deseos cumplidos, que iréis ahora a la Villa Rica, como lo deseabais, y entenderéis en la fortaleza, y mira no vais a ninguna entrada, como hizo Juan de Escalante, y os maten: y cuando se lo estaba diciendo, guiñaba el ojo, porque lo viésemos los soldados que allí nos hallamos, y sintiésemos a que fin lo decía, porque sabía de él, que aunque se lo mandara con pena, no fuera. Pues dadas las provisiones y instrucciones de lo que había de hacer, el Alonso de Grado le suplicó a Cortés, que le hiciese merced de la vara de Alguacil mayor, como la tenía el Juan de Escalante, que mataron los Indios, y le dijo, que ya la había dado a Gonzalo de Sandoval, y que para él no le faltaría el tiempo andando otro oficio muy honroso, y que se fuese con Dios, y le encargó que mirase por los vecinos, y los honrase, y a los Indios amigos no se les hiciese ningún agravio, ni se les tomase cosa por fuerza: y que dos herreros que en aquella villa quedaban, y les había enviado a decir, y mandar, que luego hiciesen dos cadenas gruesas del hierro, y anclas que sacaron de los navíos que dimos al través, que con brevedad las enviase, y que diese prisa a la fortaleza que se acabase de enmaderar, y cubrir de teja. Y como el Alonso de Grado llegó a la villa, mostró mucha gravedad con los vecinos, y queríase hacer servir de ellos, como gran señor, y a los pueblos que estaban de paz, que fueron más de treinta, enviábalos a demandar joyas de oro, y Indias



hermosas: y en la fortaleza no se le daba nada de entender en ella, y en lo que gastaba el tiempo, era en bien comer, y en jugar: y sobre todo esto, que fue peor que lo pasado, secretamente convocaba a sus amigos, y a los que no lo eran, para que si viniese a aquella tierra Diego Velázquez de Cuba, o cualquier su Capitán, de darle la tierra, y hacerse con él: todo lo cual muy en posta se lo hicieron saber por cartas a Cortés a México, y como lo supo, hubo enojo consigo mismo por haber enviado a Alonso de Grado conociéndole sus malas entrañas, y condición dañada: y como Cortés tenía siempre en el pensamiento, que Diego Velázquez Gobernador de Cuba, por una parte, o por otra había de alcanzar a saber, como habíamos enviado a nuestros Procuradores a su Majestad, y que no le acudiríamos a cosa ninguna, y que por ventura enviaría armada, y Capitanes contra nosotros, parecióle que sería bien poner hombre de quien fiar el puerto, y la villa, y envió a Gonzalo de Sandoval, que era Alguacil mayor por muerte de Juan de Escalante, y llevó en su compañía a Pedro de Ircio, aquel de quien cuenta el Coronista Gómara, que iba a poblar a Panuco, y entonces el Pedro de Ircio fue a la villa, y tomó tanta amistad Gonzalo de Sandoval con él, porque el Pedro de Ircio, como había sido mozo de espuelas en la casa del Conde de Ureña, y de Don Pedro Girón, siempre contaba lo que les había acontecido: y como el Gonzalo de Sandoval era de buena voluntad, y no nada malicioso, y le contaba aquellos cuentos, tomó amistad con él, como dicho tengo, y siempre le hizo subir hasta ser Capitán: y si en este tiempo de ahora fuera, algunas palabras mal dichas que no eran de decir, decía el Pedro de Ircio en lugar de gracias, que se las reprehendía harto Gonzalo de Sandoval; que le castigaran por ellas en muchos Tribunales. Dejemos de contar vidas ajenas, y volvamos a Gonzalo de Sandoval, que llegó a la Villa Rica, y luego envió preso a México con Indios que lo guardasen a Alonso de Grado, porque así se lo mandó Cortés: y todos los vecinos querían mucho a Gonzalo de Sandoval, porque a los que halló que estaban enfermos, los proveyó de comida lo mejor que podía; y les mostró mucho amor, y a los pueblos de paz tenía en mucha justicia, y los favorecía en todo lo que se les ofrecía, y en la fortaleza comenzó a enmaderar, y tejar, y hacia todas las cosas, como conviene hacer todo lo que los buenos Capitanes son obligados: y fue harto provechoso a Cortés, y a todos nosotros, como adelante verán en su tiempo y sazón. Dejemos a Sandoval en la Villa Rica, y volvamos a Alonso de Grado, que llegó preso a México, y quería ir a hablar a Cortés, y no le consintió que pareciese delante de él, antes le mandó echar preso en un cepo de madera, que entonces hicieron nuevamente. Acuérdome, que olía la madera de aquel cepo, como a sabor de ajos, y cebollas, y estuvo



preso dos días. Y como el Alonso de Grado era muy plático, y hombre de muchos medios, hizo grandes ofrecimientos a Cortés, que le sería muy servidor, y luego le soltó; y aun desde allí adelante vi, que siempre privaba con Cortés, más no para que le diese cargos de cosas de guerra, sino conforme a su condición: y aún el tiempo andando le dio la Contaduría, que solía tener Alonso de Ávila, porque en aquel tiempo envió al mismo Alonso de Ávila a la Isla de santo Domingo por Procurador, según adelante diré en su coyuntura. No quiero dejar de traer aquí a la memoria como cuando Cortés envió a Gonzalo de Sandoval a la Villa Rica por Teniente, y Capitán, y Alguacil mayor, le mandó, que así como llegase, le enviase dos herreros con todos sus aderezos de fuelles, y herramientas, y mucho hierro de lo de los navíos que dimos al través, y las dos cadenas grandes de hierro que estaban ya hechas, y que enviase velas y jarcias, y pez, y estopa, y una aguja de marear, y todo otro cualquier aparejo para hacer dos bergantines para andar en la laguna de México: lo cual luego se lo envió el Sandoval muy cumplidamente, según, y de la manera que lo mandó.



CAPÍTULO XCVII.

Cómo estando el gran Moctezuma preso, siempre Cortés, y todos nuestros soldados le festejábamos, y regocijábamos, y aun se le dio licencia para ir a sus Cues.

Como nuestro Capitán en todo era muy diligente, y vio que el Moctezuma estaba preso, y por temor no se congojase con estar encerrado, y detenido, procuraba cada día despues de haber rezado, que entonces no teníamos vino para decir Misa, de irle a tener palacio, e iban con él cuatro Capitanes, especialmente Pedro de Alvarado, y Juan Velázquez de León, y Diego de Ordás, y preguntaban al Moctezuma con mucha cortesía, que qué tal estaba, y que mirase lo que mandaba, que todo se haría, y que no tuviese congoja de su prisión: y le respondía, que antes se holgaba de estar preso, y esto que nuestros dioses nos daban poder para ello, o su Huichilobos lo permitía: y de plática en plática le dieron a entender por medio del Fraile más por extenso las cosas de nuestra santa Fe, y el gran poder del Emperador nuestro señor, y aun algunas veces jugaba el Moctezuma con Cortés al totoloque, que es un juego que ellos así le llaman, con unos bodoquillos chicos muy lisos, que tenían hechos de oro para aquel juego, y tiraban con aquellos bodoquillos algo lejos a unos tejuelos que también eran de oro, y a cinco rayas ganaban o perdían ciertas piezas, y joyas ricas que ponían. Acuérdome que tanteaba a Cortés Pedro de Alvarado, y al gran Moctezuma un sobrino suyo, gran señor; y el Pedro de Alvarado siempre tanteaba una raya de más de las que había Cortés, y el Moctezuma como lo vio, decía con gracia y risa, que no quería que le tantease a Cortés el Tonatio, que así llamaban al Pedro de Alvarado; porque hacía mucho ixoxol en lo que tanteaba, que quiere decir en su lengua, que mentía, que echaba siempre una raya de más; y Cortés, y todos nosotros los soldados que en aquella sazón hacíamos guarda, no podíamos estar de risa, por lo que dijo el gran Moctezuma. Dirán ahora, ¿que por qué nos reímos de aquella palabra? Es porque el Pedro de Alvarado, puesto que era de gentil cuerpo, y buena manera, era vicioso en el hablar demasiado, y como le conocimos su condición, por esto nos reímos tanto: y volvamos al juego, y si ganaba Cortés, daba las joyas a aquellos sus sobrinos, y privados del Moctezuma que le servían; y si ganaba Moctezuma, nos lo repartía a los soldados que le hacíamos guarda: y aun no contento por lo que nos daba del juego, no dejaba cada día de darnos presentes de oro y ropa, así a nosotros como al Capitán de la guarda, que entonces era Juan Velázquez de León, y en todo se mostraba Juan Velázquez grande amigo, y servidor de Moctezuma. También me acuerdo,



que era de la vela un soldado muy alto de cuerpo, y bien dispuesto, y de muy grandes fuerzas, que se decía fulano de Trujillo, y era hombre de la mar, y cuando le cabía el cuarto de la noche de la vela, era tan mal mirado, que hablando aquí con acato de los señores leyentes, hacia cosas deshonestas, que lo oyó el Moctezuma, y como era un Rey de estas tierras, y tan valeroso, lo tuvo a mala crianza, y desacato, que en parte que él lo oyese, se hiciese tal cosa, sin tener respeto a su persona, y preguntó a su paje Orteguilla, que quién era aquel mal criado, y sucio, y dijo que era hombre que solía andar en la mar, y que no sabe de policía y buena crianza, y también le dio a entender de la calidad de cada uno de los soldados que allí estábamos, cuál era caballero, y cuál no, y le decía a la continua muchas cosas, que el Moctezuma deseaba saber: y volvamos a nuestro soldado Trujillo, que desde que fue de día, Moctezuma lo mandó llamar, y le dijo que porque era de aquella condición, que sin tener miramiento a su persona, no tenía aquel acato debido, que le rogaba que otra vez no lo hiciese, y mandóle dar una joya de oro, que pesaba cinco pesos: y al Trujillo no se le dio nada por lo que dijo, y otra noche adrede tiró otro traque, creyendo que le daría otra cosa: y el Moctezuma lo hizo saber a Juan Velázquez, Capitán de la guarda, y mandó luego el Capitán quitar a Trujillo que no velase más, y con palabras ásperas le respondieron. También acaeció, que otro soldado que se decía Pedro López, gran balletero, y era hombre que no se le entendía mucho, y era bien dispuesto, y velaba al Moctezuma, y sobre si era hora de tomar el cuarto o no, tuvo palabras con un cuadrillero, y dijo: o pesia tal con este perro, que por velarle a la continua estoy muy malo del estómago, para morirme: y el Moctezuma oyó aquella palabra, y le pesó en el alma, y cuando vino Cortés a tenerle palacio, lo alcanzó a saber, y tomó tanto enojo de ello, que al Pedro López, con ser muy buen soldado, le mandó azotar dentro en nuestros aposentos; y desde allí adelante todos los soldados, a quien cabía la vela, con mucho silencio, y crianza estaban velando, puesto que no había menester mandarlo a mí, ni a otros soldados de nosotros, que le velábamos, sobre este buen comedimiento, que con este gran Cacique habíamos de tener: y él bien conocía todos, y sabía nuestros nombres, y aun calidades, y era tan bueno, que a todos nos daba joyas, a otros mantas, e Indias hermosas. Y como en aquel tiempo era yo mancebo, y siempre que estaba en su guarda, o pasaba delante de él con muy grande acato, le quitaba mi bonete de armas, y aun le había dicho el paje Orteguilla, que vine dos veces a descubrir esta Nueva España primero que Cortés, y yo le había hablado al Orteguilla, que le quería demandar a Moctezuma, que me hiciese merced de una India hermosa: y como lo supo el



Moctezuma, me mandó llamar, y me dijo: Bernal Diez del Castillo, me han dicho que tenéis motolínea de oro, y ropa, yo os mandaré dar hoy una buena moza, tratadla muy bien, que es hija de hombre principal, y también os darán oro, y mantas. Yo le respondí con mucho acato, que le besaba las manos por tan gran merced, y que Dios nuestro Señor le prosperase: y parece ser preguntó al paje, que qué había respondido, y le declaró la respuesta; y le dijo el Moctezuma: de noble condición me parece Bernal Diez, porque a todos nos sabía los nombres, como tengo dicho: y me mandó dar tres tejuelos de oro, y dos cargas de mantas. Dejemos de hablar de esto, y digamos como por la mañana, cuando hacía sus oraciones, y sacrificios a los ídolos, almorzaba poca cosa, y no era carne, sino ají, y estaba ocupado una hora en oír pleitos de muchas partes de Caciques, que a él venían de lejanas tierras. Ya he dicho otra vez en el capítulo que de ello habla, de la manera que entraban a negociar, y el acato que le tenían, y como siempre estaban en su compañía en aquel tiempo para despachar negocios veinte hombres ancianos, que eran jueces, y porque está ya referido, no lo torno a referir: y entonces alcanzamos a saber, que las muchas mujeres, que tenía por amigas, casaba de ellas con sus Capitanes, o personas principales muy privados, y aun de ellas dio a nuestros soldados, y la que me dio a mí, era una señora de ellas, y bien se pareció en ella, que se dijo Doña Francisca: y así se pasaba la vida, unas veces riendo, y otras veces pensando en su prisión. Quiero aquí decir, puesto que no vaya a propósito de nuestra relación, porque me lo han preguntado algunas personas curiosas; que ¿cómo porque solamente el soldado por mí nombrado, llamó perro al Moctezuma, aun no en su presencia, le mandó Cortés azotar, siendo tan pocos soldados, como éramos, y que los Indios tuviesen noticia de ello? A esto digo, que en aquel tiempo todos nosotros, y aun el mismo Cortés, cuando pasábamos delante del gran Moctezuma, le hacíamos reverencia con los bonetes de armas, que siempre traíamos quitados, y él era tan bueno, y tan bien mirado, que a todos nos hacía mucha honra, que además de ser Rey de esta Nueva España, su persona y condición lo merecía. Y además de todo esto, si bien se considera la cosa, ¿en qué estaban nuestras vidas, sino en solamente mandar a sus vasallos, sacasen de la prisión, y darnos luego guerra? Que en ver su presencia, y Real franqueza lo hicieran. Y como veíamos que tenía a la continua consigo muchos señores que le acompañaban, y venían de lejanas tierras otros muchos más señores, y el gran palacio que le hacían, y el gran número de gente que a la continua daba de comer, y beber, ni más ni menos que cuando estaba sin prisión; todo esto considerándolo Cortés, hubo mucho enojo de cuando lo supo, que tal palabra le dijese, y como estaba airado



de ello, de repente le mandó castigar como dicho tengo: y fue bien empleado en él. Pasemos adelante, y digamos que en aquel instante llegaron de la Villa Rica Indios cargados con las cadenas de hierro gruesas, que Cortés había mandado hacer a los herreros. También trajeron todas las cosas pertenecientes para los bergantines, como dicho tengo: y así como fue traído, se lo hizo saber al gran Moctezuma. Y dejarlo he aquí, y diré lo que sobre ello pasó.



CAPÍTULO XCVIII.

Cómo Cortés mandó hacer dos bergantines de mucho sostén y veleros, para andar en la laguna: y cómo el gran Moctezuma dijo a Cortés, que le diese licencia para ir a hacer oración a sus templos, y lo que Cortés le dijo, y como le dio licencia.

Pues como hubo llegado el aderezo necesario para hacer los bergantines, luego Cortés se lo fue a decir, y hacer saber al Moctezuma, que quería hacer dos navíos chicos para andarse holgando en la laguna, que mandase a sus carpinteros que fuesen a cortar la madera, y que irían con ellos nuestros maestros de hacer navíos, que se decían Martín López, y un Alonso Núñez: y como la madera de roble está obra de cuatro leguas de allí, de presto fue traída, y dado el galibo de ella, y como había muchos carpinteros de los Indios, fueron de presto hechos, y calafeteados, y breados, y puestas sus jarcias, y velas a su tamaño y medida, y una tolda a cada uno: y salieron tan buenos, y veleros, como si estuvieran un mes en tomar los galibos, porque el Martín López era muy extremado maestro, y éste fue el que hizo los trece bergantines para ayudar a ganar a México, como adelante diré, y fue un buen soldado para la guerra. Dejemos aparte esto, y diré como el Moctezuma dijo a Cortés, que quería salir, e ir a sus templos a hacer sacrificios, y cumplir sus devociones, así para lo que a sus Dioses era obligado, como para que lo conozcan sus Capitanes, y principales, especial ciertos sobrinos suyos, que cada día le vienen a decir le quieren soltar, y darnos guerra, y que él les da por respuesta, que él se huelga de estar con nosotros, porque crean que es como se lo ha dicho, porque así se lo mandó su Dios Huichilobos, como ya otra vez se lo ha hecho creer. Y cuanto a la licencia que le demandaba, Cortés le dijo que mirase que no hiciese cosa con que perdiese la vida, y que para ver si había algún descomedimiento, o mandaba a sus Capitanes, o Papas, que le soltasen, o nos diesen guerra, que para aquel efecto enviaba Capitanes y soldados, para que luego le matasen a estocadas en sintiendo alguna novedad de su persona, y que vaya mucho en buen hora, y que no sacrificase ningunas personas, que era gran pecado contra nuestro Dios verdadero, que es el que le hemos predicado, y que allí estaban nuestros altares, y la imagen de nuestra Señora, ante quien podría hacer oración, sin ir a su templo: y el Moctezuma dijo, que no sacrificaría ánima ninguna, y fue en sus ricas andas muy acompañado de grandes Caciques, con gran pompa, como solía, y llevaba delante sus insignias, que era como vara, o bastón, que era la señal que iba allí su persona Real, como hacen a los Visoreyes de esta Nueva España, y con



él iban para guardarle cuatro de nuestros Capitanes, que se decían Juan Velázquez de León, y Pedro de Alvarado, y Alonso de Ávila, y Francisco de Lugo, con ciento y cincuenta soldados: y también iban con nosotros el Padre Fr. Bartolomé de Olmedo de la Orden de la Merced, para retraerle el sacrificio, si le hiciese de hombres: y yendo como íbamos al Cu de Huichilobos, ya que llegábamos cerca del maldito templo, mandó que le sacasen de las andas, y fue arrimado a hombros de sus sobrinos, y de otros Caciques, hasta que llegó al templo. Ya he dicho otras veces, que por las calles por donde iba su persona, todos los principales habían de llevar los ojos puestos en el suelo, y no le miraban a la cara: y llegado a las gradas del adoratorio, estaban muchos Papas aguardando para ayudarle a subir de los brazos: y ya le tenían sacrificado desde la noche antes cuatro Indios: y por más que nuestro Capitán le decía, y se lo retraía el Padre Fray Bartolomé de Olmedo de la Orden de la Merced, no aprovechaba cosa ninguna, sino que había de matar hombres y muchachos para sacrificar, y no podíamos en aquella sazón hacer otra cosa sino disimular con él, porque estaba muy revuelto México, y otras grandes ciudades con los sobrinos de Moctezuma, como adelante diré: y cuando hubo hecho sus sacrificios, porque no tardó mucho en hacerlos, nos volvimos con él a nuestros aposentos, y estaba muy alegre, y a los soldados que con él fuimos, luego nos hizo merced de joyas de oro. Dejémoslo aquí, y diré lo que más pasó.



CAPÍTULO XCIX.

Cómo echamos los dos bergantines al agua, y como el gran Moctezuma dijo, que quería ir a caza, y fue en los bergantines, hasta un peñol, donde había muchos venados, y caza, que no entraba en él al cazar persona ninguna con grave pena.

Como los dos bergantines fueron acabados de hacer, y echados al agua, y puestos y aderezados con sus jarcias, y mástiles, con sus banderas Reales, y Imperiales, y apercebidos hombres de la mar para marearlos, fueron en ellos al remo y vela, y eran muy buenos veleros. Y como Moctezuma lo supo, dijo a Cortés, que quería ir a caza en la laguna a un peñol, que estaba acotado, que no osaban entrar en él a montar, por muy Principales que fuesen, so pena de muerte: y Cortés le dijo que fuese mucho en buena hora, y que mirase lo que de antes le había dicho cuando fue a sus ídolos, que no era más su vida de revolver alguna cosa, y que en aquellos bergantines iría, que era mejor navegación ir en ellos que en sus canoas y piraguas, por grandes que sean: y el Moctezuma se holgó de ir en el bergantín más velero, y metió consigo muchos Señores y Principales, y el otro bergantín fue lleno de Caciques, y un hijo de Moctezuma, y apercibió sus monteros que fuesen en canoas y piraguas. Cortés mandó a Juan Velázquez de León, que era Capitán de la guarda, y a Pedro de Alvarado, y a Cristóbal de Olí, fuesen con él, y Alonso de Ávila, con doscientos soldados, que llevasen gran advertencia del cargo que les daba, y mirasen por el gran Moctezuma: y como todos estos Capitanes que he nombrado, eran de sangre en el ojo, metieron todos los soldados que he dicho, y cuatro tiros de bronce con toda la pólvora que había con nuestros artilleros, que se decían, Mesa y Arvenga, y se hizo un toldo muy emparamentado, según el tiempo; y allí entró Moctezuma con sus Principales: y como en aquella sazón hizo el viento muy fresco, y los marineros se holgaban de contentar, y agradar al Moctezuma, mareaban las velas de arte, que iban volando, y las canoas en que iban sus monteros y Principales, quedaban atrás, por muchos remeros que llevaban; holgábase el Moctezuma, y decía que era gran maestría la de las velas y remos todo junto, y llegó al peñol, que no era muy lejos, y mató toda la caza que quiso de venados y liebres, y conejos, y volvió muy contento a la ciudad. Y cuando llegábamos cerca de México, mandó Pedro de Alvarado, y Juan Velázquez de León, y los demás Capitanes que disparasen el artillería, de que se holgó mucho Moctezuma, que como le veíamos tan franco y bueno, le teníamos en el acato que se tienen los Reyes de estas partes, y él nos hacía lo mismo. Y si hubiese de contar



las cosas, y condición que él tenía de gran Señor, y el acato y servicio que todos los Señores de la Nueva España, y de otras Provincias le hacían, es para nunca acabar: porque cosa ninguna que mandaba que le trajesen, aunque fuese volando, que luego no le era traído: y esto lo digo, porque un día estábamos tres de nuestros Capitanes, y ciertos soldados con el gran Moctezuma, y acaso abatióse un gavián en unas salas, como corredores por una codorniz, que cerca de las casas y palacios donde estaba el Moctezuma preso, estaban unas palomas y codornices mansas, porque por grandeza las tenía allí para criar el Indio mayordomo que tenía cargo de barrer los aposentos: y como el gavián se abatió, y llevó presa, viéronlo nuestros Capitanes, y dijo uno de ellos, que se decía Francisco de Acevedo el pulido, que fue Maestresala del Almirante de Castilla: Oh qué lindo gavián, y qué presa hizo, y tan buen vuelo tiene; y respondimos los demás soldados, que era muy bueno, y que había en estas tierras muchas buenas aves de caza de volatería: y el Moctezuma estuvo mirando en lo que hablábamos, y preguntó a su paje Orteguilla sobre la plática, y le respondió, que decíamos aquellos Capitanes, que el gavián que entró a cazar, era muy bueno, y que si tuviésemos otro como aquel, que le mostrarían a venir a la mano, y que en el campo le echarían a cualquier ave, aunque fuese algo grande, y la mataría. Entonces dijo el Moctezuma; pues yo mandaré ahora, que tomen aquel mismo gavián, y veremos si le amansan, y cazan con él. Todos nosotros los que allí nos hallamos, le quitamos las gorras de armas por la merced: y luego mandó llamar sus cazadores de volatería, y les dijo que le trajesen el mismo gavián, y tal maña se dieron en tomarle, que a horas del Ave María vienen con el mismo gavián, y le dieron a Francisco de Acevedo, y le mostró al señuelo: y porque luego se nos ofrecieron cosas en que iba más que la caza, se dejará aquí de hablar en ello. Y helo dicho, porque era tan gran Príncipe, que no solamente le traían tributos de todas las más partes de la Nueva España, y señoreaba tantas tierras, y en todas bien obedecido, que aun estando preso, sus vasallos temblaban de él, que hasta las aves que vuelan por el aire hacía tomar. Dejemos esto aparte, y digamos como la adversa fortuna vuelve de cuando en cuando su rueda. En aqueste tiempo tenía convocado entre los sobrinos y deudos del gran Moctezuma a otros muchos Caciques, y a toda la tierra para darnos guerra, y soltar al Moctezuma, y alzarse algunos de ellos por Reyes de Mexico, lo cual diré adelante.



CAPÍTULO C.

Cómo los sobrinos del grande Moctezuma andaban convocando, y trayendo a sí las voluntades de otros señores, para venir a México, y sacar de la prisión al gran Moctezuma, y echarnos de la ciudad.

Como el Cacamatzin, Señor de la ciudad de Tezcucó, que después de México era la mayor y más principal ciudad que hay en la Nueva España, entendió que había muchos días que estaba preso su tío Moctezuma, y que en todo lo que nosotros podíamos, nos íbamos señoreando, y aun alcanzó a saber, que habíamos abierto la casa donde estaba el gran tesoro de su abuelo Axayaca, y que no habíamos tomado cosa ninguna de ello; y antes que lo tomásemos acordó de convocar a todos los Señores de Tezcucó sus vasallos, y al Señor de Cuyoacán, que era su primo y sobrino del Moctezuma, y al Señor de Tacuba, y al Señor de Iztapalapa, y a otro Cacique muy grande, Señor de Matalcingo, que era pariente muy cercano del Moctezuma, y aun decían, que le venía de derecho el Reino y Señorío de México, y este Cacique era muy valiente por su persona entre los Indios: pues andando concertando con ellos, y con otros Señores Mexicanos, que para tal día viniesen con todos sus poderes, y nos diesen guerra, parece ser, que el Cacique que he dicho, que era valiente por su persona, que no le sé el nombre, dijo, que si le daban a él el Señorío de México, pues le venía de derecho, que él con toda su parentela, y de una Provincia que se dice Matalcingo, serían los primeros que vendrían con sus armas a nos echar de México, o no quedaría ninguno de nosotros a vida. Y el Cacamatzin parece ser respondió, que a él le venía el Cacicazgo, y él había de ser Rey, pues era sobrino de Moctezuma, y que si no quería venir, que sin él ni su gente haría la guerra. Por manera que ya tenía el Cacamatzin apercebidos los pueblos y señores, por mí ya nombrados, y tenía concertado, que para tal día viniesen sobre México, y con los señores que dentro estaban de su parte, les darían lugar a la entrada: y andando en estos tratos, lo supo muy bien el Moctezuma por la parte de su gran deudo, que no quiso conceder en lo que Cacamatzin quería, y para mejor saberlo, envió Moctezuma a llamar todos sus Caciques y Principales de aquella ciudad, y le dijeron como el Cacamatzin los andaba convocando a todos con palabras, y dádivas, para que le ayudasen a darnos guerra, y soltar al tío. Y como Moctezuma era cuerdo, y no quería ver su ciudad puesta en armas ni alborotos, se lo dijo a Cortés, según y de la manera que pasaba: el cual alboroto sabía muy bien nuestro Capitán, y todos nosotros, mas no tan por entero como se lo dijo. Y



el consejo que sobre ello tomó era, que nos diese de su gente Mexicana, e iríamos sobre Tezcuco, y que le prenderíamos, o destruiríamos aquella ciudad, y sus comarcas. y al Moctezuma no le cuadró este consejo: por manera, que Cortés le envió a decir al Cacamatzin, que se quitase de andar revolviendo guerra, que será causa de su perdición, y que le quiere tener por amigo, y que en todo lo que hubiere menester de su persona lo hará por él, y otros muchos cumplimientos. y como el Cacamatzin era mancebo, y halló otros muchos de su parecer, que le acudirían en la guerra, envió a decir a Cortés, que ya había entendido sus palabras de halagos, que no las quería más oír, sino cuando le viese venir, que entonces la hablaría lo que quisiese. Tornó otra vez Cortés a enviarle a decir, que mirase que no hiciese deservicio a nuestro Rey y Señor, que lo pagaría su persona, y le quitaría la vida por ello; y respondió, que ni conocía a Rey, ni quisiera haber conocido a Cortés, que con palabras blandas prendió a su tío. Como envió aquella respuesta, nuestro Capitán rogó a Moctezuma, pues era tan gran señor, y dentro en Tezcuco tenía grandes Caciques y parientes por Capitanes, y no estaban bien con el Cacamatzin, por ser muy soberbio y malquisto; y pues allí en México con el Moctezuma estaba un hermano del mismo Cacamatzin, mancebo de buena disposición, que estaba huido del propio hermano, porque no le matase, que después del Cacamatzin heredaba el Reino de Tezcuco; que tuviese manera y concierto con todos los de Tezcuco, que prendiesen al Cacamatzin, o que secretamente le enviase a llamar, y que si viniese, que le echase mano, y le tuviesen en su poder, hasta que estuviese más sosegado: y que pues que aquel su sobrino estaba en su casa huido por temor del hermano, y le sirve, que le alce luego por señor, y le quite el señorío al Cacamatzin, que está en su deservicio, y anda revolviendo todas las ciudades y Caciques de la tierra por señorear su ciudad y Reino. Y el Moctezuma dijo, que le enviaría luego a llamar, más que sentía de él, que no querría venir: y que si no viniese, que se temía concierto con sus Capitanes y parientes que le prendan: y Cortés le dio muchas gracias por ello, y aun le dijo: Señor Moctezuma, bien podéis creer, que si os queréis ir a vuestros palacios, que en vuestra mano está, que desde que tengo entendido que me tenéis buena voluntad, y yo os quiero tanto, que no fuera yo de tal condición, que luego no os fuera acompañando para que os fuerais con toda vuestra caballería a vuestros palacios, y si lo he dejado de hacer, es por estos mis Capitanes, que os fueron a prender, porque no quieren que os suelte, y porque v. m. dice que quiere estar preso por excusar las revueltas que vuestros sobrinos traen por haber en su poder esta ciudad, y quitaros el mando: y el Moctezuma dijo, que se lo tenía en merced; y



como iba entendiendo las palabras halagüeñas de Cortés, y veía que lo decía, no por soltarle, sino probar su voluntad, y también Orteguilla su paje se lo había dicho a Moctezuma, que nuestros Capitanes eran los que le aconsejaron que le prendiesen, y que no creyese a Cortés, que sin ellos no le soltaría; dijo el Moctezuma a Cortés, que muy bien estaba preso, hasta ver en qué paraban los tratos de sus sobrinos, y que luego quería enviar mensajeros a Cacamatzin, rogándole que viniese ante él, que le quería hablar en amistades entre él y nosotros: y le envió a decir, que de su prisión que no tenga el cuidado, que si se quisiese soltar, que muchos tiempos ha tenido para ello; y que Malinche le ha dicho dos veces, que se vaya a sus palacios, y que él no quiere por cumplir el mandado de sus Dioses, que le han dicho, que se esté preso, y que si no lo está, luego será muerto, y que esto que lo sabe muchos días ha de los Papas que están en servicio de los ídolos: y que a esta causa será bien que tenga amistad con Malinche, y sus hermanos. Y estas mismas palabras envió Moctezuma a decir a los Capitanes de Tezcucó; como enviaba a llamar a su sobrino, para hacer las amistades, y que mirase no y trastornase su seso aquel mancebo, para tomar armas contra nosotros. Y Dejemos esta plática, que muy bien la entendió el Cacamatzin, y sus principales entraron en consejo, sobre lo que harían, y el Cacamatzin comenzó a bravear, y que nos había de matar dentro de cuatro días, y que al tío que era una gallina, por no darnos guerra cuando se lo aconsejaba al abajar la sierra de Chalco, cuando tuvo allí buen aparejo con sus guarniciones, y que nos metió él por su persona en su ciudad, como si tuviera conocido que íbamos para hacerle algún bien, y que cuánto oro le han traído de sus tributos, nos daba, y que le habíamos escalado y abierto la casa donde está el tesoro de su abuelo Axayaca, y que sobre todo esto le teníamos preso, y que ya le andábamos diciendo, que quitasen los ídolos del gran Huichilobos, y queríamos poner los nuestros: y que porque esto no viniese a más mal, y para castigar tales cosas y injurias, que les rogaba que le ayudasen; pues todo lo que ha dicho han visto por sus ojos, y como quemamos los mismos Capitanes del Moctezuma, y que ya no se puede compadecer otra cosa, sino que todos juntos a una nos diesen guerra, y allí los prometió el Cacamatzin, que si quedaba con el señorío de México, que les había de hacer grandes señores: y también les dio muchas joyas de oro, y les dijo, que ya tenía concertado con sus primos los señores de Cuyoacán, y de Iztapalapa, y de Tacuba, y otros deudos, que le ayudarían; y que en México tenía de su parte otras personas principales que le darían entrada, y ayuda a cualquiera hora que quisiese, y que unos por las calzadas, y todos los más en sus piraguas y canoas chicas por la laguna podrían entrar sin



tener contrarios que se lo defendiesen, pues su tío estaba preso, y que no tuviesen miedo de nosotros; pues saben que pocos días habían pasado, que en lo de Almería los mismos Capitanes de su tío habían muerto muchos Teules, y un caballo: lo cual bien vieron la cabeza de un Teule, y el cuerpo del caballo, y que en una hora nos despacharían, y con nuestros cuerpos harían buenas fiestas, y hartazgas. Y como hubo hecho aquel razonamiento, dicen, que se miraban unos Capitanes a otros, para que hablasen los que solían hablar primero en cosas de guerra, y que cuatro o cinco de aquellos Capitanes le dijeron, que cómo habían de ir sin licencia de su gran señor Moctezuma, y dar guerra en su propia casa y ciudad, y que se lo envíen primero a hacer saber: y que si es consentidor, que irán con él de muy buena voluntad, y que de otra manera, que no le quieren ser traidores. Y pareció ser, que el Cacamatzin se enojó con los Capitanes, que le dieron aquella respuesta, y mandó echar presos tres de ellos: y como había allí en el consejo, y junta que tenían, otros sus deudos y ganosos de bullicios, dijeron que le ayudarían hasta morir, y acordó de enviar a decir a su tío el gran Moctezuma, que había de tener empacho de enviarle a decir que venga a tener amistad con quien tanto mal y deshonor le ha hecho teniéndole preso: y que no es posible, sino que nosotros éramos hechiceros, y con hechizos le teníamos quitado su gran corazón y fuerza: o que nuestros Dioses, y la gran mujer de Castilla, que les dijimos que era nuestra abogada, nos da aquel gran poder para hacer lo que hacíamos: y en esto que dijo a la postre, no lo erraba, que ciertamente la gran misericordia de Dios, y su bendita Madre nuestra Señora nos ayudaba. Y volvamos a nuestra plática, que en lo que se resumió, fue enviar a decir, que él venía a pesar nuestro, y de su tío a hablarnos y matarnos: y cuando el gran Moctezuma oyó aquella respuesta tan desvergonzada, recibió mucho enojo, y luego en aquella hora envió a llamar seis de sus Capitanes de mucha cuenta, y les dio su sello, y aun les dio ciertas joyas de oro, y les mandó, que luego fuesen a Tezcucó, y que mostrasen secretamente aquel su sello a ciertos Capitanes y parientes, que estaban muy mal con el Cacamatzin, por ser muy soberbio, y que tuviesen tal orden y manera, que a él, y a los que eran en su consejo los prendiesen, y que luego se los trajesen delante. Y como fueron aquellos Capitanes, y en Tezcucó entendieron lo que el Moctezuma mandaba, y el Cacamatzin era malquisto, en sus propios palacios le prendieron, que estaba platicando con aquellos sus confederados en cosas de la guerra: y también trajeron otros cinco presos con él. Y como aquella ciudad está poblada junto a la gran laguna, aderezan una gran piragua con sus toldos, y les meten en ella, y con gran copia de remeros los traen a México: y



cuando hubo desembarcado, le meten en sus ricas andas como Rey que era, y con gran acato le llevan ante Moctezuma, y parece ser estuvo hablando con su tío, y desvergonzósele más de lo que antes estaba, y supo Moctezuma de los conciertos en que andaba, que era alzarse por Señor: lo cual alcanzó a saber más por entero de los demás prisioneros que le trajeron, y si enojado estaba de antes del sobrino, muy más lo estuvo entonces. Y luego se lo envió a nuestro Capitán, para que lo echase preso, y a los demás prisioneros mandó soltar: y luego Cortés fue a los palacios y al aposento de Moctezuma, y le dio las gracias por tan gran merced: y se dio orden que se alzase por Rey de Tezcuco al mancebo que estaba en su compañía del Moctezuma, que también era su sobrino, hermano del Cacamatzin que ya he dicho, que por su temor estaba allí retraído al favor del tío, porque no le matase, que era también heredero muy propincuo del Reino de Tezcuco: y para hacerlo solemnemente, y con acuerdo de toda la ciudad, mandó Moctezuma que viniesen ante él los más Principales de toda aquella provincia, y después de muy bien platicada la cosa, le alzaron por Rey y Señor de aquella gran ciudad, y se llamó Don Carlos. Ya todo esto hecho, como los Caciques y Reyzeuelos, sobrinos del gran Moctezuma, que eran el Señor de Cuyoacán, y el Señor de Iztapalapa, y el de Tacuba, vieron y oyeron las prisiones de Cacamatzin, y supieron que el gran Moctezuma había sabido, que ellos entraban en la conjuración para quitarle su Reino, y dárselo a Cacamatzin, temieron, y no le venían a ver, ni a hacer palacio como solían: y con acuerdo de Cortés, que le convocó y trajo al Moctezuma, para que los mandase prender, en ocho días todos estuvieron presos en la cadena gorda, que no poco se holgó nuestro Capitán, y todos nosotros. Miren los curiosos lectores en lo que andaban nuestras vidas, tratando de matarnos cada día, y comer nuestras carnes, si la gran misericordia de Dios, que siempre era con nosotros, no nos socorría: y aquel buen Moctezuma a todas nuestras cosas daba buen corte. Y miren que gran Señor era, que estando preso, así era tan obedecido. Pues ya todo apaciguado, y aquellos señores presos, siempre nuestro Cortés con otros Capitanes, y el P. Fr. Bartolomé de Olmedo de la Orden de la Merced, estaban teniéndole palacio, y en todo lo que podían le daban mucho placer, y burlaban, no de manera de desacato, que digo que no se sentaban Cortés, ni ningún Capitán, hasta que el Moctezuma les mandaba dar sus asentaderos ricos, y les mandaba asentar: y en esto era tan bien mirado, que todos le queríamos con gran amor, porque verdaderamente era gran Señor en todas las cosas que le veíamos hacer. Y volviendo a nuestra plática, unas veces le daban a entender las cosas tocantes a nuestra santa Fe, y se lo decía el Fraile con el paje Orteguilla, que parece que le



entraban ya algunas buenas razones en el corazón; pues las escuchaba con atención, mejor que al principio. También le daban a entender el gran poder del Emperador nuestro Señor, y como le daban vasallaje muchos grandes Señores que le obedecían, y de lejanas tierras, y decíanle otras muchas cosas, que él se holgaba de oírlas, y otras veces jugaba Cortés con él al totoloque, y él como no era nada escaso, nos daba cada día, cual joyas de oro, o mantas. Y dejaré de hablar en ello, y pasaré adelante.



CAPÍTULO CI.

Cómo el gran Moctezuma, con muchos Caciques, y Principales de la comarca dieron la obediencia a su Majestad, y de otras cosas que sobre ello pasaron.

Como el Capitán Cortés vio que ya estaban presos aquellos Reyecillos por mí nombrados, y todas las ciudades pacíficas, dijo a Moctezuma, que dos veces le había enviado a decir antes que entrásemos en México, que quería dar tributo a su Majestad, y que pues ya había entendido el gran poder de nuestro Rey y Señor, y que de muchas tierras le dan parias y tributos, y le son sujetos muy grandes Reyes; que será bien que él, y todos sus vasallos le den la obediencia, porque así se tiene por costumbre, que primero se da la obediencia, que den las parias y tributos. Y Moctezuma dijo, que juntaría sus vasallos, y hablaría sobre ello: y en diez días se juntaron todos los más Caciques de aquella comarca, y no vino aquel Cacique pariente muy cercano del Moctezuma, que ya hemos dicho, que decían que era muy esforzado, y en la presencia, y cuerpo, y miembros se le parecía; bien era algo atronado, y en aquella sazón estaba en un pueblo suyo, que se decía Tula; y a este Cacique, según decían, le venía el reino de México después del Moctezuma: y como le llamaron, envió a decir, que no quería venir, ni dar tributo, que aun con lo que tiene de sus provincias no se puede sustentar. De la cual respuesta hubo enojo Moctezuma, y luego envió ciertos Capitanes, para que le prendiesen: y como era gran Señor, y muy emparentado, tuvo aviso de ello, y metióse en su provincia, donde no le pudo haber por entonces. Y dejarlo he aquí, y diré, que en la plática que tuvo el Moctezuma con todos los Caciques de toda la tierra, que había enviado a llamar; que después que les había hecho un parlamento, sin estar Cortés, ni ninguno de nosotros delante, salvo Orteguilla el paje, dicen que les dijo, que mirasen que de muchos años pasados sabían por muy cierto, por lo que sus antepasados les han dicho, y así lo tienen señalado en sus libros de cosas de memorias; que de donde sale el sol, habían de venir gentes, que habían de señorear estas tierras, y que se había de acabar en aquella sazón el señorío y reino de los Mexicanos: y que él tiene entendido, por lo que sus Dioses le han dicho, que somos nosotros; y que se lo han preguntado a su Huichilobos los Papas que lo declaren; y sobre ello les hacen sacrificios, y no quieren responderles como suelen: y lo que más les da a entender el Huichilobos es, que lo que les ha dicho otras veces, aquello da ahora por respuesta, y que no le pregunten más; así que bien da a entender, que demos la obediencia al Rey de Castilla, cuyos vasallos dicen estos Teules que son: y porque



al presente no va nada en ello, y el tiempo andando, veremos si tenemos otra mejor respuesta de nuestros Dioses, y como viéremos el tiempo así haremos, lo que yo os mando y ruego, que todos de buena voluntad al presente se la demos, y contribuyamos con alguna señal de vasallaje, que presto os diré lo que más nos convenga: y porque ahora soy importunado de Malinche a ello, ninguno lo rehúse, y mira, que en diez y ocho años que ha que soy vuestro Señor, siempre me habéis sido muy leales, y yo os he enriquecido, y ensanchado vuestras tierras, y os he dado mandos, y hacienda; y si ahora al presente nuestros Dioses permiten que yo esté aquí detenido, no lo estuviera, sino que ya os he dicho muchas veces, que mi gran Huichilobos me lo ha mandado. Y desde que oyeron este razonamiento, todos dieron por respuesta, que harían lo que mandase, y con muchas lágrimas y suspiros, y el Moctezuma muchas más: y luego envió a decir con un Principal, que para otro día darían la obediencia, y vasallaje a su Majestad. Después Moctezuma tornó a hablar con sus Caciques sobre el caso, estando Cortés delante, y nuestros Capitanes, y muchos soldados, y Pedro Fernández, Secretario de Cortés, y dieron la obediencia a su Majestad, y con mucha tristeza que mostraron; y el Moctezuma no pudo sostener las lágrimas, y queríamoslo tanto, y de buenas entrañas, que a nosotros de verle llorar, se nos enternecieron los ojos, y soldado hubo que lloraba tanto como Moctezuma; tanto era el amor que le teníamos. Y dejarlo he aquí, y diré, que siempre Cortés, y el Padre Fray Bartolomé de Olmedo de la Merced, que era bien entendido, estaba en los palacios de Moctezuma, por alegrarle, atrayéndole a que dejase sus ídolos, y pasará adelante.



CAPÍTULO CII.

Cómo nuestro Cortés procuró de saber de las minas del oro, y de qué calidad eran, y asimismo en qué ríos estaban, y qué puertos para navíos, desde lo de Panuco hasta lo de Tabasco, especialmente el rio grande de Guacacualco, y lo que sobre ello pasó.

Estando Cortés, y otros Capitanes con el gran Moctezuma, teniéndole palacio, entre otras platicas, que le decía con nuestras lenguas Doña Marina, y Gerónimo de Aguilar, y Orteguilla, le preguntó, que a qué parte eran las minas, y en qué ríos, y cómo, y de qué manera cogían el oro que le traían en granos, porque quería enviar a verlo dos de nuestros soldados grandes mineros. Y el Moctezuma dijo, que de tres partes, y que de donde más oro se solía traer, que era de una provincia que se dice Zacatula, que es a la banda del Sur, que está de aquella ciudad andadura de diez o doce días, y que lo cogían con unas jícaras, en que lavan la tierra, y que allí quedan unos granos menudos después de lavado; y que ahora al presente se lo traen de otra provincia, que se dice Gustepeque, cerca de donde desembarcamos, que es en la banda del Norte, y que lo cogen de dos ríos, y que cerca de aquella provincia hay otras buenas minas, en parte que no son sujetos, que se dicen los Chinotecas, y Capotecas, y que no le obedecen; y que si quiere enviar sus soldados, que él daría Principales que vayan con ellos: y Cortés le dio las gracias por ello, y luego despachó un piloto, que se decía Gonzalo de Umbría, con otros dos soldados mineros a lo de Zacatula. Aqueste Gonzalo de Umbría era al que Cortés mandó cortar los pies, cuando ahorcó a Pedro Escudero, y a Juan Cermeño, y azotó los Peñates, porque se alzaban en San Juan de Ulua con el navío, según más largamente lo tengo escrito en el capítulo que de ello habla. Dejemos de contar más en lo pasado, y digamos, como fueron con el Umbría, y se les dio de plazo para ir, y volver, cuarenta días. y por la banda del Norte despachó para ver las minas a un Capitán, que se decía Pizarro, mancebo de hasta veinte y cinco años; y a este Pizarro trataba Cortés como a pariente. En aquel tiempo no había fama del Perú, ni se nombraban Pizarros en esta tierra: y con cuatro soldados mineros fue, y llevó de plazo otros cuarenta días para ir y volver, porque había desde México obra de ochenta leguas, y con cuatro Principales Mexicanos. Ya partidos para ver las minas, como dicho tengo, volvamos a decir, como le dio el gran Moctezuma a nuestro Capitán un paño de Nequen, pintados y señalados muy al natural todos los ríos, y ancones que había en la costa del Norte Panuco, hasta Tabasco, que son obra de ciento y cuarenta leguas, y en ellos venia señalado el rio de



Guacacualco: y como ya sabíamos todos los puertos, y ancones que señalaban en el paño, que le dio el Moctezuma, de cuando veníamos a descubrir con Grijalva, excepto el rio de Guacacualco, que dijeron que era muy poderoso, y hondo; acordó Cortés de enviar a ver qué era, y para hondar el puerto, y la entrada. Y como uno de nuestros Capitanes, que se decía Diego de Ordás, otras veces por mí nombrado, era hombre muy entendido, y bien esforzado, dijo al Capitán, que él quería ir a ver aquel rio, y qué tierras había, y qué manera de gente era, y que le diese hombres, y Indios Principales que fuesen con él: y Cortés lo rehusaba, porque era hombre de buenos consejos, y tenerlo en su compañía, y por no descomplacerle, le dio licencia para que fuese: y el Moctezuma le dijo al Ordás, que en lo de Guacacualco no llegaba su señorío, y que eran muy esforzados, y que parase a ver lo que hacía, y que si algo le aconteciese, no le cargasen, ni culpasen a él: y que antes de llegar a aquella provincia, toparía con sus guarniciones de gente de guerra, que tenía en frontera, y que si los hubiese menester, que los llevase consigo; y dijo otros muchos cumplimientos. Y Cortés, y el Diego de Ordás le dieron las gracias: y así partió con dos de nuestros soldados, y con otros Principales, que el Moctezuma les dio. Aquí es donde dice el Coronista Francisco López de Gómara, que iba Juan Velázquez con cien soldados a poblar a Guacacualco, y que Pedro de Ircio había ido a poblar a Panuco: y porque ya estoy harto de mirar en lo que el Coronista va fuera de lo que pasó, lo dejaré de decir, y diré lo que cada uno de los Capitanes, que nuestro Cortés envió, hizo, y vinieron con muestras de oro.



CAPÍTULO CIII.

Como volvieron los Capitanes que nuestro Capitán envió a ver las minas, y a hondar el puerto, y rio de Guacacualco.

El primero que volvió a la ciudad de México a dar razón de a lo que Cortés los envió, fue Gonzalo de Umbría, y sus compañeros, y trajeron obra de trescientos pesos en granos, que sacaron delante de los Indios de un pueblo, que se dice Cacatula, que según contaba el Umbría, los Caciques de aquella provincia llevaron muchos Indios a los ríos, y con unas como bateas chicas lavaban la tierra, y cogían el oro, y era de dos ríos: y dijeron, que si fuesen buenos mineros, y lo lavasen como en la Isla de Santo Domingo, o como en la Isla de Cuba, que serian ricas minas: y asimismo trajeron consigo dos Principales que envió aquella provincia, y trajeron un presente de oro, hecho en joyas, que valdría doscientos pesos, y a darse, y ofrecerse por servidores de su Majestad: y Cortés se holgó tanto con el oro, como si fueran treinta mil pesos, en saber cierto que había buenas minas; y a los Caciques que trajeron el presente, les mostró mucho amor; y les mandó dar cuentas verdes de Castilla, y con buenas palabras se volvieron a sus tierras muy contentos. Y decía el Umbría, que no muy lejos de México había grandes poblaciones, y otra provincia, que se decía Matalcingo: y a lo que sentimos, y vimos, el Umbría, y sus compañeros vinieron ricos con mucho oro, y bien aprovechados: que a este efecto le envió Cortés, para hacer buen amigo de él, por lo pasado que dicho tengo, que le mandó cortar los pies. Dejémosle, pues volvió con buen recaudo, y volvamos al Capitán Diego de Ordás, que fue a ver el rio de Guacacualco, que es sobre ciento y veinte leguas de México, y dijo, que pasó por muy grandes pueblos, que allí los nombró; y que todos le hacían honra; y que en el camino de Guacacualco topó a las guarniciones de Moctezuma, que estaban en frontera, y que todas aquellas comarcas se quejaban de ellos, así de robos que les hacían, y les tomaban sus mujeres, y les demandaban otros tributos: y el Ordás, con los Principales Mexicanos que llevaba, reprehendió a los Capitanes de Moctezuma, que tenían cargo de aquellas gentes, y les amenazaron, que si más robaban, que se lo harían saber a su Señor Moctezuma, y que enviaría por ellos, y los castigaría, como hizo a Quetzalpopoca, y sus compañeros, porque habían robado los pueblos de nuestros amigos, y con estas palabras les metió temor: y luego fue camino de Guacacualco, y no llevó más de un Principal Mexicano; y cuando el Cacique de aquella provincia, que se decía Tochel, supo que iba, envió sus Principales a recibirle, y le



mostraron mucha voluntad, porque aquellos de aquella provincia, y todos tenían relación y noticia de nuestras personas, de cuando venimos a descubrir con Juan de Grijalva, según largamente lo he escrito en el capítulo pasado, que de ello habla: y volvamos ahora a decir, que como los Caciques de Guacacualco entendieron a lo que iba, luego le dieron muchas grandes canoas, y el mismo Cacique Tochel, y con él otros muchos Principales hondaron la boca del río, y hallaron tres brazas largas sin la de caída en lo más bajo: y entrados en el río un poco arriba podían nadar grandes navíos, y mientras más arriba más hondo. Y junto a un pueblo, que en aquella sazón estaba poblado de Indios, pueden estar carracas: y como el Ordás lo hubo ahondado, y se vino con los Caciques al pueblo, le dieron ciertas joyas de oro, y una India hermosa, y se ofrecieron por servidores de su Majestad, y se le quejaron del Moctezuma, y de su guarnición de gente de guerra, y que había poco tiempo que tuvieron una batalla con ellos, y que cerca de un pueblo de pocas casas, mataron los de aquella provincia a los Mexicanos muchas de sus gentes, y por aquella causa llaman hoy en día, donde aquella guerra pasó, Cuilonemiqui, que en su lengua quiere decir, donde mataron los putos Mexicanos: y el Ordás les dio muchas gracias por la honra que había recibido, y les dio ciertas cuentas de Castilla, que llevaba para aquel efecto, y se volvió a México, y fue alegremente recibido de Cortés, y de todos nosotros: y decía, que era buena tierra para ganados y granjerías, y el puerto a pique para las Islas de Cuba, y de Santo Domingo, y de Jamaica, excepto que era lejos de México, y había grandes ciénagas. Y a esta causa nunca tuvimos confianza del puerto, para el descargo, y trato de México. Dejemos al Ordás, y digamos del Capitán Pizarro, y sus compañeros, que fueron en lo de Tustepeque a buscar oro, y ver las minas, que volvió el Pizarro con un soldado solo a dar cuenta a Cortés, y trajeron sobre mil pesos de granos de oro, sacado de las minas: y dijeron, que en la provincia de Tustepeque, y Malinaltepeque, y otros pueblos comarcanos, fue a los ríos con mucha gente que le dieron, y cogieron la tercia parte del oro, que allí traían, y que fueron en las sierras más arriba a otra provincia, que se dice los Chinantecas, y como llegaron a su tierra, que salieron muchos Indios con armas, que son unas lanzas mayores que las nuestras, y arcos, y flechas, y pavesinas, y dijeron, que ni un Indio Mexicano no les entrase en su tierra, sino que los matarían, y que los Teules que vayan mucho en buen hora: y así fueron, y se quedaron los Mexicanos, que no pasaron adelante: y cuando los Caciques de Chinanta entendieron a lo que iban, juntaron copia de sus gentes para lavar oro, y le llevaron a unos ríos, donde cogieron el demás oro, que venía por su parte en granos crespillos, porque



dijeron los mineros, que aquello era de más duraderas minas, como de nacimiento: y también trajo el Capitán Pizarro dos Caciques de aquella tierra, que vinieron a ofrecerse por vasallos de su Majestad, y tener nuestra amistad: y aun trajeron un presente de oro: y todos aquellos Caciques a una decían mucho mal de los Mexicanos, que eran tan aburridos de aquellas provincias, por los robos que les hacían, que no los podían ver, ni aun mentar sus nombres. Cortés recibió bien al Pizarro, y a los Principales que traía, y tomó el presente que le dieron, y porque ha muchos años ya pasados, no me acuerdo qué tanto era, y se ofreció con buenas palabras, que les ayudaría, y sería su amigo de los Chinantecas, y les mandó que fuesen a su provincia: y porque no recibiesen algunas molestias en el camino, mandó a dos Principales Mexicanos, que los pusiesen en sus tierras, y que no se quitasen de ellos, hasta que estuviesen en salvo, y fueron muy contentos. Volvamos a nuestra plática, que preguntó Cortés por los demás soldados que había llevado el Pizarro en su compañía, que se decían Barrientos, y Heredia el viejo, y Escalona el mozo, y Cervantes el chocarrero, y dijo, que porque les pareció muy bien aquella tierra, y era rica de minas, y los pueblos por donde fuimos, muy de paz, les mandó que hiciesen una gran estancia de cacaguatales, y maizales, y pusiesen muchas aves de la tierra, y otras granjerías que había de algodón, y que desde allí fuesen catando todos los ríos, y vieses qué minas había. Y puesto que Cortés calló por entonces, no se lo tuvo a bien a su pariente haber salido de su mandado, y supimos, que en secreto riñó mucho con él sobre ello, y le dijo, que era de poca calidad, querer entender en cosas de criar aves, y cacaguatales: y luego envió otro soldado, que se decía Alonso Luis, a llamar los demás que había dejado el Pizarro, y para que luego viniesen, llevó un mandamiento: y lo que aquellos soldados hicieron, diré adelante en su tiempo y lugar.



CAPÍTULO CIV.

Cómo Cortés dijo al gran Moctezuma, que mandase a todos los Caciques de toda su tierra, que tributasen a su Majestad, pues comúnmente sabían que tenían oro, y lo que sobre ello se hizo.

Pues como el Capitán Diego de Ordás, y los soldados, por mí ya nombrados, vinieron con muestras de oro, y relación, que toda la tierra era rica, Cortés con consejo del Ordás, y de otros Capitanes y soldados, acordó de decir, y demandar al Moctezuma, que todos los Caciques y pueblos de la tierra tributasen a su Majestad, y que él mismo como gran Señor, también tributase, y diese de sus tesoros: y respondió, que él enviaría por todos los pueblos a demandar oro, mas que muchos de ellos no lo alcanzaban, sino joyas de poca valía, que habían habido de sus antepasados: y de presto despachó Principales a las partes donde había minas, y les mandó que diese cada uno tantos tejuelos de oro fino, del tamaño y gordor de otros que le solían tributar; y llevaban para muestras dos tejuelos: y de otras partes no le traían sino joyezuelas de poca valía. También envió a la provincia donde era Cacique y Señor aquel su pariente muy cercano, que no le quería obedecer, que estaba de México obra de doce leguas: y la respuesta que trajeron los mensajeros, fue que decía, que no quería dar oro, ni obedecer al Moctezuma, y que también él era Señor de México, y le venía el señorío como al mismo Moctezuma, que le enviaba a pedir tributo. Y como esto oyó el Moctezuma, tuvo tanto enojo, que de presto envió su señal y sello, y coa buenos Capitanes, para que se lo trajesen preso: y venido a su presencia el pariente, le habló muy desacatadamente, y sin ningún temor, o de muy esforzado, o decían que tenía ramos de locura, porque era como atronado: todo lo cual alcanzó a saber Cortés, y envió a pedir por merced al Moctezuma, que se lo diese, que él lo quería guardar; porque según le dijeron, le había mandado matar el Moctezuma: y traído ante Cortés, le habló muy amorosamente, y que no fuese loco contra su Señor, y que lo quería soltar. Y Moctezuma cuando lo supo dijo, que no lo soltase, sino que lo echasen en la cadena gorda, como a los otros Reyezuelos, por mí ya nombrados. Tornemos a decir, que en obra de veinte días vinieron todos los Principales, que Moctezuma había enviado a cobrar los tributos del oro, que dicho tengo. Y así como vinieron, envió a llamar a Cortés, y a nuestros Capitanes, y ciertos soldados que conocía, que éramos de guarda, y dijo estas palabras formales, u otras como ellas. Hago saber, Señor Malinche, y Señores Capitanes y soldados, que a vuestro gran Rey yo le soy en cargo, y le tengo buena



voluntad así por Señor, y tan gran Señor, como por haber enviado de tan lejanas tierras a saber de mí; y lo que más me pone en el pensamiento, es, que él ha de ser el que nos ha de señorear, según nuestros antepasados nos han dicho, y aun nuestros Dioses nos dan a entender por las respuestas que de ellos tenemos: toma ese oro que se ha recogido, y por ser de prisa, no se trae más, y lo que yo tengo aparejado para el Emperador, es todo el tesoro que he habido de mi padre, que está en vuestro poder y aposento, que bien sé, que luego que aquí viniste, abriste la casa, y lo viste, y miraste todo, y la tornaste a cerrar, como de antes estaba: y cuando se lo enviases, decidle en vuestros anales y cartas: Esto os envía vuestro buen vasallo Moctezuma, y también yo os daré unas piedras muy ricas, que le enviéis en mi nombre, que son chalchihuis, que no son para dar a otras personas, sino para ese vuestro gran Emperador, que vale cada una piedra dos cargas de oro. También le quiero enviar tres cerbatanas con sus esqueros, y bodoqueras, que tienen tales obras de pedrería, que se holgará de verlas; y también yo quiero dar de lo que tuviere, aunque es poco, porque todo el más oro y joyas que tenía, os he dado en veces. Y cuando aquello le oyó Cortés, y todos nosotros, estuvimos espantados de la gran bondad y liberalidad del gran Moctezuma, y con mucho acato le quitamos todos las gorras de armas, y le dijimos, que se lo teníamos en merced, y con palabras de mucho amor le prometió Cortés que escribiríamos a su Majestad de la magnificencia y franqueza del oro que nos dio en su real nombre. Y después que tuvimos otras pláticas de buenos comedimientos, luego en aquella hora envió Moctezuma sus mayordomos, para entregar todo el tesoro de oro, y riqueza que estaba en aquella sala encalada: y para verlo y quitarlo de sus bordaduras, y donde estaba engastado, tardamos tres días; y aun para lo quitar y deshacer, vinieron los plateros de Moctezuma de un pueblo que se dice Escapuzalco. Y digo que era tanto, que después de deshecho eran tres montones de oro, y pesado hubo en ellos sobre seiscientos mil pesos, como adelante diré, sin la plata y otras muchas riquezas. Y no cuento con ello las planchas y tejuelos de oro, y el oro en grano de las minas: y se comenzó a fundir con los plateros Indios, que dicho tengo, naturales de Escapuzalco, y se hicieron unas barras muy anchas de ello, como medida de tres dedos de la mano de anchor de cada una barra. Pues ya fundido, y hecho barras, traen otro presente por sí de lo que el gran Moctezuma había dicho que daría, que fue cosa de admiración ver tanto oro, y las riquezas de otras joyas que trajo. Pues las piedras chalchihuis, que eran tan ricas algunas de ellas, que valían entre los mismos Caciques mucha cantidad de oro. Pues las tres cerbatanas con sus bodoqueras, los engastes que tenían de piedras y perlas, y las pinturas de



pluma, y de pajaritos llenos de aljófar, y otras aves: todo era de gran valor. Dejemos de decir de penachos y plumas, y otras muchas cosas ricas, que es para nunca acabar de traerlo aquí a la memoria: digamos ahora como se marcó todo el oro que dicho tengo con una marca de hierro, que mandó hacer Cortés, y los Oficiales del Rey prohibidos por Cortés, y de acuerdo de todos nosotros, en nombre de S. M. hasta que otra cosa mandase: y la marca fue las armas reales, como de un Real, y del tamaño de un tostón de a cuatro, y esto sin las joyas ricas, que nos pareció que no eran para deshacer. Pues para pesar todas estas barras de oro y plata, y las joyas que quedaron por deshacer, no teníamos pesas de marcos ni balanzas, y pareció a Cortés, y a los mismos Oficiales de la hacienda de su Majestad, que sería bien hacer de hierro unas pesas de hasta una arroba, y otras de media arroba, y de dos libras, y de una libra, y de media libra, y de cuatro onzas, y esto no para que viniese muy justo, sino media onza más o menos en cada peso, que pesaba, y de cuanto peso. Y dijeron los oficiales del Rey, que había en el oro, así en lo que estaba hecho arrobas, como en los granos de las minas, y en los tejuelos y joyas, más de seiscientos mil pesos, sin la plata y otras muchas joyas que se dejaron de evaluar: y algunos soldados decían, que había más. Y como ya no había que hacer en ello, sino sacar el real quinto, y dar a cada Capitán y soldado nuestras partes, y a los que quedaban en el puerto de la Villa Rica también las suyas; parece ser Cortés procuraba de no lo repartir tan presto, hasta que tuviese más oro, y hubiese buenas pesas y razón, y cuenta de a como salían: y todos los más soldados y Capitanes dijimos que luego se repartiese, porque habíamos visto, que cuando se deshacían las piezas del tesoro de Moctezuma, estaba en los montones que he dicho mucho más oro, y que faltaba la tercia parte de ello, que lo tomaban y escondían, así por la parte de Cortés, como de los Capitanes, y otros que no se sabía, y se iba menoscabando; y a poder de muchas pláticas se pesó lo que quedaba, y hallaron sobre seiscientos mil pesos, sin las joyas y tejuelos: y para otro día habían de dar las partes. Y diré como lo repartieron, y todo lo más se quedó con ello el Capitán Cortés, y otras personas, y lo que sobre ello se hizo, diré adelante¹¹.

¹¹ Sin pruebas no puede pretender Castillo, que se tengan por ciertas sus sospechas contra Hernando Cortés. El propio Castillo es un testigo en el resto de su historia de la liberalidad de su Capitán, de las empresas, en que gastó sus riquezas, todo en honor, y gloria de su patria; de la magnificencia de sus presentes a S. M. y de lo que le costó sostener el crédito, méritos, y derechos de todos los conquistadores, tratados de traidores en la Corte de su Rey. Tengo lo demás por rumores vulgares que corrían entre los soldados cuando se trataba de la conservación, partición o distribución del caudal común. Las prendas heroicas de Cortés, su franqueza, el destino que se sabe dio a sus riquezas, sin que se note en su conducta ni un vestigio de avaricia, le defienden de toda nota. Pero el hombre más recto no estará libre de quejas si toma el carácter de administrador, o distribuidor de bienes comunes. También es verdad, y Cortés lo dice



CAPÍTULO CV.

Cómo se repartió el oro que hubimos, así de lo que dio el gran Moctezuma, como de lo que se recogió de los pueblos, y de lo que sobre ello acaeció a un soldado.

Lo primero se sacó el real quinto, y luego Cortés dijo, que le sacasen a él otro quinto como a su Majestad, pues se lo prometimos en el arenal, cuando le alzamos por Capitán General, y Justicia mayor, como ya lo he dicho en el capítulo que de ello habla. Luego tras esto dijo, que había hecho cierta costa en la Isla de Cuba, que gastó en el armada, que lo sacasen de montón: y demás de esto, que se apartase del mismo montón la costa que había hecho Diego Velázquez en los navíos, que dimos al través con ellos, pues todos fuimos en ello: y tras esto, para los procuradores que fueron a Castilla. Y demás de esto para los que quedaron en la Villa Rica, que eran setenta vecinos, y para el caballo que se le murió, y para la yegua de Juan Sedeño, que mataron en lo de Tlascala de una cuchillada; pues para el Padre de la Merced, y el Clérigo Juan Díaz, y los Capitanes, y los que traían caballos, dobles partes; escopeteros y ballesteros por el consiguiente, y otras sacaliñas, de manera, que quedaba muy poco de parte, y por ser tan poco, muchos soldados hubo, que no lo quisieron recibir, y con todo se quedaba Cortés¹². Pues en aquel tiempo no podíamos hacer otra cosa, sino callar; porque demandar justicia sobre ello, era por demás, y otros soldados hubo que tomaron sus partes a cien pesos, y daban voces por lo demás: y Cortés secretamente daba a

en la Carta II, que después del quinto aparto para S. M. muchas joyas de oro, plata, plumajes, y piedras, y otras muchas cosas de valor: "Tales, y tan maravillosas *son sus palabras*, que consideradas por su novedad, y extrañeza, no tenían precio, ni es de creer que algunos, de todos los Príncipes del mundo, de quien se tiene noticia, las pudiese tener tales, y de tal calidad. Y no le parezca a vuestra Majestad fabuloso lo que digo, pues es verdad, que todas las cosas criadas así en la tierra, como en la mar, de que el dicho Moctezuma pudiese tener conocimiento, tenía contrahechas muy al natural, así de oro, y de plata, como de pedrería, y plumas, en tanta perfección, que casi ellas mismas parecían, de las cuales todas me dio para V. Alteza mucha parte, sin otras que yo le di figuradas, y él las mandó hacer de oro, así como Imágenes, Crucifijos, Medallas, Joyeles, y Collares, y otras muchas cosas de las nuestras que le hice contrafacer... Demás de esto, me dio el dicho Moctezuma mucha ropa de la suya, que era tal, que considerada ser toda de algodón, y sin seda, en todo el mundo no se podía hacer, ni tejer otra tal, ni de tantas, ni tan diversas, y naturales colores, ni labores; en que había ropas de hombres, y de mujeres muy maravillosas, y había paramentos para camas, que hechos de seda, no se podían comparar: y había otros paños, como de tapicería, que podían servir en salas, y en Iglesias: había colchas, y cobertores de camas, así de pluma, como de algodón, de diversos colores, asimismo muy maravillosas: y otras muchas cosas, que por ser tantas, y tales, no las sé significar a vuestra Majestad. También me dió una docena de cerbatanas, de las con que él tiraba, que tampoco no sabré decir a vuestra Majestad su perfección, porque eran todas pintadas de muy excelentes pinturas, y perfectos matices, en que había figuradas muchas maneras de avecicas, y animales, y arboles, y flores, y otras diversas cosas; y tenían los brocales, y puntería tan grandes como un gеме, de oro, y en el medio otro tanto, muy labrado. Dióme para con ellos un carniel de red de oro, para los Bodoques, que también me dijo, que me había de dar de oro; y dióme unas turquesas de oro, y otras muchas cosas, cuyo número es casi infinito ". *Cortés, Carta II.*

¹² Primero es sacar las costas, que liquidar, y partir las ganancias.



unos y a otros, por vía que les hacía merced por contentarlos, y con buenas palabras que les decía, sufrían. Pues vamos a las partes que daban a los de la Villa Rica, que se lo mandó llevar a Tlascala, para que allí se lo guardasen: y como ello fue mal repartido, en tal paró todo, como adelante diré en su tiempo. En aquella sazón muchos de nuestros Capitanes mandaron hacer cadenas de oro muy grandes a los plateros del gran Moctezuma, que ya he dicho que tenía un gran pueblo de ellos, media legua de México, que se dice Escapuzalco: y asimismo Cortés mandó hacer muchas joyas, y gran servicio de vajilla, y algunos de nuestros soldados que habían henchido las manos: por manera, que ya andaban públicamente muchos tejuelos de oro marcado, y por marcar, y joyas de muchas diversidades de hechuras, y el juego largo con unos naipes que hacían de cuero de tambores, tan buenos, y tan bien pintados, como los de España; los cuales naipes hacía un Pedro Valenciano; y de esta manera estábamos. Dejemos de hablar en el oro, y de lo mal que se repartió, y peor se gozó, y diré lo que a un Soldado, que se decía fulano de Cárdenas, le acaeció. Parece ser, que aquel soldado era piloto, y hombre de la mar, natural de Triana, y del Condado: el pobre tenía en su tierra mujer y hijos; y como a muchos nos acaece, debía de estar pobre, y vino a buscar la vida para volverse a su mujer y hijos, y como había visto tanta riqueza en oro en planchas, y en granos de las minas y tejuelos, y barras fundidas, y al repartir de ello vio que no le daban sino cien pesos, cayó malo de pensamiento y tristeza, y un su amigo como le veía cada día tan pensativo y malo, íbale a ver, y decíale, que de qué estaba de aquella manera, y suspiraba tanto; y respondió el piloto Cárdenas: Oh cuerpo de tal conmigo, ¿yo no he de estar malo viendo que Cortés así se lleva todo el oro, y como Rey lleva quinto, y ha sacado para el caballo que se le murió, y para los navíos de Diego Velázquez, y para otros muchas trancañillas, y que muera mí mujer e hijos de hambre, pudiéndolos socorrer cuando fueron los procuradores con nuestras cartas, y le enviamos todo el oro y plata que hablamos habido en aquel tiempo? Y respondióle aquel su amigo: ¿Pues qué oro tenía vos para enviarles? El Cárdenas dijo: Si Cortés me diera mi parte de lo que me cabía, con ello se sostuviera mi mujer y hijos, y aun les sobrara: mas mirad qué embustes tuvo, hacernos firmar que sirviésemos a su Majestad con nuestras partes, y sacar del oro para su padre Martin Cortés sobre seis mil pesos, y lo que escondió, y yo y otros pobres, que estemos de noche y de día batallando como habéis visto en las guerras pasadas de Tabasco y Tlascala, y lo de Cingapacinga, y Cholula, y ahora estar en tan grandes peligros como estamos, y cada día la muerte al ojo, si se levantasen en esta ciudad. ¿Y que se alce con todo



el oro, y que lleve quinto como Rey? Y dijo otras palabras sobre ello, y que tal quinto no le habíamos de dejar sacar, ni tener tantos Reyes, sino solamente a su Majestad. Y replicó su compañero, y dijo: ¿Pues esos cuidados os matan? Y ahora veis que todo lo que traen los Caciques, y Moctezuma, se consume en él, uno en pago, y otro en saco, y otro so el sobaco, y allá va todo donde quiere Cortés, y estos nuestros Capitanes, que hasta el bastimento todo lo llevan. Por eso dejaos de esos pensamientos, y rogad a Dios, que en esta ciudad no perdamos las vidas, y así cesaron sus pláticas; las cuales alcanzó a saber Cortés, y como le decían que había muchos soldados descontentos por las partes del oro, y de lo que habían hurtado del montón, acordó de hacer a todos un parlamento con palabras muy melifluas, y dijo que todo lo que tenía era para nosotros, que él no quería quinto, sino la parte que le cabe de Capitán General, y cualquiera que hubiese menester algo, que se lo daría; y aquel oro que habíamos habido, que era un poco de aire, que mirásemos las grandes ciudades que hay, y ricas minas, que todos seríamos señores de ellas, y dijo otras razones muy bien dichas, que las sabía bien proponer. Y demás de esto a ciertos soldados secretamente daba joyas de oro, y a otros hacia grandes promesas, y mandó que los bastimentos que traían los mayordomos de Moctezuma, que lo repartiesen entre todos los soldados, como a su persona: y demás de esto llamó aparte al Cárdenas, y con palabras le halagó, y le prometió que en los primeros navíos le enviaría a Castilla a su mujer y hijos, y le dio trescientos pesos: y así se quedó contento. Y quedarse ha aquí, y diré cuando venga a coyuntura, lo que al Cárdenas acaeció cuando fue a Castilla, y como le fue muy contrario a Cortés en los negocios que tuvo ante su Majestad.



CAPÍTULO CVI.

Cómo hubieron palabras Juan Velázquez de León, y el Tesorero Gregorio Mejía, sobre el oro que faltaba de los montones, antes que se fundiese, y lo que Cortés hizo sobre ello.

Como el oro comúnmente todos los hombres lo deseamos, y mientras unos más tienen, más quieren, aconteció que como faltaban muchas piezas de oro conocidas de los montones, ya otra vez por mí dicho, y Juan Velázquez de León en aquel tiempo hacia labrar a los Indios de Escapuzalco, que eran todos plateros del gran Moctezuma, grandes cadenas de oro, y otras piezas de vajillas para su servicio; y como Gonzalo Mejía, que era Tesorero, le dijo secretamente, que se las diese, pues no estaban quintadas, y eran conocidamente de las que había dado el Moctezuma: y el Juan Velázquez de León, que era muy privado de Cortés, dijo que no le quería dar ninguna cosa, y que no lo había tomado de lo que estaba allegado, ni de otra parte ninguna, salvo que Cortés se las había dado antes que se hiciesen barras; y el Gonzalo Mejía respondió, que bastaba lo que Cortés había escondido y tomado a los compañeros, y todavía como Tesorero demandaba mucho oro, que no se había pagado el Real quinto, y de palabras en palabras se desmandaron, y vinieron a echar mano a las espadas, y si de presto no los metiéramos en paz, entrambos a dos acabarían allí sus vidas; porque eran personas de mucho ser, y valientes por las armas, y salieron heridos cada uno con dos heridas. Y como Cortés lo supo, los mandó echar presos, cada uno en una cadena gruesa: y parece ser, según muchos soldados dijeron, que secretamente habló Cortés al Juan Velázquez de León, como era mucho su amigo, que se estuviese preso dos días en la misma cadena, y que sacarían de la prisión al Gonzalo Mejía, como Tesorero: y esto lo hacía Cortés, porque viésemos todos los Capitanes y soldados, que hacia justicia, que con ser el Juan Velázquez uña y carne del mismo Capitán, le tenía preso. Y porque pasaron otras cosas acerca del Gonzalo Mejía, que dijo a Cortés sobre el mucho oro que faltaba, y que se le quejaban de ello todos los soldados, porque no se lo demandaba al mismo Capitán Cortés, pues era Tesorero, y estaba a su cargo: y porque es larga relación, lo dejaré de decir, y diré, que como el Juan Velázquez de León estaba preso en una sala cerca del Moctezuma, y su aposento, en una cadena gorda, y como el Juan Velázquez era hombre de gran cuerpo, y muy membrudo, y cuando se paseaba por la sala, llevaba la cadena arrastrando, y hacia gran sonido, que lo oía el Moctezuma, preguntó al paje Orteguilla, que a quién tenía preso Cortés



en las cadenas; y el paje le dijo, que a Juan Velázquez, el que solía tener guarda de su persona, porque ya en aquella sazón no lo era, sino Cristóbal de Olí: y preguntó, que por qué causa, y el paje y dijo, que por cierto oro que faltaba. Y aquel misino día fue Cortés a tener palacio al Moctezuma: y después de las Cortésías acostumbradas, y otras palabras que entre ellos pasaron, preguntó el Moctezuma a Cortés, que por qué tenía preso a Juan Velázquez, siendo buen Capitán, y muy esforzado; porque el Moctezuma, como he dicho otras veces, bien conocía a todos nosotros, y aun nuestras calidades: y Cortés le dijo medio riendo, que porque era tabanillo, que quiere decir loco, y que porque no le dan mucho oro, quiere ir por sus pueblos y ciudades a demandarlo a los Caciques: y porque no mate a algunos, por esta causa lo tiene preso: y el Moctezuma respondió, que le pedía por merced, que le soltase, y que él enviaría a buscar más oro, y le daría de lo suyo; y Cortés hacía, como que se le hacía de mal el soltarlo, y dijo, que sí haría por complacer al Moctezuma: y paréceme, que le sentenció en que fuese desterrado del Real, y fuese a un pueblo, que se decía Cholula, con mensajero del Moctezuma a demandar oro, y primero los hizo amigos al Gonzalo Mejía, y al Juan Velázquez: y vi, que dentro de seis días volvió de cumplir su destierro, y desde allí adelante el Gonzalo Mejía y Cortés no se llevaron bien, y el Juan Velázquez vino con más oro. He traído esto aquí a la memoria, aunque vaya fuera de nuestra relación, porque vean que Cortés, socolor de hacer justicia, porque todos le temiésemos, era con grandes mañas, Y lo dejaremos aquí.



CAPÍTULO CVII.

Cómo el gran Moctezuma dijo a Cortés, que le quería dar una hija de las suyas, para que se casase con ella, y lo que Cortés le respondió, y todavía la tomó, y la servían, y honraban como hija de tal Señor.

Como otras muchas veces he dicho, siempre Cortés, y todos nosotros procurábamos de agradar y servir a Moctezuma, y tenerle palacio: y un día le dijo el Moctezuma: Mira, Malinche, que tanto os amo, que os quiero dar una hija mía muy hermosa, para que os caséis con ella, y la tengáis por vuestra legítima mujer, y Cortés le quitó la gorra por la merced, y dijo, que era gran merced la que le hacía, mas que era casado, y tenía mujer, y que entre nosotros no podemos tener más de una mujer, y que él la tenía en aquel grado que hija de tan gran Señor merece, y que primero quiere se vuelva Cristiana, como son otras Señoras hijas de Señores: y Moctezuma lo hubo por bien, y siempre mostraba el gran Moctezuma su acostumbrada voluntad: y de un día en otro no cesaba Moctezuma sus sacrificios, y de matar en ellos Indios, y Cortés se lo retraía, y no aprovechaba cosa ninguna, hasta que tomó consejo con nuestros Capitanes, qué haríamos en aquel caso, porque no se atrevía a poner remedio en ello por no revolver la ciudad, y a los Papas que estaban en el Huichilobos: y el consejo que sobre ello se dio por nuestros Capitanes y soldados, que hiciese que quería ir a derrocar los ídolos del alto Cu de Huichilobos; y si viésemos, que se ponían en defenderlo, o que se alborotaban, que le demandase licencia para hacer un altar en una parte del gran Cu, y poner un Crucifijo, y una Imagen de nuestra Señora: y como esto se acordó, fue Cortés a los Palacios adonde estaba preso Moctezuma, y llevó consigo siete Capitanes y soldados, y dijo al Moctezuma: Señor, ya muchas veces he dicho a V. md. que no sacrificuéis más ánimas a esos vuestros Dioses, que os traen engañados, y no lo queréis hacer; os hago Señor saber, que todos mis compañeros, y estos Capitanes que conmigo vienen, os vienen a pedir por merced, que les deis licencia para quitarlos de allí, y pondremos a nuestra Señora Santa María, y una Cruz, y que si ahora no les dais licencia, que ellos irán a quitarlos, y no querrían que matasen algunos Papas. Y cuando el Moctezuma oyó aquellas palabras, y vio ir a los Capitanes algo alterados, dijo: Oh Malinche, y cómo nos queréis echar a perder a toda esta ciudad, porque estarán muy enojados nuestros Dioses contra nosotros, y aun vuestras vidas no sé en qué pararán. Lo que os ruego, que ahora al presente os sufráis, que yo enviaré a llamar a todos los Papas, y veré su respuesta. Y como aquello oyó Cortés, hizo un ademan,



que quería hablar muy en secreto al Moctezuma solo con el Frayle de la Merced, y que no estuviesen presentes nuestros Capitanes que llevaba en su compañía, a los cuales mandó, que le dejasen solo, y los mandó salir: y como se salieron de la sala, dijo al Moctezuma, que porque no se hiciese alboroto, ni los Papas lo tuviesen a mal derrocarle sus ídolos, que él trataría con los mismos nuestros Capitanes, que no se hiciese tal cosa, con tal que en un apartamiento del gran Cu hiciésemos un altar para poner la Imagen de nuestra Señora, y una Cruz, y que el tiempo andando verían cuán buenos y provechosos son para sus ánimas, y para dar salud, y buenas sementeras, y prosperidades: y el Moctezuma, puesto que con suspiros y semblante muy triste, dijo, que él lo trataría con los Papas. Y en fin de muchas palabras, que sobre ello hubo, se puso nuestro altar apartado de sus malditos ídolos, y la Imagen de nuestra Señora, y una Cruz; y con mucha devoción, y todos dando gracias a Dios, dijeron Misa cantada el Padre de la Merced, y ayudaba a la Misa el Clérigo Juan Díaz, y muchos de los nuestros soldados: y allí mandó poner nuestro Capitán un soldado viejo para que tuviese guarda en ello, y rogó al Moctezuma, que mandase a los Papas que no tocasen en ello, salvo para barrer, y quemar incienso, y poner candelas de cera ardiendo de noche, y de día, y enramarlo, y poner flores. Y dejarlo he aquí, y diré lo que sobre ello avino.



CAPÍTULO CVIII.

Cómo el gran Moctezuma dijo a nuestro Capitán Cortés, que se saliese de México con todos los soldados, porque se querían levantar todos los Caciques, y Papas, y darnos guerra, hasta matarnos, porque así estaba acordado, y dado consejo por sus ídolos, y lo que Cortés sobre ello hizo.

Como siempre a la continua nunca nos faltaban sobresaltos, y de tal calidad, que eran para acabar las vidas en ellos, si nuestro Señor Dios no lo remediara, y fue que como habíamos puesto en el gran Cu en el altar que hicimos la Imagen de nuestra Señora, y la Cruz, y se dijo el santo Evangelio, y Misa; parece ser, que los Huichilobos y el Tezcatepuca hablaron con los Papas, y les dijeron, que se querían ir de su provincia, pues tan mal tratados eran de los Teules, y que adonde están aquellas figuras, y Cruz, que no quieren estar, y que ellos no estarían allí, si no nos mataban, y que aquello les daban por respuesta, y que no curasen de tener otra, y que se lo dijesen a Moctezuma, y a todos sus Capitanes, que luego comenzasen la guerra, y nos matasen: y les dijo el ídolo, que mirasen, que todo el oro que solían tener para honrarlos, lo habíamos deshecho, y hecho ladrillos; y que mirasen que nos íbamos señoreando de la tierra, y que teníamos presos a cinco grandes Caciques, y les dijeron otras maldades para atraerlos a darnos guerra: y para que Cortés, y todos nosotros lo supiésemos, el gran Moctezuma le envió a llamar para que le quería hablar en cosas que iba mucho en ellas, y vino el paje Orteguilla, y dijo, que estaba muy alterado y triste Moctezuma, y que aquella noche, y parte del día habían estado con él muchos Papas, y Capitanes muy principales, y secretamente hablaban, que no lo pudo entender: y cuando Cortés lo oyó, fue de presto al palacio donde estaba el Moctezuma, y llevó consigo a Cristóbal de Olí, que era Capitán de la guardia, y a otros cuatro Capitanes, y a Doña Marina, y a Gerónimo de Aguilar; y después que le hicieron mucho acato, dijo el Moctezuma, oh señor Malinche, y señores Capitanes, cuánto me pesa de la respuesta y mandado, que nuestros Teules han dado a nuestros Papas, y a mí, y a todos mis Capitanes; y es, que os demos guerra, y os matemos, y os hagamos ir por la mar adelante: lo que he colegido de ello, y me parece es, que antes que comiencen la guerra, que luego salgáis de esta ciudad, y no quede ninguno de vosotros aquí: y esto, señor Malinche, os digo que hagáis en todas maneras, que os conviene, si no mataros han, y mira, que os va las vidas. Y Cortés, y nuestros Capitanes sintieron pesar, y aun se alteraron: y no era de maravillarse de cosa tan



nueva y determinada, que era poner nuestras vidas en gran peligro sobre ello en aquel instante, pues tan determinadamente nos lo avisaban. Y Cortés le dijo, que él se lo tenía en merced el aviso, y que al presente de dos cosas le pesaba, no tener navíos en que irse, que mandó quebrar los que trajo; y la otra, que por fuerza había de ir el Moctezuma con nosotros, para que le vea nuestro gran Emperador; y que le pide por merced, que tenga por bien, que hasta que se hagan tres navíos en el arenal, que detenga a los Papas, y Capitanes, porque para ellos es mejor partido, y que si comenzaren la guerra, que todos morirán en ella, si la quisieren dar. Y más dijo, que porque vea Moctezuma, que quiere luego hacer lo que le dice, que mande a sus Capitanes, que vayan con dos de nuestros soldados, que son grandes maestros de hacer navíos, a cortar la madera cerca del arenal. El Moctezuma estuvo muy más triste que de antes, como Cortés le dijo, que había de ir con nosotros ante el Emperador, y dijo que le daría los carpinteros, y que luego despachase, y no hubiese más palabras, sino obras; y que entre tanto, que él mandaría a los Papas, y a sus Capitanes, que no curasen de alborotar la ciudad: y que a sus ídolos Huichilobos, que mandaría aplacasen con sacrificios, y que no sería con muertes de hombres. Y con esta tan alborotada plática se despidió Cortés del Moctezuma, y estábamos todos con grande congoja, esperando cuando habían de comenzar la guerra. Luego Cortés mandó llamar a Martín López, y a Andrés Núñez, y con los Indios carpinteros, que le dio el gran Moctezuma, y después de platicado el porte de que se podrían labrar los tres navíos, le mandó que luego pusiese por la obra de hacerlos, y poner a punto, pues que en la Villa Rica había todo aparejo de hierro, y herreros, y jarcia, y estopa, y calafates, y brea: y así fueron, y cortaron la madera en la costa de la Villa Rica, y con toda la cuenta, y galibo de ella, y con buena prisa comenzó a labrar sus navíos. Lo que Cortés le dijo a Martín López sobre ello, no lo sé: y esto digo, porque dice el Coronista Gómara en su historia, que le mandó que hiciese muestras, como cosa de burla, que los labraba, porque lo supiese el gran Moctezuma: me remito a lo que ellos dijeren, que gracias a Dios son vivos en este tiempo; mas muy secretamente me dijo el Martín López, que de hecho, y aprisa los labraba, y así los dejó en astillero tres navíos. Dejémoslos labrándolos, y digamos cuales andábamos todos en aquella gran ciudad tan pensativos, temiendo, que de una hora a otra nos habían de dar guerra en nuestras naborías de Tlascala: y Doña Marina así lo decía al Capitán, y el Orteguilla el paje del Moctezuma siempre estaba llorando, y todos nosotros muy apunto, y buenas guardas al Moctezuma. Digo de nosotros estar a punto, no había necesidad de decirlo tantas veces, porque de día, y de noche no se nos quitaban las armas,



gorjales, y antiparas, y con ello dormíamos. Y dirán ahora, donde dormíamos, de qué eran nuestras camas, sino un poco de paja, y una estera, y el que tenía un toldillo, ponerle debajo, y calzados y armados, y todo género de armas muy a punto, y los caballos entrenados y ensillados todo el día: y todos tan prestos, que en tocando al arma, como si estuviéramos puestos y aguardando para aquel punto; pues de velar cada noche, no quedaba soldado que no velaba. Y otra cosa digo, y no por jactanciarme de ello, que quedé yo tan acostumbrado de andar armado, y dormir de la manera que he dicho, que después de conquistada la Nueva España, tenía por costumbre de acostarme vestido, y sin cama, y que dormía mejor que en colchones duermo: y ahora cuando voy a los pueblos de mi Encomienda, no llevo cama: y si alguna vez la llevo, no es por mi voluntad, sino por algunos Caballeros que se hallan presentes, porque no vean, que por falta de buena cama la dejo de llevar; mas en verdad que me echo vestido en ella. Y otra cosa digo, que no puedo dormir, sino un rato de la noche, que me tengo de levantar a ver el cielo, y estrellas, y me he de pasear un rato al sereno, y esto sin poner en la cabeza el bonete, ni paño, ni cosa ninguna, y gracias a Dios no me hace mal, por la costumbre que tenía: y esto he dicho, porque sepan de qué arte andábamos los verdaderos Conquistadores, y cómo estábamos tan acostumbrados a las armas, y a velar. Y dejemos de hablar en ello, pues que salgo fuera de nuestra relación, y digamos, como nuestro Señor Jesucristo siempre nos hace muchas mercedes. Y es, que en la Isla de Cuba Diego Velázquez dio mucha prisa en su armada, como adelante diré, y vino en aquel instante a la Nueva España un Capitán, que se decía Pámphilo de Narváez.



CAPÍTULO CIX.

Cómo Diego Velázquez, Gobernador de Cuba, dio muy gran prisa en enviar su armada contra nosotros, y en ella por Capitán General a Pámphilo de Narváez: y cómo vino en su compañía el Licenciado Lucas Vázquez de Aillon, Oidor de la Real Audiencia de Santo Domingo, y lo que sobre ello se hizo.

Volvamos ahora a decir algo atrás de nuestra relación, para que bien se entienda lo que ahora diré. Ya he dicho en el capítulo que de ello habla, que como Diego Velázquez, Gobernador de Cuba, supo que habíamos enviado nuestros Procuradores a su Majestad con todo el oro que habíamos habido, y el sol, y la luna, y muchas diversidades de joyas, y oro en granos, sacados de las minas, y otras muchas cosas de gran valor, y que no le acudíamos con cosa ninguna; y asimismo supo, cómo Don Juan Rodríguez de Fonseca, Obispo de Burgos, y Arzobispo de Rosano, que así se nombraba, y en aquella sazón era Presidente de Indias, y lo mandaba todo muy absolutamente, porque su Majestad estaba en Flandes, y había tratado muy mal el Obispo a nuestros Procuradores; y dicen que le envió el Obispo desde Castilla en aquella sazón muchos favores al Diego Velázquez, y aviso y mandó para que nos enviase a prender, y que él le daba desde Castilla todo favor para ello: el Diego Velázquez con aquel gran favor hizo una armada de diez y nueve navíos, y con mil y cuatrocientos soldados, en que traían sobre veinte tiros, y mucha pólvora, y todo género de aparejos, de piedras, y pelotas, y dos artilleros, que el Capitán de la artillería se decía Rodrigo Martín, y traía ochenta de acaballo, y noventa ballesteros, y setenta escopeteros: y el mismo Diego Velázquez por su persona, aunque era bien gordo, y pesado, andaba en Cuba de villa en villa, y de pueblo en pueblo proveyendo la armada, y atrayendo los vecinos que tenían Indios, y a parientes, y amigos, que viniesen con Pámphilo de Narváez, para que le llevasen preso a Cortés, y a todos nosotros sus Capitanes y soldados, o a lo menos no quedásemos algunos con las vidas: y andaba tan encendido de enojo, y tan diligente, que vino hasta Guaniguanico, que es pasada la Habana más de sesenta leguas. Y andando de esta manera, antes que saliese su armada, pareció ser, alcanzarlo a saber la Real Audiencia de Santo Domingo, y los frailes Jerónimos, que estaban por Gobernadores; el cual aviso y relación de ello les envió desde Cuba el Licenciado Zuazo, que había venido a aquella Isla a tomar residencia al mismo Diego Velázquez. Pues como lo supieron en la Real Audiencia, y tenían memoria de nuestros muy buenos y nobles servicios que hacíamos a Dios, y a su



Majestad, y habíamos enviado nuestros Procuradores con grandes presentes a nuestro Rey y Señor, y que el Diego Velázquez no tenía razón, ni justicia para venir con armada a tomar venganza de nosotros, sino que por justicia lo demandase: y que si venía con la armada era gran estorbo para nuestra conquista; acordaron de enviar a un Licenciado, que se decía Lucas Vázquez de Aillón, que era Oidor de la misma Real Audiencia, para que estorbase la armada al Diego Velázquez, y no la dejase pasar, y que sobre ello pusiese grandes penas: y vino a Cuba el mismo Oidor, y hizo sus diligencias y protestaciones, como le era mandado por la Real Audiencia, para que no saliese con su intención el Velázquez: y por más penas, y requerimientos que le hizo y puso, no aprovechó cosa ninguna: porque como el Diego Velázquez era tan favorecido del Obispo de Burgos, y había gastado cuanto tenía en hacer aquella gente de guerra contra nosotros, no tuvo todos aquellos requerimientos que hicieron en una castañeta, antes se mostró muy bravoso. Y desde que aquello vio el Oidor, le vino con el mismo Narváez para poner paces, y dar buenos conciertos entre Cortés, y el Narváez. Otros soldados dijeron, que venía con intención de ayudarnos, y si no lo pudiese hacer, tomar la tierra en sí por su Majestad, como Oidor, y de esta manera vino hasta el puerto de San Juan de Ulua. Y quedarse ha aquí, y pasaré adelante, y diré lo que sobre ello se hizo.



CAPÍTULO CX.

Cómo Pámphilo de Narváez llegó al puerto de San Juan de Ulua, que se dice la Vera Cruz, con toda su armada, y lo que le sucedió.

Viniendo el Pámphilo de Narváez con toda su flota, que eran diez y nueve navíos por la mar, parece ser junto a las sierras de San Martín, que así se llaman, tuvo un viento de Norte, y en aquella costa es traviesa, y de noche se le perdió un navío de poco porte, que dio al través: venía en él por Capitán un hidalgo, que se decía Cristóbal de Morante natural de Medina del Campo, y se ahogó cierta gente, y con toda la más flota vino a San Juan de Ulua. Y como se supo de aquella grande armada, que para haberse hecho en la Isla de Cuba, grande se puede llamar; tuvieron noticia de ella los soldados que había enviado Cortés a buscar las minas, y se vienen a los navíos del Narváez los tres de ellos, que se decían Cervantes el chocarrero, y Escalona, y otro que se decía Alonso Hernández Carretero: y cuando se vieron dentro en los navíos, y con el Narváez, dicen que alzaban las manos a Dios, que los libró del poder de Cortés, y de salir de la gran ciudad de México, donde cada día esperaban la muerte: y como comían con el Narváez, y les mandaba dar de beber demasiado, estábanse diciendo los unos a los otros delante del mismo General; mira si es mejor estar aquí bebiendo buen vino, que no cautivo en poder de Cortés, que nos traía de noche, y de día tan avasallados, que no osábamos hablar, y aguardando de un día a otro la muerte al ojo: y aun decía el Cervantes, como era truhán, socolor de gracias; oh Narváez, Narváez, qué bien aventurado que eres, y a qué tiempo has venido, que tiene ese traidor de Cortés allegados más de setecientos mil pesos de oro, y todos los soldados están muy mal con él, porque les ha tomado mucha parte de lo que les cabía del oro de parte, y no quieren recibir lo que les da. Por manera, que aquellos soldados que se nos huyeron, eran ruines y soeces, y decían al Narváez mucho más de lo que quería saber. Y también le dieron por aviso, que ocho leguas de allí estaba poblada una villa, que se dice la Villa Rica de la Vera Cruz, y estaba en ella un Gonzalo de Sandoval con sesenta soldados todos viejos y dolientes, y que si enviase a ellos gente de guerra, luego se darían: y le decían otras muchas cosas. Dejemos todas estas pláticas, y digamos como luego lo alcanzó a saber el gran Moctezuma, como estaban allí surtos los navíos, y con muchos Capitanes y soldados; y envió sus Principales secretamente, que no lo supo Cortés, y les mandó dar comida, y oro, y ropa, y que de los pueblos más cercanos les proveyesen de bastimento: y el Narváez envió a decir al



Moctezuma muchas malas palabras y descomedimientos contra Cortés, y de todos nosotros, que éramos unas gentes malas, ladrones, que veníamos huyendo de Castilla sin licencia de nuestro Rey y Señor: y que como tuvo noticia el Rey nuestro señor, que estábamos en estas tierras, y de los males, y robos que hacíamos, y teníamos preso al Moctezuma; para estorbar tantos daños, que le mandó al Narváez, que luego viniese con todas aquellas naos, y soldados, y caballos, para que le suelten de las prisiones: y que a Cortés, y a todos nosotros, como malos nos prendiesen, o matasen, y en las mismas naos nos enviasen a Castilla y que cuando allá llegásemos nos mandaría matar; y le envió a decir otros muchos desatinos: y eran los intérpretes para dárselo a entender a los Indios, los tres soldados que se nos fueron, que ya sabían la lengua. Y demás de estas pláticas, le envió el Narváez ciertas cosas de Castilla. Y cuando Moctezuma lo supo, tuvo gran contento con aquellas nuevas, porque como le decían, que tenía tantos navíos, y caballos, y tiros, y escopetas, y ballesteros, y eran mil y trescientos soldados, y desde arriba, creyó que nos prendería. Y demás de esto, como sus Principales vieron a nuestros tres soldados (que traidores bellacos se pueden llamar) con el Narváez, y veían que decían mucho mal de Cortés, tuvo por cierto todo lo que el Narváez le envió a decir, y toda la armada se la llevaron pintada en unos paños al natural. Entonces el Moctezuma le envió mucho más oro, y mantas, y mandó, que todos los pueblos de la comarca le llevasen bien de comer: y ya había tres días que lo sabía el Moctezuma, y Cortés no sabía cosa ninguna. Y un día yéndole a ver nuestro Capitán, y a tenerle palacio, después de las cortesías que entre ellos se tenían, pareció al Capitán Cortés, que estaba el Moctezuma muy alegre, y de buen semblante, y le dijo, qué tal se sentía, y el Moctezuma respondió, que mejor estaba: y también, como el Moctezuma le vio ir a visitar en un día dos veces, temió que Cortés sabía de los navíos, y por ganar por la mano, y que no le tuviese por sospechoso, le dijo: Señor Malinche, ahora en este punto me han llegado mensajeros de cómo en el puerto donde desembarcasteis, han venido diez y ocho navíos, y mucha gente, y caballos, y todo nos lo traen pintado en unas mantas, y como me visitaste hoy dos veces, creí que me venias a dar nuevas de ello, así que no habréis menester hacer navíos: y porque no me lo decías, por una parte tenía enojo de vos de tenérmelo encubierto; y por otra me holgaba, porque vienen vuestros hermanos, para que todos os vais a Castilla, y no haya más palabras. Y cuando Cortés oyó lo de los navíos, y vio la pintura del paño, se holgó en gran manera, y dijo: gracias a Dios, que al mejor tiempo provee. Pues nosotros los soldados era tanto el gozo, que no podíamos estar quedos, y de alegría escaramuzaron los caballos, y tiramos



tiros: y Cortés estuvo muy pensativo, porque bien entendió que aquella armada que la enviaba el Gobernador Velázquez contra él, y contra todos nosotros. Y como supo que era, comunicó lo que sentía de ella con todos nosotros, Capitanes y soldados; y con grandes dádivas y ofrecimientos, que nos haría ricos a todos, nos atraía para queuviésemos con él, y no sabía quién venía por Capitán: y estábamos muy alegres con las nuevas, y con el más oro que nos había dado Cortés por vía de mercedes, como que lo daba de su hacienda, y no de lo que nos cabía de parte, y viendo el gran socorro y ayuda, que nuestro Señor Jesucristo nos enviaba. Y quedarse aquí, y diré lo que pasó en el Real y Narváez¹³.

¹³ Solís se empeña en vindicar a Moctezuma de correspondencia con Narváez: su gran fundamento es, que no había sujetos, o intérpretes para entenderse; pero o no leyó Solís este pasaje de Castillo, incuria inexcusable, o es una osadía insufrible desmentir a un testigo de tanta excepción. Cortés confirma el testimonio de Castillo, y hablando de lo que le informó una persona, que envió a saber qué gente era la de la armada, dice: "y también me dijo como había hallado con el dicho Narváez a un señor natural de esta tierra, vasallo del dicho Moctezuma, y que le tenía por Gobernador suyo, en toda su tierra de los puertos hacia la costa de la mar; y que supo que al dicho Narváez le había hablado de parte del dicho Moctezuma, y dándole ciertas joyas de oro, y el dicho Narváez le había dado también a él ciertas cosillas; y que supo que había despachado de allí ciertos mensajeros para el dicho Moctezuma, y enviádole a decir, que él le soltaría, y que venía a prenderme a mi, y a los de mi compañía, irse luego, y dejar la tierra; y que él no quería oro, sino, preso yo, y los que conmigo estaban, volverse, y dejar la tierra, y sus naturales de ella con su libertad. *Cortés Carta II.*



CAPÍTULO CXI.

Cómo Pámphilo de Narváez envió con cinco personas a su armada, a requerir a Gonzalo de Sandoval, que estaba por Capitán en la Villa Rica, que se diese luego con todos los vecinos, y lo que sobre ello pasó.

Como aquellos tres malos de nuestros soldados, por mí nombrados, que se le pasaron al Narváez, y le daban aviso de todas las cosas, que Cortés, y todos nosotros habíamos hecho desde que entramos en la Nueva España, y le avisaron que el Capitán Gonzalo de Sandoval estaba ocho o nueve leguas de allí, en una villa que estaba poblada, que se decía la Villa Rica de la Vera Cruz, y que tenía consigo sesenta vecinos, y todos los más viejos y dolientes; acordó de enviar a la villa a un Clérigo, que se decía Guevara, que tenía buena expresiva, y a otro hombre de mucha cuenta, que se decía Amaya, pariente del Diego Velázquez, y a un Escribano que se decía Vergara, y tres testigos, los nombres de ellos no me acuerdo: los cuales envió, que notificasen a Gonzalo de Sandoval, que luego se diesen al Narváez, y para ello dijeron, que traían unos traslados de las provisiones: y dicen, que ya Gonzalo de Sandoval sabía de los navíos por nuevas de Indios, y de la mucha gente que en ellos venía: y como era muy varón en sus cosas, siempre estaba muy apercebido él y sus soldados armados: y sospechando que aquella armada era de Diego Velázquez, y que enviaría a aquella Villa de sus gentes parase apoderar de ella, y por estar más desembarazados de los soldados viejos y dolientes, los envió luego a un pueblo de Indios, que se dice Papalote, y quedó con los sanos: y el Sandoval siempre tenía buenas velas en los caminos de Cempoal, que es por donde habían de venir a la Villa: y estaba convocando el Sandoval, y atrayendo a sus soldados, que si viniese Diego Velázquez, u otra persona, que no se le diese la Villa: y todos los soldados dicen, que le respondieron conforme a su voluntad, y mandó hacer una horca en un cerro. Pues estando sus espías en los caminos, vienen de presto, y le dan noticia que vienen cerca de la Villa donde estaban, seis Españoles, e Indios de Cuba, y el Sandoval aguardó en su casa, que no les salió a recibir; y había mandado, que ningún soldado saliese de sus casas, ni les hablasen. Y como el Clérigo, y los demás que traía en su compañía, no topaba a ningún vecino Español con quien hablar, sino eran Indios que hacían la obra de la fortaleza; y como entraron en la Villa, fuéronse a la Iglesia a hacer oración, y luego se fueron a la casa de Sandoval, que les pareció que era la mayor de la Villa: y el Clérigo después del norabuena estéis, que así dizque dijo, y el



Sandoval le respondió, que en tal hora buena viniese; dicen, que el Clérigo Guevara (que así se llamaba) comenzó un razonamiento, diciendo, que el Señor Diego Velázquez, Gobernador de Cuba, había gastado muchos dineros en la armada, y que Cortés, y todos los demás que había traído en su compañía, le habían sido traidores, y que les venía a notificar, que luego fuesen a dar la obediencia al Señor Pámphilo de Narváez, que venía por Capitán General del Diego Velázquez. Y como el Sandoval oyó aquellas palabras y descomedimientos, que el Padre Guevara dijo, se estaba carcomiendo de pesar de lo que oía, y le dijo: Señor Padre, muy mal habíais en decir esas palabras de traidores, aquí somos mejores servidores de su Majestad, que no Diego Velázquez, ni ese vuestro Capitán: y porque sois Clérigo, no os castigo conforme a vuestra mala crianza: andad con Dios a México, que allá está Cortés, que es Capitán General, y Justicia mayor de esta Nueva España, y os responderá; aquí no tenéis más que hablar. Entonces el Clérigo muy bravo dijo a su Escribano que con él venía, que se decía Vergara, que luego sacase las provisiones que traía en el seno, y las notificase al Sandoval, y a los vecinos que con él estaban: y dijo Sandoval al Escribano, que no leyese ningunos papeles, que no sabía si eran provisiones, u otras Escrituras: y de plática en plática, ya el Escribano comenzaba a sacar del seno las escrituras que traía, y el Sandoval le dijo: Mirad, Vergara, ya os he dicho que no leáis ningunos papeles aquí, sino id a México: yo os prometo que si tal leyeres, que yo os haga dar cien azotes, porque ni sabemos si sois Escribano del Rey, o no; amostrad el título de ello, y si le traéis, leedlo: y tampoco sabemos si son originales de las provisiones, o traslados, o otros papeles. Y el Clérigo, que era muy soberbio, dijo muy enojado: ¿Qué hacéis con esos traidores? Sacad esas provisiones, y notificádselas. Y como el Sandoval oyó aquella palabra, le dijo que mentía como ruin Clérigo, y luego mandó a sus soldados, que los llevasen presos a México, y no lo hubo bien dicho, cuando en hamaquillas de redes, como ánimas pecadoras, los arrebataron muchos Indios de los que trabajaban en la fortaleza, que los llevaron a cuestras, y en cuatro días dan con ellos cerca de México, que de noche y de día con Indios de remuda caminaban: e iban espantados de que veían tantas ciudades y pueblos grandes que les traían de comer, y unos los dejaban, y otros los tomaban, y andar por su camino. Dicen que iban pensando si era encantamiento, o sueño: y el Sandoval envió con ellos por Alguacil, hasta que llegase a México, a Pedro de Solís el yerno que fue de Orduña, que ahora llaman Solís de Atrás de la puerta. Y así como los envió presos, escribió muy en posta a Cortés, quien era el Capitán de la armada, y todo lo acaecido: y como Cortés lo supo



que venían presos, y llegaban cerca de México, enviéles gran banquete, y cabalgaduras para los tres más Principales, y mandó, que luego los soltasen de la prisión, y les escribió, que le pesó de que Gonzalo de Sandoval tal desacato tuviese, y que quisiera que les hiciera mucha honra, y como llegaron a México los salió a recibir, y los metió en la ciudad muy honradamente: y como el Clérigo, y los demás sus compañeros vieron a México ser tan grandísima ciudad, y la riqueza de oro que teníamos, y otras muchas ciudades en el agua de la laguna, y todos nuestros Capitanes, y soldados, y la gran franqueza de Cortés, estaban admirados: y acabo de dos días que estuvieron con nosotros, Cortés les habló de tal manera con prometimientos y halagos, y aun les untó las manos de tejuelos, y joyas de oro, y los tornó a enviar a su Narváez con bastimento que les dio para el camino; que donde venían muy bravosos leones, volvieron muy mansos, y se le ofrecieron por servidores. Y así como llegaron a Cempoal a dar relación a su Capitán, comenzaron a convocar todo el Real de Narváez, que se pasasen con nosotros. Y dejarlo he aquí: y diré como Cortés escribió al Narváez, y lo que sobre ello pasó.



CAPÍTULO CXII.

Cómo Cortés después de bien informado de quién era Capitán, y quién, y cuántos venían en el armada, y de los pertrechos de guerra que traía, y de los tres vuestros falsos soldados, que a Narváez se pasaron, escribió al Capitán, y a otros sus amigos, especialmente a Andrés de Duero, Secretario del Diego Velázquez: y también supo, cómo Moctezuma enviaba oro, y ropa al Narváez, y las palabras que le envió a decir el Narváez al Moctezuma, y de cómo venía en aquella armada el Licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, Oidor de la Audiencia Real de Santo Domingo, y la instrucción que traían.

Como Cortés en todo tenía cuidado y advertencia, y cosa ninguna se le pasaba, que no procuraba poner remedio: y como muchas veces he dicho antes de ahora, tenía tan acertados y buenos Capitanes y soldados, que demás de ser muy esforzados, dábamos buenos consejos; acordóse por todos, que se escribiese en posta con Indios que llevasen las cartas al Narváez antes que llegase el Clérigo Guevara, con muchas caricias y ofrecimientos, que todos a una le hiciésemos, y que haríamos todo lo que su merced mandase: y que le pedíamos por merced, que no alborotase la tierra, ni los Indios viesen entre nosotros disensiones. Y esto de este ofrecimiento fue por causa, que como éramos los de Cortés pocos soldados en comparación de los que el Narváez traía, porque nos tuviese buena voluntad, y para ver lo que sucedía: y nos ofrecimos por sus servidores, y también debajo de estas buenas palabras, no dejamos de buscar amigos entre los Capitanes de Narváez, porque el Padre Guevara, y el Escribano Vergara dijeron a Cortés, que Narváez no venía bien quisto con sus Capitanes, y que les enviase algunos tejuelos, y cadenas de oro, porque dádivas quebrantan peñas: y Cortés les escribió, que se había holgado en gran manera, él y todos nosotros sus compañeros con su llegada a aquel puerto: y pues son amigos de tiempos pasados, que le pide por merced, que no dé causa a que el Moctezuma que está preso, se suelte, y la ciudad se levante, porque será para perderse él, y su gente, y todos nosotros las vidas, por los grandes poderes que tiene: y esto, que lo dice, porque el Moctezuma está muy alterado, y toda la ciudad revuelta con las palabras que de allá le han enviado a decir: y que cree y tiene por cierto, que de un tan esforzado y sabio varón, como él es, no habían de salir de su boca cosas de tal arte dichas, ni en tal tiempo, sino que el Cervantes el chocarrero, y los soldados que llevó consigo, como eran ruines, lo dirían. Y demás de otras palabras que en la carta iban, se le ofreció con su persona y hacienda, y que en todo haría lo que mandase.



Y también escribió Cortés al Secretario Andrés de Duero, y al Oidor Lucas Vázquez de Ayllón, y con las cartas envió ciertas joyas de oro para sus amigos: y después que hubo enviado esta carta secretamente, mandó dar al Oidor cadenas y tejuelos, y rogó al Padre de la Merced, que luego tras la carta fuese al Real de Narváez, y le dio otras cadenas de oro, y tejuelos, y joyas muy estimadas que diese allá a sus amigos. Y así como llegó la primera carta, que dicho hemos, que escribió Cortés con los Indios antes que llegase el Padre Guevara, que fue el que Narváez nos envió, andábala mostrando el Narváez a sus Capitanes, haciendo burla de ella, y aun de nosotros: y un Capitán de los que traía el Narváez, que venía por Veedor, que se decía Salvatierra, dicen que hacia bramuras desde que la oyó, y decía al Narváez reprendiéndole, que para qué leía la carta de un traidor, como Cortés, y los que con él estaban; y que luego fuese contra nosotros, y que no quedase ninguno a vida, y juró, que las orejas de Cortés, que las había de asar, y comer la una de ellas: y decía otras liviandades. Por manera, que no quiso responder a su carta, ni nos tenía en una castañeta. Y en este instante llegó el Clérigo Guevara, y sus compañeros a su Real, y hablan al Narváez, que Cortés era muy buen Caballero, y gran servidor del Rey, y le dice del gran poder de México, y de las muchas ciudades que vieron por donde pasaron: y que entendieron que Cortés que le será servidor, y haría cuanto mandase, y que será bien, que por paz y sin ruido, haya entre los unos y los otros concierto, y que mire el Señor Narváez a qué parte quiere ir de toda la Nueva España con la gente que trae, que allí vaya; y que deje al Cortés en otras Provincias, pues hay tierras hartas donde se pueden albergar. Y como esto oyó el Narváez, dicen que se enojó de tal manera con el Padre Guevara, y con el Amaya, que no los quería después más ver, ni escuchar: y desde que los del Real de Narváez los vieron ir tan ricos al Padre Guevara y al Escribano Vergara, y a los demás, y les decían secretamente a todos los de Narváez tanto bien de Cortés, y de todos nosotros, y que habían visto tanta multitud de oro, que en el Real andaba en el juego de los Naipes; muchos de los de Narváez deseaban estar ya en nuestro Real. Y en este instante llegó nuestro Padre de la Merced, como dicho tengo, al Real de Narváez con los tejuelos que Cortés les dio, y con cartas secretas, y fue a besar las manos al Narváez, y a decirle, como Cortés hará todo lo que mandare, y que tenga paz y amor; y como el Narváez era cabezudo, y venia muy pujante, no lo quiso oír, antes dijo delante del mismo Padre, que Cortés, y todos nosotros éramos unos traidores: y porque el Fraile respondía, que antes éramos muy leales servidores del Rey, le trató mal de palabra, y muy secretamente repartió el Fraile los tejuelos y cadenas de oro a quien Cortés le mandó,



y convocaba y atraía a sí los más Principales del Real de Narváez. Y dejarlo he aquí, y diré lo que al Oidor Lucas Velázquez de Ayllón, y al Narváez les aconteció, y lo que sobre ello pasó.



CAPÍTULO CXIII.

Cómo hubieron palabras el Capitán Pámphilo de Narváez, y el Oidor Lucas Vázquez de Ayllón, y el Narváez le mandó prender, y le envió en un navío preso a Cuba, o a Castilla, y lo que sobre ello avino.

Parece ser, que como el Oidor Lucas Vázquez de Ayllón venía a favorecer las cosas de Cortés, y de todos nosotros, porque así se lo había mandado la Real Audiencia de Santo Domingo, y los Frailes Jerónimos, que estaban por Gobernadores, como sabían los muchos, y buenos, y leales servicios, que hacíamos a Dios primeramente, y a nuestro Rey y Señor, y del gran presente que enviamos a Castilla con nuestros Procuradores. y demás de lo que la Audiencia Real le mandó, como el Oidor vio las cartas de Cortés, y con ellas tejuelos de oro, si de antes decía que aquella armada que enviaba, era injusta, y contra toda justicia, que contra tan buenos servidores del Rey, como éramos, era mal hecho venir; de allí adelante lo decía muy clara y abiertamente, y decía tanto bien de Cortés, y de todos los que con él estábamos, que ya en el Real de Narváez no se hablaba de otra cosa. Y demás de esto, como veían y conocían en el Narváez ser la pura miseria, y el oro y ropa que el Moctezuma les enviaba, todo se lo guardaba, y no daba cosa de ello a ningún Capitán, ni soldado; antes decía con voz, que hablaba muy entonado, medio de bóveda a su Mayordomo: mirad, que no falte ninguna manta, porque todas están puestas por memoria: y como aquello conocían de él, y oían lo que dicho tengo del Cortés, y los que con él estábamos, de muy francos, todo su Real estaba medio alborotado, y tuvo pensamiento el Narváez, que el Oidor entendía en ello, y poner cizaña. Y demás de esto, cuando Moctezuma les enviaba bastimento, que repartía el despensero o mayordomo de Narváez, no tenía cuenta con el Oidor, ni con sus criados, como era razón, y sobre ello hubo ciertas cosquillas y ruido en el Real: y también, porque el consejo que daban al Narváez, el Salvatierra que dicho tengo, que venía por Veedor, y Juan Bono Vizcaíno, y un Gamarra, y sobre todo los grandes favores que tenía de Castilla de Don Juan Rodríguez de Fonseca, Obispo de Burgos, tuvo tan gran atrevimiento el Narváez, que prendió al Oidor del Rey, a él y a su Escribano, y ciertos criados, y lo hizo embarcar en un navío, y los envió presos a Castilla, o a la Isla de Cuba. Y aun sobre todo esto, porque un hidalgo, que se decía Fulano de Oblanco, y era Letrado, decía al Narváez, que Cortés era muy servidor del Rey, y todos nosotros los que estábamos en su compañía, éramos dignos de muchas mercedes, y que parecía mal llamarnos traidores, y que era mucho mal prender a un



Oidor de su Majestad: y por esto que le dijo, le mandó echar preso: y como el Gonzalo de Oblanco era muy noble, de enojo murió dentro de cuatro días. También mandó echar presos a otros dos soldados de los que traía en su navío, que sabía que hablaban bien de Cortés: y entre ellos fue un Sancho de Barahona, vecino que fue de Guatimala. Tornemos a decir del Oidor, que llevaban preso a Castilla, que con palabras buenas, y con temores que puso al Capitán del navío, y al Maestre, y al Piloto, que le llevaban a cargo, les dijo, que llegados a Castilla, que en lugar de paga de lo que hacen, su Majestad les mandaría ahorcar: y como aquellas palabras oyeron, le dijeron que les pagase su trabajo, y le llevarían a Santo Domingo; y así mudaron la derrota que Narváez les había mandado que fuesen. Y llegado a la Isla de Santo Domingo, y desembarcado, como la Audiencia Real que allí residía, y los Frailes Jerónimos, que estaban por Gobernadores, oyeron al Licenciado Lucas Vázquez, y vieron tan grande desacato y atrevimiento, sintiéronlo mucho, y con tanto enojo, que luego lo escribieron a Castilla al Real Consejo de su Majestad: y como el Obispo de Burgos era Presidente, y lo mandaba todo, y su Majestad no había venido de Flandes, no hubo lugar de hacerse cosa ninguna de justicia en nuestro favor: antes el Don Juan Rodríguez de Fonseca dizque se holgó mucho, creyendo que el Narváez nos había ya prendido y desbaratado: y cuando su Majestad estaba en Flandes, y oyeron a nuestros Procuradores, y lo que el Diego Velázquez, y el Narváez habían hecho en enviar la armada sin su Real licencia, y haber prendido a su Oidor, les hizo harto daño en los pleitos y demandas que después le pusieron a Cortés, y a todos nosotros, como adelante diré, por más que decían, que tenían licencia del Obispo de Burgos, que era Presidente, para hacer el armada, que contra nosotros enviaron. Pues como ciertos soldados parientes y amigos del Oidor Lucas Vázquez vieron que el Narváez le había preso, temieron no les acaeciese lo que hizo con el Letrado Gonzalo de Oblanco, porque ya les traía sobre los ojos, y estaba mal con ellos; acordaron de irse desde los arenales huyendo a la villa donde estaba el Capitán Sandoval con los dolientes: y cuando llegaron a besarle las manos, el Sandoval les hizo mucha honra, y supo de ellos todo lo aquí por mí dicho, y cómo quería enviar el Narváez a aquella villa soldados a prenderle. Y lo que más pasó diré adelante.



CAPÍTULO CXIV.

Cómo Narváez con todo su ejército se vino a un pueblo, que se dice Cempoal, y lo que en el concierto se hizo, y lo que nosotros hicimos estando en la ciudad de México, y como acordamos de ir sobre Narváez.

Pues como Narváez hubo preso al Oidor de la Audiencia Real de Santo Domingo, luego se vino con todo su fardaje y pertrechos de guerra a asentar su Real en un pueblo que se dice Cempoal, que en aquella sazón era muy poblado: y la primera cosa que hizo, tomó por fuerza al Cacique gordo (que así le llamábamos) todas las mantas y ropa labrada, y joyas de oro: y también le tomó las Indias que nos habían dado los Caciques de aquel pueblo, que se las dejamos en casa de sus padres, y hermanos, porque eran hijas de Señores, y para ir a la guerra muy delicadas. Y el Cacique gordo dijo muchas veces al Narváez, que no le tomase cosa ninguna de las que Cortés dejó en su poder, así el oro, como mantas, y Indias, porque estaría muy enojado, y le venía a matar de México, así al Narváez, como al mismo Cacique, porque se las dejaba tomar. Y más se le quejó el mismo Cacique de los robos que le hacían sus soldados en aquel pueblo, y le dijo, que cuando estaba allí Malinche, que así llamaban a Cortés, con sus gentes, que no les tomaban cosa ninguna, y que era muy bueno él y sus soldados los Teules, porque Teules nos llamaban: y como aquellas palabras le oía el Narváez, hacia burla de él, y un Salvatierra que venía por Veedor, otras veces por mí nombrado, que era el que más bravezas y fieros hacia, dijo a Narváez y a otros Capitanes sus amigos: ¿No habéis visto qué miedo que tienen todos estos Caciques de esta monada de Cortés? Tengan atención los curiosos Lectores, cuán bueno fuera, no decir mal de lo bueno; porque juro amén, que cuando dimos sobre el Narváez, uno de los más cobardes y para menos fue el Salvatierra, como adelante diré, y no porque no tenía buen cuerpo y membrudo; mas era mal engalibado, mas no de lengua, y decían, que era natural de tierra de Burgos. Dejemos de hablar del Salvatierra, y diré, como el Narváez envió a requerir a nuestro Capitán, y a todos nosotros, con unas provisiones, que decían, que eran traslados de los originales que traía para ser Capitán por el Diego Velázquez; las cuales enviaba para que nos las notificasen Escribano, que se decía Alonso de Mata: el cual después el tiempo andando fue vecino de la Puebla, que era ballestero: y enviaba con el Mata a otras tres personas de calidad. y dejarlo he aquí, así al Narváez, como a su Escribano, y volveré a Cortés, que como cada día tenía cartas y avisos, así de los del Real de Narváez, como del



Capitán Gonzalo de Sandoval, que quedaba en la Villa Rica, y le hizo saber, que tenía consigo cinco soldados personas muy Principales, y amigos del Licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, que es el que envió preso Narváez a Castilla, o a la Isla de Cuba: y la causa que daban, porque se vinieron del Real de Narváez, fue, que, pues el Narváez no tuvo respeto a un Oidor del Rey, que menos se lo tenía a ellos, que eran sus deudos: de los cuales soldados supo el Sandoval muy por entero todo lo que pasaba en el Real de Narváez, y la voluntad que tenía, porque decía, que muy de hecho había de venir en nuestra busca a México para nos prender. Pasemos adelante, y diré, que Cortés tomó luego consejo con nuestros Capitanes, y todos nosotros, los que sabía que le habíamos de ser muy servidores, y solía llamar a consejo para en casos de calidad, como estos: y por todos fue acordado, que brevemente sin más aguardar cartas, ni otras razones, fuésemos sobre el Narváez, y que Pedro de Alvarado quedase en México en guarda del Moctezuma con todos los soldados que no tuviesen buena disposición para ir a aquella jornada: y también para que quedasen allí las personas sospechosas, que sentíamos que serían amigos del Diego Velázquez, y de Narváez: y en aquella sazón, y antes que el Narváez viniese, había enviado Cortés a Tlascala por mucho maíz, porque había mala sementera en tierra de México por falta de aguas; porque teníamos muchos Naborías, y amigos del mismo Tlascala, habíamoslo menester para ellos: y trajeron el maíz que he dicho, y muchas gallinas, y otros bastimentos, los cuales enviábamos al Pedro de Alvarado, y aun le hicimos unas defensas a manera de mamparos y fortaleza, con arte, o falconete, y cuatro tiros gruesos, y toda la pólvora que teníamos, y diez ballesteros, y catorce escopeteros, y siete caballos: puesto que sabíamos, que los caballos no se podrían aprovechar de ellos en el patio donde estaban los aposentos: y quedaron por todos los soldados, contados de acaballo, y escopeteros, y ballesteros, ochenta y tres. Y como el gran Moctezuma vio y entendió, que queríamos ir sobre el Narváez: y como Cortés le iba a ver cada día, y a tenerle palacio, jamás quiso decir, ni dar a entender, como el Moctezuma ayudaba al Narváez, y le enviaba oro, y mantas, y bastimentos. Y de una plática en otra, le preguntó el Moctezuma a Cortés, que dónde quería ir, y para qué había hecho ahora de nuevo aquellos pertrechos y fortaleza, y que como andábamos todos alborotados: y lo que Cortés le respondió, y en que se resumió la plática, diré adelante.



CAPÍTULO CXV.

Cómo el gran Moctezuma preguntó a Cortés, que cómo quería ir sobre el Narváez, siendo los que traía doblados más que nosotros, y que le pesaría mucho, si nos viniese algún mal.

Como estaba platicando Cortés con el gran Moctezuma, como lo tenían de costumbre, dijo el Moctezuma a Cortés: Señor Malinche, a todos vuestros Capitanes y compañeros os veo andar desasosegados: y también he visto que no me visitáis, sino de cuando en cuando, y Orteguilla el paje me dice, que queréis ir de guerra sobre esos vuestros hermanos que vienen en los navíos, y que queréis dejar aquí en mi guarda al Tonatio: hacedme merced, que me lo declaréis, para que si yo en algo os pudiere servir y ayudar, lo haré de muy buena voluntad. Y también, señor Malinche, no quería que os viniese algún desmán, porque vos tenéis muy pocos Teules, y esos que vienen, son cinco veces más, y ellos dicen que son Cristianos, como vosotros, y vasallos de ese vuestro Emperador, y tienen Imágenes, y ponen Cruz, y les dicen Misa, y dicen y publican, que sois gentes que vinisteis huyendo de Castilla de vuestro Rey y Señor, y que os vienen a prender, o a matar: en verdad, que yo no os entiendo. Por tanto, mirad primero lo que hacéis. Y Cortés le respondió con nuestras lenguas Doña Marina, y Gerónimo de Aguilar, con un semblante muy alegre, que si no le ha venido a dar relación de ello, es como le quiere mucho, y por no darle pesar con nuestra partida: y que por esta causa lo ha dejado, porque así tiene por cierto, que el Moctezuma le tiene buena voluntad. y que cuanto a lo que dice, que todos somos vasallos de nuestro gran Emperador, que es verdad, y de ser Cristianos, como nosotros, que si son: y a lo que dicen, que venimos huyendo de nuestro Rey y Señor, que no es así, sino que nuestro Rey nos envió para verle y hablarle, todo lo que en su Real nombre le ha dicho y platicado: y a lo que dice, que trae muchos soldados, y noventa caballos, y muchos tiros, y pólvora, y que nosotros somos pocos, y que nos vienen a matar y prender; nuestro Señor Jesucristo, en quien creemos y adoramos, y nuestra Señora Santa María su bendita Madre, nos dará fuerzas, y más que no a ellos, pues que son malos, y vienen de aquella manera. Y que como nuestro Emperador tiene muchos reinos y señoríos, hay en ellos mucha diversidad de gentes, unas muy esforzadas, y otras mucho más; y que nosotros somos de dentro de Castilla, que llaman Castilla la Vieja, y nos nombran por sobrenombre, Castellanos: y que el Capitán que está ahora en Cempoal, y la gente que trae, que es de otra provincia, que llaman Vizcaya, y



que tienen la habla muy revesada, como a manera de decir, como los Otomis tierra de México, y que él verá cual se los traeríamos presos, y que no tuviese pesar por nuestra ida, que presto volveríamos con victoria. Y lo que ahora le pide por merced, que mire que queda con él su hermano Tonatio, que así llamaban a Pedro de Alvarado, con ochenta soldados, que después que salgamos de aquella ciudad, no haya algún alboroto, ni consienta a sus Capitanes, y Papas hagan cosas que sean mal hechas, porque después que volvamos, si Dios quisiere, no tengan que pagar con las vidas los malos revolvedores; y que todo lo que hubiere menester de bastimentos, que se los diesen: y allí le abrazó Cortés dos veces al Moctezuma; y asimismo el Moctezuma a Cortés: y Doña Marina, como era muy avisada, se lo decía de arte, que ponía tristeza con nuestra partida. Allí le ofreció, que haría todo lo que Cortés le encargaba, y aun prometió, que enviaría en nuestra ayuda cinco mil hombres de guerra, y Cortés le dio gracias por ello, porque bien entendió, que no los había de enviar, y le dijo que no había menester su ayuda, sino era la de Dios nuestro Señor, que es la ayuda verdadera, y la de sus compañeros que con él íbamos: y también le encargó, que mirase, que la Imagen de nuestra Señora, y la Cruz, que siempre lo tuviesen muy enramado, y limpia la Iglesia, y quemasen candelas de cera, que tuviesen siempre encendidas de noche y de día, y que no consintiesen a los Papas que hiciesen otra cosa, porque en aquesto conocería muy mejor su buena voluntad, y amistad verdadera. Y después de tornados otra vez a abrazarse, le dijo Cortés, que le perdonase, que no podía estar más en pláticas con él, por entender en la partida; y luego habló a Pedro de Alvarado, y a todos los soldados que con él quedaban, y les encargó que guardasen al Moctezuma con mucho cuidado no se soltase, y que obedeciesen al Pedro de Alvarado, y prometióles, que mediante Dios, que a todos les había de hacer ricos; y allí quedó con ellos el Clérigo Juan Díaz, que no fue con nosotros, y otros soldados sospechosos, que aquí no declaró por sus nombres, y allí nos abrazamos los unos a los otros: y sin llevar Indias, ni servicio, sino a la ligera, tiramos por nuestras jornadas por la ciudad de Cholula, y en el camino envió Cortés a Tlascala a rogar a nuestros amigos Xicotenga, y Mase Escaci, y a todos los más Caciques, que nos enviasen de presto cuatro mil hombres de guerra, y enviaron a decir, que si fueran para pelear con Indios, como ellos, que si hicieran, y aun muchos más de los que nos demandaban, y que para contra Teules, como nosotros, y contra bombardas y caballos, que les perdonen, que no los quieren dar: y proveyeron de veinte cargas de gallinas, y luego Cortés escribió en posta a Sandoval, que se juntase con todos sus soldados muy prestamente con nosotros, que íbamos a unos pueblos



obra de doce leguas de Cempoal, que se dice Tampaniquita, y Mitalaguita, que ahora son de la Encomienda de Pedro Moreno Medrano, que vive en la Puebla: y que mirase muy bien el Sandoval, que Narváez no le prendiese, ni hubiese a las manos a él, ni a ninguno de sus soldados. Pues yendo que íbamos de la manera que he dicho con mucho concierto para pelear, si topásemos gente de guerra de Narváez, o al mismo Narváez, y nuestros corredores del campo descubriendo, y siempre una jornada adelante dos de nuestros soldados grandes peones, personas de mucha confianza, y estos no iban por camino derecho, sino por partes que no podían ir a caballo, para saber y inquirir de Indios, de la gente de Narváez. Pues yendo nuestros corredores del campo descubriendo, vieron venir a un Alonso de Mata, el que decían que era Escribano, que venía a notificar los papeles o traslados de las provisiones, según dije atrás en el capítulo que de ello habla, y a los cuatro Españoles que con él venían por testigos, y luego vinieron los dos nuestros soldados de a caballo a dar mandado, y los otros dos corredores del campo se estuvieron en palabras con el Alonso de Mata, y con los cuatro testigos: y en este instante nos dimos prisa en andar, y alargamos el paso, y cuando llegaron cerca de nosotros, hicieron gran reverencia a Cortés, y a todos nosotros, y Cortés se apeó del caballo, y supo a lo que venían. Y como el Alonso de Mata quería notificar los despachos que traía, Cortés le dijo, que si era Escribano del Rey; y dijo que sí: y mandóle que luego exhibiese el título, y que si le traía, que leyese los recados, y que haría lo que viese que era servicio de Dios, y de su Majestad; y si no le traía, que no leyese aquellos papeles: y que también había de ver los originales de su Majestad. Por manera, que el Mata medio cortado y medroso, porque no era Escribano de su Majestad, y los que con él venían, no sabían qué decirse: y Cortés les mandó dar de comer, y porque comiesen, reparamos allí, y les dijo Cortés: que íbamos a unos pueblos cerca del Real del señor Narváez, que se decían Tampanequita, y que allí podía enviar a notificar lo que su Capitán mandase: y tenía Cortés tanto sufrimiento, que nunca dijo palabra mala del Narváez: y apartadamente habló con ellos, y les untó las manos con tejuelos de oro, y luego se volvieron a su Narváez diciendo bien de Cortés, y de todos nosotros, y como muchos de nuestros soldados por gentileza en aquel instante llevábamos en las armas joyas de oro, y otros cadenas y collares al cuello; y aquellos que venían a notificar los papeles les vieron, dicen en Cempoal, maravillarse de nosotros: y muchos había en el Real de Narváez personas Principales, que querían venir a tratar paces con Cortés, y su Capitán Narváez, como a todos nos veían ir ricos. Por manera, que llegamos a Panguaniquita, y otro día llegó el Capitán



Sandoval con los soldados que tenía, que serian hasta sesenta, porque los demás viejos y dolientes, los dejó en unos pueblos de Indios nuestros amigos, que se decían Papalote, para que allí les diesen de comer: y también vinieron con él los cinco soldados, parientes y amigos del Licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, que se habían venido huyendo del Real de Narváez, y venían a besar las manos a Cortés; a los cuales con mucha alegría recibió muy bien, y allí estuvo contando el Sandoval a Cortés de lo que les acaeció con el Clérigo furioso Guevara, y con el Vergara, y con los demás: y como los mandó llevar presos a México, según y de la manera que dicho tengo en el CAPÍTULO pasado. Y también dijo, cómo desde la Villa Rica envió dos soldados, como Indios, puestos mantillas o mantas, y eran como Indios propios, al Real de Narváez: y como eran morenos, dijo Sandoval que no parecían sino propios Indios, y cada uno llevó una carguilla de ciruelas a vender, que en aquella sazón era tiempo de ellas, cuando estaba Narváez en los arenales, antes que se pasasen al pueblo de Cempoal, y que fueron al rancho del bravo Salvatierra, y que les dio por las ciruelas un sartalejo de cuentas amarillas. y cuando hubieron vendido las ciruelas, el Salvatierra les mandó, que le fuesen por yerba, creyendo que eran Indios, allí junto a un riachuelo, que está cerca de los ranchos para su caballo, y fueron y cogieron unas carguillas de ello: y esto era a hora del Ave María, cuando volvieron con la yerba, y se estuvieron en el rancho en cuclillas, como Indios, hasta que anocheció: y tenían ojo y sentido en lo que decían ciertos soldados de Narváez, que vinieron a tener palacio y compañía al Salvatierra, y después les decía el Salvatierra: oh a qué tiempo hemos venido, que tiene allegado este traidor de Cortés más de setecientos mil pesos de oro, y todos seremos ricos; pues los Capitanes, y soldados que consigo trae, no será menos, sino que tengan mucho oro: y decían por ahí otras palabras. Y desde que fue bien oscuro, vienen los dos nuestros soldados, que estaban hechos como Indios, y callando salen del rancho, y van adonde tenía el caballo, y con el freno que estaba junto con la silla, le enfrenan y ensillan, y cabalgan en él. Y viniéndose para la villa de camino, topan otro caballo manco cabe el riachuelo, y también se lo trajeron. Y preguntó Cortés al Sandoval por los mismos caballos, y dijo que los dejó en el pueblo de Papalote, donde quedaban los dolientes, porque por donde él venía con sus compañeros, no podían pasar caballos, porque era tierra muy fragosa, y de grandes sierras, y que vino por allí por no topar con gente del Narváez: y cuando Cortés supo, que era el un caballo del Salvatierra, se holgó en gran manera, y dijo: ahora braveará más cuando lo halle menos. Volvamos a decir del Salvatierra, que cuando amaneció, y no halló a los dos Indios



que le trajeron a vender las ciruelas, ni halló su caballo, ni la silla, y el freno, dijeron después muchos soldados de los del mismo Narváez, que decía cosas, que los hacía reír, porque luego conoció que eran Españoles de los de Cortés, los que les llevaron los caballos: y desde allí adelante se velaban. Volvamos a nuestra materia, y luego Cortés con todos nuestros Capitanes y soldados estuvimos platicando, cómo y de qué manera daríamos en el Real de Narváez: y lo que se concertó antes que fuésemos sobre el Narváez, diré adelante.



CAPÍTULO CXVI.

Cómo acordó Cortés con todos nuestros Capitanes, y soldados, que tornásemos a enviar al Real de Narvárez al Fraile de la Merced, que era muy sagaz, y de buenos medios, y que se hiciese muy servidor del Narvárez, y que se mostrase favorable a su parte, mas que no a la de Cortés: y que secretamente convocase al artillero, que se decía Rodrigo Martín, y a otro artillero, que se decía Usagre: y que hablase con Andrés de Duero, para que viniese a verse con Cortés, y que otra carta que escribiésemos al Narvárez, que mirase que se la diese en sus manos, y lo que en tal caso convenía, y que tuviese mucha advertencia: y para esto llevó mucha cantidad de tejuelos, y cadenas de oro para repartir.

Pues como ya estábamos en el pueblo todos juntos, acordamos que con el Padre de la Merced, se escribiese otra carta al Narvárez, que decían en ella así, o otras palabras formales, como estas que diré, después de puesto su acato con gran Cortesía. Que nos habíamos holgado de su venida, y creíamos, que con su generosa persona haríamos gran servicio a Dios nuestro Señor, y a su Majestad: y que no nos ha querido responder cosa ninguna, antes nos llama de traidores, siendo muy leales servidores del Rey, y ha revuelto toda la tierra con las palabras que envió a decir a Moctezuma: y que le envió Cortés a pedir por merced, que escogiese la provincia en cualquiera parte que él quisiese quedar con la gente que tiene, o fuese adelante, y que nosotros iríamos a otras tierras, y haríamos lo que a buenos servidores de su Majestad somos obligados: y que le hemos pedido por merced, que si trae provisiones de su Majestad, que envíe los originales para ver y entender si vienen con la Real firma, y ver lo que en ellas se contiene, para que luego que lo veamos, los pechos por tierra para obedecerla, y que no ha querido hacer lo uno, ni lo otro, sino tratarnos mal de palabra, y revolver la tierra: que le pedimos, y requerimos de parte de Dios, y del Rey nuestro Señor, que dentro en tres días envié a notificar los despachos que trae con Escribano de su Majestad, y que cumpliremos, como mandado del Rey nuestro Señor, todo lo que en las Reales provisiones mandare; que para aquel efecto nos hemos venido a aquel pueblo de Panguenezquita, por estar más cerca de su Real: y que si no trae las provisiones, y se quisiere volver a Cuba, que se vuelva, y no alborote más la tierra, con protestación, que si otra cosa hace, que iremos contra él a prenderle, y enviarlo preso a nuestro Rey y Señor, pues sin su Real licencia nos viene a dar guerra, y desasosegar todas las ciudades: y que todos los males, y muertes, y fuegos, y menoscabos que sobre esto acaecieren, que sea a su



cargo, y no al nuestro: y esto se escribe ahora por carta misiva, porque no osa ningún Escribano de su Majestad írselo a notificar, por temor no le acaezca tan gran desacato, como el que se tuvo con un Oidor de su Majestad, y que dónde se vio tal atrevimiento de le enviar preso; y que allende de lo que dicho atiene, por lo que es obligado a la honra y justicia de nuestro Rey, que le conviene castigar aquel gran desacato y delito, como Capitán General, y Justicia mayor que es de esta Nueva España, lo cita, y emplaza para ello, y se lo demandará, usando de justicia, pues es crimen *laesæ Majestatis* lo que ha tentado, y que hace a Dios testigo de lo que ahora dice: y también le enviamos a decir, que luego volviese al Cacique Gordo las mantas, y ropa, y joyas de oro que le habían tomado por fuerza, y asimismo las hijas de Señores que nos habían dado sus padres, y mandase a sus soldados que no robasen a los Indios de aquel pueblo, ni de otros. Y después de puesta su cortesía, y firmada de Cortés, y de nuestros Capitanes, y algunos soldados, iba allí mi firma: y entonces se fue con el mismo Padre fray Bartolomé de Olmedo un soldado que se decía Bartolomé de Usagre, porque era hermano del artillero Usagre, que tenía cargo del artillería de Narváez: y llegados nuestro Religioso, y el Usagre a Cempoal, adonde estaba el Narváez, diré lo que dice que pasó.



CAPÍTULO CXVII.

Cómo el Padre fray Bartolomé de Olmedo de la Orden de nuestra Señora de la Merced, fue a Cempoal, adonde estaba el Narváez, y todos sus Capitanes, y lo que pasó con ellos, y les dio la carta.

Como el Padre fray Bartolomé Olmedo de la Orden de la Merced llegó al Real de Narváez, sin más gastar yo palabras en tornarlo a recitar, hizo lo que Cortés le mandó; que fue, convocar a ciertos caballeros de los de Narváez, y al artillero Rodrigo Mino, que así se llamaba, y al Usagre, que tenía también cargo de los tiros; y para mejor atraerle, fue un su hermano del Usagre con tejuelos de oro, que dio de secreto al hermano: y asimismo el Padre fray Bartolomé de Olmedo repartió todo el oro que Cortés le mandó; y habló al Andrés de Duero, que luego se viniese a nuestro real con Cortés, y demás de esto, ya el Fraile había ido a ver, y hablar al Narváez, y hacérsele muy gran servidor: y andando en estos pasos, tuvieron gran sospecha de lo en que andaba nuestro Fraile, y aconsejaban al Narváez que luego le prendiese, y así lo querían hacer; y como lo supo Andrés de Duero, que era Secretario del Diego Velázquez, y era de Tudela de Duero, y se tenían por deudos el Narváez y él; porque el Narváez también era de tierra de Valladolid, o del mismo Valladolid, y en toda la armada era muy estimado, y preeminente; el Andrés de Duero fue al Narváez, y le dijo, que le habían dicho, que quería prender al Padre Fray Bartolomé de Olmedo, mensajero y embajador de Cortés, que mirase, que ya que hubiese sospecha que el Fraile hablaba algunas cosas en favor de Cortés, que no es bien prenderle, pues que claramente se ha visto, quanta honra, y dádivas da Cortés a todos los suyos del Narváez, que hallaban: y que Fray Bartolomé de Olmedo ha hablado con él después que allí ha venido, y lo que siente de él es, que desea que él, y otros caballeros del real de Cortés, le vengán a recibir, y que todos fuesen amigos: y que mire cuánto bien dice Cortés a los mensajeros que envía, que no le sale por la boca a él, ni a cuantos están con él, sino el señor Capitán Narváez, y que sería poquedad prender a un Religioso: y que otro hombre que vino con él, que es hermano de Usagre el artillero, que le viene a ver: que convide a Fray Bartolomé de Olmedo a comer, y le saque del pecho la voluntad que todos los de Cortés tienen. Y con aquellas palabras y otras sabrosas que le dijo, amansó al Narváez. Y luego desde que esto pasó, se despidió Andrés de Duero del Narváez, y secretamente habló al Padre lo que había pasado: y luego el Narváez envió a llamar a Fray Bartolomé de Olmedo; y como vino, le



hizo mucho acato, y medio riendo (que era el Fraile muy cuerdo, y sagaz) le suplicó que se apartase en secreto; y el Narváez se fue con él paseando a un patio, y el Fraile le dijo: bien entendido tengo, que v. merced me quería mandar prender, pues le hago saber, señor, que no tiene mejor ni mayor servidor en su Real que yo, y tengo por cierto, que muchos caballeros, y Capitanes de los de Cortés, le querían ya ver en las manos de v. merced, y así creo, que vendremos todos: y para más le atraer a que se desconcierte, le han hecho escribir una carta de desvaríos, firmada de los soldados, que me dieron que diese a v. merced, que no la he querido mostrar hasta ahora que vine a pláticas, que en un rio la quise echar, por las necesidades que en ella trae; y esto hacen todos sus Capitanes, y soldados de Cortés, por verle ya desconcertar. Y el Narváez dijo que se la diese, y el Padre Fray Bartolomé de Olmedo le dijo, que la dejó en su posada, y que iría a por ella; y así se despidió para ir por la carta: y entre tanto vino al aposento de Narváez el Bravoso Salvatierra; y de presto el Padre fray Bartolomé de Olmedo llamó a Duero, que fuese luego en casa del Narváez, para ver darle la carta, que bien sabía ya el Duero de ella, y aun otros Capitanes de Narváez, que se habían mostrado por Cortés; porque el Fraile consigo la traía, sino porque tuviesen juntos muchos de los de aquel Real, y le oyesen. Y luego como vino el Padre fray Bartolomé de Olmedo con la carta, se la dio al mismo Narváez, y dijo: No se maraville v. merced con ella, que ya Cortés anda desvariando, y sé cierto, que si v. merced le habla con amor, que luego se le dará él, y todos los que consigo trae. Dejémonos de razones de fray Bartolomé, que las tenía muy buenas, y digamos, que le dijeron a Narváez los soldados, y Capitanes, que leyese la carta, y cuando la oyeron, dice que hacían bramuras el Narváez, y el Salvatierra, y los demás se reían, como haciendo burla de ella: y entonces dijo el Andrés de Duero: ahora yo no sé como sea esto, yo no lo entiendo, porque este Religioso me ha dicho, que Cortés, y todos se le darán a v. merced, y escribir ahora estos desvaríos: y luego de buena tinta también le ayudó a la plática al Duero un Agustín Bermúdez, que era Capitán, y Alguacil mayor del Real de Narváez, y dijo: ciertamente también he sabido del Padre fray Bartolomé de Olmedo muy en secreto, que como enviase buenos terceros, que el mismo Cortés venía a verse con v. merced, para que se diese con sus soldados, y será bien que envíe a su Real, pues no está muy lejos, al Señor Veedor Salvatierra, y al Señor Andrés de Duero, y yo iré con ellos: y esto dijo adrede, por ver qué diría el Salvatierra. Y respondió el Salvatierra, que estaba mal dispuesto, y que no iría a ver un traidor; y el Padre Fray Bartolomé de Olmedo le dijo, Señor Veedor, bueno es tener templanza, pues está cierto que le tenéis preso antes de muchos días.



Pues concertada la partida del Andrés de Duero, parece ser muy en secreto trató el Narváez con el mismo Duero, y con otros tres Capitanes, que tuviesen modo con el Cortés, como se viesen en unas estancias, y casas de Indios, que estaban entre el Real de Narváez, y el nuestro, y que allí se darían conciertos donde habíamos de ir con Cortés a poblar, y partir términos, y en las vistas le prendería, y para ello tenía ya hablado el Narváez a veinte soldados de sus amigos: lo cual luego supo Fray Bartolomé del Narváez, y del Andrés de Duero, y avisaron a Cortés de todo. Dejemos al Fraile en el Real de Narváez, que ya se había hecho muy amigo, y pariente del Salvatierra, siendo el Fraile de Olmedo, y el Salvatierra de Burgos, y comía con él cada día. Y digamos de Andrés de Duero, que quedaba apercibiéndose para ir a nuestro Real, y llevar consigo a Bartolomé de Usagre nuestro soldado, porque el Narváez no alcanzase a saber de él lo que pasaba: y diré lo que en nuestro Real hicimos.



CAPÍTULO CXVIII.

Cómo en nuestro Real hicimos alarde de los soldados que éramos, y como trajeron doscientas y cincuenta picas muy largas, con unos hierros de cobre cada una, que Cortés había mandado hacer en unos pueblos que se dicen los Chichinatecas, y nos imponíamos como habíamos de jugar de ellas, para derrocar la gente de a caballo que tenía Narváez, y otras cosas que en el Real pasaron.

Volvamos a decir algo atrás de lo dicho, y lo que más pasó. Así como Cortés tuvo noticia del armada que traía Narváez, luego despachó un soldado que había estado en Italia, bien diestro de todas armas, y más de jugar una pica, y le envió a una Provincia, que se dice los Chichinatecas, junto donde estaban nuestros soldados los que fueron a buscar minas, porque aquellos de aquella Provincia eran muy enemigos de los Mexicanos, y pocos días había que tomaron nuestra amistad, y usaban por armas muy grandes lanzas mayores que las nuestras de Castilla con dos brazas de pedernal, y navajas; y envióles a rogar, que luego le trajesen a do quiera que estuviesen trescientas de ellas, y que les quitasen las navajas, y que pues tenían mucho cobre, que les hiciesen a cada una dos hierros, y llevó el soldado la manera como habían de ser los hierros: y como llegó, de presto buscaron las lanzas, y hicieron los hierros, porque en toda la Provincia a aquella sazón había cuatro o cinco pueblos, sin muchas estancias, y las recogieron, y hicieron los hierros muy más perfectamente que se los enviamos a mandar: y también mandó a nuestro soldado, que se decía Tovilla, que les demandase dos mil hombres de guerra, y que para el día de Pascua del Espíritu Santo viniese con ellos al pueblo de Panguenequita, que así se decía, o que preguntase en qué parte estábamos, y que todos dos mil hombres trajesen lanzas: por manera que el soldado se los demandó, y los Caciques dijeron, que ellos venían con la gente de guerra, y el soldado se vino luego con obra de doscientos Indios, que trajeron las lanzas, y con los demás Indios de guerra quedó para venir con ellos otro soldado de los nuestros, que se decía Barrientos, y este Barrientos estaba en la estancia y minas que descubrían, ya otra vez por mí nombradas, y allí se concertó, que había de venir de la manera que está dicho a nuestro Real, porque sería de andadura diez o doce leguas de lo uno a lo otro. Pues venido el nuestro soldado Tovilla con las lanzas, eran muy extremadas de buenas; y allí se daba orden, y nos imponía el soldado, y nos mostraba a jugar con ellas, y cómo nos habíamos de haber con los de a caballo; y ya teníamos hecho nuestro alarde, y copia y memoria de todos los



soldados, y Capitanes de nuestro ejército, y hallamos doscientos y sesenta y seis, contados a tambor, y pífano, sin el Fraile, y con cinco de a caballo, y dos artilleros, y pocos ballesteros, y menos escopeteros: y a lo que tuvimos ojo para pelear con Narváez, eran las picas, y fueron muy buenas, como adelante verán: y Dejemos de platicar más en el alarde y lanzas, y diré como llegó Andrés de Duero, que envió Narváez a nuestro Real, y trajo consigo a nuestro soldado Usagre, y dos Indios Naborías de Cuba, y lo que dijeron y concertaron Cortés, y Duero, según después alcanzamos a saber.



CAPÍTULO CXIX.

Cómo vino Andrés de Duero a nuestro Real y el soldado Usagre, y dos Indios de Cuba, Naborías del Duero, y quien era el Duero, y a lo que venía, y lo que tuvimos por cierto, y lo que se concertó.

Y es de esta manera, que tengo de volver muy atrás a recitar lo pasado. Ya he dicho en los capítulos más adelante de estos, que cuando estibamos en Santiago de Cuba, que se concertó Cortés con Andrés de Duero, y con un Contador del Rey, que se decía Amador de Lares, que eran grandes amigos del Diego Velázquez, y el Duero era su Secretario, que tratase con el Diego Velázquez, que le hiciesen a Cortés Capitán General para venir en aquella armada, y que partiría con ellos todo el oro y pl.ita, y joyas que le cupiese de su parte de Cortés: y como el Andrés de Duero vio en aquel instante a Cortés su compañero tan rico y poderoso, y socolor que venía a poner paces, y a favorecer a Narváez, y en lo que entendió era demandar la parte de la compañía, porque ya el otro su compañero Amador de Lares era fallecido: y como Cortés era sagaz, y manso, no solamente le prometió de darle gran tesoro, sino que también le daría mando en toda la armada, ni más ni menos que su propia persona, y que después de conquistada la Nueva España, le daría otros tantos pueblos como a él, con tal que tuviese concierto con Agustín Bermúdez, que era Alguacil mayor del Real de Narváez, y con otros caballeros, que aquí no nombro, que estaban convocados, para que en todo caso fuesen en desviar al Narváez, para que no saliese con la vida, y con honra, y le desbaratase: y como a Narváez tuviese muerto, o preso, y deshecha su armada, que ellos quedarían por señores, y partirían el oro, y pueblos de la Nueva España: y para más atraerle, y convocar a lo que dicho tengo, le cargó de oro sus dos Indios de Cuba, y según pareció, el Duero se lo prometió, y aun ya se lo tenía prometido el Agustín Bermúdez por firmas y cartas: y también envió Cortés al Bermúdez, y a un Clérigo, que se decía Juan de León, y el Clérigo Guevara, que fue el que primero envió Narváez, y otros sus amigos, muchos tejuelos, y joyas de oro, y les escribió lo que le pareció que convenía, para que en todo le ayudasen: y estuvo el Andrés de Duero en nuestro Real el día que llegó, hasta otro día después de comer, que era día de Pascua de Espíritu Santo, y comió con Cortés, y estuvo hablando con él en secreto buen rato; y cuando hubieron comido, se despidió el Duero de todos nosotros, así Capitanes, como soldados, y luego fue a caballo otra vez adonde Cortés estaba, y dijo: ¿Qué manda v. md. que me quiero ir? Y respondióle, que vaya con Dios, y



mire, Señor Andrés de Duero, que haya buen concierto de lo que tenemos platicado, sino en mi conciencia (que así juraba Cortés) que antes de tres días con todos mis compañeros seré allá en vuestro Real, y al primero que le eche lanza será a v. md., si otra cosa siento al contrario de lo que tenemos hablado: y el Duero se rió, y dijo: No faltaré en cosa que sea contrario de servir a v. md. y luego se fue: y llegado a su Real, dizque dijo al Narváez, que Cortés, y todos los que estábamos con él, sentía estar de buena voluntad para pasarnos con el mismo Narváez. Dejemos de hablar de esto del Duero, y diré como Cortés luego mandó llamar a un nuestro Capitán, que se dice Juan Velázquez de León, persona de mucha cuenta, y amigo de Cortés, y era pariente muy cercano del Gobernador de Cuba Diego Velázquez, y a lo que siempre tuvimos creído, también le tenía Cortés convocado, y atraído a sí con grandes dádivas y ofrecimientos, que le daría mando en la Nueva España, y le haría su igual, porque el Juan Velázquez siempre se mostró muy gran servidor, y verdadero amigo, como adelante verán. Y cuando hubo venido delante de Cortés, y hecho su acato, le dijo: ¿Qué manda v. md.? Y Cortés como hablaba algunas veces muy meloso, y con la risa en la boca, le dijo medio riendo: A lo que, Señor Juan Velázquez, le hice llamar, es, que me dijo Andrés de Duero, que dice Narváez, y en todo su Real hay fama, que si v. md. va allá, que luego yo soy deshecho y desbaratado, porque creen que se ha de hacer con Narváez: y a esta causa he acordado, que por mi vida (si bien me quiere) que luego se vaya en su buena yegua rucia, y que lleve todo su oro, y la fanfarrona (que era muy pesada cadena de oro) y otras cositas que yo le daré, que dé allá por mí a quien yo le dijere, y su fanfarrona de oro que pesa mucho, llevará al hombro, y otra cadena que pesa más que ella llevará con dos vueltas, y allá verá qué le quiere Narváez; y viniendo que se venga, luego irán allá el Señor Diego de Ordás, que le desean ver en su Real como Mayordomo que era del Diego Velázquez. Y el Juan Velázquez respondió, que él haría lo que su merced mandaba, mas que su oro, ni cadenas, que no las llevaría consigo, salvo lo que le diese para dar a quien mandase, porque donde su persona estuviere, es para le siempre servir, más que cuanto oro, ni piedras de diamantes puede haber. Así lo tengo yo creído, dijo Cortés, y con esta confianza, Señor, le envió; mas si no lleva todo su oro, y joyas como le mando, no quiero que vaya allá. Y el Juan Velázquez respondió: hágase lo que v. md. mandare, y no quiso llevar sus joyas: y Cortés allí le habló secretamente, y luego se partió, y llevó en su compañía a un mozo de espuelas de Cortés, para que le sirviese, que se decía Juan del Rio. Y dejemos de esta partida de Juan Velázquez, que dijeron que lo envió Cortés por descuidar a Narváez, y volvamos a decir lo



que en nuestro Real pasó: que donde a dos horas que se partió el Juan Velázquez, mandó Cortés tocar el tambor a Canillas, que así se llamaba nuestro tambor, y a Benito de Veguer nuestro pífano, que tocase su tamborino, y mandó a Gonzalo de Sandoval, que era Capitán, y Alguacil mayor, que llamase a todos los soldados, y comenzásemos a marchar luego a paso largo camino de Cempoal, y yendo por nuestro camino, se mataron dos puercos de la tierra, que tienen el ombligo en el espinazo, y dijimos muchos soldados, que era señal de vitoria; y dormimos en un repecho cerca de un riachuelo, y sendas piedras por almohadas, como lo teníamos de costumbre, y nuestros corredores del campo adelante, y espías y rondas: y cuando amaneció, caminamos por nuestro camino derecho, y fuimos a hora de Mediodía a un rio adonde está ahora poblada la Villa Rica de la Vera Cruz, donde desembarcan las barcas con mercaderías que vienen de Castilla, porque en aquel tiempo estaban pobladas junto al rio unas casas de Indios, y arboledas: y como en aquella tierra hace grandísimo sol, reposamos allí como dicho tengo, porque traíamos nuestras armas y picas. Y dejemos ahora de más caminar, y digamos lo que al Juan Velázquez de Leon le avino con Narváez, y con un su Capitán, que también se decía Diego Velázquez sobrino del Velázquez Gobernador de Cuba.



CAPÍTULO CXX.

Cómo llegó Juan Velázquez de León, y el mozo de espuelas, que se decía Juan del Rio, al Real de Narváez, y lo que en él pasó.

Ya he dicho como envió Cortés al Juan Velázquez de León, y al mozo de espuelas, para que le acompañase a Cempoal, y a ver lo que Narváez quería, que tanto deseo tenía de tenerlo en su compañía: por manera que así como partieron de nuestro Real, se dio tanta prisa en el camino, y fue amanecer a Cempoal, y se fue a apearse el Juan Velázquez en casa del Cacique Gordo, porque el Juan del Rio no tenía caballo, y desde allí se van a pie a la posada de Narváez. Pues como los Indios de Cempoal le conocieron, holgaron de verle y hablar; y decían a voces a unos soldados de Narváez, que allí posaban en casa del Cacique Gordo, que aquel era Juan Velázquez de León Capitán de Malinche: y así como lo oyeron los soldados, fueron corriendo a demandar albricias a Narváez, como había venido Juan Velázquez de León: y antes que el Juan Velázquez llegase a la posada del Narváez, que ya le iba a hablarle, como de repente supo el Narváez su venida, le salió a recibir a la calle, acompañado de ciertos soldados, donde se encontraron el Juan Velázquez, y el Narváez, y se hicieron muy grandes acatos, y el Narváez abrazó al Juan Velázquez, y le mandó sentar en una silla (que luego trajeron sillas cerca de sí) y le dijo, que por qué no se fue a apearse a su posada, y mandó a sus criados, que le fuesen luego por el caballo, y fardaje, si le llevaba, porque en su casa, y caballeriza y posada estaría: y Juan Velázquez dijo, que luego se quería volver, que no venía sino a besarle las manos, y a todos los caballeros de su Real, y para ver si podía dar concierto, que su merced y Cortés tuviesen paz y amistad. Entonces dicen, que el Narváez apartó al Juan Velázquez, y le comenzó a decir airado: ¿cómo que tales palabras le había de decir de tener amistad ni paz con un traidor que se alzó a su primo Diego Velázquez con la armada? Y el Juan Velázquez respondió, que Cortés no era traidor, sino buen servidor de su Majestad, y que ocurrir a nuestro Rey y Señor, como envió, y ocurrió, no se le ha de atribuir a traición; y que le suplica, que delante de él no se diga tal palabra. Y entonces el Narváez le comenzó a hacer grandes prometimientos, que se quedase con él: y que concierto con los de Cortés que se le den, y vengan luego a meterse en su obediencia, prometiéndole con juramento, que sería en todo su Real el más preeminente Capitán, y en el mando segunda persona: y el Juan Velázquez respondió, que mayor traición haría él en dejar al Capitán que tiene jurado en la guerra, y desampararlo, conociendo que todo lo que ha



hecho en la Nueva España, es en servicio de Dios nuestro Señor, y de su Majestad; que no dejará de acudir Cortés, como acudía a nuestro Rey y Señor: y que le suplica, que no hable más en ello. En aquella sazón habían venido a ver al Juan Velázquez todos los más Principales Capitanes del Real de Narváez, y le abrazaban con gran Cortesía, porque el Juan Velázquez era muy de Palacio, y de buen cuerpo, membrudo, y de buena presencia y rostro, y la barba bien puesta: y llevaba una cadena muy grande de oro echada al hombro, que le daba vueltas debajo el brazo, y parecíale muy bien, como bravoso y buen Capitán. Dejemos de este buen parecer de Juan Velázquez, y como le estaban mirando todos los Capitanes de Narváez, y aun nuestro Padre Fray Bartolomé de Olmedo también le vino a ver, y en secreto hablar, y asimismo el Andrés de Duero, y el Alguacil mayor Bermúdez: y pareció ser, que en aquel instante ciertos Capitanes de Narváez, que se decían Gómara, y un Juan Yuste, y un Juan Bono de Quejo, Vizcaíno, y Salvatierra el bravoso, aconsejaron al Narváez, que luego prendiese al Juan Velázquez, porque les pareció que hablaba muy sueltamente en favor de Cortés: y ya que había mandado el Narváez secretamente a sus Capitanes, y Alguaciles, que le echasen preso, súpolo Agustín Bermúdez, y el Andrés de Duero, y el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y un Clérigo, que se decía Juan de León, y otras personas que se habían dado por amigos de Cortés: y dicen al Narváez, que se maravillan de su merced, querer mandar prender al Juan Velázquez de León: ¿que qué puede hacer Cortés contra él, aunque tenga en su compañía otros cien Juan Velázquez? Y que mire la honra y acatos que hace Cortés a todos los que en su Real han ido, que les sale a recibir, y a todos los da oro, y joyas, y vienen cargados como abejas a las colmenas, y de otras cosas de mantas, y mosqueadores; y que a Andrés de Duero, y al Clérigo Guevara, y Amaya, y a Vergara el Escribano, y a Alonso de Mata, y otros que han ido a su Real, bien los pudiera prender, y no lo hizo, antes, como dicho tienen, les hace mucha honra, y que será mejor que le torne a hablar al Juan Velázquez con mucha cortesía, y le convide a comer para otro día: por manera que al Narváez le pareció buen consejo, y luego le tornó a hablar con palabras muy amorosas, para que fuese tercero en que Cortés se le diese con todos nosotros, y le convidó para otro día a comer; y el Juan Velázquez respondió, que él haría lo que pudiese en aquel caso, más que tenía a Cortés por muy porfiado, y cabezudo en aquel negocio; y que sería mejor que partiesen las Provincias, y que escogiese la tierra que más su merced quisiese: y esto decía el Juan Velázquez por le amansar: y entre aquellas pláticas, llegóse al oído de Narváez el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y le dijo, como su privado y consejero, que ya



le había hecho: Mande v. md. hacer alarde de toda tu artillería, y caballos, y escopeteros, y ballesteros, y soldados, para que lo vea el Juan Velázquez de León, y el mozo de espuelas Juan del Rio, para que Cortés tema vuestro poder y gente, y se venga a v. md. aunque le pese: y esto le dijo el Fray Bartolomé de Olmedo como por vía de su muy gran servidor, y amigo, y por hacerle que trabajasen todos los de a caballo, y soldados en su Real. Por manera que por el dicho de nuestro Fraile, hizo hacer alarde delante el Juan Velázquez de León, y el Juan del Rio, estando presente nuestro Religioso: y cuando fue acabado de hacer, dijo el Juan Velázquez a Narváez: Gran pujanza trae v. md. Dios se lo acreciente. Entonces dijo el Narváez: Ahí verá v. md., que si quisiera haber ido contra Cortés, lo hubiera traído preso, y a cuantos estáis con él. Entonces respondió el Juan Velázquez, y dijo: Téngale v. md. por tal, y a los soldados que con él estamos, que sabremos muy bien defender nuestras personas, y así cesaron las pláticas: y otro día llevóle convidado a comer al Juan Velázquez, como dicho tengo, y comía con el Narváez un sobrino del Diego Velázquez, Gobernador de Cuba, que también era su Capitán, y estando comiendo, tratóse plática de como Cortés no se daba al Narváez, y de la carta, y requerimientos que le enviamos; y de unas palabras a otras, desmandóse el sobrino de Diego Velázquez, que también se decía Diego Velázquez como el tío, y dijo: que Cortés, y todos los que con él estábamos, éramos traidores, pues no se venían a someter al Narváez: y el Juan Velázquez cuando lo oyó, se levantó en pie de la silla en que estaba, y con mucho acato dijo: Señor Capitán Narváez, ya he suplicado a v. md., que no se consienta que se digan palabras tales como estas que dicen de Cortés, ni de ninguno de los que con él estamos; porque verdaderamente son mal dichas, decir mal de nosotros, que tan lealmente hemos servido a su Majestad: y el Diego Velázquez respondió: que eran bien dichas, y pues volvía por un traidor, que traidor debía de ser, y otro tal como él, y que no era de los Velázquez buenos: y el Juan Velázquez, echando mano a su espada dijo, que mentía, que era mejor caballero que no él, y de los buenos Velázquez, mejores que no él, ni su tío: y que se lo haría conocer, si el Señor Capitán Narváez les daba licencia: y como había allí muchos Capitanes, así de los del Narváez, y algunos de los de Cortés, se metieron en medio, que de hecho le iba a dar el Juan Velázquez una estocada; y aconsejaron al Narváez, que luego le mandase salir de su Real, así a él, como al Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y a Juan del Rio, porque a lo que sentían, no hacían provecho ninguno: y luego sin más dilación les mandaron, que se fuesen; y ellos que no veían la hora de verse en nuestro Real, lo pusieron por obra. y dicen, que el Juan Velázquez, yendo a caballo en su buena yegua, y



cota puesta, que siempre andaba con ella, y con su capacete, y gran cadena de oro, se fue a despedir del Narváez, y estaba allí con el Narváez el mancebo Diego Velázquez el de la brega, y dijo al Narváez: ¿Qué manda v. md. para nuestro Real? Y respondió el Narváez muy enojado, que se fuese, y que valiera más que no hubiera venido: y dijo el mancebo Diego Velázquez palabras de amenaza, y injuriosas a Juan Velázquez y le respondió a ellas el Juan Velázquez de León, que es grande su atrevimiento, y digno de castigo por aquellas palabras que le dijo, y echándose mano a la barba, le dijo: Para estas, que yo vea antes de muchos días, si vuestro esfuerzo es tanto como vuestro hablar: y como venían con el Juan Velázquez seis o siete de los del Real de Narváez, que ya estaban convocados por Cortés, que le iban a despedir, dicen, que trabaron de él como enojados; y le dijeron: Váyase ya, y no cure de más hablar; y así se despidieron: y a buen andar de sus caballos se van para nuestro Real, porque luego les avisaron a Juan Velázquez, que el Narváez los quería prender, y apercibía muchos de a caballo que fuesen tras ellos, y viniendo su camino, nos encontramos al río que dicho tengo, que está ahora cabe la Vera Cruz: y estando que estábamos en el río por mí ya nombrado, teniendo la siesta, porque en aquella tierra hace mucha calor y muy recia, porque como caminábamos con todas nuestras armas a cuestas, y cada uno con una pica, estábamos cansados: y en este instante vino uno de nuestros corredores del campo, a dar mandado a Cortés, que veían venir buen rato de allí dos o tres personas de a caballo, y luego presumimos, que serian nuestros Embajadores, Juan Velázquez de León, y Fr. Bartolomé de Olmedo, y Juan del Río: y como llegaron a donde estábamos, qué regocijos y alegrías tuvimos todos, y Cortés cuantas caricias, y buenos comedimientos hizo al Juan Velázquez, y a Fr. Bartolomé de Olmedo; y tenía mucha razón, porque le fueron muy servidores: y allí contó el Juan Velázquez paso por paso todo lo atrás por mí dicho, que le acaeció con Narváez, y cómo envió secretamente a dar las cadenas, y tejuelos de oro a las personas que Cortés mandó. Pues oír de nuestro Fraile, como era muy regocijado, sabía lo muy bien representar; como se hizo muy servidor del Narváez, y que por hacer burla de él, le aconsejó, que hiciese el alarde, y sacase su artillería, y con qué astucia y mañas le dio la carta: pues cuando contaba lo que le acaeció con el Salvatierra, y se le hizo muy pariente, siendo el Fraile de Olmedo, y el Salvatierra adelante de Burgos, y de los fieros que le decía el Salvatierra, que había de hacer y acontecer en prendiendo a Cortés, y a todos nosotros, y aun se le quejó de los soldados que le hurtaron su caballo, y el de otro Capitán, y todos nosotros nos holgamos de oírlo, como si fuéramos a bodas y regocijo, y sabíamos, que



otro día habíamos de estar en batalla, y que habíamos de vencer, o morir en ella, siendo como hermanos, doscientos y sesenta y seis soldados, y los de Narváez cinco veces más que nosotros. Volvamos a nuestra relación: y es que luego caminamos todos para Cempoal, y fuimos a dormir a un riachuelo, adonde estaba en aquella sazón un puente obra de una legua de Cempoal, adonde está ahora una estancia de vacas. Y dejarlo he aquí, y diré lo que se hizo en el Real de Narváez después que vinieron el Juan Velázquez, y el Fraile, y Juan del Rio, y luego volveré a contar lo que hicimos en nuestro Real, porque en un instante acontecen dos o tres cosas, y por fuerza he de dejar las unas, por contar lo que más viene a propósito de esta relación.



CAPÍTULO CXXI.

De lo que se hizo en el Real de Narváez después que de allí salieron nuestros Embajadores.

Pareció ser, que como se vinieron el Juan Velázquez, y el Fraile, y Juan del Rio, dijeron al Narváez sus Capitanes, que en su Real sentían que Cortés había enviado muchas joyas de oro, y que tenía de su parte amigos en el mismo Real, y que sería bien estar muy apercebido, y avisar a todos sus soldados, que estuviesen con sus armas, y caballos prestos: y demás de esto el Cacique Gordo, otras veces por mí nombrado, temía mucho a Cortés, porque había consentido que Narváez tomase las mantas, y oro, e Indias que le tomó; y siempre espiaba sobre nosotros, en qué parte dormíamos, por qué camino veníamos, porque así se lo había mandado por fuerza el Narváez: y como supo que ya llegábamos cerca de Cempoal, lo dijo al Narváez el Cacique Gordo: ¿qué hacéis, que estáis muy descuidados? ¿Pensáis que Malinche, y los Teules que trae consigo, que son así como vosotros? Pues yo os digo, que cuando no os catareis, será aquí, y os matará: y aunque hacían burla de aquellas palabras que el Cacique Gordo les dijo, no dejaron de apercebirse: y la primer cosa que hicieron, fue, pregonar guerra contra nosotros a fuego, y sangre, y a toda ropa franca: lo cual supimos de un soldado, que llamaban el Galleguillo, que se vino huyendo aquella noche del Real de Narváez, o le envió el Andrés de Duero, y dio aviso a Cortés de lo del pregón, y de otras cosas que convino saber. Volvamos a Narváez, que luego mandó sacar toda su artillería, y los de a caballo, escopeteros, y ballesteros, y soldados a un campo obra de un cuarto de legua de Cempoal, para allí nos aguardar, y no dejar ninguno de nosotros que no fuese muerto o preso: y como llovió mucho aquel día, estaban ya los de Narváez hartos de estar aguardándonos al agua, y como no estaban acostumbrados a aguas, ni trabajos, y no nos tenían en nada sus Capitanes, le aconsejaron, que se volviesen a los aposentos, y que era afrenta estar allí como estaban aguardando a dos, tres, y as, que decían que éramos, y que asestase su artillería delante de sus aposentos, que era diez y ocho tiros gruesos: y que estuviesen toda la noche cuarenta de a caballo esperando en el camino por do habíamos de venir a Cempoal, y que tuviese al paso del rio, que era por donde habíamos de pasar, sus espías, que fuesen buenos hombres de a caballo, y peones ligeros para dar mandado, y que en los patios de los aposentos de Narváez anduviesen toda la noche veinte de a caballo: y este concierto que le dieron, fue por hacerle volver a los aposentos: y más le decían sus



Capitanes: pues cómo, señor, por tal tiene a Cortés, que se ha de atrever con unos gatos que tiene a venir a este Real, por el dicho de este Indio Gordo; no lo crea v. md. sino que echa aquellas algaradas, y muestras de venir, porque v. md. venga a buen concierto con él. Por manera que así como dicho tengo, se volvió Narváez a su Real, y después de vuelto, públicamente prometió, que quien matase a Cortés, o a Gonzalo de Sandoval, que daría dos mil pesos: y luego puso espías al rio a un Gonzalo Carrasco, que vive ahora, en la Puebla, y al otro que se decía fulano Hurtado: el nombre y apellido, y señal secreta que dio cuando batallasen contra nosotros en su Real había de ser, Santa María, Santa María: y demás de este concierto que tenían hecho, mandó Narváez que en su aposento durmiesen muchos soldados, así escopeteros, como ballesteros, y otros con partesanas, y otros tantos mandó que estuviesen en el aposento del Veedor Salvatierra, y Gamarra, y de Juan Bono. Ya he dicho el concierto que tenía Narváez en su Real, y volveré a decir la orden que se dio en el nuestro.



CAPÍTULO CXXII.

Del concierto y orden que se dio en nuestro Real para ir contra Narváez, y el razonamiento que Cortés nos hizo, y lo que respondimos.

Llegados que fuimos al riachuelo que ya he dicho, que estará obra de una legua de Cempoal, y había allí unos buenos prados, después de haber enviado nuestros corredores del campo, personas de confianza, nuestro Capitán Cortés a caballo nos envió a llamar, así a Capitanes, como a todos los soldados; y de que nos vio juntos dijo, que nos pedía por merced, que callásemos, y luego comenzó un parlamento por tan lindo estilo, y plática, también dichas cierto otras palabras más sabrosas, y llenas de ofertas, que yo aquí no sabré escribir, en que nos trajo a la memoria desde que salimos de la Isla de Cuba, con todo lo acaecido por nosotros hasta aquella sazón, y nos dijo; bien saben vs. mercedes, que Diego Velázquez, Gobernador de Cuba, me eligió por Capitán General, no porque entre vs. mercedes no había muchos caballeros que eran merecedores de ello: y saben que creíste que veníamos a poblar, y así se publicaba y pregonó; y según han visto, enviaba a rescatar: y saben lo que pasamos sobre que me quería volver a la Isla de Cuba, a dar cuenta a Diego Velázquez del cargo que me dio conforme a su instrucción: vs. mercedes me mandasteis, y requeristeis, que poblásemos esta tierra en nombre de su Majestad, como gracias a nuestro Señor la tenemos poblada: y fue cosa cuerda, y demás de esto me hicisteis vuestro Capitán General, y Justicia mayor de ella, hasta que su Majestad otra cosa sea servido mandar: y como ya he dicho, entre algunos de vs. mercedes hubo algunas pláticas de tornar a Cuba, que no lo quiero más declarar, pues a manera de decir, ayer pasó, fue muy santa y buena nuestra quedada, y hemos hecho a Dios, y a su Majestad gran servicio, que esto claro está: ya saben lo que prometimos en nuestras cartas a su Majestad después de haberle dado cuenta y relación de todos nuestros hechos, que punto no quedó, y que aquesta tierra es de la manera que hemos visto, y conocido de ella, que es cuatro veces mayor que Castilla, y de grandes pueblos, y muy rica de oro, y minas, y tiene cerca otras provincias: y como enviamos a suplicar a su Majestad, que no la diese en gobernación, ni de otra cualquiera manera a persona ninguna, y porque creíamos, y teníamos por cierto, que el Obispo de Burgos Don Juan Rodríguez de Fonseca, que era en aquella sazón Presidente de Indias, y tenía mucho mando, que la demandarla a su Majestad para el Diego Velázquez, o algún pariente o amigo del Obispo; porque esta tierra es tal, y tan buena para dirá un Infante, o



gran Señor, que teníamos determinado, de no darle a persona ninguna, hasta que su Majestad oyese a nuestros Procuradores, y nosotros viésemos su Real firma; y vista, que con lo que fuere servido mandar, los pechos por tierra: y con las cartas ya sabían que enviábamos y servimos a su Majestad con todo el oro, y plata, joyas, y todo cuanto teníamos habido: y más dijo: bien se les acordará, señores, cuántas veces hemos llegado a punto de muerte en las guerras, y batallas que hemos habido; pues no hay que traerlas a la memoria, que acostumbrados estamos de trabajos, y aguas, y vientos, y algunas veces hambres, y siempre traer las armas a cuestras, y dormir por los suelos, así nevando, como lloviendo; que si miramos en ello, los cueros tenemos ya curtidos de los trabajos. No quiero decir de más de cincuenta de nuestros compañeros que nos han muerto en las guerras, ni de todos vs. mercedes como estáis entrapados, y mancos de heridas, que aún están por sanar: pues que, les quería traer a la memoria los trabajos que trajimos por la mar, y las batallas de Tabasco, y los que se hallaron en lo de Almería, y lo de Cingapacinga, y cuántas veces por las sierras, y caminos, nos procuraban quitar las vidas. Pues en las batallas de Tlascala, en qué punto nos pusieron, y cuáles nos traían: pues la de Cholula, ya tenían puestas las ollas para comer nuestros cuerpos: pues a la subida de los puertos no se les habrá olvidado los poderes que tenía Moctezuma, para no dejar ninguno de nosotros, y bien vieron los caminos todos llenos de pinos, y árboles cortados: pues los peligros de la entrada y estada en la gran ciudad de México: ¡cuántas veces teníamos la muerte al ojo! ¿Quién lo podrá ponderar? Pues vean los que han venido de vs. mercedes dos veces primero que no yo, la una con Francisco Hernández de Córdoba, y la otra con Juan de Grijalva, los trabajos, hambres, y sedes, heridas y muertes de muchos soldados, que en descubrir aquestas tierras pasasteis, y todo lo que en aquellos dos viajes habéis gastado de vuestras haciendas: y dijo, que no quería contar otras muchas cosas que tenía por decir por menudo, y no habría tiempo para a caballo de platicar, porque era tarde, y venia la noche, y más dijo: digamos ahora Señores; Pámphilo de Narváez viene contra nosotros con mucha rabia, y deseo de habernos a las manos, y no habían desembarcado, y nos llamaban de traidores, y malos: y envió a decir al gran Moctezuma, no palabras de sabio Capitán, sino de alborotador: y demás de esto tuvo atrevimiento de prender a un Oidor de su Majestad, que por solo este delito, es digno de ser castigado. Ya habrán oído, cómo han pregonado en su Real guerra contra nosotros a ropa franca, como si fuéramos Moros. Y luego después de haber dicho esto Cortés, comenzó a sublimar nuestras personas, y esfuerzos en las guerras y batallas pasadas, y que entonces



peleábamos por salvar nuestras vidas, y que ahora hemos de pelear con todo vigor por vida, y honra; pues nos vienen a prender, y echar de nuestras casas, y robar nuestras haciendas: y demás de esto, que no sabemos si trae provisiones de nuestro Rey y Señor, salvo favores del Obispo de Burgos nuestro contrario: y si por ventura caemos debajo de sus manos de Narváez (lo cual Dios no permita) todos nuestros servicios que hemos hecho a Dios primeramente, y a su Majestad, tornarán en deservicios: y harán procesos contra nosotros, y dirán que hemos muerto, y robado, y destruido la tierra, donde ellos son los robadores, y alborotadores, y deservidores de nuestro Rey y Señor; dirán que le han servido: y pues vemos por los ojos, todo lo que he dicho, y como buenos caballeros somos obligados a volver por la honra de su Majestad, y por las nuestras, y por nuestras casas, y haciendas, y con esta intención salí de México, teniendo confianza en Dios, y de nosotros, que todo lo ponía en las manos de Dios primeramente, y después en las nuestras, que veamos lo que nos parece. Entonces respondimos, y también juntamente con nosotros Juan Velázquez de León, y Francisco de Lugo, y otros Capitanes, que tuviese por cierto, que mediante Dios habíamos de vencer o morir sobre ello, y que mirase no le convenciesen con partidos; porque si alguna cosa hacia fea, le daríamos de estocadas. Entonces como vio nuestras voluntades, se holgó mucho, y dijo, que con aquella confianza venia: y allí hizo muchas ofertas, y prometimientos, que seríamos todos muy ricos, y valerosos. Hecho esto, tornó a decir, que nos pedía por merced que callásemos, y que en las guerras y batallas es menester más prudencia, y saber, para bien vencer los contrarios, que no demasiada osadía: y que porque tenía conocido de nuestros grandes esfuerzos, que por ganar honra cada uno de nosotros se quería adelantar de los primeros a encontrar con los enemigos, que fuésemos puestos en ordenanza, y Capitanías: y para que la primera cosa que hiciésemos, fuese tomarles el artillería, que eran diez y ocho tiros que tenían asestados delante de sus aposentos de Narváez, mandó que fuese por Capitán suyo de Cortés, uno que se decía Pizarro, que ya he dicho otras veces, que en aquella sazón no había fama de Perú, ni Pizarros, que no era descubierto: y era el Pizarro suelto mancebo: y le señaló sesenta soldados mancebos, y entre ellos me nombraron a mí: y mandó que después de tomada la artillería acudiésemos todos a los aposentos de Narváez, que estaba en un muy alto Cu, y para prender a Narváez señaló por Capitán a Gonzalo de Sandoval, con otros sesenta compañeros: y como era Alguacil mayor, le dio un mandamiento, que decía así: *Gonzalo de Sandoval, Alguacil mayor de esta Nueva España por su Majestad, yo os mando que prendáis el cuerpo de Pámphilo de*



Narváez, y si se os defendiere, matadle, que así conviene al servicio de Dios, y de su Majestad, y le prendió a un Oidor. Dado en este Real, y la firma, Hernando Cortés, y refrendado de su Secretario Pedro Hernández. Y después de dado el mandamiento, prometió, que al primer soldado que le echase la mano, le daría tres mil pesos, y al segundo dos mil, y al tercero mil, y dijo, que aquello que prometía, que era para guantes: que bien veíamos la riqueza que había entre nuestras manos: y luego nombró a Juan Velázquez de León, para que prendiese a Diego Velázquez, con quien había tenido la brega, y le dio otros sesenta soldados. Narváez estaba en su fortaleza, y altos Cues: y el mismo Cortés, por sobresaliente, con otros veinte soldados para acudir adonde más necesidad hubiese, y donde él tenía el pensamiento de asistir era para prender a Narváez, y a Salvatierra. Pues ya dadas las copias a los Capitanes, como dicho tengo, dijo: bien sé que los de Narváez son por cuatro veces más que nosotros, más ellos no son acostumbrados a las armas, y como están la mayor parte de ellos mal con su Capitán, y muchos dolientes, les tomaremos de sobresalto: tengo pensamiento que Dios nos dará victoria, que no porfiarán mucho en su defensa; porque más bienes les haremos nosotros, que no su Narváez: así, Señores, pues nuestra vida y honra está después de Dios en vuestros esfuerzos, y vigorosos brazos, no tengo más que pedir por merced, ni traer a la memoria, sino que en esto está el toque de nuestras honras y famas para siempre jamás; y más vale morir por buenos, que vivir afrentados: y porque en aquella sazón llovía, y era tarde, no dijo más. Una cosa he pensado después acá, que jamás nos dijo, tengo tal concierto en el Real hecho, ni fulano, ni zutano es en nuestro favor, ni cosa ninguna de estas, sino que peleásemos como varones: y esto de no decirnos, que tenía amigos en el Real de Narváez, fue de muy cuerdo Capitán, que por aquel efecto no dejásemos de batallar como esforzados, y no tuviésemos esperanza en ellos, sino después de Dios, en nuestros grandes ánimos. Dejemos de esto, y digamos cómo cada uno de los Capitanes por mí nombrados estaban con los soldados señalados, poniéndose esfuerzo unos a otros. Pues mi Capitán Pizarro, con quien habíamos de tomar la artillería, que era la cosa de más peligro, y habíamos de ser los primeros que habíamos de romper hasta los tiros, también decía con mucho esfuerzo, como habíamos de entrar, y calar nuestras picas, hasta tener la artillería en nuestro poder, y cuando se la hubiésemos tomado, que con ella misma mandó a nuestros artilleros, que se decían Mesa, y el Siciliano Aruega, que con las pelotas que estuviesen por descargar, se diese guerra a los del aposento de Salvatierra. También quiero decir la gran necesidad que teníamos de armas, que por un peto, o capacete, o casco, o babera de hierro,



diéramos aquella noche cuanto nos pidieran por ello, y todo cuanto habíamos ganado: y luego secretamente nos nombraron el apellido que habíamos de tener estando batallando, que era *Espíritu Santo, Espíritu Santo*, que esto se suele hacer secreto en las guerras, porque se conozcan, y apelliden por el nombre, que no lo sepan unos contrarios de otros: y los de Narváez tenían su apellido, y voz, *Santa María, Santa María*. Ya hecho todo esto, como yo era gran amigo y servidor del Capitán Sandoval, me dijo aquella noche, que me pedía por merced, que cuando hubiésemos tomado el artillería, si quedaba con la vida, siempre me hablase con él, y le siguiese, y yo se lo prometí, y así lo hice, como adelante verán. Digamos ahora en qué se entendió un rato de la noche, sino en aderezar, y pensar en lo que teníamos por delante, pues para cenar no teníamos cosa ninguna; y luego fueron nuestros corredores del campo, y se puso espías y velas a mí, y a otros dos soldados: y no tardó mucho, cuando viene un corredor del campo a preguntarme, que si he sentido algo, y yo dije que no: y luego vino un cuadrillero, y dijo, que el Galleguillo que había venido del Real de Narváez, no parecía, y que era espía echada del Narváez, y que mandaba Cortés, que luego marchásemos camino de Cempoal, y oímos tocar nuestro pífano, y tambor, y los Capitanes apercibiendo sus soldados, y comenzamos a marchar; y al Galleguillo hallaron debajo de unas mantas durmiendo, que como llovió, y el pobre no era acostumbrado a estar al agua, ni fríos, metióse allí a dormir. Pues yendo nuestro paso tendido, sin tocar pífano, ni tambor, que luego mandó Cortés, que no tocaren, y nuestros corredores del campo descubriendo la tierra, llegamos al río, donde estaban las espías de Narváez, que ya he dicho, que se decían Gonzalo Carrasco, y Hurtado; y estaban descuidados, que tuvimos tiempo de prender al Carrasco, y el otro fue dando voces al Real de Narváez. y diciendo al arma que viene Cortés. Acuérdome, que cuando pasábamos aquel río, como llovía, venía un poco hondo, y las piedras resbalaban algo, y como llevábamos acuestas las picas, y armas, nos hacía mucho estorbo: y también me acuerdo cuando se prendió a Carrasco, decía a Cortés a grandes voces: mira, Señor Cortés, no vayas allá, que juro a tal, que está Narváez esperándoos en el campo con todo su ejército: y Cortés le dio en guarda a su Secretario Pedro Hernández: y como vimos que el Hurtado fue a dar mandado, no nos detuvimos cosa, sino que el Hurtado iba dando voces, y mandando dar al arma, y el Narváez, llamando sus Capitanes, y nosotros calando nuestras picas, y cerrando con su artillería, todo fue uno, que no tuvieron tiempo sus artilleros de poner fuego sino a cuatro tiros, y las pelotas algunas de ellas pasaron por alto, y una de ellas mató a tres de nuestros compañeros. Pues en este instante llegaron todos



nuestros Capitanes, tocando al arma nuestro pífano, y tambor: y como había muchos de los de Narváez a caballo, detuviéronse un poco con ellos, porque luego derrocaron seis o siete de ellos. Pues nosotros los que tomamos el artillería, no osábamos desampararla, porque el Narváez desde su aposento nos tiraba saetas, y escopetas: y en aquel instante llegó el Capitán Sandoval, y sube de presto las gradas arriba, y por mucha resistencia que le ponía el Narváez, y le tiraban saetas, y escopetas, y con partesanas, y lanzas, todavía las subió él, y sus soldados: y luego como vimos los soldados que ganamos el artillería, que no había quien nos la defendiese, se la dimos a nuestros artilleros por mí nombrados: y fuimos muchos de nosotros, y el Capitán Pizarro a ayudar al Sandoval, que les hacían los de Narváez venir seis o siete gradas abajo, retrayéndose, y con nuestra llegada tornó a las subir: y estuvimos buen rato peleando con nuestras picas, que eran grandes, y cuando no me cato, oímos voces del Narváez, que decía: Santa María váleme, que muerto me han, y quebrado un ojo: y cuando aquello oímos, luego dimos voces, victoria, victoria por los del nombre del Espíritu Santo, que muerto es Narváez: y con todo esto no les pudimos entrar en el Cu donde estaban, hasta que un Martín López el de los bergantines, como era alto de cuerpo, puso fuego a las pajas del alto Cu, y vinieron todos los de Narváez rodando las gradas abajo: entonces prendimos a Narváez, y el primero que le echó mano, fue un Pero Sánchez Farfán, y yo se lo di al Sandoval, y a otros Capitanes del mismo Narváez, que con él estaban, todavía dando voces, y apellidando, viva el Rey, viva el Rey, y en su real nombre Cortés: victoria, victoria, que muerto es Narváez. Dejemos este combate, y vamos a Cortés, y a los demás Capitanes, que todavía estaban batallando cada uno con los Capitanes de Narváez, que aun no se habían dado, porque estaban en muy altos Cues: y con los tiros que les tiraban nuestros artilleros, y con nuestras voces, y muerte del Narváez, como Cortés era muy avisado, mandó de presto pregonar, que todos los de Narváez se vengán luego a someter debajo de la bandera de su Majestad, y de Cortés en su real nombre, so pena de muerte y aun con todo esto no se daban los de Diego Velázquez el Mozo, ni los de Salvatierra, porque estaban en muy altos Cues, y no los podían entrar, hasta que Gonzalo de Sandoval fue con la mitad de nosotros los que con él estábamos, y con los tiros, y con los pregones, les entramos, y se prendieron así al Salvatierra, como los que con él estaban, y al Diego Velázquez el Mozo: y luego Sandoval vino con todos nosotros los que fuimos en prender al Narváez, a poner más en cobro, puesto que le habíamos echado dos pares de grillos, y cuando Cortés, y el Juan Velázquez, y el Ordás, tuvieron presos a Salvatierra, y al Diego Velázquez el Mozo, y a Gamarra, y a Juan



Iuste, y a Juan Bono Vizcaíno, y a otras personas principales, vino Cortés desconocido, acompañado de nuestros Capitanes, adonde teníamos a Narváez, y con el calor que hacía grande, y como estaba cargado con las armas, y andaba de una parte a otra, apellidando a nuestros soldados, y haciendo dar pregones, venía muy sudando, y cansado, y tal que no le alcanzaba un huelgo a otro, y dijo a Sandoval dos veces, que no lo acertaba a decir del trabajo que traía: y dijo: ¿Qué es de Narváez? ¿Qué es de Narváez? Y dijo Sandoval, aquí está, aquí está, y a muy buen recaudo: y tornó Cortés a decir muy sin huelgo, mira hijo Sandoval, que no os quitéis de él vos, y vuestros compañeros, no se os suelte, mientras yo voy a entender en otras cosas, y mirad esos Capitanes que con él tenéis presos, que en todo haya recaudo, y luego se fue, y mandó dar otros pregones, que so pena de muerte, que todos los de Narváez luego en aquel punto se vengán a someter debajo de la bandera de su Majestad, y en su Real nombre de Hernando Cortés su Capitán General, y Justicia mayor, y que ninguno trajese ningunas armas, sino que todos las diesen y entregasen a nuestros Alguaciles: y todo esto era de noche, que no amanecía, y aún llovía de rato en rato, y entonces salía la Luna, que cuando allí llegamos hacia muy oscuro, y llovía, y también la oscuridad ayudó, que como nacía tan oscuro, había muchos cocayos (así los llaman en Cuba) que relumbraban de noche, y los de Narváez creyeron que eran muchas de las escopetas. Dejemos esto, y pasemos adelante, que como el Narváez estaba muy mal herido, y quebrado el ojo, demandó licencia a Sandoval para que un su cirujano que traía en su armada, que se decía Maestre Juan, le curase el ojo a él, y otros Capitanes que estaban heridos, y se la dio: y estándole curando, llegó allí cerca Cortés disimulado, que no le conociesen, a verle curar: dijéronle al Narváez, que estaba allí Cortés, y como se lo dijeron, dijo el Narváez: Señor Capitán Cortés, tened en mucho esta victoria que de mí habéis habido, y en tener presa mi persona: y Cortés le respondió, quedaba muchas gracias a Dios que se la dio, y por los esforzados caballeros, y compañeros que tenía, que fueron parte para ello. Y que una de las menores cosas que en la Nueva España ha hecho, es prenderle, y desbaratarle: y que si le ha parecido bien tener atrevimiento de prender a un Oidor de su Majestad. Y cuando hubo dicho esto, se fue de allí, que no le habló más, y mandó a Sandoval, que le pusiese buenas guardas, y que él no se quitase de él, con personas de recaudo: ya le teníamos echado dos pares de grillos, y le llevábamos a un aposento, y puestos soldados que le habíamos de guardar, y a mí me señaló Sandoval por uno de ellos, y secretamente me mandó, que no dejase hablar con él a ninguno de los de Narváez, hasta que



amaneciese, que Cortés le pusiese más en cobro. Dejemos esto, y digamos, como Narváez había enviado cuarenta de a caballo, para que nos estuviesen aguardando en el paso del río, cuando viniésemos a su Real, como dicho tengo en el capítulo que de ello habla, y supimos que andaban todavía en el campo: tuvimos temor no nos viniesen a acometer, para quitarnos sus Capitanes, y al mismo Narváez, que teníamos presos, y estábamos muy apercebidos; y acordó Cortés de enviarles a pedir por merced, que se viniesen al Real, con grandes ofrecimientos que a todos prometió; y para los traer, envió a Cristóbal de Olí, que era nuestro Maestre de Campo, y a Diego de Ordás, y fueron en unos caballos, que tomaron de los de Narváez, que de todos los nuestros no trajimos ningunos, que atados quedaron en un montecillo junto a Cempoal, que no trajimos sino picas, espadas, y rodela, y puñales; y fueron al campo con un soldado de los de Narváez, que les mostró el rastro por donde habían ido, y se toparon con ellos, y en fin tantas palabras de ofertas y ofrecimientos les dijeron por parte de Cortés: y antes que llegasen a nuestro Real, ya era de día claro, y sin decir cosa ninguna Cortés, ni ninguno de nosotros a los atabaleros que el Narváez traía, comenzaron a tocar los atabales, y a tañer sus pífanos, y tambores, y decían: viva, viva la gala de los Romanos, que siendo tan pocos han vencido a Narváez, y a sus soldados: y un negro, que se decía, Guidela, que fue muy gracioso truhán, que traía el Narváez, daba voces, que decía: mirad que los Romanos no han hecho tal hazaña: y por más que les decíamos, que callasen y no tañesen sus atabales, no querían, hasta que Cortés mandó que prendiesen al atabalero, que era medio loco, que se decía Tapia: y en esta instante vino Cristóbal de Olí, y Diego de Ordás, y trajeron a los de a caballo, que dicho tengo, y entre ellos venía Andrés de Duero, y Agustín Bermúdez, y muchos amigos de nuestro Capitán, y así como venían, iban a besar las manos a Cortés, que estaba sentado en una silla de caderas, con una ropa larga de color como naranjada, con sus armas debajo, acompañado de nosotros. Pues ver la gracia con que les hablaba, y abrazaba, y las palabras de tantos cumplimientos que les decía, era cosa de ver qué alegre estaba: y tenía mucha razón de verse en aquel punto tan señor, y pujante: y así como le besaban la mano, se fueron cada uno a su posada. Digamos ahora de los muertos, y heridos que hubo aquella noche. Murió el Alférez de Narváez, que se decía fulano de Fuentes, que era un hidalgo de Sevilla: murió otro Capitán de Narváez, que se decía Rojas, natural de Castilla la Vieja: murieron otros dos de Narváez: murió uno de los tres soldados que se le habían pasado, que habían sido de los nuestros, que llamábamos Alonso García el Carretero; y heridos de los de Narváez hubo muchos: y también murieron



de los nuestros otros cuatro, y hubo más heridos: y el Cacique Gordo también salió herido, porque como supo que veníamos cerca de Cempoal, se acogió al aposento de Narváez, y allí le hirieron, y luego Cortés le mandó curar muy bien, y le puso en su casa, y que no se le hiciese enojo. Pues Cervantes el Loco, y Escalonilla, que son los que se pasaron al Narváez, que habían sido de los nuestros, tampoco libraron bien, que Escalona salió bien herido, y el Cervantes bien apaleado: y ya he dicho que murió el Carretero. Vamos a los del aposento del Salvatierra, el muy fiero, que dijeron sus soldados, que en toda su vida vieron hombre para menos, ni tan cortado de muerte cuando nos oyó tocar al arma, y cuando decíamos, victoria, victoria, que muerto es Narváez, dicen, que luego dijo, que estaba muy malo del estómago, y que no fue para cosa ninguna. Esto lo he dicho por sus fieros, y bravear: y de los de su compañía también hubo heridos. Digamos del aposento del Diego Velázquez, y otros Capitanes que estaban con él, que también hubo heridos, y nuestro Capitán Juan Velázquez de León prendió al Diego Velázquez, aquel con quien tuvo las bregas, estando comiendo con el Narváez, y le llevó a su aposento, y le mandó curar, y hacer mucha honra. Pues ya he dado cuenta de todo lo acaecido en nuestra batalla, digamos ahora lo que más se hizo.



CAPÍTULO CXXIII.

Cómo después de desbaratado Narváez, según, y de la manera que he dicho, vinieron los Indios de Chinanta, que Cortés había enviado a llamar, y de otras cosas que pasaron.

Ya he dicho en el capítulo que de ello habla, que Cortés envió a decir a los pueblos de Chinanta, donde trajeron las lanzas, y picas, que viniesen dos mil Indios de ellos con sus lanzas, que son mucho más largas, que no las nuestras, para ayudarnos, y vinieron aquel mismo día, y algo tarde después de preso Narváez, y venían por Capitanes los Caciques de los mismos pueblos, y uno de nuestros soldados, que se decía Barrientos, que había quedado en Chinanta para aquel efecto: y entraron en Cempoal con muy gran ordenanza, de dos en dos, y como traían las lanzas muy grandes y de buen cuerpo, y tienen en ellas una braza de cuchilla de pedernales, que cortan tanto como navajas, según ya otras veces he dicho, y traía cada Indio una rodela como pavesina, y con sus banderas tendidas, y con muchos plumajes, y tambores, y trompetillas, y entre cada lancero y lancero un flechero, y dando gritos y silbos, decían, viva el Rey, viva el Rey, y Hernando Cortés en su Real nombre, y entraron bravosos, que era cosa de notar, y serian mil y quinientos, que parecían de la manera y concierto que venían, que eran tres mil, y cuando los de Narváez los vieron, se admiraron, y dicen, que dijeron unos a otros, que si aquella gente les tomara en medio, o entraran con nosotros, que tal que les pararan: y Cortés habló a los Indios Capitanes muy amorosamente, agradeciéndoles su venida, y les dio cuentas de Castilla, y les mandó, que luego se volviesen a sus pueblos, y que por el camino no hiciesen daño a otros pueblos, y tornó a enviar con ellos al mismo Barrientos. Y quedarse ha aquí, y diré lo que más Cortés hizo.



CAPÍTULO CXXIV.

Cómo Cortés envió al puerto al Capitán Francisco de Lugo, y en su compañía dos soldados, que habían sido Maestres de hacer navíos, para que luego trajese allí a Cempoal todos los Maestres, y Pilotos de los navíos, y flota de Narváez, y que les sacasen las velas, y timones, y agujas, porque no fuesen a dar mandado a la isla de Cuba a Diego Velázquez, de lo acaecido, y como puso Almirante de la mar.

Pues acabado de desbaratar al Pámphilo de Narváez, y presos él, y sus Capitanes, y a todos los demás tomado sus armas, mandó Cortés al Capitán Francisco de Lugo, que fuese al puerto donde estaba la flota de Narváez, que eran diez y ocho navíos, y mandase venir allí a Cempoal a todos los Pilotos, y Maestres de los navíos, y que les sacasen velas, y timones, y agujas, porque no fuesen a dar mandado a Cuba a Diego Velázquez: y que si no le quisiesen obedecer, que les echase presos: y llevó consigo el Francisco de Lugo dos de nuestros soldados, que habían sido hombres de la mar, para que le ayudasen: y también mandó Cortés, que luego le enviasen a un Sancho de Barahona, que le tenía preso el Narváez, con otros soldados. Este Barahona fue vecino de Guatimala, hombre rico: y acuérdome, que cuando llegó ante Cortés, que venía muy doliente, y flaco, y le mandó hacer honra. Volvamos a los Maestres, y Pilotos; que luego vinieron a besar las manos al Capitán Cortés, a los cuales tomó juramento, que no saldrían de su mandado, y que le obedecerían en todo lo que les mandase; y luego les puso por Almirante, y Capitán de la mar, a un Pedro Caballero, que había sido Maestre de un navío de los de Narváez, persona de quien Cortés se fió mucho, al cual dicen que le dio primero buenos tejuelos de oro, y a éste mandó, que no dejase ir de aquel puerto ningún navío a parte ninguna, y mandó a todos los Maestres, y Pilotos, y Marineros, que todos le obedeciesen: y que si de Cuba enviase Diego Velázquez más navíos (porque tuvo aviso Cortés, que estaban dos navíos para venir) que tuviese modo que a los Capitanes que en él viniesen, les echase presos, y le sacase el timón, y velas, y agujas, hasta que otra cosa en ello Cortés mandase. Lo cual así lo hizo Pedro Caballero, como adelante diré. Y dejemos ya los navíos, y el puerto seguro, y digamos lo que se concertó en nuestro Real, y los de Narváez, y es que luego se dio orden, que fuesen a conquistar, y poblar a Juan Velázquez de León a lo de Panuco, y para ello Cortés le señaló ciento y veinte soldados, los ciento habían de ser de los de Narváez, y los veinte de los nuestros entremetidos; porque tenían más experiencia en la guerra: y también había de llevar



dos navíos, para que desde el río de Panuco fuesen a descubrir la costa adelante: y también a Diego de Ordás dio otra Capitanía de otros ciento y veinte soldados, para ir a poblar a lo de Guacacualco, y los ciento habían de ser de los de Narváez, y los veinte de los nuestros, según y de la manera que a Juan Velázquez de León, y había de llevar otros dos navíos, para desde el río de Guacacualco enviar a la Isla de Jamaica por ganados de yeguas, y becerros, puercos, y ovejas, y gallinas de Castilla, y cabras para multiplicar la tierra; porque la provincia de Guacacualco era buena para ello. Pues para ir y soltar todos los prisioneros Capitanes de Narváez, excepto al Narváez, y el Salvatierra, que decía que estaba malo del estómago. Pues para darles todas las armas, algunos de nuestros soldados les teníamos ya tomado caballos, y espadas, y otras cosas, y mandó Cortés, que luego se las volviésemos, y sobre no dárselas hubo ciertas pláticas enojosas, y fueron: que dijimos los soldados que las teníamos muy claramente, que no se las queríamos dar, pues que en el Real de Narváez pregonaron guerra contra nosotros a ropa franca, y con aquella intención venían a prendernos, y tomar lo que teníamos, y que siendo nosotros tan grandes servidores de su Majestad, nos llamaban traidores, y que no se las queríamos dar: y Cortés todavía porfiaba a que se las diésemos, y como era Capitán General, húbose de hacer lo que mandó, que yo les di un caballo que tenía ya escondido, ensillado, y enfrenado, y dos espadas, y tres puñales, y una adarga, y otros muchos de nuestros soldados dieron también otros caballos, y armas: y como Alonso de Ávila era Capitán, y persona que osaba decir a Cortés cosas que convenían, y juntamente con él el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, hablaron aparte a Cortés, y le dijeron, que parecía que quería remedar a Alejandro Macedonio, que después que con sus soldados había hecho alguna gran hazaña, que más procuraba de honrar, y hacer mercedes a los que vencía, que no a sus Capitanes, y soldados, que eran los que lo vencían: y esto, que lo decían, porque lo han visto en aquellos días que allí estábamos, después de preso Narváez, que todas las joyas de oro que le presentaban los Indios de aquellas comarcas, y bastimentos, daba a los Capitanes de Narváez, y que como si no nos conociera, así nos obligaba: y que no era bien hecho, sino muy grande ingratitud, habiéndole puesto en el estado en que estaba. A esto respondió Cortés, que todo cuanto tenía, así persona, como bienes, era para nosotros, y que al presente no podía más, sino con dádivas, y palabras, y ofrecimientos honrar a los de Narváez, porque como son muchos, y nosotros pocos, no se levanten contra él, y contra nosotros, y le matasen. A esto respondió el Alonso de Ávila, y le dijo ciertas palabras algo soberbias, de tal manera, que Cortés le dijo, que quien no le



quisiese seguir, *que las mujeres han parido, y paren en Castilla soldados*: y el Alonso de Ávila dijo con palabras muy soberbias, y sin acato, que así era verdad, que soldados, y Capitanes, y Gobernadores; y que aquello merecíamos que dijese. Y como en aquella sazón estaba la cosa de arte, que Cortés no podía hacer otra cosa, sino callar, y con dádivas y ofertas le atrajo a sí: y como conoció de él ser muy atrevido, y tuvo siempre Cortés temor, que por ventura un día, o otro no hiciese alguna cosa en su daño, disimuló: y desde allí adelante siempre le enviaba a negocios de importancia, como fue a la Isla de Santo Domingo, y después a España, cuando enviamos la recámara, y tesoro del gran Moctezuma, que robó Juan Florín gran cosario Francés, lo cual diré en su tiempo, y lugar: y volvamos ahora al Narváez, y a un negro que traía lleno de viruelas, que harto negro fue en la Nueva España, que fue causa que se pegase e hinchase toda la tierra de ellas; de lo cual hubo gran mortandad, que según decían los Indios, jamás tal enfermedad tuvieron, y como no la conocían, lavábanse muchas veces: y a esta causa se murieron gran cantidad de ellos. Por manera, que negra la ventura de Narváez, y más prieta la muerte de tanta gente, sin ser Cristianos. Dejemos ahora todo esto, y digamos, como los vecinos de la Villa Rica, que habían quedado poblados, que no fueron a México, demandaron a Cortés las partes del oro que les cabía, y dijeron a Cortés, que puesto que allí les mandó quedar en aquel puerto, y villa, que también servían allí a Dios, y al Rey, como los que fuimos a México, pues entendían en guardar la tierra, y hacer la fortaleza, y algunos de ellos se hallaron en lo de Almería, que aun no tenían sanas las heridas, y que todos los más se hallaron en la prisión de Narváez, y que les diesen sus partes: y viendo Cortés, que era muy justo lo que decían, dijo, que fuesen dos hombres principales vecinos de aquella villa con poder de todos, y que lo tenían apartado, y que se lo darían: y paréceme que les dijo, que en Tlascala estaba guardado, que esto no me acuerdo bien: y así luego despacharon de aquella villa dos vecinos por el oro, y sus partes, y el principal se decía Juan de Alcántara el Viejo. Y Dejemos de platicar en ello, y después diremos lo que sucedió al Alcántara, y al oro: y digamos, cómo la adversa fortuna vuelve de presto su rueda, que a grandes bonanzas, y placeres siguen las tristezas. Y es, que en este instante vienen nuevas, que México está alzado, y que Pedro de Alvarado está cercado en su fortaleza, y aposento, y que le ponían fuego por todas partes en la misma fortaleza, y que le han muerto siete soldados, y que estaban otros muchos heridos, y enviaba a demandar socorro con mucha instancia, y prisa: y esta nueva trajeron dos Tlascaltecas, sin carta ninguna, y luego vino una carta con otros Tlascaltecas, que envió el



Pedro de Alvarado, en que decía lo mismo. Y cuando aquella tan mala nueva oímos, sabe Dios cuánto nos pesó, y a grandes jornadas comenzamos a caminar para México, y quedo preso en la Villa Rica el Narváez, y el Salvatierra, y por Teniente y Capitán, parece me que quedó Rodrigo Rangre, que tuviese cargo de guardar al Narváez, y de recoger muchos de los de Narváez, que estaban enfermos. Y también en este instante, ya que queríamos partir, vinieron cuatro grandes Principales, que envió el gran Moctezuma ante Cortés a quejarse del Pedro de Alvarado, y lo que dijeron llorando con muchas lágrimas de sus ojos, fue que Pedro de Alvarado salió de su aposento con todos los soldados que le dejó Cortés, y sin causa ninguna dio en sus Principales, y Caciques, que estaban bailando, y haciendo fiesta a sus ídolos Huichilobos, y Tezcatepuca, con licencia que para ello les dio el Pedro de Alvarado, y que mató y hirió muchos de ellos, y que por defenderse le mataron seis de sus soldados. Por manera, que daban muchas quejas del Pedro de Alvarado; y Cortés les respondió a los mensajeros algo desabrido, y que él iría a México, y ponía remedio en todo: y así fueron con aquella respuesta a su gran Moctezuma, y dicen la sintió por muy mala, y hubo enojo de ella. Y asimismo luego despachó Cortés cartas para Pedro de Alvarado, en que le envió a decir: que mirase que el Moctezuma no se soltase, y que íbamos a grandes jornadas: y le hizo saber de la victoria que habíamos habido contra Narváez; lo cual ya sabía el gran Moctezuma. Y dejarlo he aquí, y diré lo que más adelante pasó.



CAPÍTULO CXXV.

Cómo fuimos grandes jornadas, así Cortés con todos sus Capitanes, como todos los de Narváez, excepto Pámphilo de Narváez, y Salvatierra, que quedaban presos.

Como llegó la nueva referida, como Pedro de Alvarado estaba cercado, y México rebelado, cesaron las Capitanías, que habían de ir a poblar a Panuco, y a Cuacacualco, que habían dado a Juan Velázquez de León, y a Diego de Ordás, que no fue ninguno de ellos, que todos fueron con nosotros: y Cortés hablo a los de Narváez, que sintió que no irían con nosotros de buena voluntad a hacer aquel socorro, y les rogó que dejasen atrás enemistades pasadas por lo del Narváez, ofreciéndoles de hacerlos ricos, y dalles cargos, y pues venían a buscar la vida, y estaban en tierra donde podrían hacer servicio a Dios, y a su Majestad, y enriquecer, que ahora les venía lance: y tantas palabras les dijo, que todos a una se le ofrecieron que irían con nosotros: y si supieran las fuerzas de México, cierto está que no fuera ninguno. Y luego caminamos a muy grandes jornadas, hasta llegar a Tlascala, donde supimos, que hasta que Moctezuma, y sus Capitanes habían sabido, como habíamos desbaratado a Narváez, no dejaron de darle guerra a Pedro de Alvarado, y le habían ya muerto siete soldados, y le quemaron los aposentos: y cuando supieron nuestra vitoria, cesaron de darle guerra: mas dijeron, que estaban muy fatigados por falta de agua y bastimento, lo cual nunca se lo había mandado dar Moctezuma: y esta nueva trajeron Indios de Tlascala en aquella misma hora que hubimos llegado. Y luego Cortés mandó hacer alarde de la gente que llevaba, y halló sobre mil y trescientos soldados, así de los nuestros, como de los del Narváez, y sobre noventa y seis caballos, y ochenta ballesteros, y otros tantos escopeteros; con los cuales le pareció a Cortés, que llevaba gente para poder entrar muy a su salvo en México: y demás de esto, en Tlascala nos dieron los Caciques dos mil hombres Indios de guerra: y luego fuimos a grandes jornadas hasta Tezcucó, que es una gran ciudad, y no se nos hizo honra ninguna en ella, ni pareció ningún Señor, sino todo muy remontado y de mal arte: y llegamos a México día de Señor San Juan de Junio de mil y quinientos y veinte años, y no parecían por las calles Caciques, ni Capitanes, ni Indios conocidos, sino todas las casas despobladas. Y como llegamos a los aposentos que solíamos posar, el gran Moctezuma salió al patio para hablar y abrazar a Cortés, y darle el bien venido, y de la vitoria con Narváez: y Cortés como venia victorioso, no le quiso oír, y el Moctezuma se entró en su aposento muy triste y pensativo. Pues ya aposentados cada uno de nosotros



donde solíamos estar antes que saliésemos de México para ir a lo de Narváez, y los de Narváez en otros aposentos, y ya habíamos visto y hablado con el Pedro de Alvarado, y los soldados que con él quedaron, y ellos nos daban cuenta de las guerras, que los Mexicanos nos daban, y trabajo en que les tenían puesto, y nosotros les dábamos relación de la victoria contra Narváez. Y dejaré esto, y diré, como Cortés procuró saber, qué fue la causa de levantarse México, porque bien entendido teníamos, que a Moctezuma le pesó de ello, que si se pluguiera, o fuera por su consejo, dijeron muchos soldados de los que se quedaron con Pedro de Alvarado en aquellos trances, que si Moctezuma fuera en ello, que a todos les mataran, y que el Moctezuma los aplacaba que cesasen la guerra: y lo que contaba el Pedro de Alvarado a Cortés sobre el caso era, que por libertar los Mexicanos al Moctezuma, y porque su Huichilobos se lo mandó, porque pusimos en su casa la imagen de nuestra Señora la Virgen Santa María, y la Cruz. Y más dijo, que habían llegado muchos Indios a quitar la Santa Imagen del Altar donde la pusimos, y que no pudieron quitarla, y que los Indios lo tuvieron a gran milagro, y que se lo dijeron al Moctezuma, y que les mandó que la dejaran en el mismo lugar y Altar, y que no curasen de hacer otra cosa, y así la dejaron. Y más dijo el Pedro de Alvarado, que por lo que el Narváez les había enviado a decir al Moctezuma, que le venía a soltar de las prisiones, y a prendernos, y no salió verdad: y como Cortés había dicho al Moctezuma, que en teniendo navíos nos habíamos de ir a embarcar, y salir de toda la tierra, y que no nos íbamos, y que todo eran palabras, y que ahora habían visto venir muchos más Teules; antes que todos los de Narváez, y los nuestros tornásemos a entrar en México, que sería bien matar al Pedro de Alvarado, y a sus soldados, y soltar al gran Moctezuma, y después no quedará a vida ninguno de los nuestros, y de los de Narváez; cuanto más, que tuvieron por cierto, que nos venciera el Narváez. Estas pláticas y descargo dio el Pedro de Alvarado a Cortés, y le tornó a decir Cortés, que a qué causa les fue a dar guerra estando bailando, y haciendo sus fiestas y bailes, y sacrificios que hacían a su Huichilobos, y a Tezcatepuca. Y el Pedro de Alvarado dijo, que luego le habían de venir a dar guerra, según el concierto tenían entre ellos hecho; y todo lo demás, que lo supo de un Papa, y de dos Principales, y de otros Mexicanos: y Cortés le dijo: Pues me han dicho, que os demandaron licencia para hacer el areito bailes: y dijo, que así era verdad, y que fue por tomarles descuidados, y porque temiesen, y no viniesen a darle guerra, que por esto se adelantó a dar en ellos: y como aquello Cortés le oyó, le dijo muy enojado, que era muy mal hecho, y grande desatino, y poca verdad: y que pluguiera a Dios que el Moctezuma se



hubiera soltado, y que tal cosa no la oyera a sus ídolos: y así le dejó, que no le habló más en ello. También dijo el mismo Pedro de Alvarado, que cuando andaba con ellos en aquella guerra, que mandó poner a un tiro que estaba cebado, fuego, con una pelota, y muchos perdigones, y que como venían muchos escuadrones de Indios a quemarle los aposentos, que salió a pelear con ellos, y que mandó poner fuego al tiro, y que no salió, y que hizo una arremetida contra los escuadrones que le daban guerra, y cargaban muchos Indios sobre él, y que venía retrayéndose a la fuerza y aposento, y que entonces sin poner fuego al tiro salió la pelota, y los perdigones, y mató muchos Indios, y que si aquello no acaeciera, que los enemigos los mataran a todos, como en aquella vez le llevaron dos de sus soldados vivos. Otra cosa dijo el Pedro de Alvarado, y esta sola cosa la dijeron otros soldados, que las demás pláticas solo el Pedro de Alvarado lo contaba: y es, que no tenía agua para beber, y cavaron en el patio, e hicieron un pozo, y sacaron agua dulce, siendo todo salado también. Todo fue muchos bienes, que nuestro Señor Dios nos hacía. Y a esto del agua, digo yo que en México estaba una fuente, que muchas veces, y todas las más manaba agua algo dulce, que lo demás que dicen algunas personas, que el Pedro de Alvarado por codicia de haber mucho oro, y joyas de gran valor con que bailaban los Indios, les fue a dar guerra, yo no lo creo, ni nunca tal oí: ni es de creer que tal hiciese, puesto que lo dice el Obispo Fr. Bartolomé de las Casas, aquello y otras cosas que nunca pasaron, sino que verdaderamente dio en ellos por meterles temor, y que con aquellos males que les hizo, tuviesen hartos que curar y llorar en ellos, porque no le viniesen a dar guerra, y como dicen que quien acomete vence, y fue muy peor, según pareció. Y también supimos de mucha verdad, que tal guerra nunca el Moctezuma mandó dar: y que cuando combatían al Pedro de Alvarado, que el Moctezuma les mandaba a los suyos, que no lo hiciesen, y que le respondían, que ya no era cosa de sufrir tenerle preso, y estando bailando irles a matar, como fueron, y que le habían de sacar de allí, y matar a todos los Teules que le defendían. Estas cosas y otras sé decir que lo oí a personas de fe, y que se hallaron con el Pedro de Alvarado cuando aquello pasó. Y dejarlo he aquí, y diré la gran guerra que luego nos dieron, y es de esta manera.



CAPÍTULO CXXVI.

Como nos dieron guerra en México, y los combates que nos daban, y otras cosas que pasamos.

Como Cortés vio que en Tezcucó no nos habían hecho ningún recibimiento, ni aun dado de comer, sino mal y por mal cabo, y que no hallamos Principales con quien hablar, y lo vio todo rematado y de mal arte, y venido a México lo mismo: y vio que no hacían tiánguez, sino todo levantado, y oyó al Pedro de Alvarado de la manera, y desconcierto con que les fue a dar guerra: y parece ser había dicho Cortés en el camino a los Capitanes, alabándose de sí mismo, el gran acato y mando que tenía: y que por los pueblos y caminos le saldrían a recibir y hacer fiestas, y que en México mandaba tan absolutamente, así al gran Moctezuma, como a todos sus Capitanes, y que le darían presentes de oro, como solían¹⁴, y viendo que todo estaba muy al contrario de sus pensamientos, que aun de comer no nos daban, estaba muy airado y soberbio con la mucha gente de Españoles que traía, y muy triste y mohíno: y en este instante envió el gran Moctezuma dos de sus Principales a rogar a nuestro Cortés, que le fuese a ver, que le quería hablar, y la respuesta que le dio, fue: Vaya para perro, que aun tiánguez no quiere nacer, ni de comer nos manda dar: y entonces como aquello le oyeron a Cortés nuestros Capitanes, que fue Juan Velázquez de León, y Cristóbal de Olí, y Alonso de Ávila, y Francisco de Lugo, dijeron: Señor, temple su ira, y mire cuánto bien y honra nos ha hecho este Rey de estas tierras, que es tan bueno, que si por él no fuese, ya fuéramos muertos, y nos habrían comido, y mire que hasta las hijas le han dado. Y como esto oyó Cortés, se indignó más de las palabras que le dijeron, como parecían de reprehensión, y dijo: ¿Qué cumplimiento tengo yo de tener con un perro, que se hacía con Narváez secretamente, y ahora veis, que aun de comer no nos da? Y dijeron nuestros Capitanes: Esto nos parece que debe hacer, y es buen consejo. Y como Cortés tenía allí en México tantos Españoles, así de los nuestros, como de los de Narváez, no se le daba nada por cosa ninguna, y hablaba tan airado y descomedido. Por manera, que tornó a hablar a los Principales, que dijese a su Señor Moctezuma, que luego mandase hacer tiánguez y mercados, sino que hará y que acontecerá: y los Principales bien entendieron las palabras

¹⁴ Todo lo que dice Castillo de Cortés en este Capítulo, disuena mucho de su conducta, que se repara igual en toda la Conquista: por lo mismo creo que Castillo no escribe aquí sino rumores nacidos quizá de algunos de ellos de Narváez. Se debe suspender el asenso sobre hechos que no tienen pruebas bastantes, y contradicen con el carácter, principios, y política de Cortés.



injuriosas, que Cortés dijo de su Señor, y aun también la reprehensión que nuestros Capitanes dieron a Cortés sobre ello, porque bien los conocían que habían sido los que solían tener en guarda a su Señor, y sabían que eran grandes servidores de su Moctezuma: y según y de la manera que lo entendieron, y se lo dijeron al Moctezuma, y de enojo, o porque ya estaba concertado que nos diesen guerra, no tardó un cuarto de hora que vino un soldado a gran prisa muy mal herido, que venía de un pueblo que está junto a México, que se dice Tacuba, y traía unas Indias que eran de Cortés, y la una hija del Moctezuma, que parece ser las dejó a guardar allí al Señor de Tacuba, que eran sus parientes del mismo Señor, cuando fuimos a lo de Narváez. Y dijo aquel soldado, que estaba toda la ciudad y camino por donde venía, lleno de gente de guerra, con todo género de armas, y que le quitaron las Indias que traía, y le dieron dos heridas, y que si no se les soltara, que le tenían ya asido para meterle en una canoa, y llevarle a sacrificar, y habían deshecho una puente. Y desde que aquello oyó Cortés, y algunos de nosotros, ciertamente nos pesó mucho, porque bien entendido teníamos los que solíamos batallar con Indios, la mucha multitud que de ellos se suelen juntar, que por bien que peleásemos, y aunque más soldados trajésemos ahora, que habíamos de pasar gran riesgo de nuestras vidas, y hambres y trabajos, especialmente estando en tan fuerte ciudad. Pasemos adelante, y digamos, que luego mandó a un Capitán, que se decía Diego de Ordás, que fuese con cuatrocientos soldados, y entre ellos los más ballesteros, y escopeteros, y algunos de a caballo, y que mirase qué era aquello que decía el soldado que había venido herido, y trajo las nuevas: y que si viese, que sin guerra y ruido se pudiese apaciguar, lo pacificase: y como fue el Diego de Ordás de la manera que le fue mandado, con sus cuatrocientos soldados, aun no hubo bien llegado a media calle por donde iba, cuando le salían tantos escuadrones Mexicanos de guerra, y otros muchos que estaban en las azuteas, y les dieron tan grandes combates, que le mataron a las primeras arremetidas ocho soldados, y a todos los más hirieron, y al mismo Diego de Ordás le dieron tres heridas. Por manera, que no pudo pasar un paso adelante, sino volverse poco a poco al aposento: y al retraer le mataron otro buen soldado, que se decía Lezcano, que con un montante había hecho cosas de muy esforzado varón: y en aquel instante, si muchos escuadrones salieron al Diego de Ordás, muchos más vinieron a nuestros aposentos, y tiran tanta vara y piedra con hondas y flechas, que nos hirieron de aquella vez sobre cuarenta y seis de los nuestros, y doce murieron de las heridas. Y estaban tantos sobre nosotros, que el Diego de Ordás que se venía retrayendo, no podía llegar a los aposentos, por la mucha guerra que le daban, unos por



detrás, y otros por delante, y otros desde las azuteas. Pues quizá aprovechaban mucho nuestros tiros y escopetas, ni ballestas, ni lanzas, ni estocadas que les dábamos, ni nuestro buen pelear, que aunque les matábamos y heríamos muchos de ellos, por las puntas de las picas y lanzas se nos metían; con todo esto cerraban sus escuadrones, y no perdían punto de su buen pelear, ni les podíamos apartar de nosotros.

Y en fin, con los tiros y escopetas, y ballestas, y el mal que les hacíamos de estocadas, tuvo lugar el Ordás de entrar en el aposento, que hasta entonces, aunque quería, no podía pasar, y con sus soldados bien heridos, y veinte y tres menos, y todavía no cesaban muchos escuadrones de darnos guerra, y decirnos que éramos como mujeres, y nos llamaban de bellacos, y otros vituperios. Y aún no ha sido nada todo el daño que nos han hecho hasta ahora, a lo que después hicieron: y es, que tuvieron tanto atrevimiento, que unos dándonos guerra por una parte, y otros por otra, entraron a ponernos fuego en nuestros aposentos, que no nos podíamos valer con el humo y fuego, hasta que se puso remedio en derrocar sobre él mucha tierra, y atajar otras salas por donde venía el fuego, que verdaderamente allí dentro creyeron de quemarnos vivos: y duraron estos combates todo el día, y aun la noche, y aun de noche estaban sobre nosotros tantos escuadrones, y tiraban varas, y piedras, y flechas a bulto, y piedra perdida, que entonces estaban todos aquellos patios y suelos hechos parvas de ellos. Pues nosotros aquella noche en curar heridos, y en poner remedio en los portillos que habían hecho, y en apercibirnos para otro día, en esto se pasó. Pues desde que amaneció acordó nuestro Capitán, que con todos los nuestros, y los de Narváez saliésemos a pelear con ellos, y que llevásemos tiros y escopetas, y ballestas, y procurásemos de vencerlos, a lo menos que sintiesen más nuestras fuerzas y esfuerzo, mejor que el día pasado. Y digo, que si nosotros teníamos hecho aquel concierto, que los Mexicanos tenían concertado lo mismo, y peleábamos muy bien, más ellos estaban tan fuertes, y tenían tantos escuadrones, que se mudaban de rato en rato, que aunque estuvieran allí diez mil Héctores Troyanos, y otros tantos Roldanes, no les pudieran entrar: porque saberlo ahora yo aquí decir cómo pasó, y vimos este tesón en el pelear, digo, que no lo sé escribir; porque ni aprovechaban tiros, ni escopetas, ni ballestas, ni apechugar con ellos, ni matarles treinta ni cuarenta de cada vez que arremetíamos, que tan enteros, y con más vigor peleaban, que al principio: y si algunas veces les íbamos ganando alguna poca de tierra, o parte de calle, y hacían que se retraían, era para que les siguiésemos por apartarnos de nuestra fuerza y aposento, para dar más a su salvo en nosotros, creyendo que no volveríamos con las vidas a los aposentos; porque al



retraernos hacían mucho mal¹⁵. Pues para pasar a quemarles las casas, ya he dicho en el capítulo que de ello habla, que de casa a casa tenían una puente de madera levadiza, alzábanla, y no podíamos pasar, sino por agua muy honda. Pues desde las azuteas los cantos y piedras, y varas, no lo podíamos sufrir. Por manera que nos maltrataban y herían muchos de los nuestros; y no sé yo para que lo escribo así tan tibiamente, porque unos tres o cuatro soldados que se habían hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juraron muchas veces a Dios, que guerras tan bravosas jamás habían visto en algunas que se habían hallado entre Cristianos, y contra la artillería del Rey de Francia, ni del gran Turco, ni gente, como aquellos Indios, con tanto ánimo cerrar los escuadrones vieron, y porque decían otras muchas cosas y causas que daban a ello, como adelante verán. Y quedarse ha aquí, y diré como con harto trabajo nos retrajimos a nuestros aposentos: y todavía muchos escuadrones de guerreros sobre nosotros, con grandes gritos y silbos, y trompetillas y tambores, llamándonos de bellacos, y para poco, que no sabíamos atenderles todo el día en batalla, sino volvernó retrayendo. Aquel día mataron diez o doce soldados, y todos volvimos bien heridos, y lo que pasó de la noche, fue en concertar para que de ahí a dos días saliésemos todos los soldados cuantos sanos había en todo el Real, y con cuatro ingenios a manera de torres, que se hicieron de madera bien recios, en que pudiesen ir debajo de cualquiera de ellos veinte y cinco hombres: y llevaban sus ventanillas en ellos, para ir los tiros, y también iban escopeteros y ballesteros: y junto con ellos habíamos de ir otros soldados escopeteros y ballesteros, y los tiros, y todos los demás de a caballo, hacer algunas arremetidas. Y hecho este concierto, como estuvimos aquel día que entendíamos en la obra, y fortalecer muchos portillos que nos tenían hechos, no salimos a pelear aquel día: no sé cómo lo diga, los grandes escuadrones de guerreros que nos vinieron a los aposentos a dar guerra, no solamente por diez o doce partes, sino por más de veinte: porque en todo estábamos repartidos, y otros en muchas partes: y entretanto que los adobábamos, y fortalecíamos, como dicho tengo, otros muchos escuadrones procuraron entrarnos en los aposentos a escala vista, que por tiros, ni ballestas, ni escopetas, ni por muchas arremetidas y estocadas les podían retraer. Pues lo que decían, que en aquel día no había de quedar ninguno de nosotros, y que habían de sacrificar a sus Dioses nuestros corazones y sangre, y con las piernas y brazos, que bien tendrían para hacer hartazgas y fiestas, y que los cuerpos echarían a los

¹⁵ Cortés hablando de la cantidad de combatientes de Mexicanos, dice: "Porque estaba tanta cantidad de ellos, que los Artilleros no tenían necesidad de puntería, sino asestar en los escuadrones de los Indios".
Cortés Carta II.



tigres, y leones, y víboras y culebras que tienen encerrados, que se harten de ellos: y que a aquel efecto ha dos días que mandaron que no les diesen de comer: y que el oro que teníamos, que habríamos mal gozo de él, y de todas las mantas; y a los de Tlascala que con nosotros estaban, les decían que les meterían en jaulas a engordar: y que poco a poco harían sus sacrificios con sus cuerpos. Y muy afectuosamente decían, que les diésemos su gran Señor Moctezuma, y decían otras cosas: y de noche asimismo siempre silbos y voces, y rociadas de vara y piedra, y flecha: y cuando amaneció, después de encomendarnos a Dios, salimos de nuestros aposentos con nuestras torres, que me parece a mí, que en otras partes donde me he hallado en guerras en cosas que han sido menester, las llaman buros y mantas, y con los tiros, y escopetas, y ballestas delante, y los de a caballo, haciendo algunas arremetidas: y como he dicho, aunque les matábamos muchos de ellos, no aprovechaba cosa para hacerles volver las espaldas, sino que si siempre muy bravamente habían peleado los dos días pasados, muy más fuertes y con mayores fuerzas y escuadrones estaban este día: y todavía determinamos, que aunque a todos costase la vida, de ir con nuestras torres y ingenios, hasta el gran Cu del Huichilobos. No digo por extenso los grandes combates que en una casa fuerte nos dieron; ni diré como a los caballos los herían, ni nos aprovechábamos de ellos, porque aunque arremetían a los escuadrones para romperlos, tirábanles tanta flecha, y vara, y piedra, que no se podían valer por bien armados que estaban, y si los iban alcanzando, luego se dejaban caer los Mexicanos a su salvo en las acequias y laguna, donde tenían hechos otros reparos para los de a caballo: y estaban otros muchos Indios con lanzas muy largas para acabar de matarlos; así que no aprovechaba cosa ninguna de ellos. Pues apartarnos a quemar, ni a deshacer ninguna casa, era por demás: porque como he dicho, están todas en el agua, y de casa a casa un puente levadizo; pasarla a nado era cosa muy peligrosa, porque desde las azuteas tiraban tanta piedra y cantos, que era cosa perdida ponernos en ello. Y demás de esto, en algunas casas que les poníamos fuego, tardaba una casa en se quemar un día entero, y no se podía pegar fuego de una casa a otra: lo uno, por estar apartadas la una de otra el agua en medio: y lo otro, por ser de azuteas; así que eran por demás nuestros trabajos en aventurar nuestras personas en aquello. Por manera que fuimos al gran Cu de sus ídolos, y luego de repente suben en él más de cuatro mil Mexicanos, sin otras Capitanías que en ellos estaban con grandes lanzas, y piedra, y vara, y se ponen en defensa, y nos resistieron la subida un buen rato, que no bastaban las torres, ni los tiros, ni ballestas, ni escopetas, ni los de a caballo; porque aunque querían arremeter los caballos,



había unas losas muy grandes, empedrado todo el palio, que se iban a los caballos los pies y manos: y eran tan lisas, que caían: y como desde las gradas del alto Cu nos defendían el paso, y a un lado y otro teníamos tantos contrarios, aunque nuestros tiros llevaban diez, o quince de ellos, y a estocadas y arremetidas matábamos otros muchos, cargaba tanta gente, que no les podíamos subir al alto Cu, y con gran concierto tornamos a porfiar sin llevar las torres, porque ya estaban desbaratadas, y les subimos arriba. Aquí se mostró Cortés muy varón, como siempre lo fue. ¡Oh qué pelear y fuerte batalla que aquí tuvimos! Era cosa de notar vernos a todos corriendo sangre y llenos de heridas, y más de cuarenta soldados muertos. Y quiso nuestro Señor, que llegamos adonde solíamos tener la Imagen de nuestra Señora, y no la hallamos, que pareció, según supimos, que el gran Moctezuma tenía o devoción en ella, o miedo, y la mandó guardar; y pusimos fuego a sus ídolos, y se quemó un pedazo de la sala con los ídolos Huichilobos, y Tezcatepuca. Entonces nos ayudaron muy bien los Tlascaltecas. Pues ya hecho esto, estando que estábamos, unos peleando, y otros poniendo el fuego, como dicho tengo, ver los Papas que estaban en este gran Cu, y sobre tres o cuatro mil Indios todos Principales, y que nos bajábamos, cual nos hacían venir rodando seis gradas, y aun diez abajo: y hay tanto que decir de otros escuadrones que estaban en los pretilles, y concavidades del gran Cu, tirándonos tantas varas y flechas, que así a unos escuadrones, como a los otros, no podíamos hacer cara ni sustentarnos: acordamos con mucho trabajo y riesgo de nuestras personas de volvernos a nuestros aposentos, los castillos deshechos, y todos heridos, y muertos cuarenta y seis: y los Indios siempre apretándonos, y otros escuadrones por las espaldas, que quien no nos vio, aunque aquí más claro lo diga, yo no lo sé significar: pues aún no digo lo que hicieron los escuadrones Mexicanos que estaban dando guerra en los aposentos, en tanto que andábamos fuera, y la gran porfía, y tesón que ponían de entrarles a quemarlos. En esta batalla prendimos dos Papas principales, que Cortés nos mandó que los llevasen a buen recaudo. Muchas veces he visto pintada entre los Mexicanos y Tlascaltecas esta batalla y subida que hicimos en este gran Cu; y tiénelo por cosa muy heroica, que aunque nos pintan a todos nosotros muy heridos corriendo sangre, y muchos muertos en retratos que tienen de ello hechos; en mucho lo tienen esto de poner fuego al Cu, y estar tanto guerrero, guardándolo en los pretilles y concavidades, y otros muchos Indios abajo en el suelo, y patios llenos, y en los lados otros muchos, y deshechas nuestras torres, como fue posible subirle¹⁶. Dejemos de hablar de ello, y digamos como con

¹⁶ "Y crea V. Majestad, *refiere Cortés*, que fue tanto ganarles esta torre, que si Dios no les quebrara las



gran trabajo tornamos a los aposentos: y si mucha gente nos fueron siguiendo, y dando guerra, otros muchos estaban en los aposentos, que ya les tenían derrocadas unas paredes para entrarles, y con nuestra llegada cesaron; más no de manera, que en todo lo que quedó del día dejaban de tirar vara y piedra, y flecha, y en la noche grita, y piedra, y vara. Dejemos de su gran tesón, y porfía, que siempre a la continua tenían de estar sobre nosotros, como he dicho¹⁷. Y digamos que aquella noche se nos fue en curar heridos, y enterrar los muertos, y en aderezar para salir otro día a pelear, y en poner fuerzas y mamparos a las paredes que habían derrocado, y a otros portillos que habían hecho, y tomar consejo, cómo, y de qué manera podríamos pelear, sin que recibiésemos tantos daños, ni muertes: y en todo lo que platicamos, no hallábamos remedio ninguno. Pues también quiero decir las maldiciones que los de Narváez echaban a Cortés, y las palabras que decían, que renegaban de él, y de la tierra, y aun de Diego Velázquez que acá les envió, que bien pacíficos estaban en sus casas en la Isla de Cuba; y estaban embelesados, y sin sentido. Volvamos a nuestra plática, que fue acordado de demandarles paces para salir de México, y desde que amaneció vienen muchos más escuadrones de guerreros, y muy de hecho nos cercan por todas partes los aposentos: y si mucha piedra y flecha tiraban de antes, mucho más espesas, y con mayores alaridos, y silbos vinieron este día: y otros escuadrones por otras partes procuraban de entrarnos, que no aprovechaban tiros, ni escopetas, aunque les hacían harto mal. Y viendo todo esto, acordó Cortés, que el gran Moctezuma les hablase desde una azutea, y les dijese que cesasen las guerras, y que nos queríamos ir de su ciudad: y cuando al gran Moctezuma se lo fueron a decir de parte de Cortés, dicen que dijo con gran dolor: ¿qué quiere de mí ya Malinche, que yo no deseo vivir, ni oírle, pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traído? Y no quiso venir: y aun dicen que dijo, que ya no le querían ver, ni oír, a él ni a sus falsas

alas, bastaban veinte de ellos para resistir la subida a mil hombres, como quiera que pelaron muy valientemente, hasta que murieron; e hice poner fuego a la torre." *Cortés Carta II.*

¹⁷ El coraje de los Mexicanos, y la presunción en sus fuerzas, se conoce por la respuesta que dieron a un requerimiento de paz que les hizo Cortés. "Los cuales me respondieron que bien veían, que recibían de nos mucho daño, y que morían muchos de ellos; pero, que ellos estaban ya determinados de morir todos por acabarnos. Y que mirase yo por todas aquellas calles, y plazas, y azoteas cuan llenas de gentes estaban; y que tenían hecha cuenta, que a morir veinte y cinco mil de ellos, y uno de los nuestros, nos acabaríamos nosotros primero, porque éramos pocos, y ellos muchos; y que me hacían saber, que todas las calzadas de las entradas de la ciudad eran deshechas, como de hecho pasaba, que todas las calzadas de las entradas de la ciudad eran deshechas, como de hecho pasaba, que todas las habían deshecho, excepto una: y que ninguna parte teníamos por do salir, sino por el agua; y que bien sabían, que teníamos pocos mantenimientos, y poca agua dulce, que no podíamos durar mucho, que de hambre no nos muriésemos, aunque ellos no nos matasen. Y de verdad, que ellos tenían mucha razón, que aunque no tuviéramos otra guerra, sino la hambre, y necesidad de mantenimiento, bastaba para morir todos en breve tiempo, y pasamos otras muchas razones, favoreciendo cada uno sus partidos." *Cortés Carta II.*



palabras, ni promesas y mentiras: y fue el Padre de la Merced, y Cristóbal de Olí, y le hablaron con mucho acato, y palabras muy amorosas. Y díjoles el Moctezuma: yo tengo creído, que no aprovecharé cosa ninguna para que cese la guerra, porque ya tienen alzado otro señor, y han propuesto de no dejaros salir de aquí con la vida; y así creo que todos vosotros habéis de morir en esta ciudad. Y volvamos a decir de los grandes combates que nos daban, que Moctezuma se puso a un pretil de una azutea con muchos de nuestros soldados, que le guardaban, y les comenzó a hablar a los suyos con palabras muy amorosas, que dejasen la guerra, que nos iríamos de México: y muchos Principales Mexicanos, y Capitanes bien le conocieron, y luego mandaron que callasen sus gentes, y no tirasen varas, ni piedras, ni flechas; y cuatro de ellos se allegaron en parte que Moctezuma les podía hablar, y ellos a él, y llorando le dijeron: Oh Señor, y nuestro gran Señor, y cómo nos pesa de todo vuestro mal y daño, y de vuestros hijos y parientes. Os hacemos saber, que ya hemos levantado a un vuestro primo por Señor, y allí le nombró como se llamaba, que se decía Coadlabacán, Señor de Iztapalapa, que no fue Guatemuz; el cual desde a dos meses fue Señor. Y más dijeron, que la guerra que la habían de acabar: y que tenían prometido a sus ídolos de no dejarlo, hasta que todos nosotros muriésemos: y que rogaban cada día a su Huichilobos y a Tezcatepuca, que le guardase libre, y sano de nuestro poder, y como saliese como deseaban, que no lo dejarían de tener muy mejor que de antes por Señor, y que les perdonase. Y no hubieron bien acabado el razonamiento, cuando en aquella sazón tiran tanta piedra, y vara, que los nuestros le arrodaban, y como vieron que entre tanto que hablaba con ellos, no daban guerra, se descuidaron un momento del rodellar, y le dieron tres pedradas, y un flechazo, una en la cabeza, y otra en un brazo, y otra en una pierna: y puesto que le rogaban que se curase, y comiese, y le decían sobre ello buenas palabras, no quiso; antes cuando no nos catamos, vinieron a decir que era muerto, y Cortés lloró por él, y todos nuestros Capitanes, y soldados: y hombres hubo entre nosotros de los que le conocíamos y tratábamos, que tan llorado fue, como si fuera nuestro padre: y no nos hemos de maravillar de ello, viendo que tan bueno era: y decían que había diez y siete años que reinaba, y que fue el mejor Rey que en México había habido, y que por su persona había vencido tres desafíos que tuvo sobre las tierras que sojuzgó.



CAPÍTULO CXXVII.

Desde que fue muerto el gran Moctezuma, acordó Cortés de hacerlo saber a sus Capitanes, y Principales que nos daban guerra, y lo que más sobre ello pasó.

Pues como vimos a Moctezuma que se había muerto, ya he dicho la tristeza que todos nosotros hubimos por ello, y aun al Fraile de la Merced, que siempre estaba con él, y no le pudo atraer a que se volviese Cristiano, y el Fraile le dijo, que creyese, que de aquellas heridas moriría, a que él respondía, que él debía de mandar que le pusiesen alguna cosa. En fin de más razones, mandó Cortés a un Papa, y a un Principal de los que estaban presos, que soltamos para que fuesen a decir al Cacique que alzaron por Señor, que se decía Coadlavaca, y a sus Capitanes, como el gran Moctezuma era muerto, y que ellos lo vieron morir, y de la manera que murió, y heridas que le dieron los suyos, y dijesen cómo a todos nos pesaba de ello, y que lo enterrasen como gran Rey que era, y que alzasen a su primo del Moctezuma, que con nosotros estaba por Rey, pues le pertenecía de heredar, o a otros sus hijos, y que al que habían alzado por Señor, que no le venía de derecho, y que tratasen paces para salirnos de México, que si no lo hacían ahora que era muerto Moctezuma, a quien teníamos respeto, y que por su causa no les destruíamos su ciudad, que saldríamos a darles guerra, y a quemarles todas las casas, y les haríamos mucho mal: y porque lo vieses como era muerto el Moctezuma, mandó a seis Mexicanos muy principales, y los más Papas que teníamos presos, que lo sacasen a cuestras, y lo entregasen a los Capitanes Mexicanos, y les dijesen lo que Moctezuma mandó al tiempo que se quería morir, que aquellos que le llevaron a cuestras, se hallaron presentes a su muerte: y dijeron al Coadlavaca toda la verdad, como ellos propios le mataron de tres pedradas, y un flechazo. Y cuando así le vieron muerto, vimos que hicieron muy gran llanto, que bien oímos las gritas y aullidos que por él daban: y aun con todo esto no cesó la gran batería que siempre nos daban, que era sobre nosotros de vara, y piedra, y flecha, y luego la comenzaron muy mayor, y con gran braveza nos decían: ahora pagareis muy de verdad la muerte de nuestro Rey, y el deshonor de nuestros ídolos: y las paces que nos enviáis a pedir, salid acá, y concertaremos cómo, y de qué manera han de ser: y decían tantas palabras sobre ello, y de otras cosas, que ya no se me acuerda, y las dejaré aquí decir, y que ya tenían elegido buen Rey, y que no era de corazón tan flaco, que le podíais engañar con palabras falsas, como fue al buen Moctezuma: y del enterramiento que no tuviesen cuidado, sino de nuestras vidas, que en dos días no quedarían ningunos de nosotros, para que



tales cosas enviemos a decir: y con estas pláticas muy grandes gritas y silbos, y rociadas de piedra, vara, y flecha, y otros muchos escuadrones, todavía procurando de poner fuego a muchas partes de nuestros aposentos. Y como aquello vio Cortés, y todos nosotros, acordamos que para otro día saliésemos del Real, y diésemos guerra por otra parte, adonde había muchas casas en tierra firme, y que hiciésemos todo el mal que pudiésemos, y fuésemos hacia la calzada, y que todos los de a caballo rompiesen con los escuadrones, y los alanceasen, o echasen en la laguna, y aunque les matasen los cabillos: y esto se ordenó para ver si por ventura con el daño y muerte que les hiciésemos, cesaría la guerra, y se trataría alguna manera de paz, para salir libres sin más muertes, y daños. Y puesto que otro día lo hicimos todos muy varonilmente, y matamos muchos contrarios, y se quemaron obra de veinte casas, y fuimos hasta cerca de tierra firme, todo fue nonada para el gran daño, y muertes de más de veinte soldados, y heridas que nos dieron, y no pudimos ganarles ningún puente, porque todos estaban medio quebrados, y cargaron muchos Mexicanos sobre nosotros, y tenían puestas albarradas y mamparos, en parte adonde conocían que podían alcanzar las caballos. Por manera, que si muchos trabajos teníamos hasta allí, muchos mayores tuvimos adelante. Y dejarlo he aquí, y volvamos a decir como acordamos de salir de México. En esta entrada, y salida, que hicimos con los de a caballo, que era un Jueves, acuerdóme que iba allí Sandoval, y Lares el buen jinete, y Gonzalo Domínguez, Juan Velázquez de León, y Francisco de Morla, y otros buenos hombres de a caballo de los nuestros, y de los de Narváez: y asimismo iban otros buenos jinetes; mas estaban espantados, y temerosos los de Narváez, como no se habían hallado en guerras de Indios, como nosotros los de Cortés.



CAPÍTULO CXXVIII.

Cómo acordamos de irnos huyendo de México, y lo que sobre ello se hizo.

Como vimos que cada día iban menguando nuestras fuerzas, y las de los Mexicanos crecían, y veíamos muchos de los nuestros muertos, y todos los más heridos, y que aunque peleábamos muy como varones, no los podíamos hacer retirar, ni que le apartasen los muchos escuadrones, que de día, y de noche nos daban guerra, y la pólvora apocada, y la comida, y agua por el consiguiente, y el gran Moctezuma muerto, las paces que les enviamos a demandar, no las quisieron aceptar: en fin veíamos nuestras muertes a los ojos, y los puentes que estaban alzados; y fue acordado por Cortés, y por todos nuestros Capitanes, y soldados, que de noche nos fuésemos, cuando viésemos que los escuadrones guerreros estuviesen más descuidados: y para más descuidarles, aquella tarde les enviamos a decir con un Papa de los que estaban presos, que era muy Principal entre ellos, y con otros prisioneros, que nos dejen ir en paz de ahí a ocho días, y que les daríamos todo el oro, y esto por descuidarlos, y salimos aquella noche. Y demás de esto, estaba con nosotros un soldado, que se decía Botello, al parecer muy hombre de bien, y latino, y había estado en Roma, y decían que era nigromántico, otros decían que tenía familiar, algunos le llamaban Astrólogo: y este Botello había dicho cuatro días había, que hallaba por sus suertes, y astrologías, que si aquella noche que venía no salíamos de México, y si más aguardábamos, que ningún soldado podría salir con la vida: y aún había dicho otras veces, que Cortés había de tener muchos trabajos, y había de ser desposeído de su ser, y honra, y que después había de volver a ser gran Señor, y de mucha renta: y decía otras muchas cosas de este arte. Dejemos al Botello, que después tornaré a hablar en él, y diré como se dio luego orden, que se hiciese de madejos, y ballestas muy recias una puente que llevásemos para poner en las puentes que tenían quebradas: y para ponerla, y llevarla, y guardar el paso, hasta que pasase todo el fardaje, y los de a caballo, y todo nuestro ejército, señalaron, y mandaron a cuatrocientos Indios Tlascaltecas, y ciento y cincuenta soldados: y para llevar el artillería, señalaron doscientos y cincuenta Indios Tlascaltecas, y cincuenta soldados: y para que fuesen en la delantera peleando, señalaron a Gonzalo de Sandoval, y a Francisco de Acevedo el pulido, y a Francisco de Lugo, y a Diego de Ordás, y Andrés de Tapia; y todos estos Capitanes, y otros ocho o nueve de los de Narváez, que aquí no nombro, y con ellos para que les ayudasen, cien soldados mancebos sueltos: y para que fuesen entre medias del fardaje, y



Naborías, y prisioneros, y acudiesen a la parte que más conviniese de pelear, señalaron al mismo Cortés, y a Alonso de Ávila, y a Cristóbal de Olí, y a Bernardino Vázquez de Tapia, y a otros Capitanes de los nuestros, que no me acuerdo ya sus nombres, con otros cincuenta soldados: y para la retaguarda señalaron a Juan Velázquez de León, y a Pedro de Alvarado, con otros muchos de a caballo, y más de cien soldados, y todos los más de los de Narváez: y para que llevasen a cargo los prisioneros, y a Doña Marina, y a Doña Luisa, señalaron trescientos Tlascaltecas, y treinta soldados. Pues hecho este concierto, ya era noche, y para sacar el oro, y llevarlo, y repartirlo, mandó Cortés a su Camarero, que se decía Cristóbal de Guzmán, y a otros sus criados, que todo el oro y plata, y joyas, lo sacasen de su aposento a la sala con muchos Indios de Tlascala, y mandó a los oficiales del Rey, que era en aquel tiempo Alonso de Ávila, y Gonzalo Mejía, que pusiesen en cobro todo el oro de su Majestad, y para que lo llevasen les dio siete caballos heridos, y cojos, y una yegua, y muchos Indios Tlascaltecas, que según dijeron, fueron más de ochenta, y cargaron de ello lo que más pudieron llevar, que estaba hecho todo lo más de ello en barras muy anchas, y grandes, como dicho tengo en el capítulo que de ello habla, y quedaba mucho más oro en la sala hecho montones. Entonces Cortés llamó su Secretario, que se decía Pedro Hernández, y a otros Escribanos del Rey, y dijo: dadme por testimonio, que no puedo más hacer sobre guardar este oro. Aquí tenemos en esta casa, y sala sobre setecientos mil pesos por todo, y veis que no lo podemos pasar, ni poner cobro más de lo puesto: los soldados que quisieren sacar de ello, desde aquí se lo doy, como se ha de quedar aquí perdido entre estos perros: y desde que aquello oyeron muchos soldados de los de Narváez, y aun algunos de los nuestros cargaron de ello. Yo digo, que nunca tuve codicia del oro, sino procurar salvar la vida, porque la teníamos en gran peligro; mas no dejé de apañar de una petaquilla que allí estaba, cuatro chalchihuis, que son piedras muy preciadas entre los Indios, que de presto me eché entre los pechos entre las armas: y aun entonces Cortés mandó tomar la petaquilla con los chalchihuis que quedaban para que la guardase su Mayordomo: y aun los cuatro chalchihuis que yo tomé, si no me los hubiera echado entre los pechos, me los demandara Cortés; los cuales me fueron muy buenos para curar mis heridas, y comer del valor de ellos. Volvamos a nuestro cuento, que desde que supimos el concierto que Cortés había hecho de la manera que habíamos de salir, y llevar la madera para los puentes, y como hacia algo oscuro, que había neblina y lloviznaba, y era antes de media noche, comenzaron a traer la madera y puente, y ponerla en el lugar que había de estar, y a caminar el fardaje y artillería,



y muchos de a caballo, y los Indios Tlascaltecas con el oro: y después que se puso en la puente, y pasaron todos así como venían, y pasó Sandoval, y muchos de a caballo, también pasó Cortés con sus compañeros de a caballo tras de los primeros, y otros muchos soldados. Y estando en esto, suenan los cornetas, y gritas y silbos de los Mexicanos: y decían en su lengua: Taltelulco, Taltelulco, salíd presto con vuestras canoas, que se van los Teules, atajadlos en los puentes: y cuando no me cato, vimos tantos escuadrones de guerreros sobre nosotros, y toda la laguna cuajada de canoas, que no nos podíamos valer, y muchos de nuestros soldados ya habían pasado. Y estando de esta manera, carga tanta multitud de Mexicanos a quitar el puente, y a herir y matar a los nuestros, que no se daban a manos unos a otros: y como la desdicha es mala, y en tales tiempos ocurre un mal sobre otro, como llovía resbalaron dos caballos, y se espantaron, y caen en la laguna, y el puente quitado, y caído, y carga tanto guerrero Mexicano para acabarla de quitar, que por bien que peleábamos, y matábamos muchos de ellos, no se pudo más aprovechar de ella. Por manera, que aquel paso y abertura de agua presto se hinchó de caballos muertos, y de los caballeros cuyos eran, que no podían nadar, y mataban muchos de ellos, y de los Indios Tlascaltecas, y Indias Naborías, y fardaje, y petacas y artillería; y de los muchos que se ahogaban, ellos y los caballos, y de otros muchos soldados que allí en el agua mataban, y metían en las canoas, que era muy gran lástima de verlo y oírlo. Pues la grito y lloros, y lástimas que decían demandando socorro: Ayudadme que me ahogo: otros, Socorredme, que me matan: otros demandando ayuda a nuestra Señora Santa María, y a Señor Santiago: otros demandaban ayuda para subir al puente, y estos eran ya que escapaban nadando, y asidos a muertos, y a petacas para subir arriba, adonde estaba la puente: y algunos que habían subido, y pensaban que estaban libres de aquel peligro, había en las calzadas grandes escuadrones guerreros, que los apañaban y amorriñaban con unas macanas: y otros que flechaban y alanceaban. ¿Pues quizá había algún concierto en la salida, como lo habíamos concertado? Maldito aquel; porque Cortés, y los Capitanes y soldados que pasaron primero a caballo por salvar sus vidas, y llegar a tierra firme, agujaron por las puentes y calzadas adelante, y no aguardaron unos a otros, y no lo erraron, porque los de a caballo no podían pelear en las calzadas, porque yendo por la calzada, ya que arremetían a los escuadrones Mexicanos, se les echaban al agua, y de la una parte la laguna, y de otra azuteas, y por tierra les tiraban tanta flecha, y vara, y piedra, y con lanzas muy largas, que habían hecho de las espadas que nos tomaron, como partesanas, mataban los caballos con ellas: y si arremetía alguno de a caballo, y



mataba algún indio, luego le mataban el caballo; y así no se atrevían a correr por la calzada. Pues vista cosa es, que no podían pelear en el agua; y puestos, sin escopetas, ni ballestas, y de noche, ¿qué podíamos hacer, sino lo que hacíamos? Que era, que arremetiésemos treinta y cuarenta soldados, que nos juntábamos, y dar algunas cuchilladas a los que nos venían a echar mano, y andar y pasar adelante, hasta salir de las calzadas: porque si aguardáramos los unos a los otros, no saliéramos ninguno con la vida, y si fuera de día, peor fuera: y aun los que escapamos, fue, que nuestro Señor Dios fue servido darnos esfuerzo para ello, y para quien no lo vio aquella noche la multitud de guerreros, que sobre nosotros estaban, y las canoas que de los nuestros arrebataban y llevaban a sacrificar, era cosa de espanto. Pues yendo que íbamos cincuenta soldados de los de Cortés, y algunos de Narváez, por nuestra calzada adelante, de cuando en cuando salían escuadrones Mexicanos a echarnos manos. Acuérdomé que nos decían: Oh, oh, oh luilones, que quiere decir: O putos. ¿Aún aquí quedáis vivos, que no os han muerto los tiacanes? Y como les acudimos con cuchilladas y estocadas, pasamos adelante: y yendo por la calzada cerca de tierra firme, cabe el pueblo de Tacuba, donde ya habían llegado Gonzalo de Sandoval, y Cristóbal de Olí, y Francisco de Salcedo el pulido, y Gonzalo Domínguez, y Lares, y otros muchos de a caballo, y soldados de los que pasaron adelante, antes que desamparasen el puente, según y de la manera que dicho tengo: y ya que llegábamos cerca, oíamos voces, que daba Cristóbal de Olí, y Gonzalo de Sandoval, y Francisco de Morla, y decían a Cortés, que iba adelante de todos. Aguardad, Señor Capitán, que dicen estos soldados, que vamos huyendo, y los dejamos morir en los puentes y calzadas a todos los que quedan atrás, tornémoslos a amparar y recoger, porque vienen algunos soldados muy heridos, y dicen que los demás quedan todos muertos, y no salen, ni vienen ningunos. Y la respuesta que dio Cortés, que los que habíamos salido de las calzadas era milagro; que si a los puentes volviesen, pocos escaparían con las vidas, ellos y los caballos: y todavía volvió el mismo Cortés, y Cristóbal de Olí, y Alonso de Ávila, y Gonzalo de Sandoval, y Francisco de Morla, y Gonzalo Domínguez, con otros seis o siete de a caballo, y algunos soldados que no estaban heridos; mas no fueron mucho trecho, porque luego encontraron con Pedro de Alvarado bien herido con una lanza en la mano a pie, que la yegua alazana ya se la habían muerto, y traía consigo siete soldados, los tres de los nuestros, y los cuatro de Narváez, también muy heridos, y ocho Tlascaltecas, todos corriendo sangre de muchas heridas: y entretanto volvió Cortés por la calzada con los Capitanes y soldados, que dicho tengo. Reparamos en los patios junto a Tacuba, y ya habían venido de México,



como está cerca, dando voces, y a dar mandado a Tacuba, y a Escapuzalco, y a Teneyuca, para que nos saliesen al encuentro. Por manera, que nos comenzaron a tirar vara, y piedra, y flecha, y con sus lanzas grandes engastonadas en ellas de nuestras espadas que nos tomaron en este desbarate; y hacíamos algunas arremetidas, en que nos defendíamos de ellos, y les ofendíamos. Volvamos a Pedro de Alvarado, que como Cortés, y los demás Capitanes y soldados le encontraron de aquella manera que he dicho, y como supieron que no venían más soldados, se les saltaron las lágrimas de los ojos: porque el Pedro de Alvarado, y Juan Velázquez de León, con otros más de veinte de a caballo, y más de cien soldados habían quedado en la retaguarda: y preguntando Cortés por los demás, dijo, que todos quedaban muertos, y con ellos el Capitán Juan Velázquez de León, y todos los más de a caballo que traía, así de los nuestros, como de los de Narváez, y más de ciento y cincuenta soldados que traía: y dijo el Pedro que después que les mataron los caballos, y la yegua, que se juntaron para ampararse, obra de ochenta soldados, y que sobre los muertos, y petacas, y caballos que se ahogaron, pasaron el primer puente: en esto no se me acuerda bien si dijo, que pasó sobre los muertos, y entonces no miramos lo que sobre ello dijo a Cortés, sino que allí en aquella puente le mataron a Juan Velázquez, y más de doscientos compañeros que traía, que no les pudieron valer. Y asimismo a este otro puente, que les hizo Dios mucha merced en escapar con las vidas: y decía que todas los puentes y calzadas estaban llenos de guerreros. Dejemos esto, y diré que en el triste puente, que dicen ahora que fue el salto del Alvarado, yo digo, que en aquel tiempo ningún soldado se paró a verlo, si saltaba poco o mucho, que harto teníamos en mirar y salvar nuestras vidas, porque eran muchos los Mexicanos que contra nosotros había: porque en aquella coyuntura no lo podíamos ver, ni tener sentido en salto, si saltaba o pasaba poco, o mucho; y así sería cuando el Pedro de Alvarado llegó a la puente, como él dijo a Cortés que había pasado asido a petacas, y caballos, y cuerpos muertos: porque ya que quisiera saltar, y sustentarse en la lanza en el agua, era muy honda, y no pudiera llegar al suelo con ella para poderse sustentar sobre ella, y demás de esto la abertura muy ancha y alta, que no la podría saltar por muy más suelto que era. También digo, que no la podía saltar, ni sobre la lanza, ni de otra manera: porque después desde cerca de un año que volvimos a poner cerco a México, y la ganamos, me hallé muchas veces en aquel puente peleando con escuadrones Mexicanos, y tenían allí hechos reamparos y albarradas, que se llama ahora la puente del salto de Alvarado: y platicábamos muchos soldados sobre ello, y no hallábamos razón, ni soltura de un hombre que tal saltase. Dejemos este salto, y digamos,



que como vieron nuestros Capitanes que no acudían más soldados, y el Pedro de Alvarado dijo, que todo quedaba lleno de guerreros, y que ya que algunos quedasen rezagados, que en los puentes los matarían, volvamos a decir de esto del salto de Alvarado: digo, que para qué porfían algunas personas que no lo saben, ni lo vieron, que fue cierto que la saltó el Pedro de Alvarado la noche que salimos huyendo, aquel puente y abertura del agua: otra vez digo, que no la pudo saltar en ninguna manera: y para que claro se vea, hoy está el puente y la manera del altor del agua que solía venir, y que tan alto estaba el puente, y el agua muy honda, que no podía llegar al suelo con la lanza. Y porque los Lectores sepan, que en México hubo un soldado, que se decía Fulano de Ocampo, que fue de los que vinieron con Garay, hombre muy plático, y se preciaba de hacer libelos infamatorios, y otras cosas a manera de masepasquines: y puso en ciertos libelos a muchos de nuestros Capitanes cosas feas, que no son de decir, no siendo verdad: y entre ellos, demás de otras cosas que dijo de Pedro de Alvarado, que había dejado morir a su compañero Juan Velázquez de León con más de doscientos soldados, y los de a caballo que les dejamos en la retaguarda, y se escapó él, y por escaparse dio aquel gran salto, como suele decir el refrán: Saltó, y escapó la vida. Volvamos a nuestra materia: y porque los que estábamos ya en salvo en lo de Tacuba, no nos acabásemos del todo de perder, y porque habían venido muchos Mexicanos, y los de Tacuba, y Escapuzalco, y Teneyuca, y de otros pueblos comarcanos sobre nosotros, que todos enviaron mensajeros desde México, para que nos saliesen al encuentro en los puentes y calzadas, y desde los maizales nos hacían mucho daño, y mataron tres soldados, que ya estaban heridos: acordamos lo más presto que pudiésemos salir de aquel pueblo y sus maizales, y con seis o siete Tlascaltecas, que sabían o atinaban el camino de Tlascala, sin ir por camino derecho, nos guiaban con mucho concierto, hasta que saliésemos a unas caserías que en un cerro estaban, y allí junto a un Cu, y adoratorio, y como fortaleza, adonde reparamos: que quiero tornar a decir, que seguidos que íbamos de los Mexicanos, y de las flechas, y varas, y piedras, con sus hondas nos tiraban, y como nos cercaban dando siempre en nosotros, es cosa de espantar: y como lo he dicho muchas veces, estoy harto de decirlo, los Lectores no lo tengan por cosa de prolijidad, por causa que cada vez o cada rato que nos apretaban y herían, y daban recia guerra, por fuerza tengo de tornar a decir de los escuadrones que nos seguían y mataban muchos de nosotros. Dejémoslo ya de traer tanto a la memoria, y digamos cómo nos defendíamos en aquel Cu y fortaleza: nos albergamos, y se



curaron los heridos, y con muchas lumbres que hicimos¹⁸. Pues de comer no lo había, y en aquel Cu y adoratorio después de ganada la gran ciudad de México, hicimos una Iglesia, que se dice nuestra Señora de los Remedios, muy devota, y van ahora allí en romería, y a tener novenas muchos vecinos, y Señoras de México. Dejemos esto, y volvamos a decir, que lástima era de ver curar y apreciar con algunos paños de mantas nuestras heridas: y como se habían resfriado, y estaban hinchadas, dolían. Pues más de llorar fue los caballos, y esforzados soldados que faltaban: que es de Juan Velázquez de León, Francisco de Salcedo, y Francisco de Morla, y un Lares el buen jinete, y otros muchos de los nuestros de Cortés. ¿Para qué cuento yo estos pocos? Porque para escribir los nombres de los muchos que de los nuestros faltaron, es no acabar tan presto. Pues de los de Narváez, todos los más en las puentes quedaron cargados de oro. Digamos ahora, qué es de muchos Tlascaltecas, que iban cargados de barras de oro, y otros que nos ayudaban. Pues el Astrólogo Botello no le aprovechó su Astrología, que también allí murió. Volvamos a decir, como quedaron muertos, así los hijos de Moctezuma, como los prisioneros que traíamos, y el Cacamatzin, y otros Reyezuelos. Dejemos ya de contar tantos trabajos, y digamos como estábamos pensando en lo que por delante teníamos: y era, que todos estábamos heridos, y no escaparon sino veinte y tres caballos. Pues los tiros y artillería, y pólvora: no sacamos ninguna, las ballestas fueron pocas, y esas se remediaron luego, e hicimos saetas. Pues lo peor de todo era, que no sabíamos la voluntad que habíamos de hallar en nuestros amigos los de Tlascala. Y demás de esto, aquella noche siempre cercados de Mexicanos, y grita y vara y flecha, con hondas sobre nosotros, acordamos de salirnos de allí a media noche, y con los Tlascaltecas nuestras guías por delante con muy gran concierto, llevábamos los muy heridos en el camino en medio, y los cojos con bordones, y algunos que no podían andar, y estaban muy malos, a ancas de caballos de los que iban cojos, que no eran para batallar, y los de a caballo sanos, delante, y a un lado y a otro repartidos: y por este arte, todos nosotros los que más sanos estábamos, haciendo rostro y cara a los Mexicanos, y los Tlascaltecas que estaban heridos, iban dentro en el cuerpo de nuestro escuadrón: y los demás que estaban sanos, hacían cara juntamente con nosotros: porque los Mexicanos nos iban siempre picando con grandes voces y gritos, y silbos, diciendo: Allá iréis donde no quede ninguno de vosotros a

¹⁸ Cuando Cortés llega en su relación a este cerro y aposento que había en él, dice: "Dios sabe el trabajo y fatiga que allí se recibió, porque ya no había caballo de veinte y cuatro que nos habían quedado, que pudiese correr, ni caballero que pudiese alzar el brazo, ni peón sano, que pudiese menearse; y llegados al aposento nos fortalecimos en él, y allí nos cercaron, y tuvieron cercados hasta noche, si dejarnos descansar una hora." *Cortés Carta II.*



vida: y no entendíamos a qué fin lo decían, según adelante verán. Olvidado me he de escribir el contento que recibimos de ver viva a nuestra Doña Marina, y a Doña Luisa hija de Xicotenga, que las escaparon en las puentes unos Tlascaltecas hermanos de la Doña Luisa, que salieron de los primeros, y quedaron muertas todas las más Naborías que nos habían dado en Tlascala, y en México: allí quedaron en los puentes con los demás. Y volvamos a decir, como llegamos aquel día a un pueblo grande, que se dice Gualquitán; el cual pueblo fue de Alonso de Ávila: y aunque nos daban grita y voces, y tiraban piedra, y vara, y flecha, todo lo soportábamos. Y desde allí fuimos por unas caserías y pueblezuelos, y siempre los Mexicanos siguiéndonos, y como se juntaban muchos, procuraban de matarnos, y nos comenzaban a cercar, y tiraban tanta piedra con hondas, y vara, y flecha, que mataron a dos de nuestros soldados en un paso malo, que iban mancos, y también un caballo, e hirieron a muchos de los nuestros: y también nosotros a estocadas les matamos algunos de ellos, y los de a caballo a lanzadas les mataban, aunque pocos: y así dormimos en aquellas casas, y allí comimos el caballo que mataron¹⁹. Y otro día muy de mañana comenzamos a caminar con el concierto que de antes, y aún mejor, y siempre la mitad de los de a caballo adelante: y poco más de una legua en un llano, ya que creímos ir en salvo, vuelven tres de los nuestros de a caballo, y dicen que están los campos llenos de guerreros Mexicanos aguardándonos²⁰: cuando lo oímos, bien que tuvimos temor y grande, más no para desmayar del todo, ni dejar de encontrarnos con ellos, y pelear hasta morir, y allí reparamos un poco, y se dio orden, cómo habían de entrar y salir los de a caballo a media rienda, y que no se parasen a lancear, sino las lanzas por los rostros, hasta romper sus escuadrones, y que todos los soldados las estocadas que diésemos, que les pasásemos las entrañas, y que todos hiciésemos de manera, que vengásemos muy bien nuestras muertes y heridas, por manera, que si Dios fuese servido, que escapásemos con las vidas: y después de encomendarnos a Dios y a Santa

¹⁹ No es de omitir la relación que hace Cortés del estado deplorable del ejército ese día: "Y de allí salí yo muy malherido en la cabeza de dos pedradas, y después de haberme atado las heridas, hice salir los Españoles del Pueblo, porque me pareció, que no era seguro aposento para nosotros. Y así caminando, siguiéndonos todavía los Indios en harta cantidad, los cuales pelearon con nosotros tan reciamente, que hirieron cuatro, o cinco españoles, y otros tantos caballos, y nos mataron un caballo, que aunque Dios sabe cuánta falta nos hizo, y cuánta pena recibimos, con habernosle muerto, porque no teníamos después de Dios, otra seguridad, sino la de los caballos, nos consoló su carne, porque le comimos, sin dejar cuero, ni otra cosa de él según la grande necesidad, que traíamos: porque después, que de la gran Ciudad salimos, ninguna otra cosa comimos, sino maíz tostado, y cocido, y esto no todas veces, ni abasto; y yerbas, que cogíamos del campo. Y viendo que de cada día sobrevenía más gente, y más recia, y nosotros íbamos enflaqueciendo, hice aquella noche, que los heridos, y dolientes que llevábamos a las ancas de los caballos, y acuestas, hiciesen maletas, y otras maneras de ayudar como se pudiesen sostener, y andar, porque los caballos, y Españoles sanos estuviesen libres para pelear. *Cortés Carta II.*

²⁰ Junto a Otumba donde se dio la célebre batalla, que va a describir Castillo.



María muy de corazón, e invocando el nombre del Señor Santiago, desde que vimos que nos comenzaban a cercar, de cinco en cinco de a caballo rompieron por ellos, y todos nosotros juntamente²¹. ¡Oh qué cosa de ver era esta tan temerosa, y rompida batalla! Cómo andábamos con pie, y con qué furia los perros peleaban, y qué herir y matar hacían en nosotros con sus lanzas y macanas, y espadas de dos manos²²: y los de a caballo, como era el campo llano, como alanceaban a su placer, entrando y saliendo a media rienda: y aunque estaban heridos ellos y sus caballos, no dejaban de batallar muy como varones esforzados. Pues todos nosotros los que teníamos caballos parece ser, que a todos se nos ponía esfuerzo doblado, que aunque estábamos heridos, y de refresco teníamos más heridas, no curábamos de apretarlas, por no pararnos a ello, que no había lugar, sino con grandes ánimos apechugábamos a darles de estocadas. Pues quiero decir, cómo Cortés, y Cristóbal de Olí, y Pedro de Alvarado, que tomó otro caballo de los de Narváez, porque su yegua se la habían muerto, como dicho tengo; y Gonzalo de Sandoval, cual andaban de una parte a otra rompiendo escuadrones, aunque bien heridos: y las palabras que Cortés decía a los que andábamos envueltos con ellos, que la estocada y cuchillada que diésemos, fuese en señores señalados, porque todos traían grandes penachos con oro, y ricas armas y divisas. Pues oír como nos esforzaba el valiente y animoso Sandoval, y decía: Ea, señores, que hoy es el día que hemos de vencer, tened esperanza en Dios, que saldremos de aquí vivos, para algún buen fin nos guarda Dios. Y tornaré a decir los muchos de nuestros soldados, que nos mataban y herían. Y dejemos esto, y volvamos a Cortés, y Cristóbal de Olí, y Sandoval, y Pedro de Alvarado, y Gonzalo Domínguez, y otros muchos que aquí no nombro: y todos los soldados poníamos grande ánimo para pelear, y esto nuestro Señor Jesucristo, y nuestra Señora la Virgen Santa María nos lo ponía, y Señor Santiago, que ciertamente nos ayudaba: y así lo certificó un Capitán de Guatemuz, de los que se hallaron en la batalla: y quiso Dios que allegó Cortés con los Capitanes por mí nombrados, en parte donde andaba el Capitán General de los Mexicanos con su bandera tendida, con ricas armas de oro, y grandes penachos de argentería, y como lo vio Cortés al que llevaba la bandera, con otros muchos Mexicanos, que todos traían grandes penachos de oro, dijo a Pedro de Alvarado, y a Gonzalo de Sandoval, y a Cristóbal de Olí, y a los demás Capitanes: Ea, Señores, rompamos con ellos. Y encomendándose a Dios, arremetió Cortés, y Cristóbal de Olí, y Sandoval, y

²¹ "Salieron al encuentro mucha cantidad de Indios, y tanta que por la delantera, lados, ni rezaga, ninguna cosa de los campos, que se podían ver, había de ellos vacía." *Cortés Carta II.*

²² "Los cuales pelearon con nosotros tan fuertemente por todas partes, que casi no nos conocíamos unos a otros, tan juntos, y envueltos andaban con nosotros." *Cortés Carta II.*



Alonso de Ávila, y otros caballeros, y Cortés dio un encuentro con el caballo al Capitán Mexicano, que le hizo abatir su bandera, y los demás nuestros Capitanes acabaron de romper el escuadrón, que eran muchos Indios: y quien siguió al Capitán que traía la bandera, que aun no había caído del encuentro que Cortés le dio, fue un Juan de Salamanca, natural de Ontiveros, con una buena yegua overa, que le acabó de matar, y le quitó el rico penacho que traía, y se le dio a Cortés, diciendo, que pues él le encontró primero, y le hizo abatir la bandera, y hizo perder el brío, le daba el plumaje; mas dende a ciertos años su Majestad se le dio por armas al Salamanca: y así las tienen en sus reposteros sus descendientes. Volvamos a nuestra batalla, que nuestro Señor Dios fue servido, que muerto aquel Capitán que traía la bandera Mexicana, y otros muchos que allí murieron, aflojó su batallar de arte, que se iban retrayendo, y todos los de a caballo siguiéndoles y alcanzándoles. Pues a nosotros no nos dolían las heridas, ni teníamos hambre, ni sed, sino que parecía que no habíamos habido ni pasado ningún mal trabajo. Seguimos la victoria matando y hiriendo. Pues nuestros amigos los de Tlascala estaban hechos unos leones, y con sus espadas y montantes y otras armas que allí apañaron, hacíanlo muy bien y esforzadamente. Ya vueltos los de a caballo de seguir la victoria, todos dimos muchas gracias a Dios, que escapamos de tan gran multitud de gente, porque no se había visto, ni hallado en todas las Indias, en batalla que se haya dado, tan gran número de guerreros juntos; porque allí estaba la flor de México, y de Tezcucó, y Saltocán, ya con pensamiento que de aquella vez no quedara roso ni veloso de nosotros²³. Pues qué armas tan ricas que traían con tanto oro y penachos y divisas, y todos los más Capitanes y personas principales: y allí junto, donde fue esta reñida y nombrada, y temerosa batalla (para en estas partes así se puede decir, pues Dios nos escapó con las vidas) había cerca un pueblo que se dice Obtumba: la cual batalla tienen muy bien pintada, y en retratos entallada los Mexicanos y Tlascaltecas, entre otras muchas batallas, que con los Mexicanos hubimos, hasta que ganamos a México. Y tengan atención los curiosos Lectores, que esto leyeren, que quiero traer aquí a la memoria, que cuando entramos al socorro de Pedro de Alvarado en México, fuimos por todos sobre más de mil y trescientos soldados con los de a caballo, que fueron noventa y siete, y ochenta ballesteros, y otros tantos escopeteros, y más de dos mil

²³ "Y cierto creímos ser aquel el último de nuestros días, según el mucho poder de los Indios, y la poca resistencia que en nosotros hallaban, por ir, como íbamos muy cansados, y casi todos heridos, y desmayados de hambre. Pero quiso nuestro Señor mostrar su gran poder, y misericordia con nosotros, que con toda nuestra flaqueza quebrantamos su gran orgullo, y soberbia, en que murieron muchos de ellos, y muchas personas muy principales, y señaladas, porque eran tantos, que los unos a los otros se estorbaban, que no podían pelear, ni huir. *Cortés Carta II.*



Tlascaltecas, y metimos mucha artillería, y fue nuestra entrada en México día de Señor San Juan de Junio de mil y quinientos y veinte años, y fue nuestra salida huyendo a diez del mes de Julio del año siguiente; y fue esta nombrada batalla de Otumba a catorce del mes de Julio. Digamos ahora, ya que escapamos de todos los trances por mí atrás dichos, quiero dar otra cuenta que tantos mataron, así en México, en puentes y calzadas, como en todos los reencuentros, y en esta de Otumba, y los que mataron por los caminos. Digo, que en obra de cinco días fueron muertos y sacrificados sobre ochocientos y setenta soldados, con setenta y dos que mataron en un pueblo, que se dice Tustepeque, y a cinco mujeres de Castilla, y estos que mataron en Tustepeque eran de los de Narváez, y mataron sobre mil y doscientos Tlascaltecas. También quiero decir, como en aquella sazón mataron a un Juan de Alcántara el viejo, con otros tres vecinos de la Villa Rica, que venían por las partes del oro que les cabía: de lo cual tengo hecha relación en el capítulo que de ello trata. Por manera que también perdieron las vidas, y aun el oro: y si miramos en ello, todos comúnmente hubimos mal gozo de las partes del oro que nos dieron: y si de los de Narváez murieron muchos más, que de los de Cortés en los puentes, fue por salir cargados de oro, que con el peso de ello no podían salir, ni nadar. Dejemos de hablar en esta materia, y digamos como íbamos muy alegres, y comiendo unas calabazas, que llaman allotes, y comiendo y caminando hacia Tlascala, que por salir de aquellas poblaciones, por temor no se tornasen a juntar escuadrones Mexicanos, que aún todavía nos daban grita en partes, que no podíamos ser señores de ellos, y nos tiraban mucha piedra con hondas, y vara, y flecha, hasta que fuimos a otras caserías y pueblo chico, porque estaba todo poblado de Mexicanos, y allí estaba un buen Cu y casa fuerte donde reparamos aquella noche, y nos curamos nuestras heridas, y estuvimos con más reposo: y aunque siempre teníamos escuadrones de Mexicanos que nos seguían, más ya no se osaban llegar: y aquellos que venían, era, como quien dice: Allí iréis fuera de nuestra tierra. Y desde aquella población y casa donde dormimos, se parecían las sierrezuelas que están cabe Tlascala, y como las vimos, nos alegramos, como si fueran nuestras casas. ¿Pues quizá sabíamos cierto, que no habían de ser leales, o qué voluntad tenían? ¿O qué había acontecido a los que estaban poblados en la Villa Rica, si eran muertos, o vivos? Y Cortés nos dijo, que pues éramos pocos, que no quedamos sino cuatrocientos y cuarenta, con veinte caballos, y doce ballesteros, y siete escopeteros, y no teníamos pólvora, y todos heridos, y cojos y mancos, que mirásemos muy bien, como nuestro Señor Jesucristo fue servido escaparnos con las vidas; por lo cual siempre le hemos



de dar muchas gracias y loores, y que volvimos otra vez a disminuirnos en el número y copia de los soldados que con él pasamos desde Cuba, y que primero entramos en México, cuatrocientos y cincuenta soldados, y que nos rogaba, que en Tlascala no les hiciésemos enojo, ni se les tomase ninguna cosa. Y esto dio a entender a los de Narváez, porque no estaban acostumbrados a ser sujetos a Capitanes en las guerras como nosotros; y más dijo, que tenía esperanza en Dios que los hallaríamos buenos, y leales: y que si otra cosa fuese, lo que Dios no permita, que nos han de tornar a andar los puños con corazones fuertes, y brazos vigorosos, y que para eso fuésemos muy apercebidos. Y nuestros corredores del campo adelante, llegamos a una fuente que estaba en una ladera, y allí estaban unas como cercas, y reamparos de tiempos viejos, y dijeron nuestros amigos los Tlascaltecas, que allí partían términos entre los Mexicanos, y ellos: y de buen reposo nos paramos a lavar, y a comer de la miseria que habíamos habido, y luego comenzamos a marchar, y fuimos a un pueblo de los Tlascaltecas, que se dice Gualioapar, donde nos recibieron, y nos daban de comer, mas no tanto, que si no se lo pagábamos con algunas piecezuelas de oro, y chalchihuis que llevábamos algunos de nosotros, no nos lo daban de balde, y allí estuvimos un día reposando, curando nuestras heridas: y asimismo curamos los caballos. Pues cuando lo supieron en la cabecera de Tlascala, luego vino Masse Escaci, y Principales, y todos los más sus vecinos, y Xicotenga el viejo, y Chichimeclatecle, y los de Guaxocingo: y como llegaron a aquel pueblo donde estábamos, fueron a abrazar a Cortés, y a todos nuestros Capitanes, y soldados; y llorando algunos de ellos, especial el Mase Escaci, y Xicotenga, y Chichimeclatecle, y Tecapanenca, dijeron a Cortés: O Malinche, Malinche, y cómo nos pesa de vuestro mal, y de todos vuestros hermanos, y de los muchos de los nuestros que con vosotros han muerto: ya os lo habíamos dicho muchas veces que no os fiaseis de gente Mexicana: porque de un día a otro os habían de dar guerra, no me quisisteis creer: ya es hecho, al presente no se puede hacer más de curaros, y daros de comer: en vuestras casas estáis, descansad, e iremos luego a nuestro pueblo, y os aposentaremos, y no pienses, Malinche, que habéis hecho poco en escapar con las vidas de aquella tan fuerte ciudad, y sus puentes: y yo digo, que si de antes os teníamos por muy esforzados, ahora os tenemos en mucho más: bien sé que lloran muchas mujeres, y Indios de estos nuestros pueblos las muertes de sus hijos, y maridos, y hermanos y parientes; no te congojes por ello, y mucho debes a tus Dioses, que te han aportado aquí, y salido de entre tanta multitud de guerreros que os aguardaban en lo de Otumba, que cuatro días había que lo supe que os esperaban para



mataros: yo quería ir en vuestra busca con treinta mil guerreros de los nuestros, y no pude salir, a causa que no estábamos juntos, y los andaba juntando. Cortés, y todos nuestros Capitanes y soldados los abrazamos, y les dijimos, que se lo teníamos en merced, y Cortés les dio a todos los Principales joyas de oro y piedras, que todavía se escaparon, cada cual soldado lo que pudo: y asimismo dimos algunos de nosotros a nuestros conocidos de lo que teníamos. Pues qué fiesta y alegría mostraron con Doña Luisa, y con Doña Marina cuando las vieron en salvamento, y qué llorar, y qué tristeza tenían por los demás Indios que no venían, que se quedaron muertos, en especial el Mase Escaci por su hija Doña Elvira, y lloraba la muerte del Juan Velázquez de León, a quien la dio. Y de esta manera fuimos a la cabeza de Tlascala, con todos los caciques, y a Cortés aposentaron en las casas de Massi Escaci; y Xicotenga dio sus aposentos a Pedro de Alvarado, y allí nos curamos, y tornamos a convalecer, y aun se murieron cuatro soldados de las heridas, y a otros soldados no se les habían sanado. Y dejarlo he aquí, y diré lo que más pasó.



CAPÍTULO CXXIX.

Cómo fuimos a la Cabecera, y mayor pueblo de Tlascalca, y lo que allí pasamos.

Pues como había un día que estábamos en el pueblezuelo de Gualipar, y los Caciques de Tlascalca, por mí nombrados, nos hicieron aquellos ofrecimientos, que son dignos de no olvidar, y de ser gratificados, y hechos en tal tiempo, y coyuntura: después que fuimos a la cabeza y pueblo mayor de Tlascalca, nos aposentaron como dicho tengo. Parece ser, que Cortés preguntó por el oro que habían traído allí, que eran cuarenta mil pesos, el cual oro fueron las partes de los vecinos que quedaban en la Villa Rica: y dijo Masse Escaci, y Xicotenga el viejo, y un soldado de los nuestros, que se había allí quedado doliente, que no se bailó en lo de México cuando nos desbarataron, que habían venido de la Villa Rica un Juan de Alcántara, y otros dos vecinos, y que lo llevaron todo, porque traían cartas de Cortés, para que se lo diesen, la cual carta mostró el soldado, que había dejado en poder del Masse Escaci, cuando le dieron el oro: y preguntando cómo, y cuándo, y en qué tiempo lo llevó, y sabido que fue, por la cuenta de los días, cuando nos daban guerra los Mexicanos, luego entendimos como en el camino habían muerto, y tomado el oro, y Cortés hizo sentimiento por ello: y también estábamos con pena, por no saber de los de la Villa Rica no hubiesen corrido algún desmán: y luego por la posta escribió con tres Tlascaltecas, en que les hizo saber los grandes peligros que en México nos habíamos visto, y cómo y de qué manera escapamos con las vidas, y no se les dio relación de cuántos faltaban de los nuestros: y que mirasen que siempre estuviesen muy alertas, y se velasen, y que si hubiese algunos soldados sanos, se los enviasen; y que guardasen muy bien al Narváez, y al Salvatierra: y si hubiese pólvora, o ballestas, porque quería tornar a correr los rededores de México. Y también escribió al Capitán que quedó por guarda y Capitán de la mar, que se decía Caballero, y que mirase no fuese ningún navío a Cuba, ni Narváez se soltase: y que si viese que dos navíos de los de Narváez que quedaban en el puerto, no estaban para navegar, que diese con ellos al través, y le enviase los marineros, con todas las armas que tuviesen, y por la posta fueron, y volvieron los mensajeros, y trajeron cartas que no habían tenido guerras: que un Juan de Alcántara, y los dos vecinos que enviaron por el oro, que los deben de haber muerto en el camino: y que bien supieron la guerra que en México nos dieron, porque el Cacique Gordo de Cempoal se lo había dicho; y asimismo escribió el Almirante de la mar, que se decía Pedro Caballero: y dijeron, que harían lo que Cortés les mandaba, y enviaría los



soldados, y que el un navío estaba bueno, y que al otro diría al través, y enviaría la gente, y que había pocos marineros, porque habían adolecido, y se habían muerto, y que ahora escribían las respuestas de las cartas: y luego vinieron con el socorro que enviaban de la Villa Rica, que fueron cuatro hombres, con tres de la mar, que todos fueron siete, y venia por Capitán de ellos un soldado, que se decía Lencero, cuya fue la venta que ahora dicen de Lencero. Y cuando llegaron a Tlascalala, como venían dolientes, y flacos, muchas veces por nuestro pasatiempo, y burlar de ellos, decíamos, el socorro del Lencero, que venían siete soldados, y los cinco llenos de bubas, y los dos hinchados, con grandes barrigas. Dejemos burlas, y digamos lo que allí en Tlascalala nos acomendó con Xicotenga el mozo, y de su mala voluntad, el cual había sido Capitán de toda Tlascalala, cuando nos dieron las guerras por mí otras veces dichas en el capítulo que de ello habla. Y es el caso, que como se supo en aquella su ciudad, que salimos huyendo de México, y que nos habían muerto mucha copia de soldados, así de los nuestros, como de los Indios Tlascaltecas que habían ido de Tlascalala en nuestra compañía, y que veníamos a socorrernos y amparar en aquella Provincia; el Xicotenga el mozo andaba convocando a todos sus parientes, y amigos, y a otros que sentía que eran de su parcialidad, y les decía, que en una noche, o de día, cuando más aparejado tiempo viesen, que nos matasen, y que haría amistades con el Señor de México, que en aquella sazón habían alzado por Rey a uno que se decía, Coadlavaca: y que demás de esto, que en las mantas y ropas que habíamos dejado en Tlascalala a guardar, y el oro que ahora sacamos de México, tendrían que robar, y quedarían todos ricos con ello: lo cual alcanzó a saber el viejo Xicotenga su padre, y se lo riñó, y le dijo, que no le pasase tal por el pensamiento, que era mal hecho, y que si lo alcanzase a saber Mase Escaci, y Chichimeclatecle, que por ventura le matarían, y al que en tal concierto fuese, y por más que el padre se lo riñó, no curaba de lo que le decía, y todavía entendía en su mal propósito: y vino a oídos de Chichimeclatecle, que era su enemigo mortal del mozo Xicotenga, y lo dijo a Mase Escaci, y acordaron entrar en acuerdo, y como Cabildo, y sobre ello llamaron al Xicotenga el viejo, y los Caciques de Guajocingo, y mandaron traer preso ante sí a Xicotenga el mozo, y Masse Escaci propuso un razonamiento delante de todos, y dijo: que si se les acordaba, o habían oído decir de más de cien años hasta entonces, que en toda Tlascalala habían estado tan prósperos y ricos, como después que los Teules vinieron a sus tierras, ni en todas sus Provincias habían sido en tanto tenidos, y que tenían mucha ropa de algodón, y oro, y comían sal lo que hasta allí no solían comer, y por doquiera que iban de



sus Tlascaltecas con los Teules, les hacían honra por su respeto, puesto que ahora les habían muerto en México muchos de ellos; y que tengan en la memoria lo que sus antepasados les habían dicho muchos años atrás, que de donde sale el Sol, habían de venir hombres que les habían de señorear: ¿y que a qué causa ahora andaba Xicotenga en aquellas traiciones, y maldades, concertando de darnos guerra, y matarnos? que era mal hecho, y que no podía dar ninguna disculpa de sus bellaquerías, y maldades que siempre tenía encerradas en su pecho: y ahora que los veía venir de aquella manera desbaratados, que nos había de ayudar, para en estando sanos, volver sobre los pueblos de México sus enemigos, quería hacer aquella traición. Y a estas palabras que el Masse Escaci, y su padre Xicotenga el ciego le dijeron, el Xicotenga el mozo respondió, que era muy bien acordado lo que decía, por tener paces con Mexicanos, y dijo otras cosas que no las pudieron sufrir: y luego se levantó el Masse Escaci, y el Chichimeclatecle, y el viejo de su padre, ciego como estaba, y tomaron al Xicotenga el mozo por los cabezones, y de las mantas, y se las rompieron, y a empujones, y con palabras injuriosas que le dijeron, le echaron de las gradas abajo donde estaba, y las mantas todas rompidas; y aun si por el padre no fuera, le querían matar, y a los demás que habían sido en su Consejo echaron presos: y como estábamos allí retraídos, y no era tiempo de castigarle, no osó Cortés hablar más en ello. He traído esto aquí a la memoria, para que vean de cuánta lealtad, y buenos fueron los de Tlascala, y cuánto les debemos, y aun al buen viejo Xicotenga, que a su hijo dicen que le había mandado matar luego que supo sus tramas, y traición. Dejemos esto, y digamos como había veinte y dos días que estábamos en aquel pueblo curándonos nuestras heridas, y convaleciendo: y acordó Cortés, que fuésemos a la provincia de Tepeaca, que estaba cerca, porque allí habían muerto muchos de nuestros soldados, y de los de Narváez, que se venían a México, y en otros pueblos que están junto de Tepeaca, que se dice Cachula: y como Cortés lo dijo a nuestros Capitanes, y apercibían a los soldados de Narváez para ir a la guerra, y como no eran tan acostumbrados a guerras, y habían escapado de la rota de México, y puentes, de lo de Otumba, y no veían la hora de volverse a la Isla de Cuba a sus Indios, y minas de oro, renegaban de Cortés, y de sus conquistas, especial el Andrés de Duero, compañero de nuestro Cortés, porque ya lo habrán entendido los curiosos Lectores en dos veces que lo he declarado en los capítulos pasados, cómo y de qué manera fue la compañía: maldecían el oro que le había dado a él, y a los demás Capitanes, que todo se había perdido en las puentes, como habían visto las grandes guerras que nos daban, y con haber escapado con las vidas, estaban muy contentos: y



acordaron de decir a Cortés, que no querían ir a Tepeaca, ni a guerra ninguna, sino que se querían volver a sus casas, que bastaba lo que habían perdido en haber venido de Cuba: y Cortés les habló muy mansa y amorosamente, creyendo de atraerlos para que fuesen con nosotros a lo de Tepeaca; y por más pláticas, y reprehensiones que les dio, no querían: y como vieron los de Narváez, que con Cortés no aprovechaban sus palabras, le hicieron requerimiento en forma, delante de un Escribano del Rey, para que luego se fuese a la Villa Rica, poniéndole por delante, que no teníamos caballos, ni escopetas, ni ballestas, ni pólvora, ni hilo para hacer cuerdas, ni almacén, que estábamos todos heridos, y que no habían quedado por todos nuestros soldados, y los de Narváez, sino cuatrocientos y cuarenta soldados: que los Mexicanos nos tomarían todos los puertos, y sierras, y pasos, y que los navíos si más aguardaban, se comerían de broma, y dijeron en el requerimiento otras muchas cosas. Y cuando se le hubieron dado, y leído el requerimiento a Cortés, si muchas palabras decía en él, muy muchas más contrariedades respondió: y demás de esto todos los más de nosotros de los que habíamos pasado con Cortés, le dijimos, que mirase, que no diese licencia a ninguno de los de Narváez, ni a otras personas para volver a Cuba, sino que procurásemos todos de servir a Dios, y al Rey, y que esto era lo bueno, y no volverse a Cuba. Cuando Cortés hubo respondido al requerimiento, como vieron las personas que le estaban requiriendo, que muchos de nosotros ayudábamos el intento de Cortés, y que les estorbábamos sus grandes importunaciones, que sobre ello le hablaban, y requerían, con no más de que decíamos, que no es servicio de Dios, ni de su Majestad, que dejen desamparado su Capitán en las guerras, en fin de muchas razones que pasaron, obedecieron para ir con nosotros a las entradas que se ofreciesen: mas fue, que les prometió Cortés, que en habiendo coyuntura, los dejaría volver a su Isla de Cuba: y no por esto dejaron de murmurar de él, y de su Conquista, que tan caro nos había costado, en dejar sus casas, y reposo, y haberse venido a meter adonde no estaban seguros de las vidas: y más decían, que si en otra guerra entrásemos con el poder de México, que no se podría excusar tarde, o temprano de tenerla, que creían, y tenían por cierto, que no nos podríamos sustentar contra ellos en las batallas, según habían visto lo de México, y puentes, y en la nombrada de Otumba: y más decían, que nuestro Cortés, por mandar, y siempre ser Señor, y nosotros los que con él pasábamos, no tener que perder, sino nuestras personas, asistíamos con él: y decían otros muchos desatinos, y todo se les disimulaba, por el tiempo en que lo decían; más no tardaron muchos meses, que no les dio licencia para que se volviesen a sus casas, lo cual diré en su tiempo, y sazón. Y



dejémoslo de repetir, y digamos de lo que dice el Coronista Gómara, que yo estoy muy harto de declarar sus borrones, que dice que le informaron, las cuales informaciones no son así como él lo escribe: y por no detenerme en todos los capítulos, a tornarlos a recitar, y traer a la memoria cómo, y de qué manera pasó, lo he dejado de escribir: y ahora pareciéndome, que en esto de este requerimiento que escribe que hicieron a Cortés, no dice quiénes fueron los que lo hicieron, si eran de los nuestros, o de los de Narváez: y en esto que escribe, es por sublimar a Cortés, y abatir a nosotros los que con él pasamos: y sepan que hemos tenido por cierto los Conquistadores verdaderos, que esto vemos escrito, que le debieron de granjear al Gómara con dadas, porque lo escribiese de esta manera, porque en todas las batallas, y reencuentros éramos los que sosteníamos a Cortés, y ahora nos aniquila en lo que dice este Coronista, que le requeríamos. También dice, que decía Cortés en las respuestas del mismo requerimiento, que para animarnos, y esforzarnos, que enviara a llamará Juan Velázquez de León, y al Diego de Ordás, que el uno de ellos dijo estaba poblando en lo de Panuco, con trescientos soldados, y el otro en lo de Guacacualco con otros soldados: y no es así, porque luego que fuimos sobre México al socorro de Pedro de Alvarado, cesaron los conciertos que estaban hechos, que Juan Velázquez de León había de ir a lo de Panuco, y el Diego de Ordás a lo de Guacacualco, según más largamente lo tengo escrito en el capítulo pasado, que sobre ello tengo hecho relación: porque estos dos Capitanes fueron a México con nosotros al socorro de Pedro de Alvarado: y en aquella derrota el Juan Velázquez de León quedó muerto en los puentes, y el Diego de Ordás salió muy mal herido de tres heridas que le dieron en México, según ya lo tengo escrito como, y cuándo, y de qué arte pasó. Por manera que el Coronista Gómara, si como tiene buena retórica en lo que escribe, acertará a decir lo que pasó, muy bien fuera. También he estado mirando cuando dice en lo de la batalla de Otumba, que dice, que si no fuera por la persona de Cortés, que todos fuéramos vencidos, y que él solo fue el que la venció en el dar como dio el encuentro al que traía el estandarte, y seña de México. Ya he dicho, y lo torno ahora a decir, que a Cortés toda la honra se le debe, como bueno, y esforzado Capitán, más sobre todo hemos de dar gracias a Dios, que él fue servido poner su divina misericordia, con que siempre nos ayudaba, y sustentaba: y Cortés en tener tan esforzados, y valerosos Capitanes, y valientes soldados como tenía: y después de Dios con nosotros, le dábamos esfuerzo, y rompíamos los escuadrones, y le sustentábamos, para que con nuestra ayuda, y de nuestros Capitanes, guerreasen de la manera que guerreamos, como en los capítulos pasados sobre ello dicho tengo, porque



siempre lindaban juntos con Cortés todos los Capitanes por mí nombrados, y aun ahora los torno a nombrar, que fueron, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olí, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Morla, Luis Marín, Francisco de Lugo, y Gonzalo Domínguez, y otros muy buenos, y valientes soldados, que no alcanzábamos caballos, porque en aquel tiempo diez y seis caballos, y yeguas fueron los que pasaron desde la Isla de Cuba con Cortés, y no los había, aunque nos costaran a mil pesos: y como el Gómara dice en su historia, que solo la persona de Cortés fue el que venció lo de Otumba, ¿por qué no declaró los heroicos hechos que estos nuestros Capitanes, y valerosos soldados hicimos en esta batalla? Así que por estas causas tenemos por cierto, que por ensalzar a Cortés solo lo dijo: porque de nosotros no hace mención: si no pregunté a aquel muy esforzado soldado, que se decía Cristóbal de Olea: cuántas veces se halló en ayudar a salvar la vida a Cortés, hasta que en los puentes cuando volvimos sobre México, perdió la vida él, y otros muchos soldados por salvarle. Olvidado se me había de otra vez que le salvó en lo de Suchimileco, que quedó mal herido el Olea: y para que bien se entienda esto que digo, uno fue Cristóbal de Olea, y otro Cristóbal de Olí. También lo que dice el Coronista, en lo del encuentro con el caballo, que dio al Capitán Mexicano, y le hizo abatir la bandera, así es verdad, mas ya he dicho otra vez, que un Juan de Salamanca, natural de la villa de Ontiveros, que después de ganado México, fue Alcalde mayor de Guacacualco, es el que le dio una lanzada, y le mató, y quitó el rico penacho que llevaba, y se le dio el Salamanca a Cortés: y su Majestad el tiempo andando lo dio por armas al Salamanca. Y esto he traído aquí a la memoria, no por dejar de ensalzar, y tenerle en mucha estima a nuestro Capitán Cortés, y débesele todo honor, y prez, y honra de todas las batallas, y vencimientos, hasta que ganamos esta Nueva España, como se suele dar en Castilla a los muy nombrados Capitanes, y como los Romanos daban triunfos a Pompeyo, y Julio César, y a los Cipiones, más digno es de loores nuestro Cortés, que no los Romanos. También dice el misino Gómara, que Cortés mandó matar secretamente a Xicotenga el mozo en Tlascala, por las traiciones que andaba concertando para matarnos, como antes he dicho. No pasa así como dice: que donde le mandó ahorcar, fue en un pueblo junto a Tezcuco, como adelante diré, sobre qué fue: y también dice este Coronista, que iban tantos millares de Indios con nosotros a las entradas, que no tiene cuenta ni razón en tantos como pone: y también dice de las ciudades, y pueblos, y poblaciones, que eran tantos millares de casas, no siendo la quinta parte: que si se suma todo lo que pone en su Historia, son más millones de hombres, que en toda Castilla están poblados, y eso se le da poner mil, que ochenta mil, y en



esto se jacta, creyendo que va muy apacible su Historia a los oyentes, no diciendo lo que pasó: miren los curiosos Lectores, cuánto va de su Historia a esta mi relación, en decir letra por letra lo acaecido, y no miren la Retórica, ni ornato, que ya cosa vista es, que es más apacible que no esta tan grosera mía: mas suple la verdad la falta de plática, y corta Retórica. Dejemos ya de contar, ni de traer a la memoria los borriones declarados: y como yo soy más obligado a decir la verdad de todo lo que pasa, que no a lisonjas: y demás del daño que hizo con no ser bien informado, ha dado ocasión que el Doctor Illescas, y Pablo Jobio, se sigan por sus palabras. Volvamos a nuestra Historia, y digamos como acordamos ir sobre Tepeaca, y lo que pasó en la entrada diré adelante.